

homo



MITOLOGÍA AZUAYO-CAÑARI

Oswaldo Encalada Vásquez



MITOLOGÍA AZUAYO-CAÑARI

Oswaldo Encalada Vásquez

MITOLOGÍA AZUAYO-CAÑARI



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa
Editora

MITOLOGÍA AZUAYO-CAÑARI

© **del texto:** Oswaldo Encalada Vásquez, 2024

© **de esta edición:** Universidad del Azuay. Casa Editora, 2024

ISBN: 978-9942-645-53-1

e- ISBN: 978-9942-645-54-8

Diseño y diagramación: Fernando León Guerrero

Corrección de estilo: Franklin Ordóñez Luna

Libro arbitrado por pares: PhD. Geneveva Ponce Naranjo, Universidad Nacional del Chimborazo. PhD Galo Guerrero, Universidad Nacional de Loja. Ing. Julia Martínez, Universidad del Azuay.

Impresión: PrintLab / Universidad del Azuay
en Cuenca del Ecuador

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga
Rector

Geneveva Malo Toral
Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni
Vicerrectora de Investigaciones

Toa Tripaldi
Directora de la Casa Editora

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	14
INTRODUCCIÓN	15
1. LAS CONDICIONES DEL MEDIO	21
2. LAS CONDICIONES CULTURALES	37
3. LOS MITOS DE ORIGEN	41
3.1 Las guacamayas	43
3.1.1 Primera versión	43
3.1.2 Segunda versión	45
3.1.3 Tercera versión	46
3.1.4 Cuarta versión	47
3.2 La culebra	49
3.3 El leopardo	50
3.4 Otros mitos de origen	50
4. LA MAMA HUACA	51
4.1 La evolución del concepto	53
4.1.1 Primera versión	64
4.1.2 Segunda versión	65
4.1.3 Tercera versión	65

4.1.4 Cuarta versión	65
4.1.5 Quinta versión	66
4.1.6 Sexta versión	66
4.1.7 Séptima versión	67
4.1.8 Octava versión	68
4.1.9 Novena versión	69
4.1.10 Décima versión	70
4.1.11 Undécima versión	70
4.1.12 Duodécima versión	72
4.1.13 Décima tercera versión	73
4.1.14 Décima cuarta versión	73
4.1.15 Versiones adicionales sobre la Mama Huaca	74

5. EL CHUSSALONGO **77**

5.1 Primera versión	79
5.2 Segunda versión	80
5.3 tercera versión	84
5.4 Cuarta versión	85
5.5 Quinta versión	85
5.6 Sexta versión	86

5.7 Séptima versión	86
5.8 Octava versión	86
5.9 Novena versión	88
5.10 Décima versión	88
5.11 La Mama Huaca y el Chussalongo	90
6. EL CHIRO	93
6.1 Primera versión	95
6.2 Segunda versión	95
6.3 Tercera versión	101
6.4 Cuarta versión	101
6.5 Quinta versión	102
6.6 Sexta versión	102
7. EL CALCHACHIRO	103
8. EL SACHA RUNA O SACHARRUNA	107
8.1 Primera versión	109
9. LOS GAGONES	111
9.1 Primera versión	114
9.2 Segunda versión	114
9.3 Tercera versión	114

9.4 Cuarta versión	117
9.5 Quinta versión	118
9.6 Sexta versión	118
9.7 Séptima versión	119
9.8 Octava versión	119
9.9 Novena versión	121
9.10 Décima versión	121
10. EL CUICHI	123
10.1 Primera versión	125
10.2 Segunda versión	125
10.3 Tercera versión	126
10.4 Cuarta versión	127
10.5 Quinta versión	127
11. EL CARBUNCO	129
11.1 Primera versión	131
11.2 Segunda versión	132
11.3 Tercera versión	132
12. JUAN DEL OSO	133
12.1 Primera versión	135
12.2 Segunda versión	139

13. UN ANIMAL CÓSMICO	141
13.1 Primera versión	143
13.2 Segunda versión	144
14. LOS URCU YAYAS	145
14.1 Primera versión	147
14.2 El cerro llamado Buerán	148
14.3 El cerro llamado Charón (o Charón Ventanas)	148
14.4 El Ujibeño	149
14.5 Montes Mitológicos	150
15. EL MASHO	151
16. REUNIÓN DE SERES MÍTICOS	155
17. LA NOSOGENIA	159
17.1 El paludismo o malaria	161
17.2 El iguanado	162
17.3 El bicharro-ushca o gorrión-ubashca	163
17.4 El mal aire	164
18. LOS MENSAJEROS	165
18.1 Los mensajeros de lo bueno	167
18.1.1 Las buenas nuevas	167

18.1.2 El chogllocuro	168
18.1.3 La chuja	169
18.1.4 Otros mensajeros de lo bueno	169
18.2 Los mensajeros de lo malo	170
18.2.1 Los mensajeros de la muerte	171
18.2.2 Los mensajeros de la desgracia	173
18.2.3 La lechuza y aves similares	173
18.2.4 El masho	174
18.2.5 La mala nueva	175
18.2.6 El solitario	175
18.2.7 El canto de la gallina	176
19. LOS SERES TRANSFORMANTES	179
19.1 De ratones a murciélagos	181
19.2 De persona vieja a shararán	181
20. DE LA MITOLOGÍA URBANA	183
21. OTROS SERES CERCANOS A LO MÍTICO	187
21.1 El caballo del diablo	189
21.2 El robapelo	190

21.3 La piedra imán	192
21.4 El antimonio	194
21.4.1 Primera versión	198
21.4.2 Segunda versión	201
21.4.3 Tercera versión	211
21.4.4 Cuarta versión	211

APÉNDICES	213
------------------	------------

Apéndice 1	215
Apéndice 2	216
Apéndice 3	217
Apéndice 4	219
Apéndice 5	222
Apéndice 6	232
Apéndice 7	240
Apéndice 8	242
Apéndice 9	256

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	261
-----------------------------------	------------

PRESENTACIÓN

Francisco Salgado Arteaga

En el amanecer del mundo, cuando la tierra aprendía todavía el lenguaje de la luz, nacieron los seres mitológicos del pueblo cañari, hijos del bosque, del agua y de la vida. Estas criaturas majestuosas –como las guacamayas de vivos colores que capturaban el alma del sol y la esencia del cielo– portaban los secretos celestiales, conservaban la sabiduría ancestral y cuidaban con ternura de la Pachamama, esencia vital y madre tierra, venerada en cada surco labrado, en cada semilla cultivada, en cada planta florecida. El sol y la luna no eran meros astros, sino amantes eternos cuyo encuentro marcaba el ritmo de las cosechas, los rituales y la vida. El mundo, un lienzo en blanco esperando ser pintado con narrativas de ensueño y utopía.

Oswaldo Encalada nos convida a viajar a ese tiempo-espacio original –verdadera etnogénesis del pueblo cañari–, para comprender sus cerros y lagunas, sus pumas y pacarinas, su antiguo mosaico de creencias y espíritus –invisibles hilanderos del destino que se entrelazan con el aliento de los hombres y mujeres–. Su cosmovisión nos susurra enseñanzas, rituales y ceremonias para alcanzar la unión con lo divino, con el profundo entendimiento del universo, con el significado renovado de eternos mensajes de un pueblo que –desde sus raíces–, alimenta la savia del árbol que no muere, que se recrea aquí y ahora –en las páginas de este libro–, para imaginar nuevamente nuestro origen, sendero y horizonte. En el tejido del cosmos, cada ser es una nota en la sinfonía galáctica, y cada corazón, un reflejo del corazón palpitante de la tierra.

INTRODUCCIÓN

En la rapsodia tercera de *La Odisea* se puede leer el siguiente fragmento:

Dicho esto, partió Atenea, la de los brillantes ojos, de igual modo que si fuese un águila, y se pasmaron todos al contemplarla. Se admiró también el anciano cuando la vio con sus propios ojos y, asiendo de la mano a Telémaco, pronunció estas palabras:

«¡Amigo! No temo que en lo sucesivo seas cobarde ni débil, ya que desde tan joven te acompañan y guían los propios dioses. Pues esa deidad, de las que poseen olímpicas moradas, no es otra que la hija de Zeus, la gloriosísima Tritogenia, la que también honraba a tu esforzado padre entre los argivos. Así pues, oh, reina, senos propicia y danos gloria ilustre a mí y a mis hijos y a mi venerable esposa, y te sacrificaré una novilla añal de espaciosa frente, que jamás hombre alguno haya domado ni uncido al yugo, inmolándola en tu honor después de verter oro alrededor de sus cuernos.
(Edición digital)

Como se sabe, Homero habría vivido en el siglo VIII antes de Cristo. En este texto se puede ver que la diosa Atenea es, para el momento de la narración, una diosa con todos los atributos de una divinidad.

En cambio, en un autor como el inglés Robert Graves (1895-1985,) encontramos una descripción y, al mismo tiempo, una breve historia de Palas Atenea:

Según los pelagos, la diosa Atenea nació a orillas del lago Tritonis, en Libia, donde fue hallada y criada por las tres ninfas de Libia, que se visten con pieles de cabra. Siendo niña mató por accidente a su compañera de juego, Palas, mientras libraban un combate amistoso con lanza y escudo, y en señal de dolor por su muerte antepuso el nombre de Palas al suyo propio. Llegando a Grecia a través de Creta, se instaló al principio en la ciudad de Atenas, junto al río Tritón de Beocia. (Graves, 2002, p. 54)

¿Qué se puede obtener del examen de estas dos versiones sobre un mismo ser? Nos parece que la reflexión podría orientarse para llegar a la conclusión de que, para el griego, Palas Atenea es una verdadera diosa, es decir, forma parte integral del conjunto de dioses y diosas. Lo que significa, por tanto, que Palas Atenea es un ser que pertenece al campo

de la religión. En cambio, para el autor inglés el mismo ser ya no se encuentra en ese privilegiado campo. Ha descendido de su alto pedestal y ahora es una figura de la mitología (puesto que la obra de Graves se titula, precisamente *Los mitos griegos*)

¿Cómo explicar este cambio? Planteamos que una religión, cuando su cultura que le sirve de sostén, deja de ser un conjunto vigente de normas y de seres, esta misma religión se vuelve mitología. Por eso existe una extrema cercanía entre los dos campos. En la mitología los antiguos seres divinos han sido rebajados a seres casi folclóricos, y sus antiguos relatos y ritos se han vuelto cuentos populares o cuentos infantiles. Eso se puede constatar, fácilmente con la figura del antiguo dios romano Orcus, una deidad infernal. Este dios pasó a los relatos populares europeos convertido en *ogro*.

Esto, aunque en menor proporción, es lo que pasa también con los antiguos mitos de los pueblos que habitaron y habitan en la región azuayo-cañari. Nosotros hablamos de el *mito* de las *guacamayas* -por ejemplo- y lo vemos como relato mítico, efectivamente, porque la religión cañari ya no está vigente. Aunque, se sabe, por los relatos de los cronistas que los cañaris adoraban a las guacamayas, como verdaderas diosas, tal como se desprende de la narración de Bernabé Cobo (1964):

Y yo vi no ha muchos años en esta ciudad de Lima, traída de dicha provincia de Cañaribamba, una columna pequeña de cobre con dos *guacamayas* en su cumbre, obradas del mismo metal, a las cuales en su gentilidad adoraban por diosas los cañares, en memoria de la fábula referida. (pp. 151-152).

Los cañaris adoraban también a ciertos cerros y a las lagunas. Respecto de los cerros, se puede reconocer este hecho con la afirmación que hace González Suárez: “Estimulados por esta tradición religiosa, los cañaris adoraban como a una divinidad particular al cerro de Huacay-ñán”. (s.f., p. 88).

Los arqueólogos e historiadores afirman también que los cañaris tenían otros dioses (ver capítulos 3.2. y 3.3) y, también ciertos lugares – como las lagunas- considerados como sagrados.

Es muy probable que este concepto de la laguna sagrada se haya mantenido en la concepción andina de nuestra región, en el sentido de que las lagunas se comportan como seres violentos y agresivos, y además como guardianes de tesoros.

El dios oso o leopardo:

Según hicimos notar antes, los cañaris adoraban un oso; pero el P. Calancha, que es quien nos ha referido esta particularidad, no estuvo bien informado y confundió el jaguar, mejor dicho, el leopardo, animal muy común hasta ahora en las montañas del Azuay, con el oso, del cual existe una especie poco abundante y menos temible, que el leopardo. (González Suárez, 1922, p. 40)

Y el padre Matovelle (1967) aclara algo más sobre este punto: “Los aborígenes que moraban a orillas del Jubones se jactaban de descender de un LEOPARDO (GUAGUAL, en idioma cañari), y tenían a este felino por animal sagrado. La PACARINA de esas tribus habrá sido alguna cueva habitada por fieras y próxima a las playas de ese río”. (p. 30)

Sí, es cierto, los antiguos mitos sobreviven de alguna manera, aunque sea bajo el disfraz de relatos populares y de carácter infantil. Así, por ejemplo, en los cuentos del tío raposo y del sobrino conejo, que son y fueron muy populares en nuestro medio, ¿qué mitos están inmersos y ocultos en ese tipo de textos?

No hay manera de responder a esta interrogante y nos queda algo inconclusa la comprensión del antiguo mundo mítico.

Sobre este hecho ya lo dijo el filósofo francés Roger Caillois (1998):

El mito pertenece, por definición a lo colectivo, justifica, sostiene e inspira la existencia y la acción de una comunidad, de un pueblo (...). Podemos llegar más lejos en esa oposición y afirmar que precisamente cuando el mito pierde su fuerza moral de coerción se constituye en literatura y en objeto de gozo estético. Es el instante en que Ovidio escribe *Las Metamorfosis*. (p. 167)

El cronista e historiador que fue el Inca Garcilaso de la Vega, (1976) sobre la religión de los cañaris dice lo siguiente: “Antes de los incas adoraban los cañaris por principal dios a la luna y secundariamente a los árboles grandes y a las piedras que se diferenciaban de las comunes, particularmente si eran jaspeadas; con la doctrina del inca adoraron al sol”. (p. 160)

¿Qué pasó con todos estos dioses del panteón cañari? Seguramente la cultura quichua, primero, y luego la presencia española, llevaron al ocaso de sus antiguas divinidades; pero estas debieron quedar operantes, todavía, en el trasfondo de la conciencia colectiva, quizá sobrevivieron como cuentos, como breves y veladas referencias, quizá, hasta como ciertas incomprensibles supersticiones.

A propósito de la superstición se trata de una forma de pensamiento y de conducta, que el *Diccionario de la Real Academia Española* define como: “Creencia extraña a la fe religiosa y contraria a la razón”.

Ahí está presente, como se ve, el tema de la fe, que es inseparable del concepto de religión.

Con este trabajo intentamos construir (quizá también sea lícito hablar de “reconstruir”) el antiguo mosaico de las formas religiosas de los cañaris. Y hablamos de mosaico, porque aquí se hallan, juntas diferentes piezas, unas grandes, otras pequeñas y otras, incluso, pequeñitas, esbozos, ideas de lo que pudo haber sido un sistema de creencias de los antiguos pobladores de estas tierras.

Ahora bien, no todo proviene del remoto pasado cañari, también el contacto con la cultura incásica produjo nuevas formas míticas y, aun, dentro del desarrollo de la cultura mestiza encontramos fórmulas que parecen haber sido creadas cuando ya se había producido el encuentro entre las culturas andinas y las europeas. Pensamos, por ejemplo, en el caso del mito de la Mama Huaca (mito de formación azuayo-cañari, aunque el concepto de la palabra “huaca” provenga del quichua general) y el relato mítico de Juan del oso, que es de elaboración mestiza.

También están presentes mitos que parecen muy generales o vagos, como el caso del temor que se siente ante ciertos seres o ciertas conductas de algunos animales. Estos son los casos del temor ante un mensajero de lo malo, como la lechuza, o del perro, cuando aúlla, para indicar la presencia de la muerte.

Únicamente a modo de comparación transcribimos una breve nota del escritor ruso Anton Chéjov (1860-1904) donde podemos ver que el mismo pensamiento mítico de temor se presenta en otros ámbitos culturales completamente distintos:

De pronto, como a propósito, resuena un ladrido en el patio. Al principio es apagado, indeciso; pero después arrecia y suena en dos tonos. Nunca he dado importancia a señales como los aullidos de los perros o los graznidos de las lechuzas, pero esta vez el corazón se me encoge dolorosamente. (Chéjov, 2009, p. 269)

El presente trabajo se articula en varios segmentos que aluden a los seres míticos de la región. Estos campos son:


- Los seres míticos
- La nosogenia

- Los mensajeros (de lo bueno y de lo malo)
- Seres transformantes
- De la mitología urbana
- Otros seres cercanos a lo mítico

A esto se añaden nueve apéndices, que tienen la finalidad de extender, tanto la significación del mito, como la de explorar posibles conexiones con otras culturas.

En este trabajo hemos aprovechado de muchos textos recogidos por varios antropólogos azuayos o no, que trabajaron en este ámbito; pero también han sido muy útiles, textos literarios de autores azuayos. Resulta llamativo que muchos de los autores de los primeros tiempos de las letras azuayas, hayan dedicado buena parte de sus esfuerzos a narrar diversos aspectos antropológicos y costumbristas.

Como siempre, es nuestro deseo y nuestro deber, agradecer el apoyo que hemos recibido ya durante muchos años de las autoridades de la Universidad del Azuay. Sin este apoyo no se hubiera podido trabajar por el conocimiento de nuestra realidad, en los diferentes campos en que la Universidad del Azuay despliega su intensa y fecunda actividad. Va, por tanto, mi agradecimiento profundo al Sr. Rector, el Ingeniero Francisco Salgado, a nuestra Vicerrectora, la Dra. Genoveva Malo, a nuestra Vicerrectora de Investigaciones, la Dra. Raffaella Ansaloni, y a todos los que hicieron posible este acercamiento a la mitología azuayo-cañari.



1 LAS CONDICIONES DEL MEDIO

1. LAS CONDICIONES DEL MEDIO

La zona azuayo- cañari y, sobre todo la ciudad de Cuenca, ha vivido durante mucho tiempo en el aislamiento, en relación con el centro del poder político y gubernativo (Quito) y también en relación con el centro económico y comercial (Guayaquil). Este hecho no solo lo han sentido los pobladores de esta región de la patria, sino que, también ha sido vista y ‘palpada’ por los visitantes que llegaron a la región. Para el año 1928, el escritor y diplomático Gonzalo Zaldumbide (Quito, 1884- 1965) se expresa de la siguiente manera, al llegar a Cuenca: “Gracias al aislamiento, habéis hecho de este cerco de montañas un remanso espiritual, en que la vida se decanta y se sosiega; y contempla el cielo. No hago el elogio del aislamiento. Hago el elogio de vuestro mérito”. (Zaldumbide, 1947, p. 22)

Lo cierto es que Cuenca y su región, en el tema de las conexiones con otros lugares, siempre han sufrido de grandes limitaciones. Veamos algunas fechas decisivas y aclaratorias en este sentido:

- La carretera panamericana logra conectar a Cuenca con El tambo y Guamote en 1940.
- La carretera Durán -Tambo comienza su construcción en 1949.
- El aeropuerto cuencano se inaugura en abril de 1941.
- El ferrocarril llega a Cuenca en enero de 1965.
- La vía que une a la provincia del Azuay con Guayas se inicia como una carretera a la parroquia Molleturo, en 1982. Para el año 1989, la vía que llega a Puerto Inca todavía tiene dificultades.

Las limitaciones y grandes dificultades son el resultado de las condiciones geográficas y, también, por cierto, del centralismo que siempre ha reinado en el país. Dentro de lo geográfico, la región serrana está encerrada entre las dos grandes cordilleras y, además de eso, por los nudos montañosos que cierran las hoyas hidrográficas.

Hacia el año 1933, el científico británico George Sheppard (1985), geógrafo contratado por el Estado ecuatoriano, decía lo siguiente, respecto de las condiciones de aislamiento de algunas regiones del país:

Las dificultades de comunicación del pasado -que hoy desaparecen gradualmente con la construcción de carreteras y ferrocarriles -han producido diferencias culturales entre gentes de la misma raza. Aun hoy, a menudo, los ecuatorianos hablan de ellos como si integraran grupos distintos: quiteños, guayaquileños, cuencanos, etc. (...) Aunque son ligeras, los extranjeros pueden notar, a menudo, estas diferencias culturales. Estas se deben a que -hasta estas últimas décadas -los habitantes de ciertas áreas, por ejemplo, Quito o Cuenca, raramente salían de ellas. (p. 141)

Las características geológicas han sido debidamente descritas y percibidas como verdaderos obstáculos y, como consecuencia de ello, como elementos que explican el aislamiento.

Todos quienes estudiaron los Andes ecuatorianos y también quienes pasaron de Riobamba hacia el sur, pudieron darse cuenta de que la existencia del nudo del Azuay, un imponente nudo montañoso, fue siempre un dique para el flujo de las comunicaciones y los intercambios de toda índole. Esto es lo que dice el geógrafo pichincharo Francisco Terán, hacia 1946:

En el Ecuador los nudos han sido el peor obstáculo con que siempre se ha tropezado para el fomento de la vialidad, a la vez que ha sustraído a la agricultura más de las dos terceras partes del espacio que pudo haber sido aprovechado, ya que por su altura forman en su totalidad páramos de escasísima utilidad agrícola y ganadera.

Al norte de este nudo –verdadera divisoria de la región serrana– los Andes se presentan más altos; en este sector únicamente se yerguen los volcanes activos y predominan en sus aledaños los terrenos eruptivos modernos, mientras al sur tanto la orografía como la geología cambian fundamentalmente: las cordilleras no llegan al límite de las nieves perpetuas, a la vez que la actividad volcánica desaparece. Y el cambio que imprime el Nudo del Azuay en estas dos zonas sobre la Geografía física repercute hondamente en todos los fenómenos vitales, especialmente en el humano, hasta el extremo de que el viajero que cruza este valladar, que por centurias se ha levantado como un centinela impidiendo la fácil comunicación de los pueblos australes con los norteños o los cercanos al mar, por poco observador que sea, nota marcadas diferencias aún tratándose de leves detalles como la comida, el vestido indígena, el acento idiomático, etc. Y por fin, mientras en la sección norte la vida social y política gira alrededor de la capital del Estado, Quito, en la región austral se desenvuelve en torno a Cuenca, lo que da la medida de la importancia del tercer centro urbano del Ecuador, resultando en consecuencia, que esta ciudad, Quito y Guayaquil sean las mentoras de la opinión nacional. (Terán, pp. 175-176).

Las opiniones anteriores son del siglo XX, de modo que cabría preguntarse: ¿Cómo vieron los viajeros de siglos anteriores esta muy difícil situación para la zona azuayo-cañari?

El jesuita Mario Cicala escribió en Italia (Viterbo), adonde habían ido los jesuitas, por la expulsión de las tierras americanas, en el año 1771 una *Descripción histórico-topográfica de la provincia de Quito de la Compañía de Jesús*. En este muy interesante libro se encuentra una vívida descripción de los innumerables peligros que significaba para cualquier viajero el atreverse a cruzar por el nudo del Azuay, sobre todo en ciertas épocas del año. El siguiente es su testimonio:

Saliendo de Riobamba hacia a la ciudad de Cuenca, desde la segunda jornada en adelante todo es territorio de Cuenca y hay no menos de ocho jornadas casi todas de mal camino, por montañas, por selvas, por fangales, por desgracia profundos y molestos, por zonas cenegales y por pantanos peligrosos. Son dos los senderos para ir a Cuenca: el uno llamado **el Camino Alto del Azuay**; y el otro el **Camino Bajo de Culebrillas**. Ambos pésimos y enojosos. El camino alto del Azuay, que es aquel del monte nevado de ese nombre, tiene una subida de siete leguas y es bastante desagradable, la cumbre de ese páramo del Azuay, por el sector que necesariamente se debe atravesar, de aproximadamente una legua de longitud y sensiblemente plana; el descenso, de 6 a 7 leguas, no es tan malo como la subida. Aquel **Páramo** del Azuay es uno de los más formidables que puedan existir en toda la provincia de Quito y casi no hay año en el que no se sepa de muertos ateridos y helados por el frío intensísimo, al perder en corto tiempo aquellos viandantes su facultad de movimiento, por congelación de todos sus miembros. Muchos de los viajeros, principalmente los indios, por el interés de acortar cinco o seis leguas de viaje, se internan imprudentemente por aquel camino, con manifiesto peligro para sus vidas, en especial durante los meses de junio, julio y agosto (y también en otros meses del año), cuando cae copiosamente la nieve en el monte Azuay y cuando sopla fuerte el viento. Un hermano jesuita alemán, Hno. N. Hertmann –que luego fue expulsado de la Compañía- de constitución robusta, corpulenta y de grandes fuerzas me contó que viéndose próximo a perecer en la cumbre del Azuay y cuando le faltaba un breve trecho de la llanura alta del Páramo, de apenas 40 canas italianas, tuvo la buena suerte de que uno de los arrieros, que no se sabe cómo, se había adelantado a los otros dos, lo encontrara y reconociera cuando ya no podía manejar con sus manos las riendas del freno y estaba en su montura en actitud de atontado y rígido, sin poder hablar. Frente a ello, de inmediato el arriero le sacó de su montura y comenzó a agitarlo y a golpearlo y arrastrarlo sobre la nieve, para

provocar una reacción que le hiciera entrar un tanto en calor; luego le abrió forzosamente la boca y le metió en ella nieve. Finalmente, con vigorosos golpes de bastón lo obligó a ponerse de pie, a correr y a ingerir al mismo tiempo puñados de nieve. Así lo violentó, hasta llegar al borde del descenso y poder refugiarse en una cueva que había pocos pasos adelante, donde pudo recuperar sus fuerzas y sentir las vigorizadas. El citado hermano se arriesgó por el **Páramo del Azuay** en el viaje de Quito a Cuenca, porque creyó que era benigno y suave. Al regresar desde Cuenca a Quito- después de uno o dos meses de permanencia, que los utilizó para armar y poner en marcha un reloj hecho por él en la torre de la Iglesia Matriz-, al cambiar la estación, a pesar de haber sido advertido por todos y particularmente por los arrieros, de que viajara por el camino bajo de **Culebrillas**, y pese a que el páramo se encontraba por entonces intransitable, obligó a los arrieros a encaminarse por la ruta alta del Azuay, pese a que con ello ponía en peligro sus vidas. Él mismo me relató que aquella noche durmió en una gruta, sobre un lecho preparado con paja de páramo; pero que a la mañana siguiente, no pudiendo soportar más un intolerable olor de putrefacción, se levantó y vio que había dormido sobre dos cadáveres de fallecidos dos días antes, enterrados allí, debajo de la paja que le había servido de lecho; además, observó con sus ojos otros cuerpos medio putrefactos, tirados por aquellas cavernas y breñas así como una gran multitud de acémilas muertas, en estado de putrefacción.

El otro camino bajo, llamado de **Culebrillas**, es más largo, muy peligroso también, estrecho, escarpado en partes, cenagoso y con muchísimas curvas, contracurvas y serpenteantes (de aquí la razón de su nombre de Culebrillas, que significa serpentillas), incomodísimo, todo abierto hacia abismos y precipicios, que llena de espanto y horror a cualesquiera; y casi no hay cabeza que pueda soportar y no padezca vértigo en la mayor parte del recorrido de aquel penoso sendero, teniendo siempre ante los ojos el continuo resbalar de las bestias de carga y también de los hombres de a pie. Han sido tantos los relatos que he escuchado sobre este camino de Culebrillas, que su sola mención me ha espantado y horrorizado sobremanera. (Cicala, 2008, pp. 564-565-566).

Y, para no abundar demasiado (porque los testimonios son muchos) podemos ver las impresiones del notable viajero e investigador Alejandro von Humboldt, en el año 1802, sobre lo inhóspito del sitio:

El 2 de julio de Pumallacta ('tierra del león') al Hato de la Virgen o Turchi; el paso del Azuay. La parte más alta del camino va sobre las 2.200 toesas. Allí cae la nieve constantemente de junio a septiembre. Sin embargo, no es tanto la altura sino el viento helado que sopla, lo que hace este paso tan mortificante. El Azuay es una montaña de 2.200 -2.300 toesas de altura (nunca nieves perpetuas), de una extensión enorme. La cantidad de macizos y multitud de cimas obtusas, Kuppen (?). La dirección del valle sigue la de los vientos normales que soplan en esta región desde el sur. Por ello, los tres meses ventosos: junio, julio, y sobre todo agosto (cuando el viento sopla cruelmente desde el Alto de Chisinche, cercano a Cuenca) son los más peligrosos. Aparece casi anualmente en el área de este paso, por lo menos es lo que se dice. También son los pobres indios que semidesnudos y bajo (los efectos) de la chicha se aventuran en el Azuay y allí les coge la noche. Como el Páramo está situado entre dos grandes poblaciones, su renombre ha aumentado como aquel del Páramo de Guanacas y de todos los sitios que se hallan bajo la gran ruta. Bouguer se burla de los supuestos peligros del Azuay y describe seriamente aquellos de Guanacas, que ameritaban todavía menos atención (...) El Azuay tiene también una falsa reputación de ladrones de caminos principales. (...)

El gobierno se ha propuesto frecuentemente disminuir el peligro del Azuay construyendo ahí tambos en los cuales puedan refugiarse las pobres gentes a las que sorprende la noche, o a quienes les falta fuerzas para ir más lejos. Los tambos resultarían bien pronto destruidos y quemados. Lo que me parece más seguro, durable y bien hecho, sería imitar a la naturaleza, que al sur de la ladera de Cadlud ha formado un Machay (no una verdadera cueva sino de rocas abovedadas), bajo las cuales las personas se ponen a salvo para pasar la noche a su abrigo. Se debería excavar 4 o 5 de estos abrigos con sus entradas bien pequeñas, tanto en Cadlud como en el Azuay mismo, a la bajada de la (laguna de) Culebrilla. Esto le he propuesto al presidente en una carta (enviada) desde Cuenca.

Desde Pumallacta se asciende bruscamente 360 toesas hasta el Cerro de Sitzán (1.936 toesas), que es el punto más elevado (...) El temporal era riguroso, un viento que congelaba, la nieve de verde vidrioso... Al final de esta ladera, en Tres Cruces, comienza el Azuay y el camino allí se divide: el uno va por la cuchilla y el otro por el valle más abajo. Hay partidarios de uno y otro camino, aquel de la altura sin duda es más frío, más nevado y más expuesto a los

vientos, pero el camino es bueno y con buena cabalgadura en 30 -35 minutos se está fuera del peligro. El camino de abajo está más abierto a distraerse (?) (así), pero es más largo y lleno de pantanos, ciénegas (así) muy peligrosas, y si no se conoce bien los malos pasos uno puede hasta caerse hacia atrás. La cantidad de nieve que caía mientras estábamos en Tres Cruces nos forzaba a preferir el camino de abajo. Todos caímos una y otra vez en los pantanos, y las mulas no se lanzaban sino con renuencia (...)

Se entra de fuera a un sitio de clásica arquitectura peruana. Estos aposentos, llamados actualmente *Los Paredones del Inga*, están situados entre la laguna 'de las Culebrillas' y el inmenso y pantanoso llano del Pullal, que atravesamos en un frío terrible hasta llegar a Turchi. (...)

A 800 toesas al sur de los Paredones y a unas 2 – 3 leguas en el 'llano de Pullal', existen los restos del gran camino de los Incas. Los antiguos caminos romanos que había visto en Italia no son ni más sólidos ni más grandiosos que el camino del Azuay, que está a la altura del Pico del Teide. Está (el camino) muy bien delineado y va sin interrupción en una sola línea a 3 -4.000 toesas, construido sobre terreno pantanoso; debe tener cimientos muy profundos. (...)

No se encuentra, hoy en día, vestigios de este camino de los Incas desde Paredones hasta cerca del Cañar. Este (lugar) está demasiado lejos como para dar una idea completa al gobierno peruano. (...) No cabe duda que este camino existía y que los Incas y su ejército iban y venían por él. La tradición dice que se trasladaban en muy poco tiempo, y que había casas de los Incas a cierta distancia y hasta albergues, pero no es probable que este camino haya sido construido con la misma magnificencia que aquel del Azuay, que no parece más que destinado a la comunicación de los dos palacios, aquel del Cañar y de los Paredones, por los pantanos de Pullal. (Humboldt, en Ramírez, 2009, pp. 30-31-32-34-35).

El nombre *Cadlud*, citado por Humboldt líneas arriba, parece corresponder, actualmente, al topónimo *Cadrul*.

Para cualquier viajero, extranjero o no, la situación era muy difícil y compleja: "Los viajeros que encuentran la muerte en estas desoladas regiones se dice que están 'emparamados'. Sin embargo el Páramo del Chimborazo no es muy peligroso. El Páramo más duro del Ecuador es el del Azuay, en el camino de Riobamba a Cuenca". (Hassaurek, 1997, p. 81).

Esto, por la vía que viene del norte; pero, como hemos dicho, el aislamiento (y las grandes dificultades) se da por los cuatro puntos cardinales. Así, tenemos testimonios de lo complicado y trabajoso que era movilizarse hacia la ciudad de Loja. El escritor y periodista riobambeño Gerardo Gallegos dice lo siguiente, hacia el año 1924. En este caso se trata de la visión de quien llega desde el sur:

Imperiosamente, como una sugestión, me recuerda el paso de la CORDILLERA DEL SILVÁN, bajo un páramo furioso. Eran las 11 de la noche. La luz de esta lámpara cabrilleaba sobre los yertos pajonales como sobre un desierto cubierto –en largas e interminables hileras –de destrenzadas cabezas de muertos.

Y los pajonales como descabellados, locos, sacudían sus yertas cabezas bajo el latigazo inaudito del huracán. A veces aullidos siniestros, y a veces desorbitadas carcajadas se tendían en el espacio. No sé por qué me parecía que ese pajonal inacabable era como un extraño cementerio y la luz perdida de mi lámpara, oscilante en los bruscos recovos del sendero, la fría luz de un enterrador en busca de no se supiera qué túmulo perdido o – como en los cuentos macábricos- en busca de la propia tumba... (Gallegos, 1924, p. 36)

Pero también los escritores azuayos hablaron de lo mismo, como es el testimonio de José María Astudillo Ortega, hacia el año 1951, en su novela *Entre barro y humo*. Ahora la mirada va dirigida hacia el sur:

Con la CARRETERA PANAMERICANA, ya pudimos grabar en kilómetros la distancia que separaba Cuenca de la ‘hermana del sur’, la fértil provincia de Loja, el ‘Jardín botánico del Ecuador’ como la galanteara el sentencioso P. Solano. De Cuenca a Loja, con esta racionalizada vía se abrevió un secular problema de cinco anticuados y bien andados días, con sus páramos eternos, sus cuevas infernales, ventisqueros y despoblados. Problema hoy resuelto con buen tiempo y buen carro, en 8 rápidas horas, que permitían observar a vuelo de llanta, las esplendideces de la suriana cordillera, desperezándose entre los bravos nudos del CAJANUMA y del AZUAY. (Astudillo Ortega, 1951, p. 54).

El paso de la cordillera occidental, para dirigirse hacia la costa, sobre todo a Guayaquil, o hacia los poblados azuayos ubicados en las estribaciones andinas, también fue muy difícil. Esto es lo que cuenta un narrador azuayo – Juan Íñiguez Vintimilla, en su novela *Viento y granizo*, del año 1942- sobre el aventurado cruce por la zona de El Cajás:

Tenía su casa, que desempeñaba el papel de hospedería, en *Quinoas*, al pie mismo del Cajas. (...)

-Tenemos nuestros encauchados –le observaron los viajeros.

Eso para *mama* Lucita era lo mismo que nada. Con el viento no había burlas. Era un tirano. Desnudaba, materialmente, a las personas, que, envueltas en el encauchado, no podían ni defenderse. Varias veces se había encontrado cadáveres como la madre les parió, cubiertos por la nieve o el granizo. Dónde quedarían las ropas. ¡Pero si se empeñaban mismo en irse, que el Señor les bendiga...!

Al medio día reanudaron los fugitivos el camino. Felizmente iban escoteros. Él se echó al hombro las pequeñas alforjitas de ropa, en las que iban también los encauchados, hasta que la necesidad los reclame.

El día estaba sereno. Un sol de gloria, contrarrestaba el frío de la altura. En los días anteriores había nevado con exceso, y quedaban todavía en algunos picachos y en las oquedades de las peñas, témpanos de formas caprichosas, que blanqueaban como garzas muertas. Ligeras nubecillas, como vedijas de algodón escarmenado, arrancaban de los picos más altos, y se juntaban a otras, espesándose y cambiando su blancura, por un claro de ceniza.

Un vientecillo inquieto jugaba empujando hojas y pajas secas, y levantando el escaso polvo del sendero en pequeños remolinos.

Cuando los viajeros se dieron cuenta, tenían sobre sí una extensa nube plomiza, con manchas equimóticas en el centro, que les dejó sin sol. El viento iba poniéndose más fuerte, y Juana sentíase fastidiada por sus travesuras, que pegándole las ropas al cuerpo, le quitaban la libertad de las piernas. Tuvieron que trincarse, con un pañuelo, el sombrero, porque no era suficiente el fiador para mantenerlo en la cabeza. Y, a pesar de todo, con mayor empeño, cada vez, ilusionados por la esperanza de ganar la vertiente opuesta, anticipándose a la tormenta, que les parecía inevitable, seguían avanzando.

De improviso, del seno tenebroso de la nube, escapó la sulfúrea serpiente del relámpago, acompañada de un trueno seco, agudo, que dilatándose ronco, repercutió en todas las cuencas del páramo... Al mismo tiempo comenzó a caer un chaparrón de granizo, descomunadamente grueso, que parecía que les apedreaban.

Arreció el viento con impetuosidades de huracán, y se entabló la tremenda lucha.

Los encauchados, lejos de servirles de protección, complicaban las dificultades. El viento se los echaba en la cabeza como una venda, impidiéndoles toda maniobra. Mientras desembarazarse de él, le arrebatava a Rojas las alforjas, les alzaba los vestidos a ambos y les embutía agua y granizo por todos los pliegues, hasta lo más recóndito.

La nube había descendido, se arrastraba sobre las cabezas de los viajeros.

Los rayos, cárdenos, estallaban sobre ellos, les pasaban quemando por delante de los ojos, y, por los lados, al contacto de la cara. Se alcanzaban los unos a los otros, con segundos de intermitencia, sin permitirles un instante de reposo, en la desesperada agonía de la marcha, si marcha podía llamarse ese combatir sin tregua. Era un castigo del cielo, todo aquel aparato de artillería, desplegado hasta la inclemencia de aquellas soledades, alrededor de una pareja indefensa, perseguida por las desgracias, sin más fortaleza que la de su pasión insana.

¡Qué brutalidad la de haber llevado el camino por esas alturas vecinas del infinito, puestas por Dios como almacenes de reserva de agua para los tiempos de sequía, no para el tránsito, al cual le quedaban las faldas y los bajíos, o la perforación de túneles, para conservar las condiciones de la vida! Eso no se explicaba, sino por la ambición egoísta de hombres sin moral para quienes los demás no existen, sino para provecho suyo.

La pobre Juana mascullaba oraciones, que el viento no le dejaba concluir, metiéndole las alas en la boca y cortándole la espiración. Al mismo tiempo le arremolinaba las faldas, que ella sostenía con las manos en defensa de su honestidad. Si ahogada, le oponía las espaldas, echábale los vestidos a la cabeza, y el granizo la flagelaba con su látigo de cien ramas, amoratándole las carnes. Chorros de agua helada le bajaban a lo largo de las piernas temblorosas y crispadas, inundándole los zapatos, en los que nadaban los pies.

A pesar de todo, sin tener dónde asilarse, pavorizados, chorreando, y en lucha con tantos elementos sin control, continuaban adelante, empujados por el amor y el miedo de ser alcanzados. Ya no existía camino, sino una sábana de granizo, sobre la cual ambulaban

atascándose y en peligro de perder el calzado, que a cada paso sentían escapárseles. Entonces, para mayor expedición, se descalzaron. Le contristaba a Rojas, ver los blancos pies de su amada resbalar sobre los bancos de granizo, como dos flores azuladas, azotados por los bordes de las sayas flojas y alargadas con el peso de la lluvia.

Al salir hacia una altura, donde asentaba con mayor fuerza el viento, perdido el equilibrio y apretando contra el pecho las alforjas, Rojas cayó de bruces y Juana fue levantada con los vestidos que se le salieron por la cabeza como una tela de paragua, yendo a caer a varios metros de distancia, exánime y sin fuerzas. Hasta que Rojas acuda a su auxilio, se hallaba ya medio enterrada en la masa de porcelana del granizo.

-¡Déjame... déjame morir... Dios mío!... ¡Ya no puedo más! –suplicó a su cómplice, con el más hondo desaliento, negándose a moverse de su ataúd de hielo.

-No tienes derecho a morirme en tanto que yo viva... ¡Vamos!... ¡Arriba!- le repuso Rojas, queriendo infundirle ánimo.

Este diálogo en la desolación del páramo, a la vecindad del cielo, bajo la furia de los elementos, era para conmover a las rocas... -La flagelación continuaba en forma despiadada y cruel, como si todo no fuera sino instrumento sordo de la ejecución de una sentencia. Buscó Rojas en torno, alguien que pudiera favorecerle: estaba solo. Buscó en su derredor algún sitio donde guarecerse, bajo alguna piedra o la joroba de algún picacho: no distinguió nada. Las alforjas, destilando agua, le pesaban como plomo: las botó a un lado. Recogió las ropas de Juana, que yacían como un pingajo de trapos entre el hielo, haciéndolas un ovillo. Arrancó de su ataúd a la pobre amada, rígida, agonizante y se la echó a las espaldas, emprendiendo la carrera, medio loco, sin saber a dónde.

Aquel acto de energía, les salvó. No había andado diez minutos, cuando avanzó a distinguir el pico vencido de una roca, a cuyo pie, detrás de enormes piedras que obstruían la entrada, había una especie de cueva. La esperanza reverdeció en su alma, y enderezó hacia ella. (Íñiguez Vintimilla, 1942, pp. 314-319).

Y, para cerrar el círculo del aislamiento y de las dificultades de movilización, tenemos que también la cordillera oriental ofrecía enormes obstáculos para la conexión entre los pueblos, en este caso, entre los habitantes

de la zona serrana y los colonos de la región amazónica. El cazador y naturalista italiano Enrico Festa, hacia el año 1895, nos cuenta sobre su ingreso al oriente, desde la provincia del Azuay, hacia Gualaquiza:

CAMINO AL ORIENTE

De Sígsig a Gualaquiza

Luego el camino, después de un corto trecho casi plano, se hace accidentado, lleno de ‘camellones’ y, comienza a trepar las laderas de la pequeña ‘cordillera’ del Molong, que forma como un contrafuerte de la cordillera del Matanga.

Después de una larga y fatigosa subida llegamos por fin en la zona de los ‘páramos’ del Matanga, donde el camino se hace más transitable, y pasa en medio de extensos y espesos ‘pajonales’. Poco después nos sorprendió una furiosa tempestad de nieve que nos acompañó hasta la loma llamada ‘La Portada’, nombre muy acertado porque esta abra viene a ser prácticamente una puerta de acceso a infinitas soledades de la región amazónica.

Esa inmensa región, vista desde esta loma, parece una enorme planicie por las neblinas que la envuelven, casi todo el tiempo. En cambio está erizada de altas ‘cordilleras’ y surcadas por valles profundos.

Nos detuvimos un buen rato para dejar descansar a nuestras cabalgaduras (...)

Después de ‘La Portada’, el camino cortado en una pared de roca casi vertical, baja serpenteando y tiene menos de un metro de ancho, así que en varios puntos el viajero se encuentra como suspendido al filo de un espantoso abismo: los indios llaman a este mal paso ‘El Churuco’, o sea, el caracol. Nos pareció prudente apearnos, dejando que nuestras cabalgaduras se las arreglaran solas con su sagaz instinto.

La angustia que experimenta el viajero casi no le permite admirar el paisaje imponente y pintoresco que lo rodea. Las laderas del Churuco están alfombradas con elegantes plantas trepadoras; arriba se perfilan contra el cielo las altísimas cumbres del Matanga, y un poco más hacia el este y el sur se extiende una intrincada red de montañas y valles completamente cubiertas de un tupido manto de espesa selva. (Festa, 1993, pp. 129-130).

El regreso de Gualaquiza al Sígsig

Por suerte superamos sin problemas los difíciles pasos del Calvario y del Churuco, más peligrosos ahora por la lluvia, que convierte las piedras en trampas resbaladizas. En el punto más alto de la colina de la Portada, nos coge un viento impetuoso y helado, y la lluvia se convierte en nevisca helada que nos golpea duramente la cara (...)

Aquí también el camino es pésimo y los ‘camellones’ profundísimos.

Después de atravesar los ‘pajonales’ del Matanga, entramos trabajosamente en la región boscosa del Molong. Nuestras mulas están cansadísimas: una que otra cae y parece echar raíces en el lodo; para levantarla debemos hacer esfuerzos hercúleos. (Festa, 1993, p. 230).

Pero no solo tenemos testimonios de extranjeros. El escritor cuencano Alfonso Cuesta y Cuesta (1912-1991), en su novela *Los hijos* (1983) nos describe las grandes dificultades de los empobrecidos azuayos que migran en busca del paraíso perdido, en las zonas auríferas del oriente:

AL ORIENTE POR LA VÍA PAUTE-MÉNDEZ

A partir de la choza del Ciempiés, la tierra se levanta a grandes rasgos, volviéndose inhabitable. Los picos se suceden, ascendentes, formando gigantescos anfiteatros. Leguas de paja ondulan a sus faldas. En ocasiones el aire está sereno y la vista humana atraviesa distancias inauditas: se ve la nieve, hacia el norte, y cuando se la sigue con la vista es como si se le siguiera a un inmenso delfín, pues desaparece en los abismos y aparece –de pronto– en los picachos, hundiéndose otra vez y otra vez surgiendo en la radiante lejanía. También el eco se dilata como nunca; hablan las peñas, quiébranse ramas invisibles y cuando se ha caminado largo trecho se encuentra, en algún ható, indias zarcilludas, de azules polleras, quebrando leña seca en las rodillas. El agua baja desde las breñas como cencerros. Cóndores tranquilos planean en las alturas: mueven de tiempo en tiempo las alas, tomando nuevo ímpetu- abajo su sombra va salvando abismos-y suben hacia el sol en grandes círculos. O sesgan y se van por la tangente, abandonándose, como arrastrados por invisibles ríos. Otras veces el páramo está gris, de infinita monotonía, hasta que el viento se levanta y el relámpago rompe grandes tubos de órgano y horizontes enteros se trasladan de un lugar a otro, mientras hombres y bestias se debaten en el barro como gusanillos. La ruta va sobre la paja en hondos surcos que se reúnen y separan, cambiando de color según la clase de terreno que atraviesan.

Salva la más alta cuchilla y comienza el descenso hacia el oriente. Y ya se ve la selva, abajo, unida al cielo en monstruosa inglen. (...)

Aquí se detenían los caballos antes del éxodo, pero ahora avanzan todavía unos kilómetros hasta el primer 'tambo'. Caminan agobiados de carga, por las dantescas escaleras de los camellones, cayendo, levantándose, quebrándose a veces las nerviosas patas (...)

La ruta, en tanto, se hacía más difícil. De trecho en trecho, frescas osamentas de caballos levantábanse entre las raíces y el barro, desquiciadas, como en actitud aún de avanzar al límite del esfuerzo posible (...)

El guía había orientado a Argudo:

-¿Ve esa línea, allá al fondo?: Es Méndez. De aquí, dos días. Y eso que ahora los mineros a fuerza de caminar le han enderezado al camino. Antes, cuatro días, cuando no se volvía al mismo sitio, dando vueltas...

-¿Y los ríos?

-El Paute se da la vuelta por arriba. Se une al Upano, allá donde ve esa encañada. De aquí, tres días. (Cuesta y Cuesta, pp. 327 - 329)

Hemos visto testimonios por separado; pero también podemos encontrar descripciones de esta realidad, vista desde la perspectiva de un solo autor. En este caso, no hay referencia a los cuatro puntos cardinales; pero sí a los tres principales, para la situación de la cultura regional. El escritor azuayo Carlos Aguilar Vázquez, en su novela *Los Idrovos* (1997) nos expone la situación:

En 1899, Cuenca no tenía sino tres salidas: una por Naranjal a Guayaquil, otra por Azogues a Quito i la tercera por Tarqui a Loja. Rutas pésimas, zanjas de barro i tembladeras traicioneras en el invierno. De piedras resbaladizas i de pendientes bruscas, en invierno i en verano. Salían de la ciudad: los profesionales en busca de escenarios más amplios i ricos para el ejercicio de sus actividades; los padres de la patria para apuñlear a la República en Asambleas i en Congresos; los comerciantes ávidos de ganancias i los vagabundos fascinados por el amor i la riqueza de otras tierras. Cuanto entraba era transportado por recuas de lerdas mulas o sobre los hombros de mitayos de carga". (p. 295)

Ya tenemos el panorama geográfico completo que explica el aislamiento de la región azuayo-cañari.



2 LAS CONDICIONES CULTURALES

2. LAS CONDICIONES CULTURALES

Dentro el aspecto cultural (y étnico, también) la zona azuayo-cañari es bastante uniforme. Los primeros pobladores de la región fueron los cañaris, una antigua etnia que se asentó en estos lugares desde hace más de diez mil años, según lo dicen los historiadores y arqueólogos (“El resultado del análisis de dos muestras de carbón vegetal de la expresada Cueva Negra [de Shobshi, en el cantón Sígsig], que le habían sido entregadas por el Dr. Reinoso; análisis que revelaba la datación de 8.400 +/- años de la muestra tomada de 10 centímetros bajo la superficie, y de 1010 +/- años de la sacada de 20 centímetros de profundidad”. (Saville, 2000, p. 15)). A la base cañari se sobrepuso, luego, la presencia del pueblo quichua con su cultura, que se convirtió en dominante; pero este hecho fue modificado dentro de poco, por la llegada de la cultura española. De modo que, si sumamos estos tres factores culturales que produjeron un notable caso de mestizaje biológico y cultural, tenemos un pueblo con características propias, con una fisonomía particular y reconocible en cualquier parte del país. La zona azuayo-cañari evolucionó de acuerdo con sus propias virtualidades y sus limitaciones; lo que le dio una personalidad única, tal como ya lo señaló el geógrafo Terán, en 1946:

el viajero que cruza este valladar, que por centurias se ha levantado como un centinela impidiendo la fácil comunicación de los pueblos australes con los norteños o los cercanos al mar, por poco observador que sea, nota marcadas diferencias aún tratándose de leves detalles como la comida, el vestido indígena, el acento idiomático, etc. (Terán, p. 176).

En el plano de la lengua tenemos notables diferencias, no solo por la presencia de palabras cañaris, que contrastan con voces quichuas, como son los casos de “gullán”, lo que en el resto de la sierra recibe el nombre de “taxo”. El inca Garcilaso de la Vega habla de la “huminta” (término que luego evolucionó a “humita”. La siguiente es la cita respectiva: “Me sustenté hasta los nueve o diez años con la zara que es el maíz, cuyo pan tiene tres nombres: *Sangu* era el de los sacrificios; *huminta* el de sus fiestas y regalos; *tanta*, pronunciada la primera sílaba en el paladar, es el pan común. (Garcilaso de la Vega II, 1976, p. 171). Este platillo de la comida tradicional recibe, en la zona azuayo-cañari, el nombre de “chumal”, y por ser nombre nativo y propio, debe ser valorizado y conservado. El escarabajo, que en el norte recibe el nombre de “catzo” (y que, además es comestible en la misma región de la sierra) en la zona azuayo-cañari recibe el nombre de “chuna”, y en español, “mala nueva” o “buena nueva”, dependiendo de su coloración. (Ver capítulos 18.1.1 y 18.2.5)

Si esto ocurre en el campo léxico-lingüístico, es de esperar también que en el campo de la mitología la zona azuayo-cañari ha de conservar (o habrá creado, en algunos casos) mitos o seres mitológicos especiales de su cultura. Es muy probable que también en otras partes de la zona serrana aparezcan estos seres; pero siempre hay alguna nota característica que los diferencia de los seres míticos de nuestra región de estudio, como se verá más adelante.

Sin embargo, a pesar de las enormes dificultades para la comunicación, los pobladores aborígenes de esta región sí mantuvieron alguna clase de contacto con los pueblos de la región costera y del oriente. En las tumbas de los cañaris o de los inco-cañaris se han encontrado conchas marinas y madera de chonta, árbol que crece en la zona oriental. Esto es lo que señala González Suárez (1922): “En los sepulcros o huacas no solo de Chordeleg sino de muchos otros puntos del Azuay, se han encontrado las conchas o caracoles grandes, (que hasta ahora usan los indios a manera de bocinas y que las llaman ‘quipa’”). (p. 39).

Y sobre la chonta: “El más notable entre los objetos descubiertos en aquel sepulcro fue uno de madera de chonta, forrado con una tela delgada de plata”. (González Suárez, 1922, p. 41)

Y, por último, hay que reconocer también que, en el campo de la mitología, nos encontramos con presencia del mestizaje cultural. Así, en el mito de la Mama Huaca (versión undécima) tenemos elementos cristianos y, en el mismo texto, presencia también de parte de una narración infantil y popular de procedencia europea, como es el caso de *Pulgarcito*, de Charles Perrault.



3

LOS MITOS DE ORIGEN

3. LOS MITOS DE ORIGEN

3.1 Las guacamayas

Estas aves de vistoso y exótico colorido fueron adoradas por los cañaris. La razón para esto fue que, según su mito de origen, los cañaris son descendientes de estas aves y de una pareja de hermanos, los sobrevivientes de una catástrofe. De este mito se han conservado algunas versiones, que, en el fondo, todas se vuelven complementarias, tal como las vemos a continuación:



Figura 1.
Las guacamayas.

3.1.1 Primera versión

El padre **Cristóbal de Molina** (1529- 1585) fue uno de los primeros en interesarse en rescatar los mitos de los aborígenes americanos, en este caso de los cañaris. La siguiente es la narración del cura cuzqueño:

En la provincia de Quito, está una provincia llamada Cañaribamba y así llaman los yndios cañaris por el apellido de la provincia, los cuales dicen que al tiempo del diluvio en un cerro muy alto llamado Huacayñán, que está en aquella provincia, escaparon dos hermanos en él, y dicen en la fábula que como yban las aguas creciendo yba el cerro, de modo que no les pudieron enpear las aguas, y que

allí, después de acabado el diluvio, y acabándoseles la comida que allí recoxieron, salieron por los cerros y balles a buscar de comer y que hizieron una muy pequeñita cassa en que se metieron, a do se sustentaban de raíces y yerbas, pasando grandes trabajos y hambre; y que un día, habiendo ydo a buscar de comer, cuando a su casilla bolvieron, hallaron hecho de comer y para beber chicha, sin aver de dónde ni quién lo hubiese hecho ni allí traydo; y que esto lo acaeció como diez días, al cavo de los cuales trataron entre sí querer ver y saber quién les hacía tanto bien de tanta necesidad, y así el mayor de ellos acordó quedarse escondido y vió que venían dos aves que llaman aguaque, por otro nombre torito y en nuestra lengua les llamamos guacamayos. Venían vestidas como cañares y largos cabellos en las cabezas, atada la frente como aora andan, y que llegadas a la choza, la mayor de ellas vido al yndio escondido y que se quitó la lliclla, que es el manto que usan, y que empezó a hacer de comer de lo que trayan, y como vido que eran tan hermosas y que tenían rostros de mujeres, salió del escondrijo y arremetió a ellas; las cuales como el yndio vieron con grande enojo se salieron y se fueron bolando, sin hazer ni dexar ese día que comiesen.

Y viendo que fue el hermano menor del campo que avía ydo a buscar que comer, como no hallase cossa aderezada como los demás días solía hallar, preguntó la causa dello a su hermano, el cual se la dixo; y sobre ello hubieron gran enojo, y así el hermano se determinó a quedarse escondido hasta ver si bolvían. Y al cabo de tres días bolvieron dos guacamayas y empezaron a hacer de comer, y como viese tiempo oportuno para cogerlas, entró al tiempo que vido que ya avían hecho de comer; arremetió a la puerta y cerrola y cogiolas dentro, las cuales mostraban gran enojo, y así asíó de la menor; porque la mayor mientras tenía a la menor se fue. Y con esta menor dicen tuvo acceso y cópula carnal, en la qual, en discurso del tiempo, tuvo seis hijos y hijas, con las cuales vivió en aquel cerro mucho tiempo, sustentándose de las semillas que sembraron, que dicen trajo la guacamaya, y que destos hermanos y hermanas, hijos de esta guacamaya que se repartieron por la provincia de Cañaribamba, dicen, proceden todos los cañaris; y así tienen por huaca el cerro llamado Huacayñán y en gran veneración a las guacamayas; y tienen en mucho las plumas de ellas para sus fiestas. (En Aguilar Vázquez, 1978, pp. 40-41).

3.1.2 Segunda versión

El relato de **Pedro Sarmiento** de Gamboa es el siguiente:

EL DILUVIO CAÑARI: También dicen algunas naciones, fuera de los cuzcos, que se salvaron deste diluvio algunos para propagación del siglo venidero. Y en cada nación hay fábula particular, que ellos cuentan, de cómo sus padres primeros, después del diluvio, se salvaron de las aguas. Y para que se vea la orden que tienen en sus ceguedades, pondré una sola, de la nación de los cañares, tierra de Quito y Tomebamba, cuatrocientas leguas del Cuzco y más.

Dicen que en el tiempo del diluvio *huno pachacuti*, en la provincia de Quito, en un pueblo llamado Tumibamba, estaba un cerro llamado Guasano, y hoy lo muestran los naturales de aquella tierra. En este cerro se subieron dos hombres cañares, llamados el uno Ataorupagui y el otro Cusicayo. Y como las aguas iban creciendo, el monte iba nadando y sobreaguando de tal manera que nunca fue cubierto de las aguas del diluvio. Y así los dos cañares escaparon. Los cuales dos, que hermanos eran, después quel diluvio cesó y las aguas bajaron, sembraron. Y como un día hobiesen ido a trabajar, cuando a la tarde volviesen a su choza hallaron en ella unos panecitos y un cántaro de chicha, que es brebaje que en esta tierra se usa en lugar de vino, hecho de maíz cocido con agua; y no supieron quién se lo había traído. Y por ello dieron gracias al Hacedor y comieron y bebieron de aquella provisión.

Y otro día les fue enviada la misma ración. Y como se maravillasen deste misterio, cudiciosos de saber quién les traía aquel refrigerio, escondiéronse un día, para espiar quién les traía aquel manjar. Y estando aguardando, vieron venir dos mujeres cañares, y guisáronles la comida y pusiéronsela donde solían. Y queriéndose ir, los hombres las quisieron prender; mas ellas se escabulleron dellos y se escaparon. Y los cañares, entendiendo el yerro que habían hecho en alborotar a quien tanto bien les hacía, quedaron tristes, y pidiendo al Viracocha perdón de su yerro, le rogaron que les tornase a enviar aquellas mujeres a darles el mantenimiento que solían. Y el Hacedor se lo concedió, y tornando otra vez las mujeres, dijeron a los cañares: 'El Hacedor ha tenido por bien de que tornemos a vosotros, porque no os muráis de hambre' Y les hacían de comer y servían. Y tomando amistad las mujeres con los hermanos cañares, el uno de ellos hubo ayuntamiento con la una de las mujeres. Y como el mayor se ahogase en una laguna que

allí cerca estaba, el que quedó vivo se casó con la una, y a la otra tuvo por su manceba. En las cuales hobo diez hijos, de los cuales hizo dos parcialidades de a cinco, y poblándolos llamó a la una parte Hanansaya, que es lo mesmo que decir el bando de arriba; y al otro Hurinsaya, que significa el bando de abajo. Y de aquellos se procrearon todos los cañares que agora son. (Sarmiento de Gamboa, 1943, pp. 103-104).

3.1.3 Tercera versión

Bernabé Cobo, un poco más adelante en el tiempo también nos presenta su versión de este mito cañari:

Los naturales de la provincia de Cañaribamba, diócesis de Quito, cuentan que se salvaron del diluvio dos mancebos hermanos en un monte muy alto que hay en su tierra llamado *Huacayñán*, y que después de pasado el diluvio y acabádoseles la vitualla que allí habían recogido, salían por el contorno a buscar de comer, dejando sola su morada, que era una pequeña choza que habían hecho en que albergarse, y que, sustentándose de raíces y yerbas, pasaron por algún tiempo grandes necesidades y hambre; mas que, volviendo un día a su choza de buscar de comer quebrantados de cansancio, la hallaron muy abastecida de diversos manjares y abundancia de *chicha*, sin saber de dónde ni quién les hubiese hecho tan notable beneficio y regalo. Quedando muy admirados desto, buscaron con diligencia si parecía por allí alguien, con deseo de saber de cuya mano eran socorridos en tiempo de tanta apretura, y no hallando rastro de gente, se asentaron a comer y mataron la hambre por entonces; y que desta manera pasaron diez o doce días, hallando siempre proveído de comidas el rancho como el primer día. Al cabo de este tiempo, curiosos de ver y conocer a quien les hacía tanto bien, acordaron que el uno se quedase escondido en casa, y para esto, hicieron un hoyo en la parte más oscura della, en que se metió el uno, y el otro se fue a su ejercicio del campo.

En este tiempo vio el que estaba en centinela entrar por la puerta dos *guacamayas* (son aves de género de *papagayos*), y que luego que estuvieron dentro se transformaron en dos hermosas mujeres *pallas*, que es tanto como nobles de sangre real, ricamente vestidas del traje que usan hoy las mujeres cañares, con el cabello largo y tendido y ceñida por la frente una hermosa cinta; y que, quitándose

las *llicllas*, que son sus mantos, empezaron a aderezar de comer lo que traían. El mancebo salió en esto de su escondrijo, y saludándolas cortésmente, comenzó a trabar conversación con ellas; las cuales, entonces, alborotadas y turbadas de que las hubiesen visto, sin responder palabra se salieron a prisa de la casa, y vueltas en su primera forma de *guacamayas*, se fueron volando sin hacer ni dejar este día qué comiesen. El mozo, cuando se halló solo, viendo que no le había salido el lance como deseaba, se comenzó a afligir y lamentar, maldiciendo su fortuna. Estando en esta congoja, llegó del campo el otro hermano, y sabido el suceso, le riñó con enojo y cólera, motejándole de cobarde y hombre sin brío ni valor, pues había perdido tan grande ocasión; en fin, se determinaron de quedarse ambos escondidos en casa, para ver si volvían las *guacamayas*. Ellas, al cabo de tres días, volvieron como solían, y entrando por la puerta, tomaron forma humana, apareciendo dos bellas doncellas, y empezaron a poner en orden la comida. Los mozos, que estaban en acechanza, habiéndolas dejado asegurar un rato, salieron de improviso, y cerrándoles la puerta sin preceder cortesía alguna, se abrazaron con ellas, a las cuales no dio lugar la turbación a tomar su figura de aves. Comenzaron con enojo y despecho a dar gritos y hacer fuerzas para soltarse, pero los mancebos, al fin, con halagos y palabras amorosas las aplacaron y quietaron; y cuando las vieron sosegadas, les rogaron ahincadamente les contasen su progenie y linaje y la causa de venirles a hacer aquel beneficio. Ellas, ya pacíficas y tratables, les respondieron que el *Ticciviracocha* les había mandado hacer aquel ministerio, socorriéndoles en aquel conflicto, porque no pereziesen de hambre. En conclusión, ellas se quedaron por esposas de los dos mancebos, y de la sucesión que dejaron afirman haberse poblado aquella provincia de los *Cañares*; y así tenían esta nación por *guaca* y adoratorio célebre al dicho cerro de *Huacayñán*, y por dioses principales a las *guacamayas*, con cuyas plumas se suelen engalanar en sus fiestas y regocijos, y adoraban ídolos en figura destas aves. Y yo vi no ha muchos años en esta ciudad de Lima, traída de dicha provincia de Cañaribamba, una columna pequeña de cobre con dos *guacamayas* en su cumbre, obradas del mismo metal, a las cuales en su gentilidad adoraban por diosas los cañares, en memoria de la fábula referida. (Cobo, 1964, pp. 151-152).

3.1.4 Cuarta versión

El historiador **González Suárez** también presenta su versión de este mito:

Decían, pues, los cañaris, que, en tiempos muy antiguos, habían perecido todos los hombres con una espantosa inundación, que cubrió toda la tierra. La provincia de Cañaribamba estaba ya poblada, pero todos sus habitantes se ahogaron, logrando salvarse solamente dos hermanos varones en la cumbre de un monte, el cual, por eso se llamaba Huacay-ñán o camino del llanto. Conforme crecía la inundación, se levantaba también sobre las aguas este cerro: los antiguos moradores, que, huyendo de la inundación se habían subido a los otros montes, todos perecieron, porque las olas cubrieron todos los demás montes, dejándolos sumergidos completamente.

Los dos hermanos, únicos que habían quedado con vida después de la inundación, de la cueva en la que se habían guarecido salieron a buscar alimento; mas ¿Cuál no fue su sorpresa, cuando, volviendo a la cueva encontraron en ella manjares listos y aparejados, sin que supiesen quién los había preparado? Esta escena se repitió por tres días, al cabo de los cuales, deseando descubrir quién era ese ser misterioso que les estaba proveyendo de alimento, determinaron los dos hermanos que el uno de ellos saldría en busca de comida, como en los días anteriores, y que el otro se quedaría oculto en la misma cueva. Como lo pactaron así lo pusieron por obra. Mas he aquí que estando el mayor en acecho para descubrir el enigma, entran de repente a la cueva dos guacamayas, con cara de mujer; quiere apoderarse de ellas el indio, y salen huyendo. Esto mismo pasó el primero y el segundo día.

Al tercero, ya no se ocultó el hermano mayor sino el menor: este logró tomar a la guacamaya menor, se casó con ella y tuvo seis hijos, tres varones y tres hembras, los cuales fueron los padres y progenitores de la nación de los cañaris. La leyenda no dice nada respecto de la suerte del hermano mayor, pero refiere particularidades relativas a las aves misteriosas: las guacamayas tenían el cabello largo y lo llevaban atado, a usanza de las mujeres cañaris; las mismas aves fueron quienes dieron las semillas a los dos hermanos, para que sembraran y cultivaran la tierra.

Estimulados por esta tradición religiosa, los cañaris adoraban como a una divinidad particular al cerro de Huacay-ñán. (González Suárez, s.f. , p. 88).

Para nosotros *Huacay-ñán* no es “el camino del llanto”, como lo señala González Suárez. Nos parece más sencillo y claro descomponer el nombre en *huaca* y *ñan*, es decir *camino de la huaca*, *camino del adoratorio*; puesto que los cañaris adoraban también a los cerros notables y mucho más, en este caso, tratándose del cerro donde se salvaron los progenitores.

3.2 La culebra

Pero, como ya hemos visto que no había uniformidad en cuanto a lo cultural y lingüístico entre los cañaris, es natural también pensar que, aun en el plano del pensamiento mítico, pudieron haber existido diferencias. Esto es precisamente lo que plantea González Suárez (1965) respecto del origen:

Los cañaris se creían descendientes de una culebra, grande y misteriosa, la cual finó sumergiéndose ella misma voluntariamente en una laguna solitaria de agua helada, que se halla sobre el actual pueblo del Sígsig, en la cordillera oriental de los Andes. Esta laguna era para los cañaris del Azuay un lugar sagrado y un santuario, y en ofrenda a la culebra que les había dado el ser, acostumbraban arrojar al agua figuritas pequeñas o idolitos de oro. (p. 31).

Y en otra obra suya plantea lo siguiente:

Los célebres pobladores del valle de Gualaceo, donde estaba el adoratorio de Chordeleg, se tenían a sí mismos por descendientes de una gran culebra, que después de la inundación de la tierra, había acabado por sumergirse en la laguna, que está en la cordillera oriental, sobre el pueblo de Zigzig (sic). ¿No aludiría a esta creencia supersticiosa el nombre mismo de Cañari, tal como nosotros lo hemos interpretado?... (González Suárez, s.f., t. 25, p. 20)

González Suárez se refiere a una etimología totalmente fantasiosa que propuso para tratar de entender el sentido original de la palabra “cañari”. La presentamos a continuación, e insistimos que se trata de algo absolutamente equivocado, puesto que los cañaris no son mayas ni quichés, ni procedentes de ningún otro pueblo centroamericano.

Nosotros conjeturamos que el apellido de ‘cañari’ no pertenece ni a la lengua quichua ni a la aymara, y lo interpretamos como un vocablo compuesto, propio del idioma quiché; en cuyo compuesto ‘cañari’, sería lo mismo que **Can-ah-ri**, que significa “estos son los de la culebra”, suprimiendo el verbo sustantivo, según la índole del idioma quiché, tan amigo de la elipsis. **Ah** es partícula que puesta

antes o después del nombre significa posesión. **Ri** pronombre demostrativo; de donde **Canahri** podría interpretarse en latín diciendo 'Isti (sunt) filii serpentis'. Nuestra interpretación concuerda con las tradiciones de los quichés, en las cuales, a cada paso ellos se daban a sí mismos el nombre de hijos de la culebra. (González Suárez, s.f., t. 28, p. 119)

En otro lado de su trabajo el mismo autor pone que CAN es “nombre sustantivo común, significa culebra, serpiente”. (González Suárez, s.f., t. 28, p. 117)

3.3 El leopardo

El padre Matovelle (1967) habla también de un tercer grupo en cuanto a su origen mítico:

Los aborígenes que moraban a orillas del Jubones se jactaban de descender de un LEOPARDO (GUAGUAL, en idioma cañari), y tenían a este felino por animal sagrado. La PACARINA de esas tribus habrá sido alguna cueva habitada por fieras y próxima a las playas de ese río. (p. 30).

3.4 Otros mitos de origen

Dentro de este acápite debemos también citar algunos fragmentos de mitos de origen, ya no del pueblo cañari, sino de algunos seres de la región, como es el caso del origen de los shugshis (los renacuajos). Este relato aparece brevemente esbozado en la décima cuarta versión del mito de la Mama Huaca. (Ver capítulo 4.1.14)



4

LA MAMA
HUACA

4. LA MAMA HUACA

Antes de acercarnos a este ser mitológico es conveniente aclarar que la palabra “huaca” es quichua, y fue minuciosamente explicada y analizada por el inca Garcilaso de la Vega (1976) en sus *Comentarios reales*, I (pp. 65-71); pero, como ya lo habíamos anticipado, en la región azuayo-cañari adquiere nuevas características semánticas, mitológicas y culturales, en general.

4.1 La evolución del concepto

Veamos, primero lo que el Inca Garcilaso nos dice:

Capítulo III Tenían los Incas una cruz en lugar sagrado.

La cruz era cuadrada, tan ancha como larga; tendría de largo tres cuartas de vara, antes menos que más, y tres dedos de ancho y casi otro tanto de grueso; era enteriza, toda de una pieza, muy bien labrada, con sus esquinas muy bien sacadas, toda pareja, labrada de cuadrado, la piedra muy bruñida y lustrosa. Teníanla en una de sus casas reales, en un apartado de los que llaman **huaca**, que es lugar sagrado. No adoraban en ella, mas de que la tenían en veneración; debía ser por su hermosa figura o por algún otro respeto que no saben decir. (...)

Capítulo IV. De muchos dioses que los historiadores españoles impropriamente aplican a los indios.

(...)

Adelante, en su lugar, trataremos del Dios Viracocha, que fue una fantasma que se apareció a un príncipe heredero de los Incas diciendo que era hijo del Sol.

Los españoles aplican otros muchos dioses a los Incas por no saber dividir los tiempos y las idolatrías de aquella primera edad y las de la segunda. Y también por no saber la propiedad del lenguaje para saber pedir y recibir la relación de los indios, de cuya ignorancia ha nacido dar a los Incas muchos dioses o todos los que ellos quitaron a los indios que sujetaron a su Imperio, que los tuvieron tantos y tan extraños como arriba se ha dicho. Particularmente nació este engaño de no saber los españoles las muchas y diversas significaciones que tiene este nombre **huaca**, el cual, pronunciada la última sílaba en lo alto del paladar, quiere decir

ídolo, como Júpiter, Marte, Venus, y es nombre que no permite que de él se deduzca verbo para decir idolatrar. Además de esta primera y principal significación tiene otras muchas, cuyos ejemplos iremos poniendo para que se entiendan mejor. Quiere decir cosa sagrada, como eran todas aquellas en que el demonio les hablaba, esto es, los ídolos, las peñas, piedras grandes o árboles en que el enemigo entraba para hacerles creer que era dios. Asimismo llaman **huaca** a las cosas que habían ofrecido al Sol, como figuras de hombres, aves y animales, hechas de oro o de plata o de palo, y cualesquiera otras ofrendas, las cuales tenían por sagradas, porque las había recibido el Sol en ofrenda y eran suyas, y, porque lo eran, las tenían en gran veneración.

También llaman **huaca** a cualquiera templo grande o chico y a los sepulcros que tenían en los campos y a los rincones de las casas, de donde el demonio hablaba a los sacerdotes y a otros particulares que trataban con él familiarmente, los cuales rincones tenían por lugares santos, y así los respetaban como a un oratorio o santuario.

También dan el mismo nombre a todas aquellas cosas que en hermosura o excelencia se aventajan de las otras de su especie, como una rosa, manzana o camuesa o cualquiera otra fruta que sea mayor y más hermosa que todas las de su árbol; y a los árboles que hacen la misma ventaja a los de su especie les dan el mismo nombre. Por el contrario llaman **huaca** a las cosas muy feas y monstruosas, que causan horror y asombro, y así daban este nombre a las culebras grandes de los Antis, que son de a veinte y cinco y de a treinta pies de largo. También llaman **huaca** a todas las cosas que salen de su curso natural, como a la mujer que pare dos de un vientre; a la madre y a los mellizos daban este nombre por la extrañeza del parto y nacimiento; a la parida sacaban por las calles con gran fiesta y regocijo y le ponían guirnaldas de flores con grandes bailes y cantares por su mucha fecundidad; otras naciones lo tomaban en contrario, que lloraban, teniendo por mal agüero los tales partos.

El mismo nombre dan a las ovejas que paren dos de un vientre, digo al ganado de aquella tierra, que, por ser grande, su ordinario parir no es más de uno, como vacas o yeguas, y en sus sacrificios ofrecían más aún de los corderos mellizos, si los había, que de los otros, porque los tenían por de mayor deidad, por lo cual les llaman **huaca**; y por el semejante llaman **huaca** al huevo de dos yemas, y

el mismo nombre dan a los niños que nacen de pies o doblados o con seis dedos en pies o manos o nace corcovado o con cualquiera defecto mayor o menor en el cuerpo o en el rostro, como sacar partido alguno de los labios, que de éstos había muchos, o bisojo, que llaman señalado de naturaleza.

Asimismo dan este nombre a las fuentes muy caudalosas que salen hechas ríos, porque se aventajan de las comunes, y a las piedrecitas y guijarros que hallan en los ríos o arroyos, con extrañas labores o de diversos colores, que se diferencian de las ordinarias.

Llamaron **huaca** a la gran cordillera de la Sierra Nevada que corre por todo el Perú a lo largo hasta el Estrecho de Magallanes, por su largura y eminencia, que cierto es admirabilísima a quien la mira con atención. Dan el mismo nombre a los cerros muy altos, que se aventajan de los otros cerros, como las torres altas de las casas comunes, y a las cuestas grandes que se hallan por los caminos, que las hay de tres, cuatro, cinco y seis leguas de alto, casi tan derechas como una pared, a las cuales los españoles, corrompiendo el nombre, dicen Apachitas, y que los indios adoraban y les ofrecían ofrendas. De las cuestas diremos luego, y qué manera de adoración era la que hacían y a quién.

A todas estas cosas y otras semejantes llamaron **huaca**, no por tenerlas por dioses ni adoradas, sino por la particular ventaja que hacían a las comunes; por esta causa las miraban y trataban con veneración y respeto. Por las cuales significaciones tan diferentes los españoles, no entendiendo más de la primera y principal significación, que quiere decir ídolo, entienden que tenían por dioses todas aquellas cosas que llaman **huaca**, y que las adoraban los Incas como lo hacían los de la primera edad. Declarando el nombre Apachitas que los españoles dan a las cumbres de las cuestas muy altas y las hacen dioses de los indios, es de saber que ha de decir Apachecta; es dativo, y el genitivo es Apachecpa, de este participio de presente apáchech, que es el nominativo, y con la sílaba **ta** se hace dativo: quiere decir al que hace llevar, sin decir quién es ni declarar qué es lo que hace llevar. Pero conforme al frasis de la lengua, como atrás hemos dicho, y adelante diremos de la mucha significación que los indios encierran en sola una palabra, quiere decir demos gracias y ofrezcamos algo al que hace llevar estas cargas, dándonos fuerzas y vigor para subir por cuestas tan ásperas como ésta, y nunca lo decían sino cuando estaban ya en lo alto de la cuesta, y por esto dicen los historiadores españoles que

llamaban Apachitas a las cumbres de las cuestras, entendiendo que hablaban con ellas, porque allí le oían decir esta palabra Apachecta, y, como no entienden lo que quiere decir, dánsele por nombre a las cuestras. Entendían los indios, con lumbre natural, que se debían dar gracias y hacer alguna ofrenda al Pachacámac, dios no conocido que ellos adoraban mentalmente, por haberles ayudado en aquel trabajo. Y así, luego que habían subido la cuestra, se descargaban, alzando los ojos al cielo y bajándolos al suelo y haciendo las mismas ostentaciones de adoración que atrás dijimos para nombrar al Pachacámac, repetían dos, tres veces el dativo Apachecta, y en ofrenda se tiraban de las cejas, y, que arrancasen algún pelo o no, lo soplaban hacia el cielo y echaban la yerba llamada cuca, que llevaban en la boca, que ellos tanto precian, como diciendo que le ofrecían lo máspreciado que llevaban. Y a más no poder ni tener otra cosa mejor, ofrecían algún palillo o algunas pajuelas, si las hallaban, por allí cerca, y, no las hallando, ofrecían un guijarro, y, donde no lo había, echaban un puñado de tierra. Y de estas ofrendas había grandes montones en las cumbres de las cuestras. No miraban al Sol cuando hacían aquellas ceremonias, porque no era la adoración a él, sino al Pachacámac. Y las ofrendas, más eran señales de sus afectos que no ofrendas; porque bien entendían que cosas tan viles no eran para ofrecer. De todo lo cual soy testigo, que lo vi caminando con ellos muchas veces. Y más digo, que no lo hacían los indios que iban descargados, sino los que llevaban carga. Ahora, en estos tiempos, por la misericordia de Dios en lo alto de aquellas cuestras tienen puestas cruces, que adoran en hacimiento de gracias de habérseles comunicado Cristo Nuestro Señor.

Capítulo V: De otras muchas cosas que el nombre *Huaca* significa.

Esta misma dicción **huaca**, pronunciada la última sílaba en lo más interior de la garganta, se hace verbo: quiere decir llorar. Por lo cual dos historiadores españoles, que no supieron esta diferencia, dijeron: los indios entran llorando y guayando en sus templos a sus sacrificios, que **huaca** eso quiere decir. Habiendo tanta diferencia de este significado llorar a los otros, y siendo el uno verbo y el otro nombre, verdad es que la diferente significación consiste solamente en la diferente pronunciación, sin mudar letra ni acento, que la última sílaba de la una dicción se pronuncia en

lo alto del paladar y la de la otra en lo interior de la garganta. De la cual pronunciación y de todas las demás que aquel lenguaje tiene, no hacen caso alguno los españoles, por curiosos que sean (con importarles tanto el saberlas), porque no las tiene el lenguaje español. Veráse el descuido de ellos por lo que me pasó con un religioso dominico que en el Perú había sido cuatro años catedrático de la lengua general de aquel Imperio, el cual, por saber que yo era natural de aquella tierra, me comunicó y yo le visité muchas veces en San Pablo de Córdoba. Acaeció que un día, hablando de aquel lenguaje y de las muchas y diferentes significaciones que unos mismos vocablos tienen, di por ejemplo este nombre Pacha, que, pronunciado llanamente, como suenan las letras españolas, quiere decir mundo universo, y también significa el cielo y la tierra y el infierno y cualquiera suelo. Dijo entonces el fraile: “Pues también significa ropa de vestir y de ajuar y muebles de casa”. Yo dije: “Es verdad, pero dígame Vuestra Paternidad ¿qué diferencia hay en la pronunciación para que signifique eso?”. Díjome: “No la sé”. Respondile: “¿Habiendo sido maestro en la lengua ignora esto? Pues sepa que para que signifique ajuar o ropa de vestir han de pronunciar la primera sílaba apretando los labios y rompiéndolos con el aire de la voz, de manera que suene el romperlos”.

Y le mostré la pronunciación de este nombre y de otros viva voce, que de otra manera no se puede enseñar. De lo cual el catedrático y los demás religiosos que se hallaron a la plática se admiraron mucho. En lo que se ha dicho se ve largamente cuánto ignoran los españoles los secretos de aquella lengua, pues este religioso, con haber sido maestro de ella, no los sabía, por do vienen a escribir muchos yerros, interpretándola mal, como decir que los Incas y sus vasallos adoraban por dioses todas aquellas cosas que llaman **huaca**, no sabiendo las diversas significaciones que tiene. Y esto baste de la idolatría y dioses de los Incas. En la cual idolatría y en la que antes de ellos hubo, son mucho de estimar aquellos indios, así los de la segunda edad como los de la primera, que en tanta diversidad y tanta burlería de dioses como tuvieron no adoraron los deleites ni los vicios, como los de la antigua gentilidad del mundo viejo, que adoraban a los que ellos confesaban por adúlteros, homicidas, borrachos, y sobre todo al Príapo, con ser gente que presumía tanto de sus letras y saber, y esta otra tan ajena de toda buena enseñanza. (Garcilaso de la Vega, 1976, pp. 65 a 71).

De este largo texto se pueden extraer algunas ideas más precisas sobre la múltiple significación de la palabra “huaca”. Las presentamos de la siguiente manera:

- Llaman **huaca**, que es lugar sagrado. No adoraban en ella, más de que la tenían en veneración; debía ser por su hermosa figura o por algún otro respeto que no saben decir. (...)
- Diversas significaciones que tiene este nombre **huaca**, el cual, pronunciada la última sílaba en lo alto del paladar, quiere decir ídolo, como Júpiter, Marte, Venus, y es nombre que no permite que de él se deduzca verbo para decir idolatrar.
- Quiere decir cosa sagrada, como eran todas aquellas en que el demonio les hablaba, esto es, los ídolos, las peñas, piedras grandes o árboles en que el enemigo entraba para hacerles creer que era dios.
- Asimismo llaman **huaca** a las cosas que habían ofrecido al Sol, como figuras de hombres, aves y animales, hechas de oro o de plata o de palo, y cualesquiera otras ofrendas, las cuales tenían por sagradas, porque las había recibido el Sol en ofrenda y eran suyas, y, porque lo eran, las tenían en gran veneración.
- También llaman **huaca** a cualquiera templo grande o chico y a los sepulcros que tenían en los campos y a los rincones de las casas, de donde el demonio hablaba a los sacerdotes y a otros particulares que trataban con él familiarmente, los cuales rincones tenían por lugares santos, y así los respetaban como a un oratorio o santuario.
- También dan el mismo nombre a todas aquellas cosas que en hermosura o excelencia se aventajan de las otras de su especie, como una rosa, manzana o camuesa o cualquiera otra fruta que sea mayor y más hermosa que todas las de su árbol.
- Y a los árboles que hacen la misma ventaja a los de su especie les dan el mismo nombre.
- Por el contrario llaman **huaca** a las cosas muy feas y monstruosas, que causan horror y asombro, y así daban este nombre a las culebras grandes de los Antis, que son de a veinte y cinco y de a treinta pies de largo.
- También llaman **huaca** a todas las cosas que salen de su curso natural, como a la mujer que pare dos de un vientre; a la madre y a los mellizos daban este nombre por la extrañeza del parto y nacimiento; a la parida sacaban por las calles con gran fiesta

y regocijo y le ponían guirnaldas de flores con grandes bailes y cantares por su mucha fecundidad.

- El mismo nombre dan a las ovejas que paren dos de un vientre, digo al ganado de aquella tierra, que, por ser grande, su ordinario parir no es más de uno, como vacas o yeguas, y en sus sacrificios ofrecían más aún de los corderos mellizos, si los había, que de los otros, porque los tenían por de mayor deidad, por lo cual les llaman huaca.
- Y por el semejante llaman **huaca** al huevo de dos yemas, y el mismo nombre dan a los niños que nacen de pies o doblados o con seis dedos en pies o manos o nace corcovado o con cualquiera defecto mayor o menor en el cuerpo o en el rostro, como sacar partido alguno de los labios, que de éstos había muchos, o bisojo, que llaman señalado de naturaleza.
- Asimismo dan este nombre a las fuentes muy caudalosas que salen hechas ríos, porque se aventajan de las comunes, y a las piedrecitas y guijarros que hallan en los ríos o arroyos, con extrañas labores o de diversos colores, que se diferencian de las ordinarias.
- Llamaron **huaca** a la gran cordillera de la Sierra Nevada que corre por todo el Perú.
- Dan el mismo nombre a los cerros muy altos, que se aventajan de los otros cerros.
- A todas estas cosas y otras semejantes llamaron **huaca**, no por tenerlas por dioses ni adoradas, sino por la particular ventaja que hacían a las comunes; por esta causa las miraban y trataban con veneración y respeto. Por las cuales significaciones tan diferentes los españoles, no entendiendo más de la primera y principal significación, que quiere decir ídolo, entienden que tenían por dioses todas aquellas cosas que llaman **huaca**, y que las adoraban los Incas como lo hacían los de la primera edad.

Y todavía podemos aglutinar en campos semánticos más específicos estas varias significaciones, que, a veces pueden parecer disímiles. Veámoslas:

Huaca: lugar sagrado por estar relacionado con la divinidad

- Llamen **huaca**, que es lugar sagrado. No adoraban en ella, más de que la tenían en veneración.
- Quiere decir ídolo, como Júpiter, Marte, Venus.
- Quiere decir cosa sagrada, como (...) los ídolos, las peñas, piedras grandes o árboles.

Huaca: lo ofrecido a los dioses

- Asimismo llaman **huaca** a las cosas que habían ofrecido al Sol, como figuras de hombres, aves y animales, hechas de oro o de plata o de palo, y cualesquiera otras ofrendas, las cuales tenían por sagradas, porque las había recibido el Sol en ofrenda y eran suyas, y, porque lo eran, las tenían en gran veneración.

Huaca: lugar de veneración de la divinidad

- También llaman **huaca** a cualquiera templo grande o chico y a los sepulcros que tenían en los campos y a los rincones de las casas, de donde el demonio hablaba a los sacerdotes y a otros particulares que trataban con él familiarmente, los cuales rincones tenían por lugares santos, y así los respetaban como a un oratorio o santuario.

Huaca: aquello que es notable por la hermosura o la excelencia

- También dan el mismo nombre a todas aquellas cosas que en hermosura o excelencia se aventajan de las otras de su especie, como una rosa, manzana o camuesa o cualquiera otra fruta que sea mayor y más hermosa que todas las de su árbol.
- Y a los árboles que hacen la misma ventaja a los de su especie les dan el mismo nombre.
- Asimismo dan este nombre a las fuentes muy caudalosas que salen hechas ríos, porque se aventajan de las comunes, y a las piedrecitas y guijarros que hallan en los ríos o arroyos, con extrañas labores o de diversos colores, que se diferencian de las ordinarias.
- Llamaron **huaca** a la gran cordillera de la Sierra Nevada que corre por todo el Perú.
- Dan el mismo nombre a los cerros muy altos, que se aventajan de los otros cerros.
- A todas estas cosas y otras semejantes llamaron **huaca**, no por tenerlas por dioses ni adoradas, sino por la particular ventaja que hacían a las comunes; por esta causa las miraban y trataban con veneración y respeto.

Huaca: aquello que causa asombro (admiración positiva)

- También llaman **huaca** a todas las cosas que salen de su curso natural, como a la mujer que pare dos de un vientre; a la madre y a los mellizos daban este nombre por la extrañeza del parto y nacimiento; a la parida sacaban por las calles con gran fiesta

y regocijo y le ponían guirnaldas de flores con grandes bailes y cantares por su mucha fecundidad.

- El mismo nombre dan a las ovejas que paren dos de un vientre, digo al ganado de aquella tierra, que, por ser grande, su ordinario parir no es más de uno, como vacas o yeguas, y en sus sacrificios ofrecían más aína de los corderos mellizos, si los había, que de los otros, porque los tenían por de mayor deidad, por lo cual les llaman **huaca**.
- Y por el semejante llaman **huaca** al huevo de dos yemas.

Huaca: aquello que causa asombro y horror, (lo negativo)

- Por el contrario llaman **huaca** a las cosas muy feas y monstruosas, que causan horror y asombro, y así daban este nombre a las culebras grandes de los Antis, que son de a veinte y cinco y de a treinta pies de largo.
- y el mismo nombre dan a los niños que nacen de pies o doblados o con seis dedos en pies o manos o nace corcovado o con cualquiera defecto mayor o menor en el cuerpo o en el rostro, como sacar partido alguno de los labios, que de éstos había muchos, o bisojo, que llaman señalado de naturaleza.



Figura 2.

Si todo aquello que se sale de lo usual puede ser considerado como "huaca", entonces es legítimo pensar que esta anomalía vegetal también debió ser signada con este nombre.

Como se puede ver, dentro del complejo significativo que encierra la palabra “huaca”, al menos en el tiempo en que escribe el inca Garcilaso de la Vega, no existe mención a ningún ser ni figura personificada. En la cultura azuayo-cañari el concepto de “huaca” es diferente, en varios aspectos, aunque conserva ciertas conexiones con las ideas de sepultura y de lugar donde se han colocado las ofrendas a los dioses. Pero, en Garcilaso de la Vega, los conceptos de sepultura y de objetos ofrecidos en veneración de los dioses no están juntos, es decir, no habla de que lo ofrecido se encuentre en las sepulturas. Esta idea proviene de nuestra asociación entre una sepultura indígena y la posibilidad de encontrar en ella objetos de valor, sobre todo de metales preciosos.

El arqueólogo e historiador González Suárez (1922) nos muestra este paso en el cual ya se han fundido los dos conceptos:

En los sepulcros o huacas no solo de Chordeleg sino de muchos otros puntos del Azuay, se han encontrado las conchas o caracoles grandes, (que hasta ahora usan los indios a manera de bocinas y que las llaman *quipa*), los cuernos de venado en gran cantidad. (p. 39)

Y un poco más adelante nos ofrece un panorama mucho más preciso:

Cavábase una huaca en busca de tesoros y, una vez descubierta, se encontró en ella un sepulcro, dentro del cual no había más que un solo cadáver, tendido de espaldas en el suelo: en la cabeza tenía una tiara o turbante de oro, a su lado un jarro grande, un hacha y un cuadro, todo de oro. (González Suárez, 1922, p. 34)

Esta diferencia es el aporte de nuestra cultura. Con el aditamento que ha creado la cultura regional, el concepto de “huaca” asciende a la categoría de un ser mitológico, como veremos a continuación. Y para comenzar con precisión veamos cuál es el concepto de “huaca” en nuestro medio. Algunos escritores y estudiosos de la cultura lo señalan:

Huaca. Entierro de objetos de los antiguos aborígenes, sobre todo si contienen utensilios de oro. (Cuesta y Cuesta, 1983, p. 402)

El mismo autor, en otro lugar de su novela *Los hijos*, nos cuenta lo siguiente:

De ir pensaba- a esos cerros, enfermo, en busca de huacas –y esta es la tercera vez- a la hipoteca, hay un paso...

Por fin los jinetes entraron en la plaza. El cura cerró el breviario y fue a su encuentro eufórico.

Argudo desmontó de mala gana, ante la exigencia del párroco.

-Así que buscando huacas... ¿No? –comenzó este.

-¿Quién se lo dijo?

-Todo se sabe... ¿Y qué hay de malo? Aunque ustedes... ¡Argudos! Déjenos los entierros a nosotros... Ustedes tienen la tierra, la gran huaca. (...)

-Pero conste- interrumpió el joven-que no es que yo crea en brujerías, sino que, realmente, estos cerros son muy ricos en entierros incásicos. (...)

Recuerde usted la historia: venían los incas por la cordillera, llevando una cadena de oro larga como una calle. Recibieron la noticia de la muerte de Atahualpa, y... ¿dónde escondieron la cadena? (Cuesta y Cuesta, 1983, p. 42).

El concepto de “huaca” permanece en el Perú, como se puede ver en la narración de Ricardo Palma, que incluimos en el primer apéndice.

Como se ve, todavía no aparece la personificación del concepto de “huaca”; pero lo encontramos un poco más adelante. A este ser se lo denomina como “Mama Huaca” o “Mamahuaca”:

Mamahuaca. “Nombre que nuestro vulgo da a una mujer imaginaria, la que supone cuida de los entierros de oro incásicos”. (Cordero Palacios, 1985, p. 202)

Y un notable antropólogo cuencano dice lo siguiente: “Es una mujer que cuida los entierros de oro de los gentiles; vive en las cuevas que hay bajo las piedras”. (Landívar, 1997, p. 46)

Una vez que ya se ha convertido en figura mítica, la cultura regional le dota de algunas características, que no están uniformemente concebidas. Unas versiones le dan ciertos rasgos culturales y otras, la presentan de diferente manera. Veamos algunos testimonios de antropólogos y literatos de la zona:

4.1.1 Primera versión:

La Mama Huaca

El *Guagualzhuma* sobre el anfiteatro de colinas que le rodean, destacaba de gala, con las faldas cubiertas de cultivos y la pelada cresta reverberante. En mañanas como esa, debían haberle visto los pastorcillos de los alrededores a *Mama Huaca*, sentada a la puerta ¡Tan buscada de sus tesoros! Hilando copos de oro para los telares, donde confeccionaba sus vestidos y los de las damas y galanes de su servicio, mientras se calentaba al sol. (Íñiguez Vintimilla, 1942, p. 203).

La noticia mítica de la existencia de una huaca en el cerro Huahuazhumi (hay variantes en la escritura de este topónimo) se permeó al léxico común de los azuayos y por eso, a principios del siglo XX, circulaba una frase que hacía referencia a estos supuestos tesoros, tal como la recoge el lexicógrafo Alfonso Cordero Palacios (1985):

Huahualzhuma. (También hay oro en)- Con esta expresión damos a entender que una cosa, una fortuna, etc. Son muy difíciles de alcanzar, como sucede con el oro que se dice hay en el fondo de un cerro muy alto cercano a Cuenca, denominado Huahualzhuma. (p. 175)



Figura 3.
El cerro Huahuazhumi (Huahualzhuma, Huahualzhumi). Cerca de la parroquia Paccha.

Ahora, sobre la 'huaca', tenemos dos citas del antropólogo Manuel Agustín Landívar:

4.1.2 Segunda versión:

Vea Ud., bajo esa piedra grande que se ve cerca de la cima del Maras (cerro al oriente de Paute), hay una cueva donde vive la Huaca, cuando hace sol y parama a la vez sale con una enorme pollera amarilla, se sienta a la entrada de la cueva y se peina con un gran peine de oro. El pelo es largo y puzhaúma (enredado) y se le ve de lejos, clarito, cuando se acerca la gente baja una nube y le lleva a la Huaca. (Landívar, 1997, p. 46)

Al raro fenómeno meteorológico de llover y de hacer sol, al mismo tiempo, se lo describe con una frase particular: “estarse casando el diablo con la bruja”.

4.1.3 Tercera versión

Otra versión del mismo autor:

En la Acacana (cerro al oriente de Uzhupud, en Paute) hay una cueva donde vive la Huaca. Por las mañanas cuando sale el sol se sienta a peinarse con un peine de oro. Y saca las mazorcas de oro para que se sequen. Dicen que se alimenta de perros tiernos. Cuando se acercan los 'cristianos' desaparece, si estos le llevan perros tiernos y le dejan a la entrada de la cueva, la Huaca les deja granos de oro. (Landívar, 1997, p. 46)

Y vienen los testimonios literarios:

4.1.4 Cuarta versión:

La **Mama Huaca** es una mujer **mágica**, no siempre se la puede ver, a veces se deja aguaitar solamente cuando ella quiere; vive dentro de la tierra, su casa es allí, y las puertas de la casa son las piedras grandes. Ella es mitad blanca y mitad negra, tiene el pelo largo y brillante como el oro, sus ojos son grandes y son de oro, se peina cuando sale a **mashar**, con un peine de oro bien grande. Ese peine muestra a los hombres jóvenes y les ofrece regalar para que se acerquen, cuando ya están cerquita les dice: toma, toma el peine pero acompáñame solo **acallasito**, y en una de esas les **rempuja** y les mete dentro de su casa y no les suelta nunca más porque se pierden en la niebla. (Valdivieso, 2008, p. 85).

Nota: Mashar (verbo de procedencia quichua) es calentarse al sol.

4.1.5 Quinta versión

La Huaca Lorenza

En el interior de un cerro llamado Ushuc existe una laguna encantada. En ella vive la Huaca Lorenza, quien es muy amiga de la Huaca de Huahualzhumi, llamada Pancha. Las dos se comunican rápidamente de banda a banda cuando presienten algún peligro.

La mama huaca o Lorenza se viste de blanco o zhiru, según los cambios climáticos. Cuando anuncia el verano se pone de blanco y cuando va a llover se viste de zhiru.

Los habitantes de Ushuc le llaman también la *Huaccha mamita*, porque hace mucho tiempo atrás el Taita Chimborazo le había robado toda su fortuna. Por eso es seco, las tierras ya no producen. (Bacacela, 2000, p. 42).

Notas: **Ushuc** es una comunidad indígena perteneciente al cantón Gualaceo. La palabra “ushuc” es quichua y significa pequeño.

Zhiru, es palabra española, aunque no lo parezca. Designa una coloración mezcla entre blanco y negro o rojizo.

El iniciador de la narrativa azuaya, Manuel María Muñoz Cueva (1895-1976) describe a algunos seres míticos, entre ellos a la Mama Huaca:

4.1.6 Sexta versión:

(...) Pero ello no impedía que se dedicase con calor a sus producciones artísticas. En la que ahora le había inspirado una anciana mendiga, que se hospedaba en la casa.

Era la vieja una aldeana venida del campo a pordiosear en la ciudad. Aquí la llamaban ‘Doncella Concha’; pero en su pueblo era conocida con el mote de ‘Mama Huaca’ en razón de que la campesina, bastante alterada del cerebro, aseguraba haber visto al hada Mama Huaca.

El sobrenombre le venía también, porque cuando era ya de edad avanzada, se había oído chillar en su casuca niños tiernos, que aparecían y luego desaparecían, sin que se supiese después su paradero.

Y, además, porque se decía que era dueña de mucho oro, como el hada Mama Huaca, y que, como esta, tenía pasión por los perrillos tiernos.

Lo que en realidad ocurría era que esta mujer había sido dada al negocio de criar niños de no limpio nacimiento, que le confiaban de la ciudad, lo cual le había valido buenas sumas, con las cuales había traficado en oro del Sígsig. Ahora era una pordiosera, no se sabía cómo. A pesar de que siempre se la había tenido por demasiado avara.

La vieja era, además de todo esto, un verdadero arsenal de leyendas y supersticiones populares, y era incontenible cuando se encontraba en ocasión de relatarlas. Parecía encontrar en ellos una fruición.

De esto había aprovechado Luis Rumipulla. Y como había empleado largos ratos en escuchar a la anciana el relato de 'El farol de la viuda', de 'El chusalongo' y de la 'Mama Huaca' tenía trasladadas al lienzo todas tres consejas del folclore. (...)

Y por último. 'Mama Huaca'. A la luz de la luna, sentada sobre una breña abrupta, estaba el hada indiana, peinando con peine de oro su endrina cabellera. Cerca de ella relucía el montoncillo de mazorcas de oro, con que Mama Huaca pagaba la ofrenda de niños y de perrillos tiernos, con cuya sangre se sustentaba. Su traje era de princesa incásica, y había toda una expresión de vampiresa en sus bellísimos ojos velados de un vago ensueño de venganza.

-Doña Concha, ¿así es la Mama Huaca? –decía Luis a la vieja pordiosera, con comunicativo entusiasmo de artista.

-Así, así- respondía la vieja. Y añadía, llevando los descarnados dedos a los párpados carcomidos de higo paso:

-Yo... yo la he visto con estos ojos que se harán tierra. Y la vieja, que no se daba cuenta de las otras producciones del artista, que, no obstante, eran inspiración suya, se embobaba ante el realismo del cuadro 'Mama Huaca', que era un fiel trasunto de sus enfermas imaginerías y de la superstición popular. (Muñoz Cueva, 2000, pp. 56-58).

En la zona de Susudel, cantón Oña, encontramos la siguiente versión:

4.1.7 Séptima versión:

La Huaca, que habitaba en la laguna [De Chaqui cocha o Chaquishcacocho] y era su dueña, era una mujer vieja, pero que rejuvenecía al medio día; era tan conocida que la gente sabía sus

rutinas, las horas en que dormía, se levantaba y se peinaba. Dormía toda la noche, se despertaba y se levantaba para peinarse a las doce del día, hora en que salía de la laguna con el cuerpo joven y hermoso de una señorita vestida de verde, con pollera de bayeta, blusa y cabello largo, más largo que la espalda. ‘Tenía una pailita de oro con dos orejitas que contenía agua y también una peinilla de oro. A las doce del día se peinaba y se hacía trenzas que amarraba con unos torzalitos verdes en la orilla de la laguna. Después se perdía nuevamente en el agua’. (Brazzero, 2019, p. 118).

Nota: Chaquishcacocha es término quichua y significa “laguna seca”.

Cerca de la ciudad de Cuenca, en concreto en una de sus parroquias rurales circulaba esta versión del mito:

4.1.8 Octava versión:

La Huaca del cerro Curitaqui

Este pequeño cerro de Curitaqui está ubicado a continuación del cerro de Huahual Shumi que está cerca de la población de Nulti, Paccha y Jadán.

Curitaqui significa: Curi = oro, y taqui = troje.

Cuentan las personas de avanzada edad que dentro de este cerro (...) existen unos huertos de ají, de flores y una mazorca de oro, que estas cosas están custodiadas por un perro negro y que la dueña de todo eso es una Mama Huaca.

Algunas personas dicen que han cambiado el oro por un bebé tierno, sin que haya recibido el bautismo.

Dícese que una vez habitaba por aquella región una familia muy pobre, que por sus escasos recursos económicos, y ante la imperiosa necesidad que sintieron una vez, con mucha pena, llevaron a su hijo a depositar en la entrada de la cueva de Curitaqui. Al momento de depositar al niño, salió un perro desperfecto con unas orejas tan largas y devoró a aquel niño triturándolo con todos sus huesos y luego después salió un personaje y le entregó unas mazorcas de oro.

Aquel individuo las tomó, y regresó contento con aquella fortuna y así llegó a ser muy rico.

El dinero que depositaba siempre solía aumentar. Aquel hombre se convirtió en esclavo de Mama Huaca y de su fortuna.

Cuentan que después que murió aquel señor, su alma fue conducida al infierno y toda su riqueza desapareció. (Zaruma, 1989, pp. 125-126)

En esta versión podemos identificar antiguas y veladas referencias a los sacrificios de seres humanos que hacían los cañaris a sus dioses tutelares, tal como nos lo cuenta el padre Juan de Velasco, al hablar de alguno de los cerros de la provincia del Azuay:

Supayurco, en la provincia de Cuenca, quiere decir el monte del demonio, porque en una de las cavidades de sus altas peñoleras le habían dedicado un templo los antiguos Cañares gentiles, y le sacrificaban todos los años 100 niños tiernos antes de sus cosechas. Reconocido por los españoles este monumento de abominación, lo demolieron sin dejar vestigio. Pasados casi dos siglos, llegaron a ese sitio, nada frecuentado de los cristianos, por ser áspero y estéril, unos cazadores, y hallaron repuesta la cueva, con una gran piedra que servía de ara, toda bañada en sangre, y un cuchillo de pedernal. A poca distancia descubrieron mal sepultados muchísimos tiernos cadáveres, y entre ellos no poco frescos.

Con este aviso hizo el corregidor de Cuenca demoler nuevamente la cueva, y poner una cruz. Después de todo hallándome yo el año de 1755 en el pueblo de Azogues, distante cuatro leguas de aquel monte, me refirió el párroco, hombre digno de toda fe, que aún proseguía aquel abuso, porque los bárbaros gentiles que habitan las cercanías, van todos los años de noche, por encima de las cordilleras, a hacer su acostumbrado sacrificio. (Velasco, 2014, p. 63).

Para evitar la mención a los sacrificios humanos, los niños han sido reemplazados en la narración, por perrillos tiernos, como se puede ver en la versión 4.1.3, o juntos, como en 4.1.6. La palabra “supayurco”, que es quichua, se traduce como *supay* (del diablo), *urcu* (cerro).

4.1.9 Novena versión

Esta variante fue recogida por el antropólogo Diego Suárez (2018), en la zona de Nabón:

En el cerro llamado Perille, decían antiguamente, contaban mis abuelitos que el Perille es encantado dicen que es una ciudad y que abren los Viernes Santos y que existió una huaca, hasta hoy debe existir y la Mama Huaca que vive en el Perille es dueña de los

venados y me contaron también que unos hombres han seguido al venado porque dicen que les dañaba los sembríos, los mellocos, las habas y se han encontrado con la Mama Huaca y ella les había dicho, sí, dice, si ha de hacer daño –a los cultivos–, pero no harán daño a mis animalitos, yo les he de pagar, volverán cuando haga daño, y legalmente el venado había hecho daño y ellos han ido a reclamar y la Mama Huaca les ha mandado dando oro y no han podido llegar a la casa porque el peso había sido grande, y otra vez también había hecho lo mismo y esos hombres habían dicho: vengan, entren (a la ciudad en el cerro) y se han encantado y allí se han perdido esos hombrecitos. (p. 178) (Revisar Juan del oso, en capítulo 12.2).

4.1.10 Décima versión

El historiador y antropólogo Juan Martínez (1993) recoge una versión del mito de la huaca, que la pone como una “leyenda de las mazorcas de oro”. El hecho ocurre en el cantón Paute, (Sevilla de oro):

Un señor, que fue a traer el ganado del cerro, se encontró con una vieja arrimada a una puerta del cerro, bien dormida, y rodeada de mazorcas bien amarillas. Él se acercó despacito y robó dos mazorcas. Al bajar del cerro estas le pesaban mucho, y al llegar a su casa y mostrarlas a su mujer, se dio cuenta que era oro. Entonces quedó con su mujer en regresar al día siguiente para recoger más mazorcas. Al día siguiente le encontró nuevamente a la anciana dormida, llenó el saquillo y, cuando quiso salir, la puerta del cerro y todo se oscureció. Tiró el saquillo de maíz y se abrió la puerta. Al ir a salir pensó que talvez fue nada más que imaginación y entonces entró nuevamente para recoger el saquillo, pero la puerta volvió a cerrarse. Igualmente volvió a tirar el saquillo y la puerta se abrió. Salió y al bajar por el cerro, quiso nuevamente regresar, pero ya no encontró nada”. (p. 114)

4.1.11 Undécima versión

Relato recogido por la antropóloga y folclorista Eulalia Vintimilla:

La mama se ha muerto y el hombre se casó con otra mujer. La mujer esa le dijo que vaya a botar a los hijos en la montaña. Entonces el hombre le dijo a la mujer esa que haga un fiambre. La mujer hizo unas tortillas. Al día siguiente madrugó el hombre llevando a los hijos ‘dentraron’ en la montaña. El uno ha sido varón y el otro, mujercita.

El taita se fue adelante, la hija atrás y el varón al último. Habían ido llevando tortillas y el hijo varón fue botando trozos de tortillas en el camino. Llegaron y se fueron ‘dentrandó’ adentro de la montaña. El taita les dijo: ‘queden no más aquí, hijitos, yo voy a cortar un palo’ y les dejó allí a los guaguas. Él había llevado un ‘poto’ escondido y ese ‘poto’ (calabaza) dejó colgando de un árbol. Cada que venía el viento, sonaba el poto ‘golpetiándose’ en el árbol y los hijos decían ‘taitito cortando está palos’.

Entonces se hizo noche, y como el varón fue botando trozos de tortillas, encontraron la señal y salieron de la montaña. Llegaron a la casa a media noche y amanecieron los guaguas en el alar de la casa. Entonces, la madre sale ella primerita a orinar en la esquina de la casa y encuentra a los dos entenados y dice: ¿Cómo dijiste, fulano, que has venido botando tus hijos en la montaña? Dijo entonces el hombre que vuelta haga el fiambre para irse, y al siguiente día madrugaron. Allí se fue el varón en la mitad. Iba botando trozos de tortilla y la hermana atrás iba recogiendo los trozos de tortilla y se iba comiendo. Tarde quisieron regresar a la casa y no encontraron las señales. En vez de salir a la casa se fueron ‘dentrandó’ más adentro y se perdieron. Andaban noche y día queriendo salir. El varón se subió a un árbol alto y vio una casa negra, lejisimos, en mitad de un llano grande. Esa casa sabía estar echando humo. Dijo el varón: ‘Entonces salgamos a esa casa’.

Llegaron y encontraron a una vieja, esa ha sido la ‘Vieja-Huaca’. La vieja ha estado haciendo tortillas. Entonces el varón, muerto de hambre trajo un huso largo para sacar las tortillas de unas abritas de la pared, y se comían ambos. La Vieja-Huaca era ciega y no veía nada. Seguían sacando las tortillas y comiendo las guaguas. Llegó a sentir la vieja, que estaban ‘jalando’ las tortillas y dijo: ‘Cunga ricungamisi’, dos veces repitió: ‘Cunga ricungamisi’. Se rieron las guaguas y la vieja salió con una hoz grande a despedazarles. Se encontró con ellos y dijo: ¡Ah mis ñuca guaguas! ¿Cómo así vienen?’ La vieja les abrazó y llevó para adentro. Allí les ‘estimaba’ de una vez.

Les daba de comer mote pelado, tortilla y cuy. Ya era tiempo que los guaguas vivían allí y la Huaca ‘dijó’: ‘Vamos a hacer la chicha que viene mi hijo’. ‘Bueno, mamita’ dijeron. La vieja paró una pailota y dijo: ‘Vayan guaguas, acarrien bastante agua. Los guaguas acarrearón agua desde una vertiente. En esa vertiente encontraron una mujer de paño blanco que conversó con los guaguas y les dijo: ‘¿Ustedes viven

con esa vieja?’- ‘Sí, ella es nuestra mamita’. ‘Esa mamita les va a pelar para comerles’ y les advirtió que no suban al alto a bajar la harina. Estando hirviendo el agua dijo la Huaca. ‘Suban al alto a traer la harina’. ‘Mamita, enseña a subir’ dijeron los guaguas. Pues esa mujer de paño blanco ha ‘sabido’ ser la Virgen Santísima y les mandó advirtiendo que cuidado se dejen pelar. Vuelta dijeron: ‘Enseñe, mamita, a subir al alto’. La Huaca, ‘cushillita’ subió y dijo: ‘Así han de subir, guaguas’. Tando (estando) en media escalera, le viraron entre ambos a la paila de agua. La vieja hirvió en la paila. Tenía cuatro perros bravos que vivían encadenados. Esos perros querían arrancar las cadenas, pero poco después se perdieron los perros, la vieja y la casa.

En esa casa había tenido la Huaca todo de oro: peines, barretas, habas, maíz de oro. Dicen que llegó a saber el padre de esas guaguas, que ellos estaban ‘ricos de los ricos’ y se fue a buscarles. Tuvieron que sacar carreteras a esa casa para llevar todo ese oro”. (Vintimilla, 2007, pp. 26-29)

Las frases quichuas las traducimos como:

Cunga ricungamisi = Gato, te estoy viendo el pescuezo.

Mis ñuca guaguas = mis, mis niños (la palabra ‘ñuca’ es adjetivo posesivo de primera persona; es decir está duplicado el adjetivo)

Cushillita = Rapidito, con agilidad.

En este relato, el sacrificio de los niños está reemplazado, eufemísticamente, como un “botar” a los hijos en la montaña”, aunque al final, los protagonistas están a punto de ser devorados.

Y en una página de internet encontramos la siguiente información sobre la mama huaca:

4.1.12 Duodécima versión:

La Mama Huaca es una mujer hermosa de cabello largo y rubio. Camina por las montañas y ofrece oro a quien se encuentra en el camino, pero a cambio los mata. Esta es la única parte de la historia que coincide en todas las versiones que se cuentan, porque existen cambios si las relatan campesinos o indígenas.¹

¹ https://www.google.com/search?q=mama+huaca&rlz=1C1CHBD_esEC848EC848&oq=Mama+&aqs=chrome.3.69i57j0i433i512j0i131i433i512j69i59j0i512j46i512j0i512j46i433i512j0i512.4502j0j15&sourceid=chrome&ie=UTF-8. Acceso: abril 17 de 2022.

4.1.13 Décima tercera versión:

Se dice que es una mujer de cabello rubio, largo, piel blanca y que con ella adquirieron fortuna los habitantes de esta región. Las personas dicen que no pueden acercarse a la loma de la Mama Huaca, que queda cerca de Huahual Zhumi, porque la tierra les traga y adentro se encuentra la Mama Huaca esperándoles con una paila para matarles. Algunas personas creen que esta loma es encantada y que de ella se sale al Cojitambo. En la cumbre de Huahual Zhumi había una laguna que estaba encantada y poco a poco se estaba secando. La laguna se llamaba Quituiña. Mucha gente que había ido a ese lugar a recoger hierba o leña, ha sido tragada por la tierra y no ha regresado. La Mama Huaca vive en Curitaqui, un cerro abombado con una boca profunda a la que nadie se atreve a entrar por miedo. Si le entrega a la Huaca una guagua recién nacida, sin bautizar, le entrega a cambio oro.

Nulti, Cuenca²

Nota: La laguna de Quituiña no se encuentra en la cima del cerro, sino al pie. La palabra “Quituiña es una hibridación de quichua (*qitu*= una especie de tórtola) y cañari (*huin- huiña* = laguna). Laguna de las tórtolas.

4.1.14 Décima cuarta versión:

Y, por último, una versión (también obtenida de internet) que muestra ya la extensión del mito hacia los relatos populares:

En las noches de luna llena, sale Mama Huaca a pasearse por las pampas y sementeras, siempre que no esté lloviendo; porque no puede mojarse el pelo con el agua del cielo, ya que ella es parte del enemigo malo (demonio). Antes dizque era el pelo negro, hasta que una noche los sapos pidieron agua al cielo hasta que llueva.

Los sapos en tiempo antes, cuando vivía mi mama bisabuela, dizque paría guagua (niño tierno, pequeño) sapo mismo, hasta que una noche de luna llena con el cielo brillante, lleno de estrellas, Mama Huaca ha salido a pasearse y los sapos han comenzado a pedir agua. Entonces el cielo se ha “entoldado” y se ha puesto a paramar, mojándose el pelo de ella que era bien negro con las

² <https://visitaecuador.com/ve/mostrarRegistro.php?idRegistro=13499> Acceso: abril 27 de 2022

aguas del cielo; y comienza a hacerse sucú, de puras iras les echa la maldición a los sapos, diciéndoles que han de poner huevos y del huevo han de salir los sapos, así como salen las lagartijas.

Pero ella pensando que solo una luna va a estar el pelo sucú y después de hacer nomás negro; pero cuando en la otra luna sale a pasearse no cambia de color el pelo. Ella les dice a los sapos: Que de los huevos no han de salir sapos sino shughshis y que los taitas tienen que irles comiendo de poco a poco el rabo (la cola) para que salgan las patas y las manos y cuando sean sapos han de vivir en las cochas (charcas) de agua podrida hasta que sean grandes.

También les dijo que en la primera parida han de salir solo dos sapos que han de ser verdes y chiquitos, y se ha de llevar ella. Desde ahí aparecieron unos sapos chiquitos verdes que tienen otro modo de “llorar” (croar). Esos con sus silbidos piden que el pelo de la mama Huaca se haga negro. Mientras no lo consigan tienen que andar cargando a los “huahua shughshis” hasta que se hagan sapos.

Esta es la maldición de la Mama Huaca porque no alcanzan que se haga de nuevo “yana agcha” (yana, negro; agcha, pelo).³

4.1.15 Versiones adicionales sobre la Mama Huaca

Según el antropólogo Juan Martínez:

Se oye un ruido que viene de la montaña, segurito que alguien fue a visitar a la Mama Huaca y a lo mejor se llevó una *guagua auca* para cambiarla por dos mazorcas de oro purito. Pero dizque cuando se llega a la casa las mazorcas ya no son de metal sino que se han convertido en puros huesos viejos y gusanos. La Mama Huaca es viejísima, ya el abuelo de mi mamá contaba que le había visto. Era una mujer de pelo bien largo, suca, muy linda. Sabía estar sentada cepillándose el pelo a la orillita de una laguna que había allá arriba en el Huahual Zhumi.

Un día unos guambras, que andaban cazando pájaros con una palca, le habían visto. Enseguida empezaron a tirarle piedras, dice que se oyó un alboroto como si el mar hubiera estado dentro de la

³ <http://mitosyleyendascuenca.blogspot.com/2012/07/maldicion-de-la-mama-huaca.html>. Acceso el 17 de febrero de 2023

laguna y después de un rato, los guambras espantados, vieron que la Mama Huaca ya se había ido llevándose la laguna enterita. Pero ya no se ha vuelto a aparecer la laguna, ya ni se sabe dónde estaría.

La Mama Huaca es pariente del diablo y lo que quiere hacer es perder a los cristianos para llevarles donde Satanás. Por eso, ahí en la pintura de la puerta del templo, están dibujados en el infierno, con unas llamas atrocísimas, los que han tenido tratos con el diablo. En la vida dizque asoman bien ricos, pero ni bien están empezando a morir, antes que llegue el cura, ya asoma a cantar en la puerta ese pájaro negro que dice 'conmigo te has de ir; conmigo te has de ir'. O sea que se ha de ir con el diablo mismo. Y toda la noche los perros pasan llorando sin dejar dormir a la gente.

No sé cómo también será de encontrarse con el diablo. Algunos cuentan que es de meterse por un hueco que hay al pie del Huahual Zhumi. Ahí donde los antiguos han sabido dejar cosas para calmar al demonio. Porque no dice que les dejaba ni una cosecha buena si no le hacían los regalos. Y ellos como eran temerosos le dejaban las cosas más lindas. Telas dice que dejaban, ollas de oro, hasta guaguas. No sé si sabría coger el mismo diablo, la misma Huaca. Pero nada quedaba en el hueco, todo se llevaban de allí. Algunos audaces, queriendo ver qué pasaba se metían por el hueco, y todas las luces que querían llevar encendidas se apagaban, las espermas, los fósforos, hasta las linternas dejaban de alumbrar cuando el diablo soplabá. Ahí ha de ser oscurísimo y desde afuera ya se oye un ruido como que alguien hubiera adentro.

Un tal Quizhpe se había metido para buscar los tesoros que dice que dejaban los naturales, y por más que andaba y andaba tanteando en lo oscuro, quierde pues llegar a ninguna parte. Cuando dizque había visto una luz y corriendo se asoma y ve que ha estado en el Cojitambo, esa montaña del frente. Cuando se ve las manos y las ropas que eran de un viejísimo, pero él había entrado guambra y solo horitas había estado dentro. En volviendo al pueblo nadie le conocía, ni su taita, pero la mama le había visto, pues, una señal que había tenido y le reconoce al hijo. Díítas no más había vivido, diciendo que el diablo le llevó por el camino y que casi no vuelve y dizque había estado años metido debajo de la tierra. Pero ese no encontró fortuna, otro sí.

Unos se habían chasqueado un día, porque subiendo por la loma, se han encontrado con una bien vieja que les había ofrecido un

mundo de lindas mazorcas, amarillitas de oro. Estos dice que cogen y corren con las mazorcas y cuando llegan abajo ven que ha sido caca de chivo y huesos viejos.

(...)

Pero otros sí han encontrado oro, no ha de ser el del diablo sino el de los naturales, que han tenido tantísimo. Uno había encontrado una quipa de oro, otro una barreta, otros un puerquito habían visto pero se fue corriendo, metiéndose por las rocas. Este si ha de haber sido el diablo, si no cómo se hubiera escondido.

(...)

En otros lados también vive la Mama Huaca, pero la del Huahual Zhumi es más linda, es suca y con unos lindos ojotes y tiene un peine de oro. En otros lados pelo negro tiene y no se si sabrá dar las mazorcas de oro. A lo mejor sí da. No hay nadie ahora que haya visto a la Mama Huaca, o no dirán, porque algunos pobres, sin plata ni tierras eran, y ahora bien ricos, hasta casa en Cuenca tienen. Cuando se mueran ha de ser bueno ver qué pasa, porque raro es, ¡diga, si no! Que sin tener nada ahora sean ricos.

La gente trabaja todita la semana y la plata ahora no alcanza, ni fiestas hay como hacer, antes, sí, viera, fiestones había, se comían terneros, cuyes sin mezquinar a nadie. Ahora ya no sé también qué pasaría. Pero no hemos de ir donde la Mama Huaca, porque dice taita cura, hemos de pagar después. Ahí está pues, el cuadro del infierno, toditos se queman, si hasta dice que unos parientes estaban ahí en el cuadro. (Martínez, s.f. , pp. 2-5)

Nota: *Guagua auca* es frase quichua y se la traduce como niño no bautizado.

En los relatos de la Mama Huaca es usual que los tesoros (el oro) se conviertan en materias despreciables o sin valor.

Del concepto de “huaca”, al explotador de las huacas

Del concepto de “huaca”, como tesoro indígena enterrado, el pueblo ha obtenido la derivación léxica “huaquero”, con la siguiente significación:

Huaquero. “Experto que busca, guiándose por ciertas señales, las huacas o tesoros ocultos por los indios al principiar la conquista”. (Cordero Palacios, 1985, p. 177)



5

EL CHUSSALONGO

5. EL CHUSSALONGO

En el caso de este ser mítico nos encontramos con que pertenece, por su acción y por sus atributos, al campo de lo sexual (una especie de Príapo andino y muy joven), como se lo podrá comprobar más adelante. Está presente en casi toda la zona serrana del Ecuador, aunque en cada región tiene sus peculiaridades. A veces se lo ha querido nombrar como “duende”, con una designación que le es completamente impropia.

Sin embargo, hay que comenzar aclarando que, en lo puramente lingüístico este nombre ofrece algunas dificultades, pues en la pronunciación suena así: /chuzalongo/, es decir con el sonido de la **s** sonora /z/. Este hecho de la fonética azuayo-cañari ha dado qué pensar a quienes han intentado escribir este nombre para adecuarlo al sonido característico. Unos lo han escrito con doble **ss**, otros con **z** y otros han dado diferentes soluciones gráficas, como se podrá ver también más adelante. Para nosotros, la forma más acertada es el uso de la doble **ss** porque ofrece la suficiente información (y precaución) de que se trata de un sonido especial, cosa que no ocurre con la **z**. Además, en la lengua de esta región son frecuentes otras palabras con esta articulación muy especial, tales son los casos de “tusso, carcosso, siosso, pussun”, que, ya en representación fonológica se vería, más o menos de este modo: /túzo, karkózo, siózo, puzún/.

Chussalongo (aunque también hay otras formas de escritura) es un término quichua y compuesto de “chussa” =pequeño, y “longo” = muchacho, joven.

5.1 Primera versión:

CHUZALONGO

En las grandes montañas y en el bosque de los calientes habita el chuzalongo que es una especie de hombre cuya altura llega a los ochenta centímetros. Es negro, con los talones adelante y los dedos atrás; su pelo llega hasta el suelo.

El chuzalongo vive con animales como el leopardo, raposos, venados, tigres y otros animales salvajes.

Cuando escala grandes alturas grita muy fuerte y en seguida desaparece entre la maleza; si se encuentra con personas ataca hasta lograrlos matar pues tiene muchas fuerzas. Mata a las personas solo haciéndoles cosquillas para luego de asesinarlas llorar de pena junto a ellas. (Einzmann y Almeida, 1991, p. 107).

5.2 Segunda versión:

EL CHUZSALONGO

En la sierra como en la costa, es general la creencia de que existe un ser misterioso y maléfico, fruto de los amores clandestinos de padres con hijos o hermanos con hermanas, al que le dan el nombre de Chuzsalongo, pronunciando la **Z** y la **S**, a un tiempo, con sonido arrastrado y silbante.

El nombre obedece a la descripción que de él hacen campesinos y montañeses. Traza de racional, no más alto que un niño de dos años, rostro blanco y chapudo, labios gruesos, nariz chata de hornilla, orejas grandes y vencidas hacia fuera, a modo de sopladores, ojos verdes pequeños, con un punto negro de fuego en el centro, pelo corto, ralo y tieso, de color rojo de brasa de candela.

El cuerpo, según unos, lleva cubierto de escamas de pescado, y, según otros, que aseguran haberle visto de cerca, lo tiene del color de la cara, pareciendo moreno por el carate y la suciedad.

Lo monstruoso de este extraño personaje, a quien da existencia la imaginación popular, está en los atributos sexuales tan descomunadamente desarrollados, que –usando las propias palabras de la indígena que me refería– los lleva ‘migllados tajallizhcas’ y cargados.

Me ha dicho que ella le ha visto, en una mañana de sol, a eso de las once, ir por la carretera que cruza los montes de Copzhal, en las alturas de Paute, balanceándose, paso entre paso, y me ha referido, como ocurrida en esos montes la tragedia siguiente.

¡Sí, amo doctorcito! Existe ese *jueyo* animal. ¡Santo Dios! Las gentes dicen que nace del *machinamiento* del padre con la hija, del hermano con la hermana... ¡Asco de gente! ¡Como si no hubiera tantas mujeres en el mundo para lo más de eso!

-Pero, ¿qué mal puede hacer esa criatura?

-¡Allí verá, patroncito! Para mí es el mismo enemigo malo. Mata a la gente haciéndole *zhungazhca*.

-¿Y qué es eso de *zhungazhca*?

-¡Cómo tan será!... Porque tiene tan largo será... Todos dicen... Ya le voy a contar... ¡Dios misericordioso! Lo que pasó con las hijas de

Andrés Gómez, y con el mismo Andrés.

-¿Y no pueden matarlo? ¡Cuento de viejas!

-¡No muere, amito!... ¡Dios nos guarde!

-¡Cómo fue eso de las hijas de Gómez?

-Andrés Gómez era hombre de fortuna, casado y buen cristiano. Tenía dos hijas solteras, la una de 25 y la otra de 18 años; gordas, buenas mozas... ¿Qué le iban a faltar muertos de hambre a la pata? Pero diga, patroncito... Ya así sería de ser. ¡Pobres criaturas!...

Vivían en Copzhal. Ya volteaba el mes de julio. No alcanzándose con la cosecha de su posesión de abajo, les mandó el padre a las dos solteritas a cuidar la posesión del cerro, allí tan ya todo amarillando, y acababan los daños la mazorca. Había buena casa con corral para que no lleve el raposo a los borregos, ni los *moras-maqui* al ganado. ¡Puh! ¡Quién como él!... ¡Era rico, rico mismo el Gómez!

Las chiquillas subieron haciendo adelantar a los animales: vacas con leche, yuntas, borregos y chivos. De la posesión de abajo estaba alairito la de arriba. Todo el día les vio el taita estar allí hasta las seis de la tarde, que metieron los animales.

Después de apicotarles en el corral, cuyas puertas atrancaron, entre las dositas se pusieron a cocinar. Habían entresacado 'pargus' para mote y tortillas. Mientras la mayor atizaba la candela, haciendo hervir el mote y calentando el tiesto tortillero, la menor molía el grano, preparaba la masa y amasaba el quesillo para el *zhungo*, poniéndose luego ambas a las tortillas que asaban en el tiesto.

Entretenidas en eso, no se habían dado cuenta del paso de las horas, cuando a eso de las nueve, estando en lo más fino, oyeron en las cercanías de la casa un silbo triste, muy triste. No hicieron caso. Más tarde, otra vez el silbo. Ni juicio tampoco. Pasado un nuevo rato, nuevamente el silbo... Entonces, levantándose la Manuela, que era la mayor, salió a ver. ¡Qué pena encontrándose con un guagüito, suquito, tiritando de frío! Le hizo entrar con cariño dándole un puestito cerca del fogón para que se abrigara; pero él, calladito se acomodó en un banco que había en un rincón, buscando lo más oscuro.

No habían comido todavía. Cuando llegó la hora, le dieron a él también su plato. Lo recibió, y durante todo el tiempo que estuvo

con ellas, hasta la hora de acostarse, había estado calladito y humilde en su rincón. Solo en los ojitos, dizque le brillaba un punto de candela, como una cabeza de alfiler.

Estaban convencidas de que el inocente huésped había estado muerto de hambre; pero no había sido así, sino que cuanto le dieron botaba atrás del banco en que estaba sentado, devolviendo los trastos vacíos.

Lavados los platos y arregladas todas las cosas, las solteritas se acostaron a dormir, dándole también al guagua un cuerito y una pollera para cama. Y apagaron la luz.

¡Qué noche para el pobre Gómez! Sacudía el viento las ramas, aullaban los perros, chillaban las lechuzas y lloraba el cuscungo. Todo anunciaba desgracias en el vecindario. Los padres de las chiquillas habían pasado, de claro en claro, sobrecogidos y temblando por sus hijas. Algo muy grave estaba pasando en los alrededores.

Amaneció. Desde el primer momento Andrés Gómez era todo ojos, observando su posesión del cerro. De ver que siendo ya las once del día, los animales permanecían en la picota, tuvo corazonadas de que algo había sucedido con las hijas, y dejando de todo, subió a verlas.

-¡Taita Diosito del cielo! Sangre...sangre desde los umbrales de las puertas... Y las puertas cerradas... ¡Qué misterio era ese!... Llamó..., estrujó... Estaban aldabadas por dentro. Le iba creciendo la cabeza, y se le ponían los pelos de punta. ¡Eso no era cosa de malhechores! Allí no había crimen. ¡Eso era obra del enemigo!

Gómez era hombre de esfuerzo. Metió hombro a todo pulso. Saltó la aldaba, y se le presentó el más aterrador y doloroso espectáculo. Sus hijas violadas, muertas, nadando en sangre y derramando también sangre por la boca... La una yacía sobre la cama, con el medio cuerpo colgando fuera de ella, y la otra, en el suelo sobre la estera de desvestirse, que había delante del catre.

Ya no quedaba sino la venganza. Loco de desesperación y de cólera, tomó Andrés su machete montañero, con que podía hacerse la barba y, siguiendo el rastro de sangre, se internó en el monte en busca del monstruo.

Iba como la tempestad, con las tinieblas de la noche en el alma y

el rayo del furor en las entrañas. Le buscaría a la sangrienta fiera hasta encontrarla. Y no sería hombre, si no lo trajese al matador de sus hijas, vivo o muerto.

El día era claro. Un sol canicular hacía vibrar el aire. Las aves acurrucadas entre las ramas, le vieron pasar por el bosque, y, dando chillidos, como cuando cruza un enemigo, saltando de rama en rama, subían a refugiarse en lo más espeso.

Anduvo Andrés largo de una hora, por senderos que jamás había trajinado, siguiendo la huella de sangre, y al fin, llegó a una llanada circuida de bosque, que servía de paradero a los venados y otros animales silvestres.

¿Qué era lo que veía? ¡Cómo imaginar barbaridad semejante! ¡No viéndole nadie hubiese dado crédito! Allí estaba tendido descansando el diminuto monstruo de cabeza roja, con los órganos de la generación extendidos sobre la grama, en zigzag, como un cable o una serpiente de muchas brazas, haciéndolos secar al sol.

¡A él! ¡A él! Fue directamente sobre el maligno, con el machete en alto y el corazón resuelto. La perversa bestia ni siquiera tomó una actitud defensiva. Se paró tranquilamente, sin que alce su cuerpo más de una cabeza de arado sobre el suelo. Solo los ojos dizque le relampagueaban y del punto de tinta de sus pupilas verdes, escapaban dos flechas luminosas y azuladas, que quimblaban como la lengua de una víbora.

Le echó el tajo mortal en la cabeza, como para dividirlo en dos, con toda la fuerza de su brazo de chacarero bien comido; y el machete le pasó como si fuera un espantajo de humo o de niebla, cayendo Andrés de bruces a los pies del enemigo, arrastrado por el peso de su propio cuerpo.

De la tarde, bajaron tres cadáveres.

-¿Pero esto es cierto?-pregunté con incredulidad.

-¡Tan cierto, señor patroncito, como que estamos aquí. Andrés Gómez era mi vecino y acompañé a la viuda en el velorio.

Cuando terminó Victoria Yupangui su relación, dirigiéndome a un joven que estaba conmigo, y que había vivido mucho tiempo en las montañas de la provincia de El Oro, le dije:

-¿Qué le parece?

-En cuanto a que el Chuzsalongo existe-me contestó- es lo más cierto. Yo lo he visto en las montañas de Santa Rosa. Suquito, de pelo colorado y tieso, tal como dice la Victoria. Se lo mira con pavor tal, que cuando se le encuentra o se advierte su pisada en los senderos del bosque, no se hace sino regresar, o cambiar de rumbo, tomando la dirección opuesta. Me han dicho que mata con la mirada, y que muchas montubias doncellas han perecido víctimas de su lascivia. (Íñiguez Vintimilla, 1993, pp. 125-130)

Notas: Migllados tajallizhcas = recogidos a la altura del vientre y cruzado en el pecho.

Jueyo = feo.

Machinamiento= unión.

Zhungazhca (o sungashca) = sorbido, absorbido, chupado.

Moras maqui = ladrones. Literalmente *los de manos negras* (del color de la mora madura)

Pargus = el maíz no totalmente endurecido

Zhungo = corazón, entraña; en este caso, el condumio.

Cuscungo= un ave de mal agüero, especie de búho. (Ver el capítulo 18.2.3)

Quimbliaban = parpadeaban, pestañeaban.

Del mismo autor azuayo (Íñiguez Vintimilla) y de su novela *Justicia* tenemos el siguiente cuadro:

5.3 tercera versión:

-Sabes que me atormenta... me enloquece la idea... Es una tontería... ¿Y si no podemos casarnos?... ¿Si somos hermanos?

-¡Qué disparate!... ¿Crees que tu madre me hubiera engañado? Ya sabes que ella no ha hecho nada por separarnos... antes parece que lo desea...

-¡Pierdo la cabeza! ¿Yo madre de un chuzsalongo! Ya lo veo: pequeñito, como un chico de un año; marimacho, abrumado bajo el peso de los órganos masculinos de la generación en castigo de la lujuria de los padres. ¡Qué horror! Con los cabellos colorados y cerdosos; mudo y con los ojos negros como dos gotas de tinta con reflejos de acero, respirando ferocidad... Dicen que este monstruo es fruto del incesto entre dos hermanos. (...)

Al mismo tiempo que el crujir de los huesos rotos del viejo en el patio, se oyó tras la puerta del cuarto inmediato, el alarido desgarrador, inmenso, desolado de una mujer que caía de bruces.

Era Brunilda, la bella e infeliz Brunilda. Ansiosa de ver coronada su felicidad, porque llevaba ya en sus entrañas el fruto de sus amores, se había puesto al acecho; y acaba de oír que eran hermanos y no podían casarse. Cerrósele de golpe la puerta de luz que débilmente iluminaba su alma, invadiéndole el horror de las tinieblas del incesto, que como un mar de fuego extendido entre los dos, le separaba de Rodrigo, para siempre... ¡Para siempre! ¡Habían engendrado un chuzsalongo! (...)

En el corredor contiguo hablaron. Medardo le refirió que un momento había despertado Brunilda, hablándose cosas sin sentido y riéndose después a carcajadas. Los ojos tenía extraviados y con las manos hacía ademanes de arrancarse algo del vientre y arrojar lejos; repitiendo pavorizada como si viera delante lo que arrojó: ¡El chuzsalongo!... ¡El chuzsalongo!... ¡Qué horror!... ¡Dónde me escondo!... ¡Dios mío!... (Íñiguez Vintimilla, 1988, pp. 241- 249).

5.4 Cuarta versión:

EL CHUSALONGO

Y luego venía el segundo cuadro. En la selva bravía deslizaba con tiento su figura el mono misterioso, el Chusalongo, el mono sátiro, de mirada candente y gran pelaje, que raptaba mujeres. (Muñoz Cueva, 2000, p. 57).

Para el antropólogo Landívar el chussalongo se presenta de este modo:

5.5 Quinta versión:

El chuzalongo vive en las montañas, allí se encuentra las pisadas, es del tamaño de un niño de seis años, con el cabello largo y sucio; del ombligo le sale un miembro como un bejuco de 'chuiusa'.

Para que no 'aviente' el aire malo del chuzalongo que causa la muerte, se entra en la montaña, se rompe una rama y se marca; así ya no puede hacer nada.

Cuando está marcado ya no ataca a nadie, es muy juguetón e inquieto y no hace nada; pero en cambio tiene un 'humor malo', después de un momento da un 'aire fuerte' y le deja cadáver a una persona.

Me han contado los antiguos que unas muchachitas que vivían cuidando el ganado en el cerro se han puesto a jugar con el ‘chuza’ y que le encontraron chupándose la sangre de esas niñas. Se han presentado a casa dos suquitos, han salido las chicas y les han chupado la sangre y matado.

Cuando se acercan a una doncella dicen que solo con el aire fuerte le matan. (Landívar, 1997, p. 44).

Para el padre Juan G.N. Lobato, en su *Diccionario quichua*, este ser mítico es:

5.6 Sexta versión

“**Chusalongo.** *nom.* Fantasma imaginaria, ladrón de campanas sin bendecir”. (Lobato, 1901, p. 91).

Para el escritor Carlos Aguilar Vázquez:

5.7 Séptima versión:

Esta vez, por mucho tiempo, no volvieron los zhimeños a la nativa comarca. Cuyes fue para ellos, por segunda vez, impenetrable refugio i asilo de dulce consolación. Para la raza autóctona eran menos ofensivos los chussalongos, genios malos de la selva, que los soberanos de los Inkas, revestidos de algodón i lana de finos llamings. (Aguilar Vázquez, 1974, p. 47).

Nota: Zhimeños, los habitantes de la parroquia Jima o Zhima, en la provincia del Azuay.

5.8 Octava versión

En una versión proveniente de la provincia del Cañar encontramos ya una tendencia moralizante del narrador, pues se habla, al final, de un castigo a la soberbia. Esta finalidad moralizante no la hemos incluido, pues desvirtúa la naturaleza del mito.

UN CASO DEL CHUSHALONGO

(...) Una madrugada, más temprano que de costumbre, el papá de las chicas les hizo despertar: Manuela y Felipa levántense, necesito paja para tapar la cocina. Vayan al cerro.

Las muchachas se vistieron y a prisa, después de tomar un agua de panela fueron al mandado.

A media mañana el cerro se cubrió ocultando los caminos. No se veía nada por la neblina.

Manuela se sentó a esperar a su hermana menor aprovechando dos piedras planas que había un lado del camino.

Mientras se esforzaba por mirar a su hermana, oyó a su espalda el llanto de un niño.

Buscó el origen del ruido, y en efecto, entre las piedras estaba acurrucado un bello niño rubio, envuelto en un poncho zhiro (a rayas). El tejido era muy fino. Sorprendida ella, agarró al niño y contenta lo llevó en sus brazos de regreso al hogar.

Al llegar contó lo sucedido. Mamá, vea este lindo varón, pobrecito, lo han abandonado, yo voy a criarlo como a mi propio hijo.

El niño se puso a dormir, mientras estaba embriagado de sueño roncaba como un viejo, le dieron luego leche, devoró su mamadera. Era un poco raro aquel pequeño.

La madre un tanto extrañada le dijo: Hija, déjame criarlo, tú no tienes experiencia.

Manuela respondió: De ninguna manera, este niño es mío y nadie me lo va a quitar.

Pasó la noche, dieron ya las siete de la mañana, los padres de Manuela preocupados porque su hija mayor no se levantaba comentaban así:

¿Qué será que duerme tanto?

Déjale nomás, dijo el esposo, debe estar emocionada con el niño por eso tarda tanto.

No, pero es raro, nunca ha hecho eso, voy a ver. Manuela, Manuela, es tarde, hija, levántate ya.

Manuela no respondía.

Entonces, la señora, levantó las cobijas. Manuela desangraba por la boca y por el vientre. Se le encontró dando su último suspiro, el niño huyó, llevando consigo la matriz de la joven.

La madre aterrorizada convocó a gritos a sus vecinos los cuales siguieron el rastro de sangre; pero no hallaron al hombrecito que según dijeron debía ser el chushalongo. (Zaruma, 1989, pp. 167-169)

Un autor más contemporáneo nos dice:

5.9 Novena versión:

Él [chuzalongo] es **alhajito**, chiquito, tiene ropa blanca, poncho colorado y sombrero alón; le gustan los cuchillos y cuando encuentra a alguien que tiene uno, le ofrece cambiar por una bola de oro del porte de un camote, cuando le creen reciben el oro, después de un rato el oro se vuelve boñiga. Para no encontrarse con el Chuza-Longo, los pastores y pastoras tienen que ir gritando: **Huaaaajay** de rato en rato, así el **Chuza -Longo** se espanta y no se encuentran.

Tiene el **ima shuti**, [el pene] tan larguísimo que una parte de este lo lleva **cinturado**, otra parte **tahallido**, otra parte **migllado** y el resto **huashitado**. (Valdivieso, 2008, p. 86).

Hay que aclarar las palabras en negrita: **cinturado** = amarrado a la cintura; **tahallido**, llevado en forma de tahalí, es decir cruzando el pecho; **migllado** = recogido en la zona del vientre; **huashitado** = cargado en la espalda.

Una escritora cuencana como Inés Ambrosi ofrece la siguiente información literaria:

5.10 Décima versión:

La [mujer de apellido] Ambrosi que se enfrentó al chussalongo cuando el adefesio se hallaba en cuatro sobre el abrevadero, ordenándole “¡Vade retro, satanás, obrero de la iniquidad, crapuloso demonio del mediodía!”, al degenerado que tenía aterrorizada a la comarca, a las mujeres de edad de procrear; haciéndole, entre maldiciones y con los índices en cruz, huir al libidinoso a fuetazo limpio. Dicen que entonces el sátiro, viéndose en figurillas, con la piel llagada pero sin regar una sola gota de sangre porque tenía las venas en cruz, envolvió su miembro tal que un acial en el brazo que le quedaba sano y escapó haciendo piruetas como el bufón bailando el diábolo; luego corrió cojeando con sus patas al revés con los talones adelante y llorando como niño tierno, seguido de cerca por los perros ovejeros que le

dejaban jironadas las sucias ropas de diablofuerte hasta perderse, jadeando con las secas bombas colgantes que dejaban al descubierto las encías sarrosas; siempre mirando de soslayo, entre el bosque de eucalipto, dejando tras de sí un olor a cera derretida y azufre como el que deja el Maligno en su huida. (Ambrosi, 2008, p. 42).

Aclaración léxica:

Diablofuerte. Nombre de una tela, generalmente de algodón, más o menos basta, pero de gran consistencia y que se usa en trajes masculinos. Se recomienda por ser de bajo precio y mucha duración. (Cordero Palacios, 1985, p. 127).

Al noroccidente de la ciudad de Loja se encuentra la parroquia de Chuquiribamba. En esta zona se habla de la presencia del churralongo (quizá esta forma de escritura revela las dificultades de representación del sonido de /z/ o s sonora). Este testimonio lojano presenta algunas variaciones respecto de la forma mítica azuayo-cañari, como se puede constatar a continuación:

LA CASA DEL CHURRALONGO

Nadie lo ha visto al Churralongo. ¡Pero existe! Dice don Virgilio Guaya. Es un hombre bien pequeñito, que vive cerca de las huacas cuidando los entierros y el oro que dejaron los gentiles.

Más antes había bastantes churralongos en el cerro de Chucadel y la peña de El Portete.

Una vez cuando caminaba en el cerro, encontré en el piso recién llovido el rastro de los pies de los churralongos. Eran bien pequeñitos, muy parecidos a los de una guagua.

En otra ocasión, cuando estaba en la cabecera de Chucadel rodeando el potrero y el ganado que se encontraba suelto, encontré una casa. ¡Era chiquita y bien bonita! Construida solamente de palitos quebrados. Tenía dos pisos. Sería de un metro de largo por unos 80 de alto. Unas gradas hermosas. Ya puede imaginarse usted. Ahora como ya no hay montaña, ¡no sé a dónde se irían a vivir!

Dicen que el churralongo tiene los genitales bien desarrollados y le gusta mucho realizarse unos baños de sol acostado en las piedras grandes con las piernas bien abiertas y estiradas hacia arriba. (Pucha, 2009, pp. 148-149)

Notas: Chucadel es un cerro de la cabecera cantonal de Catamayo, Loja.

El Portete es un cerro de la parroquia Cumbe, cantón Saraguro, Loja.

El historiador Juan Chacón (2005) opina que el Chussalongo es una especie de personificación de una divinidad solar:

Una imagen profana de la divinidad solas es el mítico Chuzalongo, representado como un niño rubicundo, portador de la potencia generadora de vida, identificada con el enorme miembro viril que lo lleva cargado y tajallizhca: el chuzalongo se representa con los pies al revés, caminando por las montañas. (p. 95)

Para nosotros esta opinión no es acertada. En los relatos míticos aparece como niño rubio o colorado en las versiones segunda, tercera, quinta y octava. En las restantes nada tiene de ese color. Tampoco creemos que personifique la potencia fecundante o generadora, porque no hace ni lo uno ni lo otro, sino mata (versiones segunda, quinta, octava). Para nosotros el Chussalongo representa y personifica una sexualidad salvaje y montaraz, una sexualidad que destruye, pues sus víctimas suelen morir. Además la Mama Huaca también aparece con el pelo rubio, por ejemplo en las versiones décima tercera, décima cuarta y en las versiones adicionales.

Además de designar a un ser mítico, la palabra “chussalongo” nombra también a una especie vegetal de la región austral. Ignoramos la razón para que esta planta lleve tal nombre:

Esto es lo que dice Luis Cordero en sus *Estudios botánicos* (1984):

EUPATORIUM GLUTINOSUM Lam., conocido por el vulgo con el nombre de **chuzalongo** y también con el impropio de **matico**. Vegeta en algunos lugares de las dos provincias, como en el camino del Naranjal, en el de los calientes de Cañar, &. Son perfectamente reconocidas sus propiedades vulnerarias y astringentes. Decimos que es impropio el nombre de **matico**, dado a esta planta, porque él pertenece a la **Artanthe elongata Miq.**, que es de la familia de las **Piperáceas** y habita en el Perú, en el Brasil, en Panamá, (p. 87).

5.11 La Mama Huaca y el Chussalongo

En algunas variantes o creaciones nuevas aparecen juntos la Mama Huaca y el chussalongo, como si hubieran formado una suerte de pareja mítica, tanto en lo vertical (madre-descendiente) como en lo horizontal (esposa-esposo). Esto nos lo dicen los siguientes testimonios literarios:

En la zona de Oña se cree que el Chuzalongo es la pareja de la Mama Huaca, o que es su hijo:

“El único que sí puede [con la Mama Huaca] es el marido, el Chuza Longo, que tiene el *ima shuti* tan larguísimo” (Valdivieso, 2008, p. 86).

Nota: *Ima shuti* = el pene, Literalmente quiere decir: ¿Cómo se llama?

El Chussalongo, en la misma zona de Oña, Susudel:

El chusalongo era parte de la laguna brava, algunos dicen que era hijo de la huaca. Era un hombre pequeñito y flaco, pero muy poderoso. Hay quienes creían que era el diablo. Tenía mucha fuerza. De un solo tingazo podía mandar lejos a una persona. Trabajaba moviendo piedras gigantes de un lugar a otro, pero nadie sabía por qué lo hacía. Se vestía con un pantalón verde, camisa verde, gorro grande y botas, siempre llevaba un lazo terciado colgado de la cintura. Cuando la huaca salía a peinarse a las doce del día, el chusalongo también salía a la orilla de la laguna para jugar con una bola de oro del tamaño de una naranja, la lanzaba hacia arriba y la atrapaba con la misma mano. Cuando escuchaba algún ruido dejaba de jugar y se quedaba quieto, poniendo atención para detectar el origen del ruido. Siempre quería cambiar la bola de oro por un machete, si la gente le aceptaba el cambio, él se apoderaba de su alma. Por eso en su vestimenta llevaba un cinturón con una funda para machete, vacía, lista para guardar el machete que logre cambiar con un incauto”. (Brazzero, 2019, p. 121).

Una versión que también ‘junta’ a la Mama Huaca con el Chussalongo, recogida por Juan Martínez, en la zona de Girón: “La huaca le ha llevado [a un hombre] a vivir con ella en la montaña donde ha tenido la casa con una cantidad de ‘chuzalongos’ que son hijos de la Huaca”. (Martínez, 1993, p. 130)

Nos parece que el campo semántico del Chussalongo ha sido “contaminado” y ampliado con los campos semánticos de otros seres, como es el caso de los gagones (por el incesto) y el de la Mama Huaca, por la coexistencia de estos dos seres en la misma realidad cultural. (V. 4.1.1) y siguientes; 9. 1 y siguientes). En estas versiones la anormalidad social (sexual-incestuosa) ha generado la aparición de una anormalidad representada por una sexualidad desaforada y mortal.



6

EL CHIRO

6. EL CHIRO

En este caso nos encontramos con que el ser llamado el chiro es muy parecido al chussalongo, tanto que un autor como Alfonso Cordero Palacios en su *Léxico de vulgarismos*, remite directamente de la palabra “chussalongo” a “chiro”:

“**Chussalongo.** V. Chiro.” (Cordero Palacios, 1985, p. 120).

6.1 Primera versión

También con el “chiro” tenemos variantes en la escritura:

Chiro. Ser imaginario y maléfico que nuestro vulgo campesino pinta con caracteres tales que lo identifica con el mono orangután. Aseguran nuestros labriegos que este hombre de los bosques suele aparecer de vez en cuando en las montañas de las provincias azuayas, para hacer presa de niños y mujeres, sobre todo de las últimas con las cuales se retira a vivir, en familia, a lo más apartado y desierto. (Cordero Palacios, 1985, p. 111).

6.2 Segunda versión

Un autor como Juan Íñiguez Vintimilla, en una de sus leyendas nos dice lo siguiente:

EL CHIRO

(Tradición indígena)

I

En Racar vivía Juan Narváez, casado con María Uday, y por su trabajo tenían derecho a los pastos y la leña del cerro de Cabugana, de donde, además, sacaban paja casi todos los vecinos para cubrir sus chozas. Todavía no se había establecido la industria de la teja y el ladrillo, que ahora es una de las más lucrativas explotaciones.

Tenía una sola hija llamada Agapita, muchacha rolliza, guapa, animosa, que idolatraban los padres, y a quien rondaban buenos muchachos del vecindario.

Aga, como cariñosamente la llamaban, se había criado yendo y viniendo diariamente del cerro, sola o acompañada, sin ninguna preocupación; pero, hacía algún tiempo que andaban en recelos de mandarla, porque decíase que había aparecido no sé qué animal o demonio que daba al traste con las mozas casaderas, y esto les

había cohibido a los padres, quienes conversaban:

-¿Mallo, qué hacemos, pes, hija? Vos no puedes dejar la casa; yo tengo que ir al trabajo, porque si no completo la quincena, no hay pago. ¿A quién mandamos por leña?

-Aga que vaya, pes.

-Me da miedo- repuso Juan-. No vaya a ser que le coja el 'Chiro'... ese animal del diablo ha mandado llenando a varias chinas...

-Yo no creo... En tantas veces, nadie me ha encontrado. Locuras de ellas mismas ha de ser...

-El compadre Leuco, que no es ningún mal hombre... Él me ha dicho... Su Vili mal lograda por el enemigo, va por pocos meses... ¡China tan linda que era!

-A palos le hubiera sacado la verdad...

-¡Sí me oyeras!... Guindada, lluchita en un árbol... con una reja huatana le hizo correr la sangre... correr mismo... hasta los talones... y ella... ¡que el 'Chiro' fue!... Y el taita... ¡Toma 'Chiro'! le seguía azotando. Allí le contó, que estando amarrando la leña ya para regresar... Sin ruido, le echó al hombro como una rama seca, internándose a lo más espeso... Cara de hombre, pelo de mujer, cuerpo cubierto de cerdas largas y retorcidas, de color de panza de burro, manos de racional y pies al revés, con los talones para adelante... En vano había gritado... El viejo, después de haberle oído, muriendo de pena de la pobre, la desguindó... Quince días enteros no podía sentarse... Ahora está temiendo no le venga un 'Chiro'.

-Así me han contado... Pero lo peor es que les embruja a las pobrecitas, que ya no pueden vivir sin él y locas van a buscarle... No he querido creer... Quizá con Aga no pasará nada... Yendo con advertencia... a la llegada del cerro... no ha de dejarse coger...

-Mándale, pes, y sea lo que Dios quiera.

II

Aga tenía muchos enamorados, y de todos, solo uno le llenaba el ojo; pero, en cambio, los padres no querían ni oír el nombre... ¡Cualquiera de los otros, menos ese!

Ya en otra ocasión, porque subiendo de Cuenca se le había emparejado en el camino, fue suficiente para que le pele a látigos. Desde entonces ella anda con él a las escondidas, viéndose entre

los chaparros, cuando iba a mudar los animales y saliendo muchas noches, a pretexto de hacer aguas, para darle un abrazo en el alar.

El viejo no sabía eso, ni Aga, que era tan lista, lo daba a maliciar. 'Ya poco me falta para los veintiuno, Jizhuco mío' le decía al enamorado... 'Cumplo a las doce de la noche, y cuando salga el sol ya me encuentran en tu poder'.

Y el Jesús Sotamba, colgado de la promesa de Aga, no tenía ojos para otras mozas. Trabaja y trabaja; guarda y guarda... Viéndole con plata ya no le despreciaría el suegro. Y que su Aga entre a la casa como una reina... Se querían apasionadamente.

Ese día, después de servido el chinzhi, Juan salió para la ciudad, y Aga con el machetillo y la soga se dirigió encantada al cerro.

-En cuanto veas o sientas al animal, cuerre dejando todo-le advertía la madre-.

-¡Mama también!... ¡Qué me cree, pes!... ¡Viendo dizque hay de quedar parada!...

Muy cerca de penetrar al bosque, a cosa de media legua de la casa, surgió de entre un chaparro el Jizhuco.

-¡Santo Dios!... 'Chiro' diciendo casi cuerro.

-Por vos no solo 'Chiro'... lo que quierita me hiciera...

-Ahura sí, ya no tengo miedo... Lindo juera entrando en casa, jalada al 'Chiro' muerto... De veras vay... ¿Qué dizqué?

Y conversando conversando, se internaron en la soledad del monte, buscando los parajes menos frecuentados, como si quisieran gozar del peligroso encanto de estar solos.

Llegando a lo más espeso, él tomó el machetillo y ella iba recogiendo y apilando ordenadamente en los bejucos de atar la carga, lo que el otro derribaba. La tarea fue deliciosa para ambos, y la habían concluido en menos tiempo del que deseaban.

-Ahura sí, vamos-dijo ella.

-Esperemos un rato-repuso emocionado el jizhuco-, yo ayudar hasta donde haya gente... Vamos a buscar joyapas.

Y se internaron aún más. El ambiente capitoso del bosque saturado de aromas afrodisíacos, les embriagaba de una manera extraña, despertando la levadura de la carne. Él cogía las joyapas, pasándole

las más negras a ella. Ambos comían. De repente, el Jizhuco se volvió a donde Aga con un hermoso grano que sostenía por el rabillo entre los dientes.

-Aga, coge esta.

Cuando ella extendió la mano para tomarla, volteando él la cara para el otro lado, agregó.

-No así... con la boca- acercándole el rostro.

Ella, hecha una grana, vaciló un instante; pero, luego le dio gusto.

Él, abrazándole con pasión, le introdujo junto con sus labios hasta donde pudo.

-¿Qué tal ha estado?

-Más mizhqui que las otras -responde ella sonriendo picarescamente, con los ojos que le llameaban.

-¡Aga!...

-¿Qué dices?

-Gana mismo da de hacerse 'Chiro'...

-No serás tonto... Ya querrás que me haga taita lo que a la pobre Vili....

-¡A la Vili!...

-Guindada lluchita... La sangre hasta los talones... ¿Quién es el 'Chiro'?

-¿Quedaría, pes, preñada?

-Ese es el miedo...

-Aga, linda sois donde quiera... pero no como aquí... como Mamita Virgen adornada para la fiesta... Ramas, flores, hierbas olorosas... y en mitad vos... Si fuéramos tugas... ¡Aga, que lindo!...

-Jizhuco mío, después que nos casemos hemos de venir... allí a que hagas 'Chiro'... ahora vamos... ya se hace tarde-. Su voz era dulce, lánguida, suplicativa, como arrullo de torcaz, en el que iba envuelta la felicidad inquietante del rendimiento, bajo la aparente corteza de la resistencia.

¡Oh el bosque! Voluptuoso por destino. En él se admiran los atributos genésicos de la creación, desde la hierba menuda, hasta el árbol

gigante agobiado de frutos; desde el insecto en madriguera, hasta el palacio verde que columpia el nido; desde el chirrido hasta el trino; desde el aleteo hasta la tormenta, todo es movimiento, sensación, amor. ¡Amor que multiplica y canta!...

Huid del bosque. En el hombre es ancestral el sentimiento voluptuoso del bosque... La humanidad comenzó en el huerto paradisiaco, continuó entre los bosques solitarios de Asia, derramándose por toda la tierra, siempre al abrigo de los bosques protectores, templos sagrados de todas las tribus que han llenado el orbe. Ese sentimiento, la civilización, lejos de desterrarlo en tantos siglos, lo cultiva de propósito. A él obedecen los parques, los parterres, los jardines, los bosques artificiales poblados de ninfas y faunos desnudos...

Aga y Jesús, un par de aves silvestres en el seno del bosque de Cabugana, sintieron en sus almas vírgenes arder el combustible que inflamó la de Chactas. La desgraciada Atala no sintió la amargura de la muerte, sino por haber sido la puerta que le separó de Chactas.

Aga, la animosa Aga, que yendo con su Jizhuco se creía capaz para venir arrastrando al 'Chiro' muerto, bajo el poder del embrujamiento del monstruo, ya no pensaba sino en volver y volver al cerro, en cuya soledad hallaba el paraíso.

III

Habían pasado algunos meses, durante los cuales Aga no había dejado de acudir al cerro con la mayor frecuencia. Un día, después de prolija observación, la Mallo comunicó al marido sus recelos:

-Juancho, no es una cosa hecha, pero me parece... ¡Dios quiera que me equivoque!... me parece... ¡Aprensión será! Que Aga se ha dejado coger del 'Chiro'...

-Tantas veces ha ido por leña... puede ser... No digas nada... yo descubriré.

Al siguiente día, como de costumbre, dando orden de que Aga vaya al cerro, bajó para la ciudad, y dándose un rodeo, fue a parar en Cabugana.

Estaba resuelto... No le quedaba sino morir o matar al 'Chiro', sea hombre o demonio... Llevó el machete afilado y un lazo de beta nuevo...

Eran ya las ocho y media de la mañana. Había bastante niebla

que lentamente se levantaba, retirando las últimas vedijas todavía enredadas en las copas de los árboles.

En los chaparrales inmediatos al camino había otros leñadores a quienes evitó cuidadosamente para no ser visto, yendo a situarse en una pequeña eminencia desde donde se dominaba todo el flanco del cerro, y esperó.

A poco vio aparecer en el camino la risueña silueta de Aga. La siguió con atención hasta verla penetrar en el bosque. Iba perdiéndose y reapareciendo entre los manchones oscuros hasta llegar a lo más recóndito. ¿Por qué buscaba así el peligro? Bajó con tiento en dirección a ella, a quien a momentos perdía de vista. Mientras avanzaba oyó un silbido suave como un balido de gacela; y se detuvo a escuchar.

Por el lado opuesto percibió rumor de un animal corpulento que se abría paso al través de la maraña... Juancho era todo ojos... ¿Qué es lo que veía?... Negábase a dar crédito a sus sentidos. A pocos pasos del árbol atrás de cuyo tronco se ocultaba, vio pasar al animal dañino. Cara de hombre, cabellera larga y cerdosa, cuerpo cubierto de salvaje, colgado en mechones... Parecía un viejo tronco ambulante... Era el 'Chiro'... efectivamente había 'Chiro'... ¡Y él que había dudado de su existencia!... ¡Dios ponía estos animales dañinos para ruina de las muchachas!...

Y lo peor era que, después del primer encuentro, como embrujadas, le tomaban cariño y le buscaban... ¡Pobre de su hija!

Revisó el filo de su machete, y siguió cautelosamente tras del monstruo, sin perderlo de vista. Estaba nervioso, tenía oscuros presentimientos de una aterradora tragedia...

Sabía que el monstruo era forzolento como un oso, con un buey gordo en la espalda, subía a la guarida que, de palos y ramas, se construía él mismo en lo alto de los árboles corpulentos, en parajes inaccesibles sobre el abismo de no exploradas quiebras.

La desesperación del amor a su Aga ¡tan hermosa y tan mujer! Le arrastraba... Hay en la vida cosas que no quisiéramos presenciar... ¡pobre Juancho!... ¡Ver a su hija deshacerse en caricias con la fiera!... Ya no estaba en sus manos evitarlo... Se lanzó desalentado sobre el monstruo, que tuvo apenas tiempo para reaccionar... Pero, el momento mismo que le sembraba el machete en la cabeza cerdosa, dio el animal un estampido, alcanzándolo a Juan con una pechada

que le arrojó de nuca sobre un raigón de afiladas puntas, una de las cuales penetró en el nudo vital, dejándolo redondo. Murieron a un tiempo el hombre y el ‘Chiro’.

Aga lloró a los dos en la soledad del bosque y después de enterrar el cadáver del ‘Chiro’, en un hoyo abierto con la punta de su machete, cargó con el cadáver de su padre, hasta las inmediaciones del camino, mandando de allí recado a la madre de que el ‘Chiro’ le había vencido, internándose al monte después de matarlo, tan sano como antes de la pelea, porque era invulnerable al cuchillo y la bala. (Íñiguez Vintimilla, 1993, pp. 52-59).

Notas: *Mallo*, hipocorístico de Mariana.

Reja huatana = sogá para amarrar la reja.

Jizhuco, hipocorístico de Jesús.

Chinzhi = desayuno, en quichua.

Hay, pronunciación popular por “he”.

Tugas = especie de tórtolas.

Atala y *Chactas*, personajes y protagonistas de una novela pastoril de Chateaubriand.

Salvaje, especie de musgo de color ceniciento.

6.3 Tercera versión:

EL SHIRO

¡Es un hombre chiquito, con patas de chivo será! ¡Venado será! Solo las pisadas se encuentra.

Anda persiguiendo a las mujeres que entran en la montaña. Tiene un compañero grandote y les mata desangrando. (Landívar, 1997, p. 43).

6.4 Cuarta versión:

Se le apareció no más un hombre ¡grandote! ¡lanudote! y lluchiiito, lluchiiito. Sólo lanas dizque le tapaban y daba unos gruñidos como puerco. Se li acercó a la pobre mujercita y como una pajita dicen que le fue cargando (...)

Dicen que el chiro es bastante parecido al hombre, como un hombre mismo dizques, sólo que es grandote y lanudo y también dizque habla como nosotros (...)

Dicen qu'el chiro es un animal maldecido por Dios y que tiene los talones hacia adelante y la punta de los dedos de los pies, mirando hacia atrás, o sea al revés de los cristianos y, eso le sirve para confundir a los que le persiguen (...)

Además, dicen que tiene un órgano ¡grandooote! A las chiras dizque les gusta los hombres y a los chiros, dizque les gusta las mujeres y si alguna vez el chiro logró cogerle a un hombre, ahí no más dizque le mata; así mismo dicen que hacen las chiras con las mujeres. (Astudillo, 2008, p. 204).

En otra versión, el chiro es una especie de niño:

6.5 Quinta versión:

El chiro –escrito zhiro- es un niño que tiene los pies con los talones adelante. Posee un bejuco que le sale del ombligo y con el que puede bailar. Si encuentra a una persona, la lacea y la mata. (versión anónima)

En esta versión, por eufemismo, existe un desplazamiento semántico. Se habla de “bejuco”, en lugar de pene; y, por la misma razón se produce un desplazamiento, para “ubicarlo” en el ombligo.

6.6 Sexta versión

Y, por último, este mismo ser, ahora descrito (y escrito también, pero desde la óptica del italiano, donde la letra “c”, se pronuncia como “che”) como un habitante de la selva:

Queda por apuntar que a veces encuentran un mono grande, terrible, que vive solitario en medio del monte y lo llaman sciro. Este no lo comen, sino que con su cabeza hacen la tzantza”. (Allioni, 1978, p. 56).

Otra leyenda se refiere al mono `shiru` que vive solitario por las montañas del pongo y se parece en algo al gorila. (Allioni, 1978, p. 86)

Allioni fue un sacerdote italiano que vivió en las misiones del oriente ecuatoriano, en la zona de la cultura shuar.



7

EL CALCHACHIRO

7. EL CALCHACHIRO

En el caso de este ser estamos ante una variación, realmente ligera, del mismo “chiro”, tanto en lo referente a la escritura como a sus características mitológicas:

Calchachiro. *De calcha, y de chiro*, voz de origen incierto, pero con la que los indios del Azuay nombran a un misterioso cuadrumano que suponen aparece en nuestras montañas de tiempo en tiempo, para arrebatarse doncellas. (Cordero Palacios, 1985, p. 52).

La palabra “calcha” es quichua y designa, como sustantivo, a la caña seca del maíz, elemento que sirve como forraje; como adjetivo significa “astroso, andrajoso”. Aquí debe entenderse como “chiro andrajoso”.

8

EL SACHA RUNA O SACHARRUNA



8. EL SACHA RUNA O SACHARRUNA

Este ser mítico aparece también en la provincia del Chimborazo, y con las siguientes características, que las extraemos de nuestra *Mitología ecuatoriana* (2010):

Sacharruna. Especie de hombre salvaje (*sacha* = salvaje, silvestre; y *runa* = hombre), que vive, obviamente, en los bosques y montañas. En Licán (Chimborazo)

Es un animal de la selva, de dos caras, que camina en toda dirección. Vive en cuevas y sale solamente por la noche. Grita ¡yu-yu! para causar susto, pero no puede hablar. Mata a sus víctimas abrazándolas y torciéndoles el pescuezo. La manera de defenderse de él es llevar una candela al frente o mechones o un leño encendido. (Carvalho-Neto, 1964, p. 371).

En otra versión se afirma que tiene los talones adelante o que tiene el pie con dos talones.

8.1 Primera versión

En la zona de Cañar, hay una versión ligeramente diferente de este ser:

Trasmontando los picachos, los pajonales, las pampas, las montañas donde dicen que habita el Sacha- Runa, hombre de un solo ojo y pies al revés, retornaba sano y salvo o herido, siempre, satisfecho, siempre furioso con el mundo entero. (Cárdenas, s.f., p. 132). (Ver Apéndice 2)



9

LOS GAGONES

9. LOS GAGONES

Estos seres siempre se presentan en parejas, puesto que son representaciones simbólicas-míticas de quienes mantienen relaciones sexuales sin respetar los tabúes de la sociedad. Son, por tanto, relaciones incestuosas.

El nombre está directamente derivado de la onomatopeya del llanto de un niño (como se podrá ver, luego, en los textos, los gagones son siempre perritos tiernos, recién nacidos), que suena como “ingá- ingá”. Y esta es la razón fonética para que en la zona central de la sierra se los llame “ingangos” y no gagones.

Tomando en consideración los hechos ya presentados no resulta extraño que, en el caso de los gagones, esté presente una carga muy fuerte de intención moralizante, propia de la religión cristiana y de los valores de una sociedad que trata de velar por el mantenimiento de los tabúes y las normas matrimoniales. Veamos, antes algunas precisiones sobre estos seres:

Gagón.- Animal de la mitología serrana. Es una especie de perro pequeño, de color blanco, gris o negro, que vaga y llora como un niño en la medianoche. Los gagones aparecen cuando hay relaciones incestuosas (incluidas las relaciones entre compadre y comadre), y desaparecen cuando los culpables se han arrepentido y confesado con un sacerdote.

Para conocer a las personas que cometen incesto se debe arrojar ceniza a los gagones. Se dice que al día siguiente los pecadores aparecerán también marcados en la frente.

El gagón de los aborígenes serranos, es una aparición diabólica en forma de un perrillo tierno. Persigue a las personas que viven mal:

Cuando dos hermanos viven en incesto, suele decir la gente de campo, que se dejan ver gagones, dos perrillos que lloran, simulando criaturas tiernas.

Los salasacas describen al gagón: hay otro perrillo más flaco y ridículo. No es gruñón, no es faldero, ni amigo de los niños. Es como un malévolo detective al que se le sorprende deambulando, vagando por los caminos ... por allí donde hay adulterio o amancebamiento ... este malévolo detective se llama ingango. (Costales,1981, p. 103)

Ingagos, gangones: “Perros pequeños que aparecen durante la noche, en casa de las personas que viven en adulterio”. (Carvalho-Neto, 1964, p. 248)

9.1 Primera versión:

Nombre que da nuestro vulgo a un ser imaginario, al que generalmente atribuye la figura de un perro blanco falderillero. Este animal, que asegura la plebe aparece tan solo por la noche y dando gemidos semejantes a los que produce un niño de pocos días de nacido, se deja ver cuando mantienen relaciones ilícitas personas de parentesco muy cercano entre sí o que son compadres de sangre. Hay quienes guardan la creencia firme de que, si se logra coger al gagón y se lo tñe con un carbón negro, arriba de los ojos, al otro día aparece la tizne en la frente de quienes viven amancebados, sin embargo, como se ha dicho, de hallarse en grado prohibido o de ser compadres”. (Cordero Palacios, 1985, p. 149)

Se asegura que los gagones muerden las rodillas de los pecadores.

9.2 Segunda versión

En otra versión se asegura que los gagones son macho y hembra. La hembra llama “*gagón, gagón*” mientras que el macho contesta: “*cantagrí, cantagrí*”. Por donde pasan los gagones dejan “un reguero de gusanos pestilentes que de no hacerse inmediatamente que se vio la señal de la cruz, podía subir al cuerpo para provocar comezón insaciable de una terrible sarna que no curaría jamás”. (Saltos en Guevara, 1972, p. 220)

En una versión ya literaturizada completamente, como es el caso del escritor Manuel María Muñoz Cueva:

9.3 Tercera versión:

EL GAGÓN

El pueblo estaba indignado.

Era lo vitando.

Una tarquinada, pase; un amorío descarriado, todavía. ¡Pero un incesto!... Era lo no visto, lo insufrible, lo vitando. El pueblo estaba indignado. (...)

Y en vano el buen párroco, alarmadísimo, llamó uno a uno a los dos, y les habló en secreto de abandonar la abominable vida: en vano; en vano el Teniente Político amenazó al mozo con las islas Galápagos, en vano venerables lugareños negaban el saludo a los amantes

inconcebibles. A la justa indignación de todos respondieron, al principio, con la negación, que respeta, luego con la vergüenza, que calla, después con la osadía, que atropella y reta.

Y los domingos, por entre el pueblo reunido que esperaba en la plaza parroquial la misa de doce, ellos pasaban muy erguidos a la ciudad; y si topaban con el Cura, pasaban sin saludarlo, lo cual era poner la nota más alta de rebeldía. (...)

Las misiones pasaron.

Muchas vidas torcidas se enderezaron. La propiedad usurpada volvió a su dueño, la calumnia adormeció, para tiempos, sus víboras, los pecaminosos amoríos se consagraron ante el altar.

Pero los hermanos incestuosos no asomaron. (...)

Y la coincidencia era condenadora. No llovía, se helaban los maizales, y una grave epidemia afligió al pueblo.

-‘Por ellos, por los infames’.

Y corría el rumor de una próxima huelga, la terrible huelga de las justicias populares. A la caída de una tarde, la colina se coronó de una línea sangrienta: los rojos ponchos de los indios de la huelga.

Resonaba con amedrentadora intermitencia la estentórea bocina; y la quipa lúgubre semejaba quejidos de bestia torturada. (...)

Se atacaba la casa de los incestuosos. Ella buscó refugio en una hendidura de roca, en la quebrada. Y él, siempre sombrío y osado, se defendía. Con una escopeta de cartuchos hacía fuego. Cayeron uno o dos de los huelguistas; pero imposible resistir más. En retirada fugó también con buen éxito.

Y ardió la casa. Al chisporroteo del incendio se mezclaba el débil chillido de los cuyes, que se achicharraban. (...)

Y una vieja leyenda, la del Gagón, circuló de boca en boca.

En las noches lunadas se había oído llorar al Gagón. Y su lloriqueo agudo, insistente, como vagido de criatura muy tierna, salía de entre los matorrales, de detrás de las piedras grandes y de entre las breñas. Y aún se le había visto, a la luz de la luna.

En la plateada arena de la quebrada el Gagón y su pareja, como dos conejillos o dos perros pequeños blanquísimos, se perseguían el uno al otro cabriolando.

Eran los fantasmas decisivamente vengadores del crimen del incesto. Y la amenaza inminente de muerte repentina para los reos. O de su transformación en bestias. En otra pareja de Gagones.

Y aunque muy escurridizo, se podía coger al Gagón y marcarlo con una cruz negra, que luego aparecería en la frente de los culpables; lo que no se había tratado de llevar a cabo, porque a todo el pueblo constaba, esta vez, quienes eran los incestuosos.

Los hermanos oyeron la vieja conseja. Y se rieron de ella osadamente. Si el Gagón aparecía, ellos sabrían atraparlo, y hacerse de su fina piel un bolso para guardar el harto dinero que tenían. Porque no les importaba 'un bledo' que la huelga hubiese quemado su casa: eran ricos, y tenían otra; y, en último caso, se habían de ausentar para siempre de pueblo tan salvaje. Creer en el Gagón... ¡Ja ja!... Ellos no eran tan brutos para creer en eso... Pero a las claras se adivinaba que solamente decían todo eso de los labios para afuera; que se estremecían para sus adentros; y que, lo que no había podido derribar ningún imperativo, caería en los hermanos al aletazo de una grosera ilusión popular.

Una noche de luna plena a la vera de la quebrada, cegaban alfalfa para los animales. La mordedura de la hoz violaba tan solo el silencio del campo dormido, donde aquí y allá los capulíes soñolientos se arrojaban en su fronda abundosa. Los dos hermanos hablaban quedo del hijuelo que se había achicharrado en la hoguera de la huelga. Una mujer de la vecindad había referido la escena a la madre con cruel complacencia. Cuando fugó él, un indio descubrió a la criatura, que ardía ya, ¡'Siquiera el hijo de los condenados!' Y trinchando a la criatura con una garrocha, agitaba en el aire la masa de carne chirriante. El cerebro del niño reventó con estrépito, dando ocasión para una carcajada de los indios huelguistas.

...¡Siquiera el hijo de los condenados!

Y para ahogar los irritantes recuerdos, él y ella llevaron a la boca sendos frascos de aguardiente. Porque, además de su mala vida, los pobres se habían dado a la copa.

Ella se quedó dormida.

De repente un rápido ruido de animalejos que pasaran rozando la maleza. Y en el llano verdinegro el contraste de un par de animalitos blanquísimos, que se perseguían cabriolando. Ahora tomaban la forma de gazapillos...

-¡El Gagón!-...

El hermano y la hermana se pegaron instantáneamente el uno al otro. Los ojos se les agrandaban de terror. Y el Gagón y su pareja, en retozo vertiginoso, rozaban apenas el llano como en vuelo rastrero de golondrinas. Y tendiéndose de largo en largo, prorrumpían en funambulesco lloriqueo insistente, como vagido de criatura. Por último, trepándose a una piedra, cerca de los hermanos, se tenían derechos sobre sus patas traseras, y echando atrás sus conejiles orejas, miraban a los culpables con espantosa fijeza. Poniendo en sus ojos una ironía diabólica. Y los animalillos se agrandaban, crecían, tocaban las nubes, y giraban sus ojos como una rueda de fuego. Como un iris macabro de epilépticos colores.

Los hermanos, mudos, desencajados, sudorosos, intentaban, entre dientes, religiosas invocaciones salvadoras:

-¡Válgame Dios!... ¡Virgen del Auxilio!... ¡San Miguel Arcángel!... ¡Válgame Dios, válgame Dios!...

Pero la mala visión pasó. Pasó, pues si de no, morían.

Ella despertó.

Y rompió en un llanto estentóreo, hiposo; y luego en la casa, junto al cromo de la Virgen, lloraba aun convulsivamente:

-¡Perdón, Madre mía, perdón!.. Y tornándose con odio al esposo inconcebible: -No he de estar contigo más-le dijo-. No he de estar contigo más.

El partió a la costa foscamente.

Y ella se entró de criada en un convento de la ciudad. (Muñoz Cueva, 2000, pp. 42-51).

9.4 Cuarta versión

El novelista azuayo Juan Íñiguez Vintimilla (1942) nos habla también de este ser y lo hace en estos términos, en su novela *Viento y granizo*:

LOS GAGONES

Sucedía una desgracia en el pueblo, se malograban las cosechas, invadían las epidemias, había anuncio de guerras, todo era por su mal vivir. Los inviernos y las sequías, el granizo y las heladas, las pestes y conmociones políticas interiores o exteriores, no eran sino

el fruto de su concubinato. ¡Qué lloviera fuego sobre la casa; que le arrancaran de cuajo los huracanes; que la acribillaran los rayos; ¡que la tragara la tierra en un cataclismo, para moralizador ejemplo del vecindario! ¡Poco faltaba para que lance a la población sobre la pecadora pareja, en huelga de destrucción y de sangre!

Rosario había dejado ya de asistir a misa en la parroquia, y Mariano, hostigado por la persecución inmisericorde, acabó también por no poner los pies en la iglesia. Pero eso, lejos de suavizar la situación, la había empeorado. Se inventaron leyendas de gagones y duendes que andaban de boca en boca. Desde que se ponía el sol, nadie se arriesgaba por el camino inmediato a la casa de Rosario, sino santiguándose y haciendo un puñado de cruces con cada mano. Si aullaba un perro en la vecindad, era que estaba viendo las terroríficas visiones que rondaban la casa de los amancebados, y se alarmaba el barrio, rezando oraciones y haciendo cruces en el aire, con dirección allá, para ahuyentarlas.

Aquello era insostenible, y Mariano comenzó a reflexionar acerca de su situación, buscando la manera de conjurarla, sin hallar sino dos soluciones: volver al camino de la honradez, o huir con su amada lejos, donde nadie les conozca y pudieran pasar por esposos. (Íñiguez Vintimilla, 1942, p. 297).

9.5 Quinta versión

En palabras del antropólogo Manuel Agustín Landívar:

Los gagones son unos perritos negros con la pancita blanca, bien pulchunguitos, que aparecen en la vecindad de la casa donde viven mal entre parientes o compadres, andan delante de los pecadores sin ser vistos por ellos. Aúllan así: *gagón, gagón*; y la hembra: *gagona, gagona*'. (Landívar, 1997, p. 41).

9.6 Sexta versión

El mismo investigador ofrece otras variantes de estos seres míticos:

Los gagones son como unos 'guagua perritos'. Al principio son cenicientos, lo que llamamos 'chucuros' y con el tiempo van haciéndose negros hasta volverse 'negro fino'. Se forman cuando se han 'entreverado' entre compadres o parientes, y son las almitas de ellos, andan llorando por los caminos donde trajinan los que

están ‘mal llevados’. Salen para que alguna persona de ‘alma limpia’ y que no sea manchada les aconseje para salvar esa alma y no se condenen.

Esto solo puede conseguirse al principio, pero cuando ya están negros, ya no tienen salvación.

Las almas limpias cuando ven a los gagones les amarran con un cordel o les pintan la cara con negro de humo para ver al día siguiente cuál ha sido el gagón.

Si las personas son pecadoras el gagón les coge de la rodilla y le saca el huesito (rótula) y si el alma no es manchada le coge suavito.

Los que han querido coger al gagón estando en pecado no vuelven a hacer eso porque ya tienen miedo por el dolor a la rodilla. Cuando han cogido al gagón y le han tiznado esperan en ese lugar para ver quién pasa a la madrugada entre claro y oscuro, el rato que ‘arraya’ el día le aconseja diciéndole: ‘usted está con este pecado, sepárese de esa mala amistad, para que no se condene y salve su alma’. (Landívar, 1997, pp. 40-41).

9.7 Séptima versión

Ahora la versión de una escritora contemporánea, Inés Ambrosi (2008):

Que por las noches encienden hogueras para ahuyentar a los espíritus que en forma de gagones lloran lastimeramente como perros guaguas hasta que amanece Dios. (p. 129).

Y cerramos estas citas literarias con el aporte que nos trae Vicente Estrella Cordero, que incluye nombres de personajes de Cuenca:

9.8 Octava versión:

LOS GAGONES

Gagón, nombre con el cual conocía nuestro vulgo a un ser imaginario, al que generalmente le atribuían la figura de un perro blanco falderillo. Este animal que, aseguraba la gente ingenua aparecía tan solo por la noche y daba gemidos semejantes a los que produce un niño de pocos días de nacido; se dejaba ver cuando mantenían relaciones ilícitas personas de parentesco muy cercano entre sí o que eran compadres de sangre.

Por eso se cantaba:

Compadre que a la comadre
No le mece las caderas
No es compadre de “a deveras”.

Había quienes guardaban la creencia firme de que si se lograba coger el gagón y se lo teñía de negro con un carbón, arriba de los ojos, al otro día aparecía la tizne en la frente de quienes vivían amancebados, sin embargo, como se ha dicho, de hallarse en grado prohibido o de ser compadres.

No pocas veces, sobre todo el habitante pueblerino, estigmatizaba a varios personajes, llamándoles gagones, y se hizo, por esto, muy popular, un señor que dizque guardaba relaciones maritales con una hermana, y apodado “el carne asada”, al que todos pugnaban por conocerlo. Cuentan que estos animalillos, que eran tan blancos como un “ampo de nieve”, pululaban ordinariamente por las veras de los acueductos que conducían las aguas que movían los molinos de “mama Miche Machuca”, lugar en que se escondían, o mejor desaparecían, luego de sus andanzas por los barrios donde se albergaban ciertas parejas para sus fines sensuales. La casa y los molinos de la aludida señora estaban situados casi al terminarse la calle “Larga”.

Como una breve digresión, señalaremos que esta señora, era pariente cercana del Gran Machuca y Vargas, por lo que ella también se las daba de muy “brava” y por esto siempre mantenía riñas con sus clientes, porque aquellos reclamaban por la justeza en el peso de los granos que le entregaban para su trituración; además diremos que su esposo, calmado y comunicativo, era un caballero de apellido Alvarado, que se preciaba de ser descendiente directo del primer molinero español, de ese apellido, que viniera a nuestras tierras. (Estrella Cordero, 1990, p. 430).

Hay otras versiones anónimas y populares que, afortunadamente, han sido recogidas y que circulan en diferentes páginas de internet, como las que vemos a continuación:

9.9 Novena versión

Otra versión también de internet:

Los gagones son como unos perritos bien blancos y “pulchungos) (lanudos) que andan delante de los convivientes, cuando estos son parientes o compadres; aúllan y juegan abrazándose, es fácil cogerles; se les muestra el poncho haciendo una “miglla” (mantener extendido con los brazos, el poncho, la pollera o cualquier tela para recibir algo), cuando han saltado se les cierra y se les lleva a la casa, se les encierra en una tinaja y se les tapa con un “mediano” (pozuelo de barro vidriado) al día siguiente se les suelta y se les va siguiendo a ver dónde entran y así se descubre a los que viven mal. Dicen que cuando los gagones están encerrados los cuerpos no pueden despertarse porque el gagón es el alma de estas gentes perdidas.⁴

9.10 Décima versión:

Los gagones son unos perritos negros con la pancita blanca, bien pulchunguitos, que aparecen en la vecindad de la casa donde viven mal entre parientes o compadres, andan delante de los pecadores sin ser vistos por ellos; aúllan así: “gagón, gagón” y la hembra “gagona, gagona”. Se revuelcan en el suelo abrazándose. Salen después de las 10 de la noche. Cuando ven al cristiano pronto desaparecen. Dice: yo les he visto con mis ojos que se han de volver tierra, cerca de la casa de N.N. que vivía mal con el tío.

Una mujer vivía con el cuñado y todas las noches se oía a los gagones. Un día el vecino le cogió a la gagona y le colocó en una tinaja. Al día siguiente le fue a ver y le encontró muerta, luego supo que la vecina había amanecido muerta también, todo el cuerpo negro como condenada. Dice: “Yo le llegué a conocer a la hija de la gagona; se casó pero no pudo tener hijos, porque dicen que esa es la maldición.”⁵

⁴ <http://mitosyleyendascuenca.blogspot.com/2012/07/los-gagones.html> Acceso: 20 de mayo de 2022

⁵ <http://mitosyleyendascuenca.blogspot.com/2012/07/los-gagones.html> Acceso: 20 de mayo de 2022



10 | EL CUICHI

10. EL CUICHI

La palabra quichua “cuichi” designa al arco iris. En la cultura popular azuayo-cañari, el cuichi es un ser mítico que posee ciertas características humanas. Es masculino y, por lo general, suele aficionarse de las mujeres, a quienes embaraza. Pero su campo de acción se amplía, a veces, para atacar a los hombres. Tenemos varias versiones de este ser mítico:

10.1 Primera versión:

EL ARCO IRIS

Como tiene la posibilidad de causar daño, lo hace. *Cuichiana* es enfermarse a causa del

arco iris. La “enfermedad” más común es que embaraza a las mujeres. Los hombres

sufren de otros males, como el mal aire. (Revisar capítulo 17.4)

El arco sigue a las mujeres con polleras rojas y las deja embarazadas de un guagua suco, bermejo, que dicen que casi no puede ver. (...)

Si las mujeres están con regla de costumbre, el arco las embaraza en pura agua, tal parecen como embarazadas de racional. Deben estar con cuidado. (Gutiérrez en Encalada, 2007, p. 182)

10.2 Segunda versión:

EL CUICHI O EL ARCO IRIS

Cuando el ‘arco’ se enamora de una mujer, le empieza a perseguir todos los días, hasta cuando le encuentra sentada al lado de una cocha (charco) y si está enferma de la costumbre (menstruando) esta mujer queda CUICHIPA HUACHANALLA (embarazada del arco iris). No siente ningún dolor ni molestia hasta que ajusta los nueve meses y le toca dar a luz; entonces sí padece mucho y le nace un huambra sucu, zhirbu (de cabello crespo y rizado), gordo, lindo.

Entonces sí, el arco no le deja a la mujer, le sigue a todas partes; porque es bien celoso, si por desgracia tiene un enamorado, entonces el cuichi se apegaba bien, le envuelve y así oculta le lleva a la casa. Allí se da cuenta la mujer de que el arco le persigue. Cuando tiene que salir de su casa siempre sale acompañada de una chica huambrita con un machete blanquito y que esté brillando.

El arco viendo que el sol brilla en el machete se asusta y se pierde tiempos.

Cuando el CHURIPA CUICHI (el hijo del arco iris) ya está grande, en la edad de coger la yunta, amanece un lindo día; el sol brillando, entonces el arco se para tras de la loma para que nadie le vea.

Entonces le jala a la mujer al cerro, le va llevando al churipa; y sigue andando hasta que se haga oración. Se para el arco delante de una cocha de agua clarita, limpiecita; la mama tiene sed, se agacha a tomar agua; ella que se enrecta para dar agua al huambra este no aparece por diónde. Entonces ve que el arco se alevanta y se para delante del sol y más abajo otro arco más clarito; pero más delgado. En seguida la mama se da cuenta que el churipa ha sido llevado por el 'arco padre' y empieza a llamar gritando al huambra hasta que se queda YUYAY ILLAG (piensa que no existe). Así se pasa toda la noche; cuando amanece empieza de nuevo a llamar gritando; pero como nadie aparece ella regresa a la casa. En todo el camino se echan los dos arcos hasta que entra a la casa con dolor de barriga y caina (permanece) así y se hace UQUIAYASHCA TULLUYASHCA (enflaquece y la piel se hace negra) de una vez; cuando ya no tiene nada de carne y el pellejo está pegado al hueso se acaba la pobre mujer solo aguaitando al cielo y llamando al huambra. (Landívar, 1997, pp. 35-36).

10.3 Tercera versión

El cuichi en una versión de la provincia del Cañar:

Una tarde de páramo nuestro personaje [el narrador, don Manuel Reinoso] se hallaba en una quebrada al norte de la provincia. De pronto sintió en su espalda un aliento muy cálido. Al regresar la mirada hacia atrás, vio un toro barroso, joven, que despedía un calor sofocante por el hocico.

Las narices del toro botaban una especie de baba. En tanto el arco iris se hacía grande, el toro iba desvaneciéndose.

Don Manuel se retiró asustado y a prisa rumbo a su casa sofocado por el calor en su espalda, según el paso del mencionado señor el arco lo seguía. Solo pudo librarse de esta persecución cuando pidió posada en una casa vecina.

Esta misma historia relatan otros cuando dicen que el arco iris se origina en un toro barroso medio azulado y que quien lo ve levantarse o se acerca a él, queda lesionado físicamente.

A esto se atribuye el miedo que tienen algunas personas al arco iris.

Por ello, en épocas de páramo no se ponen ropa de color: argumentando que el arco iris les persigue y por eso se enferman.

Del mismo modo, si lo ven brillar al oriente se alegran porque el año será bueno para la agricultura.

Por el contrario si asoma al occidente esto les trae temor porque los páramos serán ligeros y se perderán las sementeras. (Zaruma, 1989, pp. 253-254).

10.4 Cuarta versión:

Y que el hijo que tuvo era hijo del arco iris, decían, porque un día cuando Italia[Italia Ambrosi] se hallaba con la enfermedad de la costumbre salió a dar un paseo y se sentó a refrescar sus pies en una charca, y como éste, tal que un hombre en celo se había enamorado perdidamente de la muchacha, ahí mismo sigiloso, sin que ella se diera cuenta se dejó coger y quedó embarazada, y que no sintió nada durante la gestación decía, hasta que nació un lindo niño de pelo rubio y rizado, al que un día el taytacuichi, su padre, se lo llevó encerrándole en una caja de filigrana de plata cuando tenía dos años, transformando luego al infante, gracias a unas palabras mágicas, en un arco chiquito para que le ayude en sus erranzas sembrando colores. (Ambrosi, 2008, p. 44).

10.5 Quinta versión:

Kuychis. Colores que flotan en el agua de los cenegales (sic). Se creía que eran desperdicios del arco. Se pensaba en un par de animalitos en forma de bueyes, que el uno echaba los colores por el hocico, y el otro recibía en extremo opuesto. (Pacheco, 1981, p. 29)



11

EL CARBUNCO

11. EL CARBUNCO

En el español ordinario la palabra “carbunco” designa a una especie de enfermedad que ataca, sobre todo, al ganado, y cuando pasa al ser humano, recibe la denominación de ántrax. Junto a la palabra “carbunco” está, entre nosotros, la palabra “carbunclo” o “carbucló”, que es una evolución popular de “carbúnculo”. Esta última designa al rubí.

Esta palabra está presente ya en el español clásico. Así, en el *Diccionario de autoridades* (1726-1739) tenemos:

CARBUNCLO. s. m. Piedra preciosa mui parecida al rubí, que segun algunos creen, aunque sea en las tinieblas luce como carbón hecho brasa. Otros fingieron se criaba en la cabeza de un animal, que tiene un capote con que le cubre quando siente le ván a cazar. Los mas doctos acomodan este nombre a otras piedras transparentes, como el de Antraces, Carbones, Pyropos, y dicen no haver tal carbunclo, si bien otros muchos con Quiñones en el tratado del carbunco, fol. 10. sienten sea el rubí. Viene del Latino *Carbunculus*, que significa lo mismo.

En la cultura regional se ha formado una especie de ser mítico que junta la piedra preciosa y brillante, que reúne, además, ciertos poderes mágicos, con algún animal. Esto se puede ver en los siguientes textos:

11.1 Primera versión:

CARBUNCO

Cerca de Cañar vivía por el sector de Narrío un hombre que vio cierta noche bajar desde el montículo un gato negro. La noche era sumamente helada, clima como para no atreverse a salir de los hogares.

Este hombre tomó la resolución de interceptar en el camino al gato negro. Se puso al frente del gato que en cuanto lo descubrió el campesino se paró. Entonces, empezó a brillar la frente del animal hasta enceguecer al valiente campesino. Él, no hizo más que arrancarse la *cushma* y botarla sobre el gato, una vez que le inmovilizó se lo llevó a la casa.

De cualquier forma, arrancó de la frente del animal el objeto brillante y le soltó al gato.

Todo fue normal hasta el día siguiente al anoecer. Al caer las sombras oyó clamar detrás de la casa una voz fúnebre: *devuélveme el diamante, devuélveme, te daré lo que quieras.*

El campesino respondió ante la insistencia:

Soy pobre, dame una yunta y unas mulas.

Desapareció la voz; y al amanecer, en el corral estaba todo lo que pidió el hombre.

Pasó el tiempo y la voz reclamaba constantemente.

Devuélveme el diamante.

La mujer del hombre afortunado le rogó: *favor devuelve esa cosa, no pudo aguantar más este miedo.*

Una vez que devolvió el diamante, desapareció el carbunco; pero desapareció también toda la riqueza del campesino. (Zaruma, 1989, p. 163).

11.2 Segunda versión

Otra versión, ya en la zona azuaya:

Si no sabe, oiga.

En estas playas, noche, cuando ya ha pasado la luna o después de media noche, anda el carbucló.

Es como un gato negro, grandote, que tiene brillantes en los ojos que brillan como focos de un carro.

Cuando alguien va a morir se acerca a la casa y pasa rondando toda la noche y si ha llevado mala vida, le lleva en cuerpo y alma al infierno.

Nadie le ha podido coger ni verle de cerca, y dicen que es el diablo. (Landívar, 1997, p. 43).

11.3 Tercera versión:

Ingresa al fin el trío a la gran casa de adobe de portón tallado, en donde merodea un gran gato negro que encandila con sus ojos de fuego. ¡Cuidado es el carbucló!, alguien advierte. (Ambrosi, 2008, p. 124). Revisar en el apéndice 1, una versión del carbunco, en la cultura peruana.



12

JUAN
DEL OSO

12. JUAN DEL OSO

Juan del oso es un personaje nacido de la cohabitación entre un oso (lo silvestre) y una mujer (el mundo de la cultura). Este tipo de relato no es exclusivo de la región que estudiamos. Se lo encuentra en varias zonas del país y aún fuera de él, como se podrá ver en el apéndice 3. Por lo pronto presentamos la versión que circulaba en la provincia del cañar:

12.1 Primera versión:

JUAN DEL OSO

Una pareja de casados recorría los senderos del bosque en busca de leña. La mujer debió retrasarse por necesidad unos minutos y no comunicó al esposo este particular.

El hombre caminó largo rato sin advertir que su mujer se había quedado en el camino.

Ella desapareció. Cuando su marido quiso verla, se dio cuenta de que no se hallaba detrás de sus pasos. Llamó insistentemente, gritó, reanduvo el camino y nada pudo encontrar que le diese una pista o una noticia de ella. Ante pérdida tan repentina dejó su tarea y regresó al pueblo a buscar ayuda.

En tanto se extendía la alarma y se planeaba una búsqueda la infortunada mujer fue víctima de un secuestro. Un oso la había raptado.

Pasaron dos años desde ese momento. El oso había sido fiel a esa mujer y le complacía en la consecución de la comida. De ese encuentro nació un hijo. Este niño tenía características de ambos progenitores, era mitad oso y mitad humano. Su madre le cuidó entre lágrimas y suspiros, sufría mucho por tan lamentable circunstancia, añoraba su casa, su esposo, su gente.

En cierta ocasión pasó por el lugar del bosque donde vivía cautiva esta mujer, un jinete.

Ella le vio desde la copa de un árbol en el que tenía su escondite el oso, y empezó a gritar pidiendo auxilio. En ese momento no se encontraba el oso.

Señor, le dijo ella, avise a mi marido. Dígale que a esta hora el oso sale al bosque a buscar comida, que traiga un caballo ágil y aperado para que pueda rescatarme. Cuéntele que el animal que me hizo prisionera es muy peligroso que debe tener cuidado. No se olvide

por favor, mañana le espero aquí mismo a esta hora.

Al día siguiente la mujer con astucia le mandó al oso a traer agua en un cedazo. El animal quería complacerle a como diese lugar, pero el agua se escapaba.

El empeño duró largas horas, tiempo que fue aprovechado por los rescatadores.

El rescate fue desesperado, pero se realizó.

Apenas hubieron salido de la maleza la prisionera y sus acompañantes se oyó retumbar la montaña con los bramidos del oso burlado y vencido. Así escaparon. En la aldea los esposos trataron de hacer una nueva vida. Pusieron nombre al niño, Juan del Oso empezó a llamarse y tuvo un padrino, un sacerdote, por ello le decían también ahijado de taita curita.

Juan creció rápido. Cuentan que era muy fuerte. Su fuerza física descomunal obligó a los niños a cuidarse y respetarle. Sin embargo, nunca faltaba algún desaprensivo que lo provocase.

Por dos ocasiones Juan del Oso fue el centro de los acontecimientos. La primera vez soñó a un muchacho, y la segunda mató de un golpe a otro niño.

Se agravó el asunto cuando malogró también a la profesora que quiso castigarlo por el asesinato.

El niño fenómeno debió huir. El padrino lo recibió en su casa. Cierta día su padrino le pidió repicar las campanas al niño, Juan del Oso era torpe repicaba sin ton ni son. El sacristán enfurecido quiso enseñarle a repicar delicada, armoniosamente, Juan le dio un golpe que elevó al sacristán para sacarlo fuera de la torre y matarlo al caer.

Nadie pudo ya confiar en este niño. Optaron por arrojarlo al monte.

Anduvo el muchacho errante por algún tiempo hasta que encontró otro hombre fuerte como él.

-¿Cómo te llamas?

-Yo me llamo Juan Tumbacerros- respondió el extraño.

-¿Por qué te dicen así? ¿A que no puedes tumbar este cerro que ves ahí?

Juan Tumbacerros de un golpe derribó el monte. Después de eso se hicieron amigos y caminaron juntos.

De repente los dos hallaron otro hombronazo. Se llamaba Juan Pelamontes. Este apodo provenía de su fuerza brutal, arrancaba árboles de raíz.

Los tres Juanes se hicieron amigos.

Al cabo de algún tiempo los titanes después de demostrar sus hazañas para admiración entre ellos dieron, al bajar una colina, con un hombre que dormía a la orilla de un río.

Juan del Oso preguntó:

-¿Quién eres, amigo?

Sobresaltado el desconocido respondió:

-Yo me llamo Juan Secarríos. ¿Qué quieres conmigo?

-Tómame toda el agua de ese río.

De un sorbo se consumió el agua de un río grande.

Juan del Oso dirigió la palabra a los otros tres. *Yo veo que somos hombres fuertes. Nadie podrá con nosotros. Vayamos en busca de otra tierra.*

Caminaron mucho hasta que hallaron una casa grande en una magnífica planicie.

A Juan Tumbacerros le encargaron preparar el almuerzo mientras ellos exploraban la zona.

Habiendo sido cogidos por el hambre se acordaron del regreso.

En casa no había comida, ni Juan, este yacía desmayado, quizá muerto en un rincón de la cocina.

-¿Qué te pasó? ¿Quién te golpeó?

Le preguntaron una vez que este había reaccionado. A lo que contestó:

Vino un gigante y de un solo trompón me hizo dormir.

Otra vez dijo Juan del Oso, se quedará Juan Pelamontes.

Pero Pelamontes y después Secarríos corrieron la misma suerte.

No me queda otro remedio, mañana me quedaré yo, dijo Juan del Oso.

Al medio día del turno de Juan del Oso asomó un gigante en esa casa. Juan luchó hasta vencerlo, y es más, no le dejó escapar al gigante sin antes cortarle una oreja.

Al momento de almorzar, allí estuvieron los cuatro Juanes, a festejar el triunfo.

Juntos decidieron buscar al intruso. No sería difícil dar con el gigante por las manchas de sangre dejadas en el piso.

El rastro del herido se extendía por los oscuros callejones de la misma casa que era también enorme.

La casa se comunicaba con una cueva. Siguieron la huella dentro de la cueva y descubrieron al fondo unas voces. Buscaron el origen de esos sonidos y por fin dieron con una prisionera, una hermosa joven. Atemorizada la doncella preguntó:

¿Qué hacen ustedes aquí? Este lugar es encantado. Nadie puede salir. ¡Corran que pronto asomarán unos feroces animales!

-¡Que vengan! -dijo Juan del Oso.

No tardó en hablar que se presentaron un perro, un toro y una culebra. Eran inmensos y se abalanzaron contra Juan del Oso. Este valiente peleó duramente hasta matarlos.

Rescatemos a la chica que está abajo, al fondo, dijo Juan del Oso a los otros Juanes. Yo bajaré, présteme una cuerda.

Bajó Juan del Oso y liberó a la prisionera. Pero sus amigos le abandonaron en la fosa sin prestarle ayuda.

La chica fue capturada por los tres Juanes, los cuales huyeron con ella.

Juan salió con mucho esfuerzo de la fosa y utilizando su olfato siguió el rastro de sus compañeros oportunistas.

No lejos les dio alcance y se vengó, matándolos y salvando a la joven.

Juan se llevó a la hermosa mujer muy lejos de ese lugar misterioso, se casó con ella y vivieron felices hasta la muerte. (Zaruma, 1989, p. 145 y siguientes).

En la provincia del Azuay -zona de Susudel, al sur de la provincia-, encontramos una versión algo distinta:

12.2 Segunda versión:

JUAN DEL OSO, JUAN PELAMONTE Y JUAN ATAJARRÍO

Había tres hermanos que salieron de su casa para trabajar en el cerro, los dos se fueron a una peña y le dejaron a Juan Pelamonte en una explanada, junto al cerro, para que cocinara el almuerzo en una paila de dos orejas que habían llevado para el efecto. Juan Pelamonte estaba cocinando en la paila cuando, justo antes de que hirvieran los alimentos, se viró y se regó toda la comida. Cuando regresaron sus hermanos para almorzar no encontraron la comida.

Al siguiente día salieron nuevamente los tres hermanos al cerro, los dos se fueron a trabajar llevando un lazo muy largo de veta de toro y le dejaron a Juan Atajarrío para que preparara la comida. Juan Atajarrío paró la paila en el fuego y comenzó a cocinar. Cuando estaba a punto de hervir se viró y también se derramó la comida. Llegaron sus hermanos para almorzar y no encontraron la comida.

El tercer día salieron los tres hermanos al cerro, esta vez se quedó Juan del Oso. Paró la paila, metió fuego y puso a cocinar la comida. Justo antes de que esté lista se viró la paila y nuevamente todo se derramó. Enojado Juan del Oso por el incidente empujó las piedras donde se asentaba la paila; allí vio un hueco en diagonal que se perdía en la oscuridad debido a su profundidad. Ese momento llamó a sus hermanos para pedirles que dejaran de trabajar y acudieran a donde él estaba. Llegaron sus hermanos y Juan del Oso se ató el lazo de veta de toro a la cintura y les ordenó a sus hermanos que contuvieran el lazo y lo fueran soltando conforme él caminaba hasta que llegue al fondo del hueco; por precaución llevaba una navaja en su mano. Eran las doce del día cuando sus hermanos comenzaron a soltar el lazo. Juan del Oso dejó de halar porque se encontró con un gallo que se paró frente a él y con la navaja le cortó la cresta. Siguió caminando y se encontró con un borrego al que le cortó las orejas. Así se fue encontrando con algunos animales como chivos y vacas a los que les cortaba las orejas que luego las guardaba en el bolsillo de su pantalón. Al final del hueco encontró al 'dueño del encanto' dormido con una lanza en sus manos. Entonces Juan del Oso tomó suavemente la lanza

para que el diablo no se despertara y la clavó en su corazón. En ese momento se desencantó la peña en la cual estaba la entrada de una ciudad encantada. Los mayores afirman que hay algunas ciudades encantadas, una de ellas se encuentra en la Cría, cerca de las minas de sal, en una peña alta donde el agua-sal servía para hacer quesillo con la leche de cabra, animal que abundaba en ese sector. (Brazzero, 2019, p. 122). (Ver Apéndice 3) Revisar La Mama Huaca, 4.1.9; y El cerro llamado Charón (o Charón Ventanas), en 14.3



13 UN ANIMAL CÓSMICO

13. UN ANIMAL CÓSMICO

En la zona azuayo-cañari se creía, en los sectores indígenas y campesinos, que el eclipse de luna se producía por la actuación de un ser cósmico que atacaba la luna y trataba de comérsela, hecho que lo describe el presidente Luis Cordero:

13.1 Primera versión:

El eclipse. La luna devorada por un animal

ALGAZARA CONVENIENTE

Soy de la sierra, y me consta
que en todo eclipse de luna
arman mis paisanos indios
una estrepitosa murga,
compuesta de los clamores
de alarmada turbamulta
y el clangor de las bocinas
y la solemne y profunda
voz del caracol marino
y el redoble de mil, juntas,
cajas, que el espacio atruenan,
mientras el eclipse dura.
Alzar pretenden al cielo
clamor inmenso que aturda;
por eso pinchan al toro,
para que rabioso muja,
al perro para que ladre,
y al cerdo para que gruña...
¿Queréis saber el objeto
de cencerrada tan ruda,
que, a primera vista, debe

de pareceros absurda?

Pues sabedlo: -se imaginan

que una alimaña iracunda

se está comiendo a bocados

todo el cuerpo de la luna;

y por lograr que la fiera

su presa abandone y huya,

forman comarcas enteras

tan extraordinaria bulla,

con la cual dizque consiguen

que el astro no se consuma...

(Cordero, 2012, p. 197)

13.2 Segunda versión

También en prosa se presenta el mismo argumento:

Al producirse un eclipse lunar se cree que está siendo acometida por una araña de gran tamaño y que hay que ayudarla en el peligro en que se encuentra. Esto se hace mediante un fuerte clamoreo acompañado del aullido de los perros, el graznido de las aves y ruidos de toda clase, que sirven para espantar a la agresora; clamoreo que no cesa sino cuando el eclipse ha terminado. (Iglesias, 1985, p. 126)



14

LOS
URCU YAYAS

14. LOS URCU YAYAS

La frase quichua “urcu yaya” se traduce como “padre cerro” o “padre del cerro”.

Los padres de los cerros o padres cerros. En la visión andina del mundo los cerros son personificados. Así, se habla del taita Buerán, de la mama Tungurahua, de la mama Zhinzhona. El Chimborazo recibe también la designación de mama Granizo.

A veces el urcu yaya tiene características positivas, como en el siguiente caso:

14.1 Primera versión:

Un hombre pobre que por su orfandad logró contraer matrimonio con una muchacha de posibilidades: llegó a tener seis hijos en medio del odio de su suegro.

Un día este hombre fue abandonado a su suerte, y por más esfuerzos que hiciese, no lograba conseguir ni para el sustento diario.

En resignada vida pasaba este humilde hombre sin quejarse en lo absoluto. Hasta que un cierto día al amanecer, se le presentó un hombre rubio, con sombrero grande. Llevaba sobre sus hombros un poncho de color rojo, tenía puestos unos zapatos amarillos.

Amablemente saludó al extraño, sorprendido a la vez, el personaje le devolvió el saludo. Inmediatamente el visitante le dijo:

He conversado con tu suegro aconsejándole muchas veces que te ayude porque él es un hombre muy rico, en cambio tú no tienes nada.

Agradecido el humilde campesino le respondió:

Toda mi vida nadie se ha interesado por mí, menos aún en ayudarme; y Ud, un forastero se preocupa, Dios se lo pague.

Escucha, buen hombre, tu suegro es necio, no acepta ayudarte; pero le castigaré, perderá las cosechas, y le irá muy mal.

A ti voy a darte una forma de vida, ven a verme el día viernes al pie de los quinuales y te enseñaré a curar a la gente.

Te mostraré los secretos de los montes y ganarás dinero; pero te advierto, este secreto no lo cuentes a nadie, ni siquiera a la mujer.

Realizada la entrevista aquel hombre empezó a curar y se hizo famoso; además adquirió riqueza.

Durante algún tiempo calló el secreto. Cierta día embriagándose lo contó.

Desde entonces su poder le abandonó, perdió fama, no podía curar por más esfuerzos que él hiciera.

Desesperado se convirtió en vagabundo de los cerros con el afán de encontrar al Urcu Yaya. El intento fue en vano, solamente en sueños logró encontrarle siendo severamente reprendido por no haberle guardado aquel secreto que él le confió.

De todos modos su situación económica mejoró.

Muchos antiguos dicen que este personaje mejor conocido como el Urcu Yaya, otorga dones a quienes lo encuentran. Les concede la habilidad para ser músicos, tejedores, buenos agricultores o curanderos. (Zaruma, 1989, pp. 95-96).

14.2 El cerro llamado Buerán:

[A] Tatita Buerán lo describen como una persona de baja estatura, vestido con ropa autóctona del Cañar, con su sombrero de lana, y es de pelo rubio.

Dicen que se ha encontrado por casualidad con algunas personas siendo esta una señal de buena suerte. Hay quienes lo califican como un curandero experto y como un Juan Tenorio, ya que le gustan las mujeres solteras. (Zaruma, 1989, p. 43)

El cerro conocido como Charón Ventanas tiene una hija que anda conquistando hombres y ofreciéndoles tesoros.

14.3 El cerro llamado Charón (o Charón Ventanas):

En las inmediaciones del Charón la gente solía caminar con recelo. Se dice que en ese cerro vivía un urcuyaya (un anciano del cerro), este personaje actuaba en el mal tiempo o simplemente en día de carnaval y le interesaba robar niños sin bautismo. Por ello no era aconsejable cruzar esos caminos al pie del Charón con niños aucas (sin bautismo) ya que se corría el riesgo de perderlos porque el viejo se los quitaba.

Los truenos para los antiguos habitantes era presagio de luchas entre los cerros.

El Charón y otros cerros altos guerreaban en la tempestad según entienden los indígenas, para ello, se valen de los hijos de los urcuyayas.

Cuando pelean los cerros y los hijos del padre cerro en la lluvia, es buen presagio porque ese año será abundante en cosechas, granos y ganados; pero si estos cerros están en calma, habrá sequía y hambruna.

De ahí que en carnaval nuestros indígenas comen mucho cuy y beben hasta embriagarse, terminando en peleas sangrientas como repetición de las peleas de los cerros entre truenos y relámpagos.

Cuentan que como el padre cerro es generoso y posee mucho oro, cuando robaba niños, sobre todo, el Charón devolvía mazorcas de oro a los padres de los niños. El Charón regalaba dos mazorcas por un varón y una solamente por una niña. (...)

Si el urcuyaya se encontraba con un forastero caminante en el cerro, y quería regalarle felicidad, abría entonces una puerta en la roca y al fondo enseñaba un hermoso jardín con flores brillantes y multicolores. El camino de ese extraño jardín estaba cubierto de perlas y diamantes, su aire lleno de aves exóticas y mariposas bellísimas que hacían la delicia de quien las mirase. (Zaruma, 1989, pp.133-135) Revisar: La Mama Huaca, en capítulos 4.1.8 y 4.1.9

14.4 El Ujibeño

Los urcu yayas no tienen designación que los singularice; sin embargo, hay un solo caso en que este ser recibe un nombre que lo identifica con claridad. Este ser es el Ujibeño. Ignoramos, lamentablemente la significación y el origen de la palabra, aunque se puede colegir que se trata de una derivación, por la terminación **-eño**, propia de los gentilicios. Conjeturamos que podría derivarse del quichua “ucu” = hueco; *el que vive en el hueco*.

El Ujibeño, especie de ser mítico que vive en los cerros. Tiene capacidad para curar y otorgar fortuna. Una historia relata que un hombre enfermo pudo curarse gracias a su intervención:

EL UJIBEÑO

Llegó cerca al amanecer un hombre pequeño vestido con una capa roja y pantalón blanco. Este hombre le sacó el hechizo y le estaba dando bendiciones. En ese mismo instante, la vecina de esta familia llegó pidiendo candela. El Ujibeño escuchó la conversación que tuvo aquella mujer con los familiares del enfermo, los que le estaban contando el suceso, ese fue el momento en que el hombre del cerro sin terminar la ceremonia, desapareció como un viento de aquella casa.

No se supo de este personaje. El hombre quedó curado pero no pudo ser rico como antes, solo tenía lo suficiente, porque según dicen, recibió únicamente media bendición. (Zaruma, 1989, p. 181).

Al parecer el ujibeño es un **urcu yaya**, porque es un hombre que vive en los cerros.

Un novelista como Luis Moscoso Vega (1950) nos presenta, aunque sin precisarlo, una visión mítica de algunos cerros de la provincia del Cañar:

14.5 Montes Mitológicos:

Los siglos encontraron lengua para su expresión y el tiempo obligó a moverse a los labios de granito. Molobog lanzó un rugido y Buerán, del otro lado, al oír el reto, conmovió los Andes con su estrépito.

Los de la Colmena se inquietaron:

-Está llorando el cerro.

-¿Qué pecado estará maldiciendo?

Como un rodar de vozarrones sobre las cabezas indias; como un arrastrar de carros gigantescos por encima de las nubes; como un romperse de los cielos o como un grito aterrador que estremecía las cosas todas.

Brígida oyó la disputa de los montes. (p. 106)



15

EL
MASHO

15. EL MASHO

La palabra "masho" designa, en quichua, al murciélago, y, también, por extensión, a una mariposa nocturna de gran tamaño. Este ser -en su variante semántica de mariposa nocturna- tiene cierta presencia mítica:

LA LEYENDA DE LA RAZA

En una familia había varias solteras simpáticas que, por vanidosas quedaron sin matrimonio. Ellas buscaban caballeros apuestos y de excelente conducta. A pesar de los muchos interesados prefirieron vivir solteras hasta encontrar los esposos de su agrado.

Sucedió que empezó a perturbar la paz de aquella casa una voz romántica que las llamaba noche por noche.

Esa voz parecía entrar también en la alcoba de las damas. Ninguna hizo caso de aquel ruido, hasta que, no pudiendo aguantar la curiosidad una de ellas encendió el mechero, pudiendo descubrir tan solo una mariposa grande de color pardo, que aquí llaman mashu.

Sin dar importancia al hecho, la joven continuó su sueño. A los meses de calma, sin esa voz, sin molestias de ningún tipo, dicha mujer dio a luz un niño moreno.

Refiere la leyenda que desde entonces existen en la región hombres morenos y amarillos. Por ello, muchos habitantes temen la presencia de las mashus que son nocturnas. (Zaruma, 1989, p. 75)



Figura 4.

Un masho. / El masho tiene presencia también en otro nicho de la mitología. Ver capítulo: 18.2.4



16 REUNIÓN DE SERES MÍTICOS

16. REUNIÓN DE SERES MÍTICOS

Antes de continuar con la revisión de otros seres de la mitología regional, pensamos oportuno ubicar una cita donde algunos de estos seres son presentados por un escritor y folclorista como Astudillo Ortega (1941):

El 'Chusalongo', el 'Gagón', que llora por las noches, anunciando el mal vivir, entre compadres y consanguíneos; la 'Mama Huaca' o mujer del Adivino, que sabe dónde QUEMA el cerro y los sitios de las huacas o entierros...El Cuzcungo', el 'Alma Santa'...

El 'Chiro', de cuerpo de mono, patas de cabro y coraza de tortuga, fuerte en los raptos. (p. 94).

En este texto hay dos referencias que no han sido encontradas en ningún texto escrito ni en ninguna versión oral de las que hemos podido disponer. Estas son tomar a la Mama Huaca como "mujer del adivino" y lo mismo ocurre con el llamado "alma santa", entidad que sí aparece; pero, como un participante de las celebraciones de la Semana Santa, y no como un ser mítico.



17 | LA NOSOGENIA

17. LA NOSOGENIA

La nosogenia es el estudio del origen de las enfermedades; en el caso de un estudio sobre mitología, naturalmente, la nosogenia está relacionada con la presencia o influjo de ciertos seres, que, dentro del pensamiento mítico, son los causantes de algunos males, como los que vemos a continuación:

17.1 El paludismo o malaria

El origen de esta enfermedad se lo atribuía a la acción de unas ranas grandes, llamadas chugchumamas, en la zona de Yunguilla y Santa Isabel, donde el mal era endémico.



Figura 5.
La chugchumama

Anduvo dando vueltas y casi perdida; solo cuando la luna se hubo levantado, se orientó mejor y buscó un lugar para permanecer, esperando, como era creencia general, que las ranas se le acercasen y escupiesen su baba mortífera... Si lloviera a que me escupiesen los fríos –decía Juana en soliloquio de esperanza y de muerte. (Moscoso Vega, 1951, pp. 28-29)

El lexicógrafo azuayo Alfonso Cordero Palacios define así a la “chugchumama”:

Chugchumama. (Hibridación cañari-castellana: de **chugchug**, frío, y de **mama**, voz equivalente a madre). Rana de mayores proporciones que las ordinarias y de color gris que toca en negro. Vive en los valles ardientes; y sin duda por esta causa lleva el nombre que lleva, esto es, el de madre de los fríos o del paludismo. (Cordero Palacios, 1985, p. 115)

Otro autor azuayo ofrece algunas informaciones adicionales sobre estas ranas:

Chucchumama. “Madre de los temblores. Especie de rana de las que croan fuerte. A la que se atribuía la transmisión del paludismo”. (Pacheco, 1981, p. 98)

Y en otro sitio de la misma publicación, el autor cambia de forma de escritura [chujchumama] y dice lo siguiente: “una rana gigante que se creía que transmitía el escalofrío”. (Pacheco, 1981, p.20)

17.2 El iguanado

Con el nombre de “iguanado” se conoce al vitíligo o vitiligo. Primero veamos la información que ofrece Alfonso Cordero Palacios:

Iguanado, da. Adj. (cañarismo: de **iguana**, caimán) –Voz procedente de **iguana**, nombre este último con que se designa a un reptil semejante al caimán. No se sabe con qué fundamento, pero es verdad que nuestros campesinos atribuyen propiedades malignas y de resultados semejantes a los de un embrujamiento, a la piel de la iguana poseída por otro. No se da el caso de que un ladrón, por mayor necesidad y audacia que se le supongan, si sabe que dicha piel ha sido arrastrada alrededor de una sementera, penetre en la misma. Cree que de hacerlo le habrá de sobrevenir o una enfermedad extraña e incurable o la muerte repentina. Califica, pues, el nombre catalogado a la cosa que, para preservarla de latrocinios, ha recibido en sus alrededores pases, si así pudiera decirse, de una piel de la **iguana**; piel que tiene precio de oro entre nuestros ignorantes labriegos, y que sirve, al que la posee, de cerrojo inviolable. Nombre con que la plebe conoce a la enfermedad llamada vitíligo. (Cordero Palacios, 1985, p. 182)

Hermida, al entrevistar a un informante nos presenta la narración del procedimiento para producir el iguanado:

Verán, doctorcitos. El iguanado no es así no más. Hay necesidad de saber cómo se hace y de tener, pues, el cuero del animal, que se consigue en la costa, con trabajo, como hey hecho yo para poder iguanar o curar. Para que no se roben los choclos, la fruta, o las sementeras, se va y se golpea, sacudiendo en ellas con el cuero de la iguana. A los pocos días el ladrón que ha ido a tocar o pasar no más por la sementera o por los árboles de fruta, aparece con unas manchas blancas en el cuerpo, sea en las manos, en los brazos o en el cuerpo. Son unas manchitas que arden ya veces bota fiebre, y esas pintas van creciendo, creciendo, y usted puede darse cuenta clarito de quién ha sido el ladrón de sus sementeras. Pero donde se ha sacudido con el cuero de la iguana hay que poner unas señales con ceniza para que los familiares de uno no vayan a tocar allí; para eso se les advierte a tiempo, que tal sementera o fruta está iguanada. El iguanado de una persona puede durar meses o años: no se cura no más.

[En el tema de la curación] El tratamiento consistía en hacer un cocimiento de un pedazo de cuero de iguana, mezclado con orina y un poco de tabaco (...) Con orina de uno mismo (o sea del curandero) y eso por varios días. (Hermida, 1995, pp. 190-191)

Naturalmente la palabra “iguanado” tiene su razón de ser, una razón metafórica, por cierto, puesto que el color de la piel de la iguana no es uniforme, sino que presenta una combinación entre lo oscuro y pedazos más o menos claros.

17.3 El bicharro-ushca o gorrión-ubashca

En este caso tenemos una rara “enfermedad” producida por los pájaros, en conjunción con un tabú de tipo sexual.

Es un síndrome o enfermedad que en la zona de entre Gualaceo y Sígsig se la conoce generalmente con el nombre de gorrión-ubashca o de bicharro-ushca, enfermedad que ha sido descubierta para el ambiente científico, por nuestro grupo (...) La zona donde se la describe con más frecuencia es la de la parroquia Principal del cantón Gualaceo (...) pero también se la oye citar en comarcas circunvecinas. (...)

El gorrión-ushca, eso es lo mismo que pájaro-ubashca. Es cuando los pajaritos se están ovando y uno va a pasar por allí o se pisa en donde ellos han estado ovando (...)

Entonces vienen unas comezones terribles, con ñutu granitos en todo el cuerpo, que uno se rasca y no para la comezón, porque apura más y es tanta que hasta da fiebre. (...)

Pero no dura mucho tiempo, porque con el remedio pasa no más. (...)

Hay que quemar las ‘puzhas’ (la hojarasca seca) que se encuentra a la orilla del río; pero mejor es quemar las pajitas de la ‘cuzha’ (nido) del pájaro (...) puede ser de cualquier pájaro. Se quema esa cuzha con las pajitas de la choza de la casa, pero cogiendo de las cuatro esquinas del techo unas pocas, y entonces con todo eso se quema y se añade otros montes como ruda, y entonces la persona que tiene esa enfermedad, se humea todo él (...) mejor desnudo, cosa que humee todo el cuerpo. (...) Después de hacer ese remedio pasan las comezones y ya no vuelve más”. (Hermida, 1995, pp. 187-188)

Nota: *ñutu* es palabra de procedencia quichua, significa “pequeñitos”.

Es notoria la presencia del tabú sexual aun con los pajaritos, porque *ubashca* es deformación en forma participial de *ovar*. Creemos también que *ushca* es una abreviación de *ubashca*, con la ayuda del quichua.

17.4 El mal aire

Esta enfermedad “cultural” puede ocasionarse por algunas causas (ingresar en un recinto que ha permanecido cerrado mucho tiempo, pasar por un sitio “pesado”); pero también por la acción de un ser mítico:

Durante la noche se aparecen los cuichis blancos que (...) son malos porque atraen el mal aire a las personas que se aventuran a pasar por debajo o a un lado de cualquiera de sus bases. (Sivisapa y Cartuche, 1997, p. 42) Revisar: El arco iris, en 10.1



18

LOS
MENSAJEROS

18. LOS MENSAJEROS

Dentro de este acápite presentamos a algunos seres que se convierten en heraldos o mensajeros, tanto de lo bueno como de lo malo:

18.1 Los mensajeros de lo bueno

En la mente de algunas personas existe la creencia de que ciertos animales o ciertas conductas de los animales son predictoras de que algo bueno ocurrirá, que algo bueno (o alguien) llegará. Así, tenemos: en el caso de la lluvia -de extrema utilidad para las labores agrícolas-, o las visitas inesperadas.

18.1.1 Las buenas nuevas

Una variedad de escarabajo de más o menos 25 milímetros de largo recibe el nombre de *buena nueva* si su color es entre amarillo y castaño, o de *mala nueva* si es castaño oscuro. Estos escarabajos vuelan en la noche y son atraídos por la luz de los hogares, de modo que suelen entrar en las casas, de ahí que ‘anuncien’ buenas o malas nuevas. El padre Solano (s.f.) recoge estos nombres: “Una especie de estos últimos llaman en Cuenca buenas y malas nuevas”. (p. 161)



Figuras 6 y 7.

Una buena nueva y una mala nueva. La oposición del color es lo determinante en la diferencia.

18.1.2 El chogllucuro

Otra variedad de escarabajo de mayor tamaño, un verdadero ciervo volante (*Lucanus cervus*) es conocido también como *chogllacuro*, *chogllucuro*, *chogllopucuchi*, *chullapucuchi* o *chaullapucuchi*. En todas las variantes el nombre está compuesto de *choclo* = la mazorca de maíz tierno; *curu* = gusano; y *pucuchi* = el que hace madurar.

Escarabajo que aparece en la época del año en que el maíz llega a ponerse en sazón (...) Tal escarabajo es muy consentido de nuestros labriegos pues creen que cuando abunda, el año agrícola no puede ser mejor. (Cordero Palacios, 1985, p. 113).

En la zona de Chordeleg existe la misma opinión mítica: “Cuando la chacra está enquicando, llega un insecto también llamado chugllucuro. Si el insecto llega grande, el año será bueno, si llega pequeño será un mal año”. (Landívar, 1984, p. 27).

La palabra “enquicando” se deriva del quichua “quiqui”, que designa la situación del maíz cuando ya comienza a formarse la mazorca.

Este escarabajo aparece entre los meses de febrero y marzo. es decir, cuando las mazorcas comienzan a formarse en la planta de maíz.



Figuras 8 y 9.

El chogllucuro, la hembra y el macho, en ese orden.

18.1.3 La chuja

La chuja, es “otra ave nocturna similar a todas ellas, tiene unos 15 centímetros de tamaño, es una pequeña y simpática lechuza, su canto nocturno anuncia que pronto lloverá; cuando se la escucha hay motivos de alegría en el desértico subtrópico azuayo”. (Valdivieso, 2008, p. 87).

18.1.4 Otros mensajeros de lo bueno

Tenemos también una serie de pequeños seres -o conductas- que suelen ser tomados como augurios positivos. He aquí algunos de ellos:

- Cuando asoma el quillillicu (una especie de cernícalo, que suele atrapar lagartijas) es señal de que pronto va a llover.
- Cuando cruje la candela, se tiene también por señal de que llegarán visitas a la casa.
- Cuando una cuica [la lombriz] hace un agujero en la gotera de la casa se entiende que va a llover.
- Cuando el gato se “lava” la cara es porque habrá carne en la comida.
- Cuando ruedan piedrecitas por los tejados, pero no caen al suelo se cree que es el duende que está queriendo dar la suerte”. (Landívar, 1984, p. 28).

En la zona de Susudel:

- Si las pencas de la tuna ‘están llenitas’, si cargan en abundancia (más de veinte tunas) en tiempo de siembra o cuando ya está sembrado el maíz, entonces va a ser un buen año y va a haber buena cosecha.
- Si la joyapa está florecida en el cerro, también va a ser un buen año. Si se ven las matas vacías, es porque no va a ser buena la cosecha.
- Antiguamente había una garza blanca que vivía a orillas del río León, cuando salía a las alturas de Susudel significaba que iba a ser un buen año. También había una garza negra; si esta aparecía, el año iba a ser malo y sin lluvias, malas cosechas, granos pequeños y podridos.
- Si baja el cuscungo (la lechuza) de la peña es porque va a llover.
- Poco antes de que llueva, vuelan las golondrinas y las mariposas en gran número.

- La chaupa es un pajarito pequeño que vive cerca de la peña de Raricucho, tiene dos tonos de silbido, el normal de todo el tiempo es un silbo uniforme y sostenido, pero cuando va a llover cambia de silbido por otro que dice: ¡secoestoy, secoestoy!
- Si en un día de buen sol se ven a las gallinas ‘que estiran las patas y las alitas como si estuvieran desperezándose, primero de un lado, luego de otro’ es porque se acerca el páramo (neblina, llovizna) o porque va a llover.
- El sapo del penco (con el que hacen limpias) en verano ‘canta poquito, un tantito’, es un canto seco, por eso dicen ‘sapo boca seca está cantando’. Pero cuando va a llover tiene un canto sostenido durante todo el tiempo.
- Cuando el chanco está amarrado suele estar ‘quietito’, pero si ‘comienza a bailar botando la nalga a los lados’ es porque va a llover.
- Los cuyes dentro de la cocina, en un espacio delimitado cerca del fogón para que estén calientes. Cuando ¡están reventando’ (haciendo un ruido seco con la garganta) es porque están anunciando que alguien va a llegar a la casa o porque va a llover.
- El cuco cartero o noticiero es una libélula que se ve muy poco en Susudel, vuela por los alrededores. Si se lo ve dándose vueltas por el patio de la casa, es seguro que va a llegar una visita que no es de la familia; pero si en ocasiones entra volando a la casa, se da unas vueltas y sale nuevamente, es porque anuncia la visita de un familiar; la señal dice, ‘es bien efectiva’.
- El ganso también es noticiero: cuando grita al siguiente día llegarán visitas a la casa.

En la zona de Chordeleg:

- Cuando el cuy estornuda, se tiene por señal segura de que alguien va a llegar a la casa.

18.2 Los mensajeros de lo malo

Entre los elementos malos, primero está la muerte, como el máximo mal. Así lo han visto muchas culturas.

18.2.1 Los mensajeros de la muerte:

El **shirimpi**, [una especie de lechuza] llamado así por onomatopeya, habita en madrigueras subterráneas de las áreas desérticas del subtropical, suelen salir de su refugio y con silencioso vuelo buscan su alimento en la oscuridad de la noche, a veces llegan hasta las haciendas y caseríos en donde emiten su temido canto: **shirimpig, pig, pig**, anuncio inequívoco de un próximo fallecimiento. (Valdivieso, 2008, p. 86).

Y otro ser:

El **kuskungo**, es de las aves de mal agüero la más temida, su nombre procede de la onomatopeya, es un búho grande que habita en los bosques cálidos y templados de la costa y de la sierra. “En la creencia indígena el kuskungo tiene las mismas connotaciones que el shirimpi, además posee la capacidad de responder a la pregunta: ¿Quién va a morir?, el kuskungo responde: **kan, kan, kan**, (tú, tú, tú)”. (Valdivieso, 2008, p. 87).

La escritora cuencana Inés Ambrosi nos relata una idéntica situación:

Que su muerte era inminente, dicen, porque hasta la lechuza había cantado en el alero “Cuscungu cu, cu, cu...”, “¿Pitag wañunga?” “Can, can, can”. Y los ayachuspas zumbaban alrededor del farol de la puerta, los perros aullaban a muerto”. (Ambrosi, 2008, p. 24)

Aclaración. La frase puede traducirse como: Cuscungu, ¿quién va a morir? -Tú, tú, tú.

“Ayachuspas” es, propiamente “ayachuspis”, es decir moscas (chuspis) de la muerte (aya), en quichua.

El escritor Carlos Aguilar Vázquez, en la novela *Los Idrovos*, sobre la lechuza dice:

Una lechuza pasó graznando por el cielo i fue a perderse tras de las colinas circunvecinas. Venía de Chuquipata, sin duda, anunciando la defunción de algún indio infeliz muerto de hambre i volaba a pregonar la agonía de otro, en alguna choza sin lumbre desde hacía muchos días. (Aguilar Vázquez, 1997, p. 472).

Y en otra parte de la misma novela dice: “La lechuza es Gran Señora, no grazna sino cuando hay un indio agonizante: Lloro el cuzcungo y el indio muere, parece chanza pero sucede”. (Aguilar Vázquez, 1997, p. 326).

Y, por último, un testimonio del novelista cuencano Luis Moscoso Vega, en su novela *Chanita*, (1939):

Un búho graznó en la copa de los eucaliptos: se hizo el temor y el misterio en la hacienda García.

-¡Ea, Dios! –exclamó una india- *rucu cuzcungo* está avisando.

-¿Será cierto –preguntó la mayorala –será cierto, patrona que esta ave es de mal *ahuero*?

-Puede coincidir, puede coincidir; han sucedido tantas cosas y hay tantos misterios en la vida, contestó doña Rosa:

El búho canta
Y el indio muere;
Parece cuento,
Pero sucede.

-Así es, amita, así es. (Moscoso Vega, 1939, p. 34).

Otro escritor cuencano (Alfonso Cuesta y Cuesta, en su novela *Los hijos*) nos dice lo siguiente:

Iba a regresar cuando se le heló la sangre. Allí muy cerca, en la ladera, una carcajada estridente se entrelazó al aullido de los perros ahora incontenible. El indio no se movió. Cierta vez había oído al amo que existía un animal -no recordaba su nombre- que se reía sobre los cadáveres, mientras los devoraba. La carcajada cesó y cuando el indio andaba ya hacia la choza, otra vez, surgió, más próxima, en la loma vecina. Salió el otro indio a la puerta y los dos hombres se miraron, con el oído atento.

-Ya se va, ya se va -susurró Tacuri. (Cuesta y Cuesta, 1983, p. 219)

Y otra cita de la misma novela:

-Ya le mataron -dijo el otro, aludiendo al ave agorera que recorría los campos desde hace días ‘en forma de gallina’. Por la mañana una mujer la había perseguido, logrando aplastarla con una enorme piedra y alejándose luego, aterrada, sin pensar siquiera en aprovechar de sus huesos malditos. (Cuesta y Cuesta, 1983, p. 219)



Figuras 10.
Una lechuza

18.2.2 Los mensajeros de la desgracia

Como anunciadores de los infortunios y penalidades encontramos a los siguientes seres:

18.2.3 La lechuza y aves similares

El primer testimonio literario lo tenemos en la novela *Viento y granizo* del escritor cuencano Juan Íñiguez Vintimilla (1942):

La noche era de luna, pero llovía. El momento que abrió la puerta, una lechuza asilada bajo el alero del corredor, se levantó chillando y fue a posarse en la cumbre de la casa de él. Ese pájaro era de mal agüero. Siempre asomaba en los lugares más tétricos. Su chillido

funesto, era voz de desahucio para los agonizantes, y buscaba su guarida cerca de las personas cuya moral había naufragado: concubinarios, bandidos y hechiceros (...)

Al mismo tiempo, el pájaro agorero que había permanecido sobre el tejado, como si le respondiera, lanzó un agudo chillido, y sacudiendo sus pesadas alas, se sumergió siniestramente en el seno de la tempestad que arreciaba, y un sordo trueno le acompañó en su fuga, desvaneciéndose junto con él, en las negras profundidades del espacio. (pp. 300-301).

En la zona de Chordeleg:

-Cuando canta un gallo a las seis de la tarde se cree que se aproxima a ese lugar una hambruna o una mortandad.

18.2.4 El masho

Este ser (recordemos que ‘masho’ en quichua designa, en realidad, a dos clases de seres muy diferentes: Es el murciélago; pero es también una mariposa nocturna y grande) no es nombrado, directamente, en el siguiente texto; pero es claramente identificable. La cita proviene de José Peralta, el ideólogo del liberalismo ecuatoriano:

De repente, por un vidrio roto de la ventana, se coló una mariposa enorme: batió las alas y mató la luz. Inesita lanzó un grito de espanto:

-¡La mariposa negra! ¡La mariposa negra! - repetía-. ¡Dios mío, otra desgracia para mañana!... (Peralta, 1974, p. 204)

En la cita se habla de una “mariposa negra”; pero, en realidad no existe un ser de esta coloración. Lo que sí hay son mariposas de colores oscuros, pardos, o manchados. Ver también el masho en 15.

El masho (esta vez con la variante semántica que designa al murciélago), como mensajero de los deseos y necesidades del alma de un difunto, aparece en la versión recogida por la antropóloga Leslie Ann Brownrigg (1989):

En cambio, entre los indígenas de las provincias del Cañar y del Azuay, un murciélago no predice la muerte: este papel tiene el **cuscungu** debidamente representado entre los ‘animales’ del juego de la **pishca** en Quingeo. Un murciélago, o **mashu** en quichua, es también asociado con la muerte, pero en tanto como un animal que sigue atrás del alma de un ser fallecido mientras esta anda en pena.

Al ver murciélagos poco después de un fallecimiento, las viudas indígenas de Cañar corren a echar granos para el alma que les sigue para que el alma no se sacara todo el grano que quedó para la viuda y los hereditarios, presentes y futuros. El diagnóstico de un alma andando en pena es un asunto bastante grave, con un posible impacto en toda la comunidad y hasta en generaciones futuras, si no es posible resolver el origen de su problema: esto es, la razón por la que el alma de un difunto está vagando. (p. 33)

Y en otro lugar, la autora precisa con mayor claridad la función del masho: “El alma tenía que revelar sus deseos por intermedio de los murciélagos”. (Brownrigg, 1989, p. 35).

18.2.5 La mala nueva

Sobre estos pequeños escarabajos podemos volver a la cita de las buenas nuevas (5.1.1). A lo dicho ahí agregamos una nota proveniente de la zona del cantón Chordeleg:

“-Si llega a la casa una mala nueva negra, se la mata enseguida porque trae mala suerte.” (Landívar, 1984, p. 28).

De la zona de Susudel, cantón Oña, tenemos la siguiente cita, que dice lo mismo; pero con el uso de la palabra chuna”, que es quichua y designa a los escarabajos:

La chuna blanca y la chuna negra: “Cuando la chuna blanca entra a la casa trae buenas noticias, pero si entra la chuna negra son malas nuevas, malas noticias”. (Brazzero, 2019, p. 178)

18.2.6 El solitario

Esta especie de ave andina es también vista como mensajero de próximas desgracias. Este es el testimonio literario de un escritor azuayo:

Una ocasión se encontraba Baltico en el fondo de la quebrada, abrevando a un animal. Y oyó un silbo, como de hombre de raza blanca. En seguida levantó su vuelo de entre las breñas un ave oscura con cola manchada de blanco. Y vino a posarse cerca de Baltico, repitiendo su temible silbo. Era el **solitario**.

Ahora no le quedaba duda al indio, Manuca le engañaba con el patrón.

Baltico lanzó una piedra al ave que era tenida como seguro fiscal de adulterio, como si se la hubiera lanzado a su rival. (Muñoz Cueva, 2000, p. 84)

Otros mensajeros de lo malo, en la zona de Susudel:

-Están también los perros que aúllan sin motivo o sin que haya nadie cerca, 'ahí es seguro que alguien va a morir porque aúllan a los espíritus'. No pasa con todos, solo ciertos perros que ya son conocidos porque saben acertar.

Y finalmente, está el toro que si pita (muge) de noche, da mala suerte. (Brazzero, 2019, pp. 178)

18.2.7 El canto de la gallina

Este hecho es visto como un pésimo augurio de desgracia; pero no pertenece solamente al ámbito de nuestra región sino, también, a otros. Veamos algunos testimonios; el primero lo extraemos del novelista Juan Íñiguez Vintimilla (s.f.), en su libro *Prosas de arte*:

Habíanse acostado los esposos, pero no dormían: una especie de contagio doloroso les tenía despiertos, sin que se atreva ninguno a romper el impasible silencio de la sombra.

A las diez, cada gallo soltó la voz en su palte; ellos no tenían gallo, pero sí dos gallinas que dormían en una estaca, allí cerca, par a su cama. La pobreza tiene su fisonomía genial y propia: el hombre se hermana con la bestia y comparte habitación. Al coro de los machos, contestó una de las hembras de la estaca.

Los esposos oyeron clara y distintamente: cantaba la moñuda, la de las preferencias de Mariano, la que este llamaba suya y de la cual decía, bromeando, que era su fortuna. Tampoco este accidente les arrancó palabra: era el grito de la desgracia, lanzado en medio de la sombra, a la cabecera del lecho nupcial, donde aún se percibía el aroma de los azahares, el rumor de los primeros besos, los suaves estremecimientos de las caricias y los dulces cuchicheos del amor. Silencio profundo, silencio interrumpido únicamente por el latir de los corazones de los dos esposos, que parecían doblar a muerto.

Las horas corrieron desde entonces, más largas, más lentas, más insoportables; y, al amanecer, se repitió el canto. Al oír, Mariano llamó temblando a la esposa y, en medio de las tinieblas aglomeradas sobre ellos como para ahogarlos, pasito, que ni estuviera alguien

acechando sus secretos, entablaron este diálogo:

-Acaba de cantar la moñuda.

-Bien, ¿y qué?- respondió ella, tragándose sus lágrimas.

-Alguna desgracia nos amenaza.

-¿Qué desgracia?

-No sé –dijo él, esforzándose por parecer tranquilo-. Somos tan pobres: no tenemos animales que se nos roben, sementera que se nos pierda, ni campo que nos quiten: nuestra fortuna son las dos gallinas; la casa que habitamos, es ajena, y tú me amas, a pesar de mi pobreza... Lo único que puede acontecernos es la muerte de uno de los dos, y... de seguro es la mía (...)

Doce días después, entre su hermana y su madre, dormía Mariano el sueño de la muerte. (p. 27).

Y de un libro nuestro, titulado Cultura y superstición en el Ecuador extraemos lo siguiente:

El canto de la gallina:

-“¿Ha cantado la gallina imitando al gallo? Pues ¡Mal agüero! ¡A la olla! ¡Caldo de gallina para la familia! ¡No es para menos, porque si no se la mata, habrá hambruna y muerte en casa! Por lo menos, alguna ¡calamidad doméstica! (...)

Sería interesante conocer el origen de esta superstición. Existe una copla popular que nos da alguna luz:

Canta la gallina,

Responde el capón:

Malhaya esta casa

Donde no hay varón”.

(Guevara, 1972, p. 220)

La explicación que pide Darío Guevara está en sus propias palabras. Según la etología las gallinas –y gallos, obviamente- son animales altamente jerarquizados. En la cima de la pirámide gallinácea se encuentra el gallo. Si, por alguna razón, un gallinero carece de gallo, una gallina debe ocupar el sitio vacante en la pirámide, para mantener la estructura

jerárquica. Cuando esto ocurre, una gallina se vuelve dominante y agresiva e incluso puede llegar a cantar. En el texto de Íñiguez Vintimilla, se repite la explicación, sin que se la sienta: “Ellos no tenían gallo, pero sí dos gallinas”; por tanto, una de ellas debe “ascender” a la categoría jerárquica de gallo. Como esto es un hecho anormal, se lo considera como un pésimo augurio.

“-Panchita, preguntó a su mujer, qué significa esto de gallina en día lunes, cuando solo las comemos los domingos, desde que están tan caras.

-Eso significa que la malvada gallina me cantó esta mañana como un gallo. Tuve, pues, que matarla inmediatamente antes de que nos hiciera el maleficio.

-Pero, qué estás diciendo, Panchita, que no entiendo una palabra.

-Digo que cuando una gallina canta, imitando la voz del gallo,- cocolocó – es porque va a haber una desgracia en la casa y hay que matarla enseguida.

-Mi hija tiene razón –apoyó doña Nicolasa-porque la vez que me cantó a mí una gallina-jay!-fue cuando murió el padre de mis hijos, picao de culebra en el monte. (Campos, s.f., p. 113).

Otro mensajero de lo malo, en la zona de Chordeleg:

Cuando baila el cerdo es porque caerá una tempestad.



19

LOS SERES TRANSFORMANTES

19. LOS SERES TRANSFORMANTES

En la cultura azuayo-cañari circulan ciertas ideas de que algunos seres pueden transformarse en otros, sobre todo, mediando, en el hecho, el asunto de la edad. Así, tenemos los siguientes casos:

19.1 De ratones a murciélagos

Es común esta observación, generalmente dicha -ahora- en plan de broma:

-¡Y han entrado pájaros! –dice Argudo.

Un rumor de alas crece, dentro, con el chirrido de las puertas.

-No patrón; murciélagos son. Y no han entrado: del ratón viejo se hacen... ¡Ya!

Giran las pesadas puertas. (Cuesta, 1983, p. 67).

Esta misma idea aparece en otro escritor azuayo, con la diferencia de que los nombres están en quichua:

Cuando el fallecido es un adulto que ha pasado a la otra vida por enfermedad o vejez, en caso de no haberse transformado antes en *shararán*, porque las gentes muy viejas se convierten en esa ave, así como lo hacen las *ucuchas* viejas, que se transforman en *mashos*. (Valdivieso, 2008, p. 90).

Notas: *Shararán* es una especie de gallinazo de cabeza roja.

Ucucha, es el ratón, en quichua.

En quichua hay una designación del murciélago como *paya ucucha*, frase que se debe entender como ‘ratón’ (*ucucha*) ‘anciano’ (*paya*).

También se dice, en términos populares, que de los gatos viejos se hacen las lechuzas. Del mismo modo, en quichua hay una frase con la que se designa a la lechuza y aves similares. Es *mishi pishcu*, que se debe entender como ‘pájaro gato’. La frase se descompone así: *pishcu* (pájaro), *mishi* (gato).

19.2 De persona vieja a shararán

Para esta transformación ver la cita anterior.

Al respecto del término “shararán”, Cordero Palacios (1985) recogió una copla, con una explicación previa:

Gallinazo de color rojizo. Nuestros campesinos, cuando se divierten y bailan, suelen cantar esta copla:

La señorita que baila

Blanca paloma parece

-¿Y el galán que la acompaña?

-**Rucu shararán** es ese... (p. 248).

Y una nueva aclaración: *rucu* significa viejo.



20 DE LA MITOLOGÍA URBANA

20. DE LA MITOLOGÍA URBANA

También dentro del ámbito de lo urbano se han creado algunos seres que pueblan -o poblaron- la imaginación de los cuencanos. El escritor y recio periodista que fue Manuel J. Calle (1921) nos dice, al referirse a una de las calles de Cuenca:

Se le conoce con el nombre antonomástico de *Larga*: la calle larga, solitaria por el día, y tétrica, peligrosa para los transeúntes durante la noche: tiene sus leyendas populares, su folklore particular henchido del recuerdo tradicional de cuentos de aparecidos, de sucesos espeluznantes que el diablo enreda y desenreda a placer, de peleas de espadachines y jolgorios de los terribles viejos estudiantes, interrumpidos por un batir de alas de loras inverosímiles, por frailes sin piernas que andan en el aire, cantando misteriosos rezos de una liturgia ultraterrena, o por la dama vestida de blanco con cara de animal inmundado que arroja bocanadas de fuego y humo de azufre". (p. 35).

En este escenario -nos referimos al espacio ciudadano- existía un ser mitológico y terrorífico, al mismo tiempo:

EL PERRO ENCADENADO.

Este monstruo sobrenatural, para la era de nuestros relatos tradicionales, no era más que, según las "beatas" de entonces, que en todo veían duendes y fantasmas, la encarnación del demonio, porque era un perro con cuernos y de sus ojos nacían ascuas que encandilaban en las tinieblas, y que Dios había consentido que saliera del infierno, para ver de morigerar un tanto a frailes y "curuchupas", que entonces eran el azote de la incipiente sociedad cuencana; y que, eran los transeúntes de las noches, en sus andanzas amorosas.

Este enorme fantasma transformado en perro, arrastrando una enorme cadena pululaba las noches, por ciertos barrios non sanctos, haciendo cabriolas y produciendo un gran estruendo al arrastrar la cadena por las calles llenas de guijarros y de altibajos, además de tiempo en tiempo emitía aullidos, no ladridos, eran tan funestos o mejor funambulescos, tales aullidos, que a veces coincidían con el graznido de un búho, eran de mal augurio, sobre todo para los campesinos o indígenas de nuestros lares; pues seguro que quien los percibía estaba para morir muy pronto. (Cordero Estrella, 1990, p. 434).



21 OTROS SERES CERCANOS A LO MÍTICO

21. OTROS SERES CERCANOS A LO MÍTICO

En nuestra cultura tenemos dos especies de seres que están muy cercanos al ámbito de lo mítico:

21.1 El caballo del diablo

Con este peculiar nombre se conoce a una especie de avispa grande de color azulado y anaranjado. Su presencia es, realmente, atemorizante y poco agradable.

El lexicógrafo Alfonso Cordero Palacios (1985) usa un término algo diferente y lo describe así:

Diablupacaballo. (Hibridación quechua-castellana, de Diablo, de caballo, y la desinencia quechua **pa**, propio, perteneciente). Caballo del diablo. Es un insecto de tres pares de patas, estas muy grandes con relación a su cuerpo; de cuerpo enteramente negro, inclusive las alas, las que se encuentran salpicadas de manchas rojizas. El nombre proviene, así de su color, como del aspecto repugnante del insecto. (p. 127)

Nos parece que en esta figura – y la expresión lingüística- hay una especie de germen de un ser mítico. Los “caballos del diablo” son cazadores de arañas, en las cuales, luego de paralizarlas, depositan sus huevos para que la cría se alimente del animal vivo, todavía. Sin embargo, en la mente popular aparece otro sentido, como podemos ver en el siguiente fragmento:

Juana mirábale con igual susto que él; y, para sí, pensaba en esos rojos diablopacaballos (caballitos del diablo) que decían los peones que eran los maridos de las mariposas. Ella, Juana, los había visto volar con sus colgadas patas negras detrás de las mariposas sobre los alfalfares con sus oleajes de flores amatista. Y los caballitos del diablo atrapaban a las mariposas, las traspasaban con largos y agudos punzones, como el mechón rojo del jovenzuelo pelirrojo, que dormía allí a su lado, y medían el cadáver de las mariposas con el compás de sus patotas, y cavaban una sepultura a medida, y enterraban a las mariposas, y las iban comiendo poco a poco. (Muñoz Cueva, 1961, p. 31).



Figuras 11.

Un caballo del diablo

21.2 El robapelo

El robapelo (ocasionalmente *robapelos*) no es más que la libélula. El nombre es la traducción exacta del quichua: *agchashúa*: *agcha* = pelo; y *shúa* = ladrón. Ladrón de pelo o robapelo. También existen las formas híbridas de quichua y español, *shúa pelo*, o la forma española *cortapelo*.

Especie de libélula, llamada dragón del aire, que, en concepto del vulgo, y el nombre en su etimología lo comprueba, sustrae el cabello de los individuos en quienes se posa' (Cordero Palacios, 1985, p. 6). Por esta acción de robar el pelo recibe también la designación de *cortapelo* o *tijera*. "Toma su nombre por la falsa idea de atribuir a la libélula en su rápido vuelo alrededor de la cabeza de una persona, la intención de robar pelo. (Córdova, 1995, p.795).



Figuras 12.
Un robapelo

El pelo es un elemento de mucha importancia en la práctica de la brujería y en la imaginación popular. Para evitar que el robapelo se apropie del pelo de la “corona” las mujeres campesinas “se peinan con una sola trenza para que el pelo no esté dividido y deje la corona descubierta” (Landívar, 1971, p. 112). Esto significa que el pelo masculino no es atractivo para la libélula.

Además, se cree que el pelo es un ser vivo, casi independiente del cuerpo, puesto que en los cadáveres el pelo sigue creciendo, según la opinión popular. Es más, del pelo se pueden generar pequeñas serpientes, como lo dice Juan de Velasco:

Esto (...) es tan común y frecuente en los calientes y húmedos, que todo el cabello que sacan las indianas al peinarse y lo meten envuelto en los agujeros o rendijas de sus casas, se encuentra después un envoltorio de culebras, bregando unas con otras por desasirse. (Velasco, 1961, p. 144)

Como se ve, nuevamente el pelo de la mujer. Por todos estos peligros es que algunas mujeres campesinas suelen quemar en las llamas del fogón, el pelo que sale al peinarse. Con esto se evita que caiga en manos peligrosas o que se conviertan en serpientes. Otra razón para quemar el

pelo –asegura una informante- es que cuando el alma se presente ante Dios, éste le dirá: aquí falta una hebra de pelo, con lo que el alma tendrá que bajar a la tierra a buscar. Al quemarlo, el alma tomará un poco de ceniza y se presentará a Dios para indicar que ahí está el pelo faltante. (Encalada, 2010).

“**Agchashúa:** Un insecto que roba cabellos, según afirman los indios.” (Cordero, 1955, p. 4)

21.3 La piedra imán

En nuestro medio campesino se veía al imán como una especie de ser vivo y como posible donador de bienes y riqueza. Algunos autores lo han señalado:

El primer teto procede de Manuel María Muñoz Cueva (2000), el iniciador de la narrativa azuaya:

Pero la opinión que mayor aura popular obtuvo, fue la de que Don Casimiro poseía la piedra imán. La piedra de la dicha, que traía a su afortunado poseedor toda clase de ventura y prosperidad.

Relataban que Don Casimiro la había encontrado, de joven, a las orillas del Jubones, cuando transitaba por allí con motivo de sus viajes a Zaruma. Había visto relucir la piedra sobre la arena, recién salida de la boca de un pez, grande como dos bueyes, y todo de grana y oro.

Don Casimiro se había aproximado a ella, entonces la piedra, de un color oscuro luciente, como de choto, había mordido a Don Casimiro en el talón. Y Don Casimiro, después de santiguarse y de ponerse en cruz, con el rostro contra el suelo, la había atrapado, previo el conjuro, que era del caso:

Piedra imán,
Por el Evangelio de San Juan,
No me hagas ningún mal.
Señora piedra imán,
Por la flor de la hierbabuena
Y las potencias del Señor
Para mí y para vos
Quiero dinero y casa llena.

Aún más: daban por cierto que una chica que había asistido en una enfermedad a Don Casimiro, lo había sorprendido, en alta noche, alimentando a la piedra imán con arenilla, pedacitos de acero de pluma nueva de escribir y agujas rotas. Que la tenía en una cajita perfumada; y que se había curado del achaque, con solo frotarse con la piedra imán.

Se aseguraba, asimismo, que la piedra imán tenía partos cada dos años; pero que Don Casimiro, de egoísta y avaro, no había accedido a vender a nadie los ansiados críos de la piedra de la buena ventura". (p. 65-66).

Aclaración: la palabra "choto" es quichua y designa el color amoratado.

Y un autor más moderno dice lo siguiente:

Más suerte tiene el que tiene la piedra imán, hay que tener dos: macho y hembra, son como *curitos* que se mueven y son pulchungos, comen solo agujas de acero, el que tiene la piedra imán tiene más fuerza y gana más, *misha* a todos y puede con las mujeres. Trabaja como un *chiclán* de tres *rurros* o sea es hombre y medio: el que sabe ver... ve que mientras trabaja o camina el dueño de la piedra imán tiene *paltado* un animal como mono, ese es el *shushuco* mismo, los *hualanes* dizque tienen para que no les pase nada cuando pelean en la guerra y para tumbar a las chinas, pero en una de esas viene el *shushuco* en el *huaira*, en la mitad de lo que viene dando la vuelta, y les lleva porque él siempre cobra lo que da y el pobre tiene que irse. (Valdivieso, 2008, p. 96).

Algunas de las palabras en cursiva deben explicarse:

Chiclán = el que tiene un solo testículo

Curitos = gusanitos

Huaira = viento

Hualanes = soldados

Misha = gana

Paltado = montado, sobrepuesto

Rurros = huevos

Shushuco = el diablo

21.4 El antimonio

Antes de pasar a la exposición y a los relatos sobre el antimonio es necesario aclarar que esta palabra- dentro del ámbito científico y general- designa, realmente a un mineral con características especiales, tal como lo dicen los científicos:

El antimonio y muchos de sus compuestos son tóxicos, debiéndose tener los mayores cuidados posibles en su manipulación. Reacciona violentamente con oxidantes fuertes (ejemplo: halógenos, permanganatos alcalinos y nitratos) originando riesgo de incendio y explosión. Reacciona en medio ácido con hidrógeno nascente produciendo un gas muy tóxico (estibamina). Estos compuestos se forman en presencia de metales atacables por el ácido que se está usando, como por ejemplo el hierro, por lo que nunca deben emplearse objetos metálicos (recipientes, pinzas, etc.) cuando se limpien con ácido minerales de antimonio.

Su temperatura de autoignición es 900 °C, y su almacenamiento debe realizarse separado de alimentos y piensos, oxidantes fuertes, ácidos, sustancias reductoras. Se debe manejar con guantes, gafas protectoras.⁶

Pero, como se ve, nada se dice de su relación con tesoros escondidos ni con “quemadas” de metales en ciertos lugares.

Otro asunto que se debe tener muy claro es que el antimonio se presenta -según la opinión de las personas- cuando se descubre un “entierro”. Esta última palabra designa a un tesoro escondido. No se trata necesariamente del tesoro de una huaca. La huaca pertenece al campo indígena y campesino; en cambio, el entierro proviene de un ocultamiento hecho por los blancos o por los mestizos, y suele estar, generalmente, dentro de las ciudades o centros poblados.

El antimonio es una especie de guardián de los tesoros, una suerte de ser difuso y etéreo, que se presenta como un gas, como una exhalación, como una presencia maligna que debe ser conjurada de alguna forma. Por ser algo malo se lo asocia directamente con lo diabólico, con lo peligroso, y parece ser, también, una especie de recordatorio de lo pernicioso de la ambición.

⁶ «Antimony Statistics and Information». United States Geological Survey. 31 de enero de 2009. Consultado el 10 de mayo de 2022.

En el Perú también hay cierta noción de lo peligroso que es desenterrar un tesoro, como se puede ver en el apéndice 7.

El concepto y el uso de la palabra “antimonio” es general en el ámbito ecuatoriano. Se la escucha en la costa y en la sierra. Así, tenemos testimonios de la zona del litoral:

El brujo se enrutó por los vericuetos de una confusa explicación de los medios conocidos para localizar el entierro y extraerlo.

Él sabía uno, infalible; mas, era indispensable hacer fuertes gastos... mandar a decir por el ánima del difunto dueño del tesoro, las treinta misas de san Gregorio y las de la Santísima Trinidad... Que pasara en cruz sobre el terreno una doncella probada... Que se escarbara el suelo cuando la luna estuviera en cuarto creciente... Que las manos que laboraran la excavación, no se hubieran mojado jamás en agua bendita... Que el trabajo fuera empezado en domingo... Que necesitaba preparación de cierto caldo, con el cual habría de regarse todo el terreno... Las hierbas se las compraría a los indios de Santo Domingo de los Colorados, únicos que cultivan por especial permiso del Malo. (Guevara, 1972, pp. 353-354)

Y, en concreto, en la zona de Esmeraldas se concibe al antimonio, de la siguiente manera, en el testimonio del novelista Adalberto Ortiz, en su novela *Juyungo*:

Un gran silencio cobijaba todo. En un cerro distante, al otro lado, una rara luz ardía con intervalos largos, como suspendida.

La advirtió Cangá.

-Por ese lao no hay casas. Esa no es luz naturá.

-Claro que no es. Esa es la huaca del viejo Marcelino, que arde cuando se le antoja. Hasta ahora el pobre no encuentra quién se la saque para salvar su ánima del purgatorio. Si es que a uno de ustedes se la quiere dar, una de estas noches viene a darle el aviso.

-Lo que es yo, no quiero plata, don Clemen -rechazó, aterrado, Críspulo.

No deseaba ningún trato con seres de ultratumba.

-Allá vos.

-Esos son fuegos fatuos, todo el mundo lo sabe-dijo Antonio, no con total incredulidad, cuando comprobó la existencia de tal luz.

-Yo sé lo que digo, señor, -repuso el viejo con tono resentido-: esa llama es de plata (...)

La hamaca osciló largamente describiendo arcos cortos. Los demás permanecieron callados, hasta que don Clemente se serenó y sin que nadie lo insinuara, reanudó su relato:

-Una vez yo tenía un amigo que, como era buen hombre, los difuntos le perseguían para entregarle sus entierros. Bien dice que el muerto sabe a quién da la plata. Pero el hombre era flojo, como si uno no debe temer a los de la otra vida más que a los de esta. Me llamó a mí para que lo acompañara y a otro hombre que no me acuerdo cómo era su gracia. Cavamos toda la noche debajo del tamarindo que ardía a veces, y en el lugar mismo donde el alma le había indicado. En esto que estábamos cavando, cuando ¡tun!, dio mi pico en un bulto con caja grandota.

-¡Ahí estaba!-interrumpió Cangá, nervioso.

-Y aquí viene lo bueno: empezamos a subirla con cabos. Yo solo tenía recelo del antimonio de la plata, que dizque mata de redondo al abrir el bulto. Cuando, señor, el amigo de mi amigo, que había sido un angurriente, gritó: ¡Ya soy rico! ¡Ya soy rico!

-¡Qué bruto!

-Y como cosa del diablo: ¡fush! ¡Espíritu Santo! Se apagó la linterna de querosén, y la caja que subíamos, ¡fuuu! Se hizo agua ahí mismito, llenando todo el pozo. Entonces sí que se me despelucó todo el cuerpo, y patitas... Desde allí ni más huacas, conmigo. (Ortiz, 1995, pp. 253-254)

En otros lugares de la sierra también se encuentran estos testimonios, como el que traen los esposos y antropólogos Costales-Peñaherrera, en Guevara:

El campesino sueña en sacar entierros y enriquecerse fácilmente. Cuando ve quemar en ¡noche de luna tierna!, un entierro, señala cuidadosamente el sitio y procede a conchabar compañeros para la faena. Por regla general se buscan personas valientes y no agalludos (no tacaños ni apegados al dinero) a fin de que el trabajo tenga éxito. Una noche, de preferencia (en) luna tierna, cuando queman los entierros, se reúnen estas gentes, provistos de aguardiente, cigarrillos, un llamingo, un perro, todo el instrumental necesario. Inician la excavación en el lugar señalado. Durante la cavada, el

vocabulario es soez y grosero a fin de ahuyentar al propietario del entierro. A un lado colocan al llamingo, introduciendo en las perforaciones de las orejas, cigarrillos encendidos para entretener al diablo. A medida que avanza la profundidad de la excavación, liban, soplando aguardiente al ruedo del hueco, donde se cree que está la plata, para espantar a las mariposas negras.

Procuran hacerlo, siempre a medianoche, evitando a toda costa la presencia de las mujeres, que entorpecerán irremediablemente la búsqueda. Si llegan a tener resultado y encuentran lo que no han guardado, si es que es un baúl antiguo, procuran abrirlo, con la debida cautela, e inmediatamente arrojan baldes de agua fría para contrarrestar los efectos del antimonio. Dejan abierto el resto de la noche, de suerte que circule el aire libremente. Se cuenta que muchas personas curiosas han muerto pegadas por el antimonio, precisamente por no haber echado agua después de abierto el cofre contentivo del tesoro. (Costales – Peñaherrera ,1960, en Guevara, 1972, p. 354)

Ahora, ya centrándonos en la región azuayo-cañari tenemos que comenzar con la definición que Alfonso Cordero Palacios da de la palabra antimonio (pronunciada, descuidadamente como “antimoño”):

Antimoño. Antimonio. Nuestro vulgo da este nombre a ciertas emanaciones que, según él, necesariamente tienen que provenir de los tesoros ocultos, razón por la que, en las excavaciones del caso se vale de raras precauciones, como ingerir aguardiente, etc., si es que no se niega a trabajar en ellas, por temor a la muerte que dice procura irremisiblemente el tal antimoño o antimonio. (Cordero Palacios, 1985, p. 18)

Antes de pasar a los testimonios de escritores o antropólogos, veamos lo que dice la voz científica de dos arqueólogos franceses que trabajaron en los campos del Azuay y del Cañar:

Durante la luna tierna, los indígenas creen que salen llamas de la tierra en los puntos en donde se encuentran sepulturas; si el hecho es real, es obvio que se trata de la inflamación de un gas análogo a aquel de los pantanos, especialmente, visible en las noches oscuras. Una llama blanca indicaría que la sepultura contiene plata; una llama amarillenta denotaría que la tumba contiene oro; si se divide en numerosas lenguas de fuego y se eleva a gran altura, se concluye que muchas riquezas están sepultadas bajo tierra. Hablando de sepulturas de pozo profundo, señalaremos

otra creencia muy común entre los indígenas y los mestizos, que explica por qué el arqueólogo tiene, a veces, dificultad en acudir a ellos para excavar (1), estos están convencidos que los objetos que se encuentran en las antiguas sepulturas emiten una especie de gas o de vapor, que llaman el *antimonio*, el cual quema e irrita la piel. Por lo que, cuando excavan, siempre toman la precaución de llevar consigo una olla llena de agua que vierten sobre los objetos encontrados, a medida que se los va despejando. Sin embargo, tienen mucho cuidado de no inundar la fosa, pues si las piezas aún sin descubrir son alcanzadas por el líquido, desaparecen enseguida.

En caso de no tener agua, los excavadores orinan en los objetos que encuentran, pero, en este caso, se cree que el pene es quemado por el *antimonio*, por lo que se aplica aceite así como grasa de puerco (más particularmente grasa perianal).

(1) Esta creencia es por cierto el único obstáculo encontrado por el viajero para conseguir auxiliares indígenas. Los de la sierra no tienen, en efecto, repugnancia alguna en violar las tumbas de sus antepasados precolombinos, quienes, a sus ojos, eran *infieles*. (Vernau y Rivet, 2019, p. 150)

21.4.1 Primera versión

El primer texto de un escritor cuencano le pertenece a José María Astudillo Ortega, en su novela *Por donde vienen las aguas*:

Volviendo a los ENTIERROS, sin ofender a los santos sacerdotes, como dicen casa que ha sido de ellos, seguro... (...)

En minutos el tonto Ishico, había cavado cerca de dos metros. Para librarse del mal viento y de los antimonios, menudeaban las libaciones, en agua hervida con la cruz de acero.

Inquietudes contrapuestas. Frases fatigosas. Promediaba la noche. Ishico fue despedido.

La Gaucha, más ardillosa que sus comadres, botose al fondo para constatar lo que quedaba.

Dio un grito.

-Aquí suena una tabla; presten la barreta.

Con maña mujeril y fuerza de resolución, siguió horadando la esquina, porque el baúl iba apareciendo. Como cimbras bajaron las otras.

-¡Qué serápes, que dizque hallarnos!

-Ya hemos hallado mismo.

-Lo primerito, hijita, mandemos a decir Misa cantada en S. Blas...

-Ya saben en partes iguales; ni para el uno, ni para el otro.

Con tales fantásticos proyectos y tal expectante gusto, inconteniblemente salieron a la huerta.

Brincando, de puntillas, volvieron.

-Ahora sí.

-Vay, hija, yo no he querido creer en los ENTIERROS.

-Cuando Dios quiere dar...

-Veee, ¡cómo ha sido, no!

Volvieron a contarse la leyenda de los Serranos de Chordeleg.

-Que se hallaron oro, hasta decir basta.

-¿Pero no ves, nosotros también?

-¡Cuánto han tenido los antiguos, no!

-¿Cómo sería esto que en un abrir y cerrar de ojos se hicieron de posesiones, de hacendones, de tanto mundo...?

Raspando un poquito, te topas con el rejón y la montera...

Podridos en plata, hasta para enterrar.

-Como dice, hijita, nadie sabe para quién trabaja. Cuando a mamita le decimos que se prive de cualquier pobreza, bien dice: los que vienen atrás, que arreen.

Después de lentos minutos de ansiedades, lograron aislar el baúl, de un pedrón de moler, que aplastaba el ángulo.

-Saquen, saquen, pesado está.

-Sacando la *huahua*, *mama*.

Y con heroica agitación, colocaron el baúl a ras del hueco, arrastrándolo suavemente para limpiarlo.

-...Pero ya saben, en partes iguales, y si no, ni para qué.

-No vendrán con que la una puso el trago, la otra las velas, la otra, el tonto...

-Ni esto ni lo otro. Todo es para todos, hermanablemente.

-Claropes, hija, no nos hemos de ensuciar.

-No hay para qué pelear.

Al fin, la más fuerte y ágil resolvióse a destaparlo.

-¡Qué fácil!

-Cuidado con avisar a nadie...

-Ni tan tontas

...

-¡Atatay! Qué feo hiede.

Y se retiraron, prudentemente, tapándose.

-Dejemos que salga el vaho del oro.

-Eso es lo que quema.

-Sabe dejar suchas.

Así murió tullida la mujer de D. Mauricio Jara...

-...P...uuffff!

Alzaron por completo la tapa, y acercaron el mechero, con la irresistible curiosidad femenina.

Mudas de estupor se vieron las caras.

Preguntaba un desaliento de ademanes.

-¡Parece cristiano!

-¡Jesús María!, recemos, hijita.

Estando en ello, oyeron pasos.

Materialmente hubieran querido ser tragadas por la tierra. Creíanse presas de una dantesca aventura, de una pesadilla, de un satánico maleficio...

(...)

Acercaron mecheros, candiles y el farol, rozando las paredes del enorme cajón, que había servido de ataúd.

Ante la inhibición que impone la muerte, callados contemplaban un cadáver, más o menos intacto. (Astudillo Ortega, 2002, pp. 124 y siguientes.)

Notas: La frase “Sacando la *huahua*, *mama*”, debe entenderse como un vocativo que pide extraer fuerza, tal como si una mujer (la *mama*) estuviera dando a luz, es decir, sacando al niño (la *huahua*).

Suchas, cojas.

El segundo testimonio pertenece a otro novelista cuencano, Juan Íñiguez Vintimilla, en un largo relato titulado *El calabozo del diablo*:

21.4.2 Segunda versión:

EL CALABOZO DEL DIABLO

I

En la esquina de la plaza de San Sebastián, intersección con la calle de Malo, existían, hasta hace pocos años, las paredes de una casa que, según todas las probabilidades, debió haber sido construida a fines del siglo XVIII. No hará catorce lustros, hallábase en perfecto estado de servicio, y se componía de tres piezas con corredores, en torno de un patiecito empedrado y limpio, no más grande que un pañuelo. Un callejón de cuatro metros de largo por uno de ancho, tan sombrío, que nunca salió del crepúsculo, unía el patio con la huerta, tamaño de una caja de sardina. En esta había un cuarto con ancho alero y puerta de rejas, que a pesar de no conocer llave ni aldaba, jamás se abría. Era oscuro de por sí, y un bosque de siglones que se alzaba delante, silvestremente pomposo, interceptando la escasa luz que podía filtrarse a través del enrejado, lo mantenía en noche perenne. A ese cuarto llamaban: *El calabozo del diablo*.

Muchos años llevó la casa de estar abandonada, porque se contaban de ella cosas que ponían los pelos de punta. Un día se presentaron como arrendatarios Bonifacio Méndez y Carmen Lugo, pareja joven que no contaba con más fortuna que una cuarta de tierras en Balsay y un par de chiquillos, como unas manzanas, de purpurados mofletes.

-Vayan y vivan- les dijo el dueño, entregándoles las llaves.

-¿Y el precio?

-¿Qué precio ni qué niño muerto? ¡Hombre!... Diez soles de premio, si se aguantan un mes.

Muy pobres, es decir, muy valientes debían ser para con semejante receta no volver atrás en su determinación; porque no volvieron,

sino que, por la tarde, estaban instalados, como dueños, en esa casita que les supo a gloria, porque estaban solos y tenían donde corretear sus angelitos.

Mas no todo es dichas. Con el toque de la *queda* comenzó Cristo a padecer.

Encontrábanse afanados en ordenar sus muebles y cachivaches, cuando se abrieron rechinando las puertas del cuarto posterior, al mismo tiempo que retemblaba la casa hasta los cimientos y crujía el maderamen de la cubierta con fragor de hundimiento; y allí fueron, por toda la casa, voces, gemidos, carreras de engrillados, chocar de huesos, rodar de cráneos, sacudimientos, palmadas... rumores de todo género, capaces de poner en fuga a don Juan Tenorio en persona.

Todo eso no era cosa mayor: mientras afuera truena, adentro bien se duerme. Pero, cuando pegaron sobre la mesa, que estaba delante de sus narices, a la primera palmada, sintieron bajarles toda la sangre a los pies. Luego, una boca invisible apagó la vela, sin que hubiese forma de volverla a prender, y se trabó la tremenda con ellos y sobre ellos. Apelotonáronse en un rincón, cubriendo con su cuerpo a los niños, y la noche se les fue en plegarias; sorprendiéndoles el día con el rosario en la mano, el insomnio en los ojos, y el miedo en el corazón; pero no por eso menos resueltos a luchar con el mismísimo pateta, primero que dejar ese albergue, en tanto que no mejorasen sus bolsillos.

-Bonifacio -le dijo Carmen a su marido tan pronto como echó Dios su santa luz-, si las cosas andan siempre como en la noche que acaba de pasar, antes de quince días, estamos secos.

-A mal que no tiene remedio ponerle buena cara- contestó Bonifacio con resolución, y, cambiando de tono, agregó: -¿Dónde sabes si no está de Dios que demos aquí con su preciosa madre? ¡Esta noche le doy o le tomo cuenta al diablo!

-Deja de blasfemias, y no te metas a bromas con las cosas de la otra vida.

-¡Vaya qué tonta! Madre de Dios se llama a los *entierros*. ¡Por lo demás, maldito el miedo que siento!

-De sobra haces una bobería; pero bien sabes lo que le sucedió al compadre Chaba.

-¿Qué le sucedió?

-Que dado de valiente fue, por apuesta, a un cuarto que había en la huerta de mi abuela, donde hacía un ruido semejante al de esta casa, y dio, de manos a boca, con un esqueleto, que, de un apretón, le dejó redondo y echando sangre por la boca y todos los poros del cuerpo.

-¿Y quién presenció tan cariñoso abrazo?

-Nadie; pero al examinar el cadáver, se encontró que tenía impresos en la carne, los huesos del esqueleto.

-Bueno, pues, hija, nos contentaremos con no dormir las primeras noches, mientras nos acostumbramos a la música, y eso es todo.

- La verdad es que no creí que fuera tanto... de no, ¡cuándo hubiera consentido!... En pensar que llegue la noche, se me hace carne de gallina... Y luego, los pobres chicos...

-¡Al cuerno con tus lloriqueos! ¡Peor es dormir en el alar!

La infeliz Carmen, después de enjugarse los ojos con el revés de la ollera, vista la terquedad de su marido, cuya voluntad era incontrastable, poniéndose en pie, murmuró:

-¡Iré por agua bendita y que se cumpla la voluntad de Dios!

Bonifacio, ante las lágrimas de su mujer se había conmovido, y como para endulzar la acritud de sus últimas palabras, moduló con suave entonación:

-¡Eso está muy bien! Habrá que amanecer con el hisopo en la mano y el rosario en la otra. ¡Paciencia! ¡En tanto que seamos pobres, tenemos que humanarnos a todo!

II

En el barrio había una vieja, de esas que no faltan en ninguno, más arrugada y sucia que levita de borracho. Gozaba fama de ser bruja, y no parecía sino que el diablo le hubiese impuesto la tarea de andar dañando matrimonios. La odiaban como a un mal Comisario, y como a un mal Comisario la temían. Sus visitas eran aciagas. Sus palabras de afecto o compasión iban empapadas en hiel. Sus ojos hurgaban y asesinaba su lengua.

No bien hubo salido Carmen, entró la vieja, gritando desde la puerta a Bonifacio, que, de espaldas a ella, jugaba con los niños:

-Don Boni, buenos días. ¡Cómo vamos con la pesadilla que habrán tenido anoche?

-Señora Cunzhi, para servirla. ¡Qué pesadilla, ni qué cuento!

-Pero ¡hombre! si están despechados de la vida, busquen, de una vez, un sauco y cuélguese; que siempre será menos malo que ponerse en manos del enemigo.

-No me ande usted con pataratas; ni le diga un disparate igual a mi mujer: yo sé lo que me hago.

-Como es público que el patillas vive en el calabozo de atrás, no miento ni exagero.

-Yo le obligaré a desocupar. Pero ¡Por Dios! No diga usted nada de eso a mi mujer; porque, si tengo tremolina en casa, me desquito con usted.

-¡No faltaba más! Por caridad les advierto... ¡No sea que, acabando bien, lleguen a racimo de horca!

-No sabe usted lo que dice.

-¿No he de saber, cuando hasta conocí a la bruja dueña de esta casa, que era el aquelarre de todas las de su oficio?

-Bueno, pues, seña Cunzhi, no quiero saber nada de esas historias en las que usted habrá tenido parte, y le suplico que me deje en paz, porque no dilata en caernos mi mujer, y, si delante de ella me sigue usted hilvanando embustes, la saco a gaznatonos.

-No hay necesidad de tanto, don Boni, quédese usted en su palacio-. Y se mandó a cambiar la deslenguada, murmurando entre dientes: -¡Malo! ¡Remalo! ¡Esto me da que me hallo en el principio del fin!

Al trasponer los umbrales, encontró a Carmen, que volvía con su jarra de agua bendita, y, entre mimos y zalamerías, llevándola tras el recodo de la esquina, la puso como que hubiese caído en lo más hondo del infierno, y al fin, para separarse concluyó:

-¡Carmelina, más bien a la orilla del río, antes que una hora en esa casa! Pero cuidado que tu marido huelga que yo te he dicho.

-No lo sabrá, seña Cunzhi.

Cuando entró Carmen, Bonifacio notó en ella cierto aire marcado

de contradicción y de tristeza; pero haciéndose de la vista gorda, porque temía meterse a discutir un asunto en que él mismo estaba de acuerdo, le dijo:

-Tú, a prepararnos el almuerzo, mientras yo con el hisopo le hago los honores al rabudo.

Y, tomando un manojo de ramas de eneldo, que ató con un torzal, hizo un mazo y comenzó el asperges.

III

Eran las once del día, cuando, levantados los manteles, le dijo Carmen a su marido:

-Sabes, hijo, que estaba olvidando lo mejor. Al ir por el agua bendita, me topé con el vecino Bruno, quien me cuenta que anoche le han robado al Rudecindo dos *huachos* escogidos de papas. Y como quien ve hacer la barba al vecino... dejando de lo que quiera, debemos ir a cuidar nuestro cebollarcito, que estará ya maduro: no sea que se provoquen para el ají del *cariucho*.

-Cuando fui a verlo, estaba comenzando a secarse; de modo que, si no está a punto de saque, después de cuatro días lo estará.

-Siempre que no se antelen los de la uña larga.

-No se nos antelarán: iremos hoy, para venir con la cosecha.

Por poco se deja Carmen coger en la mentira, al escuchar semejante resolución: tal era su alegría al pensar que se alejaban de esa casa maldita, a donde no volverían, si, como esperaba, conseguía disuadir a su marido.

En un abrir y cerrar de ojos preparó el viaje, y a eso de las dos de la tarde, estaban en Balsay.

Su posesión aquí se reducía a un cuarto de solar de buen terreno, encerrado en un marco de cercas vivas, coronadas de pencas y árboles de capulí. Al pie de ellas, de trecho en trecho, había manchones de manzanos y uno que otro duraznero raquíptico y desmedrado. En el límite septentrional, sobre un altillo, estaba la casa: una salita con corredor y sombrero de paja, toda blanqueadita y aseada.

Como había dicho Bonifacio, el cebollar, que ocupaba la mitad del terreno, estaba de cosecha. El producto de los dos primeros

cuarteles llenó la casa, y se hacía necesario despachar para proseguir el saque.

-Mañana me voy con esta cebolla a Cuenca-dijo Bonifacio a su mujer, el cuarto día.

-Mejor es al revés –observó ella-. Si me das cargadores, tú puedes seguir la recogida, mientras yo vuelva realizando lo que lleve.

-Quiero aprovechar la coyuntura para venir, de paso, arreglando cierto asunto.

-No; no consiento: tú me engañas. Conozco lo que eres de temerario, y abrigas tus intenciones.

-¡Pero, mujer! ¿Soy acaso ningún loco?

-Tratándose del bienestar de tu familia, loco y medio: te conozco...

Viendo que la cosa iba tomando mal cariz, Bonifacio para poner término a la conversación, cogió en brazos a su hija, cubriéndola de besos y repitiendo:

-¿Ha de ver usted, patronita, lo que dice la vieja a su papá? ¡Con que su papacito es loco! Pues que se quede la juiciosa, y nosotros dos, entre loquitos, nos vamos a Guayaquil.

Y unos ratos bailándola y otros besándola o haciéndole cosquillas con la boca y la nariz bajo la quijada, cruzó la pampa y se perdió tras las cercas de la calle, tomando hacia Sayausí, según se colegía por las risas de la niña, que llegaban hasta la casa.

No regresó sino a las siete, con la luna, cuya luz lechosa, interceptada por los árboles, por estar poco elevada sobre el horizonte, bañaba a trozos la heredad.

-He conseguido tres palurdos-dijo a su mujer en cuanto llegó.

-¿Quién te los fletó?

-Tu primo Ambrosio, a real la cola, inclusive peón.

-¿El Ambrosio no está en trilla?

-Sí; pero mañana a las cuatro de la tarde, estará ya concluida.

-¡Marcharte a esas horas! ¡No faltaba más! Bonifacio parece que deberás estar loco.

-Lo hago por mejor. Figúrate: duermo donde el tío Goyo; en cuanto

Dios amanezca, realizo la carga, y hasta las ocho del día me tienes aquí para continuar escarbando la tierra.

-¿Me ofreces llegar donde el tío Goyo?

-¡Palabra!

-¡Júrame!

-¡Jurar! Eso quedó para la gente de mala ley. ¡Al que jura de todo, hay que no creerle nada!

Carmen tuvo que conformarse, y al día siguiente, a eso de las cinco de la tarde, después de formular rápidamente y a boca chica nuevas protestas de llegar donde el tío Goyo, salió Bonifacio, con sus tres mulas de carga y el peón, camino de la ciudad.

IV

¡Bonifacio era todo un hombre! En el *Corazón* de Jesús dio dos manojos de cebolla por dos velas de sebo; en San Sebastián recibió en préstamo una lampa y una barreta, a cambio, de algunos manojos más, y todo, antes de tocar donde el tío Goyo, al paso, fue dejando en la casa.

¿Qué objeto tenían tales preparativos? A no dudarlo, sacar el *entierro* que aseguraban haber en el calabozo del diablo. Semejante idea no era de entonces: probablemente la vino rumiando desde antes de presentarse como inquilino. Estaba convencido de que la Providencia quería dar un corte a su pobreza, en premio de la resignación con que la había soportado.

Solo una cosa le mortificaba. ¿Por qué le dijo la bruja de la seña Cunzhi, que acabando bien, llegaría a racimo de horca? Aquella frase le perseguía como una pesadilla; iba tomando en su ánimo la seriedad de un pronóstico; laceraba sus esperanzas y le causaba daño.

Pero no fue por eso que cumplió su promesa de llegar donde el tío Goyo. Quería tenerla tranquila a su mujer y nada más. En cuanto despachó al peón con las bestias, bien encargado de no hablar palabra de la lampa y de la barreta, mintió al tío que regresaba a lado de los suyos, y fue derecho a meterse en la casa.

¡La resolución estaba hecha! Al golpe de la queda, tomó el hisopo en la una mano y la vela en la otra, y Dios que es Dios, haciendo cruces aquí y echando asperges allá, emprendió por el callejón camino de

la huerta. Conforme avanzaba, el ruido se circunscribía a la parte de atrás, fijándose, por último, en el calabozo, delante de cuyas puertas había llegado, sin más novedad que un terronazo recibido en el hombro al doblar el corredor. ¡Un paso más! Abriéronse las puertas con estrépito. Estaba adentro. Hacia uno de los extremos, al verdoso resplandor de luces sulfúreas, se adivinaba un grupo de sombras arrodilladas en actitud de orar. Alzó el hisopo, y antes que concluya de nombrar a la Trinidad, con estruendo incomparable, se pagaron las luces y escapó en tropel una bandada de alas, dejando tras de sí olor de azufre y cuerno quemado, y todo quedó en silencio.

Bonifacio volvió a prender la vela. Cuando se le hicieron las pupilas a la negrura de los muros, que daba a la pieza una extensión aparentemente ilimitada, pudo apreciar una sala espaciosa y húmeda. En las paredes, vistas de cerca, se distinguían grotescos bajorrelieves, representando figuras macabras y terroríficas, talladas en barro. En el centro del límite que la separaba del dormitorio, encontró un sillón de vaqueta, cuyo espaldar coronaba un macho cabrío. A los lados de este, saliendo del muro, se veían dos candeleros en forma de serpiente, dispuestos de manera que reciban la vela en la boca. Delante del sillón, sobresaliendo una cuarta del suelo, había un recipiente de figura obscena, en el que se acababa de quemar incienso.

Semejante resultado no era para serenarse del todo; pero siempre fiel a su idea, comenzó Bonifacio a taconear el pavimento, explorando donde dar principio a la faena con probabilidades de éxito; y puso por obra la excavación a media vara del umbral, del lado de adentro de la puerta.

La del alba era, cuando el pico de la barreta golpeó sobre tabla. ¡Qué descanso! ¡Corra el sudor! ¡Redóblese el esfuerzo! Era una enorme caja de cedro de dos varas y tercia de largo por tres cuartas de ancho, asegurada con bisagras por detrás y con candado por delante. La llave estaba prendida. De su oreja pendía una cinta negra con rojo perfectamente conservada.

Bonifacio estaba aturdido: era una generosidad del destino; pero de tanta magnitud, que rayaba en lo inesperado y traspasaba los límites del prodigio.

No pudiendo mover la caja del sitio en que se hallaba, resolvió abrirla. Al tiempo de dar la vuelta a la llave, pudo apreciar la novedad

de la cinta y el brillo del candado. Parecían haber sido colocados la noche anterior; y por no sé qué extraña asociación de ideas le vino a la memoria la frase de la seña Cunzhi: *acabando bien, llegarán a la horca*.

Levantada la tapa, un paño raso, a manchas de rojo y negro, se extendía de canto a canto. En el centro de este, punto que en el humeral corresponde al *Agnus Dei*, bordado en oro, relampagueaba un macho cabrío. Separado el paño se encontró con lo inaudito.

Sobre colchón de terciopelo rosa, apoyada la cabeza en almohada negra, salpicada de estrellas, yacía un joven de veintitrés a veinticinco años. Sus ojos pardos y luminosos, estaban abiertos, el rostro fresco, los labios húmedos, rizados el bigote y los cabellos. Vestía calzón corto y frac negros, chaleco rojo, medias color carne y zapato de charol con hebillas de oro. El cuello, la pechera y los puños de la camisa, de limpieza esmerada, parecían espejos. En la corbata, a modo de una gota de sangre, resplandecía un rubí. Sobre el corazón, ni que oscilara al impulso de las palpitaciones, hundido hasta la media hoja, temblequeaba un puñal de mango de oro, escarchado de piedras preciosas.

¡El asesinato era reciente! Bonifacio, alelado, se agarró la cabeza con ambas manos y se quedó inmóvil. Volvieron a sonar en sus oídos las palabras de la seña Cunzhi. Sí; era un hecho: vendrían la justicia, la cárcel, el calabozo, los tormentos, la túnica ensangrentada, el gorro de los asesinos, el pregón infamante, la horca; ¡y para su familia, la miseria moral sobre la miseria física!

No había más remedio que la fuga; pero la tierra amontonada contra las puertas hacía imposible abrirla. Para cavar las había cerrado. Se le imaginaba que el cadáver le detendría por las piernas, si intentase salir. Además, acababan de dar las cinco de la mañana; habría gente que vea: fugar era delatarse.

Tomó la barreta; hizo un horado en la pared que daba al dormitorio, y escurriéndose por él, ponía los pies en el patio, cuando llamaron con fuertes golpes a la puerta de la calle. Se le puso que era la justicia que iba en su busca, y empezó a dar vueltas sin saber por dónde escapar. Al fin oyó que las puertas cedían a los repetidos empujones, y apareció Carmen, su esposa.

-¡Ah! Eres tú -gritó Bonifacio al verla-. ¡Cierra esas puertas! ¡Que no entre nadie! ¡Estamos perdidos!

Carmen, aunque sin comprender una palabra, de ver el gesto indescriptible de su marido, obedeció. Luego, regresando a su lado, después de escuchar la relación detallada de los sucesos, acongojada murmuró:

-Ya me temía esto, por eso madrugué en tu busca, y no encontrándote donde el tío Goyo, he venido aquí. Pero, felizmente es de día: vale más que tapemos el agujero que has hecho, y que desocupemos la casa sin precipitación, a nuestra vuelta de Balsay, para no engendrar sospechas.

-Tienes razón-respondió Bonifacio, después de meditar un rato, y juntos se dirigieron al lugar de la excavación para cumplir su designio. El estar acompañados y la luz del día les prestaba ánimo. Antes de cegar el hoyo, querían examinar de nuevo. Prendieron luces y se acercaron para mirar de cerca. -No es cadáver-exclamó Carmen. Y Bonifacio, sin querer dar crédito a los ojos, palpó con las manos.

¡Ira de Dios! ¡Que tanto se haya engañado! Era una estatua de oro macizo primorosamente trabajada, a la que se diera color con los más finos esmaltes. En ella habían puesto el arte sus prodigios y la naturaleza sus riquezas.

No se sabe qué relación haya tenido ese tesoro con la existencia de la seña Cunzhi; pero es lo cierto que, repentinamente, cayó redonda, el momento preciso en que Bonifacio puso las manos sobre la efigie. (Íñiguez Vintimilla, s.f. , pp. 126-138)

Notas: *Huachos*, surcos o filas de sembradura.

Cariucho, guiso de carne, papas y ají. Literalmente significa ají (*uchu*), varón, fuerte, (*cari*).

21.4.3 Tercera versión

La descripción que hace Nela Martínez en su continuación de la novela *Los guandos*, del escritor Joaquín Gallegos Lara:

Ha comenzado el saqueo de sus entrañas. Los *huaqueros* que temen al antimonio dicen que éste se expande en llamitas blancoazuladas, desde lo más profundo, donde el tesoro descansa. Con sus pesadas barras rompen las vasijas dormidas que se despiertan en pedazos, sus recuerdos tiernos esparcidos, su veneranda chicha aun con marcas de espuma desparramándose en el suelo, en el que se riega

aguardiente fuerte, abundantemente, para matar los demonios que yacen en las tumbas de los gentiles, en cuyo polvo degradado se hurgan los metales con la desesperada avidez heredada. Solo el oro y la plata importan. Los *chazos huaqueros*, colorados del frío y del trago, escupen sobre los esqueletos. (Gallegos Lara y Martínez, 1983, p. 238)

21.4.4 Cuarta versión:

En la noche auca de carnaval y Viernes Santo, están sueltos los diablos, en esas noches queman los entierros, hay que estar viendo en donde queman para ir a sacar el oro, pero llevando harto trago para soplar y tomar a que no haga mal el antimonio que deja *huishtos* la cara, los brazos y las piernas y después mata; hay que llevar una vara de chonta y un machete con crucero para *burnear* en el aire y mandar arriando a los espantos, ellos vienen a mezquinar el oro. Cuando el oro no es para uno el entierro se hace agua, ¡ciertito, ciertito! Que llegando a la piedra plancha que tapa el entierro, si no es para uno, se oye como se va por dentro de la tierra sonando como agua y se pierde, ¡y entonces! Mejor es buscar la suerte en la culebra de dos cabezas, eso sí es suerte, porque apenas uno le coge se hace de oro. (Valdivieso, 2008, p. 93)

Las palabras en cursiva son hibridaciones de quichua y español, y se traducen como:

Huishtos: torcidos

Burnear: Hacer girar algo en el aire, como un lazo.

Noticia adicional sobre los entierros:

Por aquí hay entierros, unos estuvieron cavando días, porque vieron los fuegos que asoman a las noches cuando se juntan los huesos con el oro. Ya parecía que encontraban el oro y vuelta no había nada. Un rato ya vieron una caja bien doble. La mujer trayendo la comida estaba y la caja se fue metiendo en la tierra otra vez, al sentir a la mujer. Por más que estuvieron busca y busca ya no hubo nada. Se perdió el tesoro. (Martínez, s.f., p. 4)

Como se ha podido constatar, el antimonio se ha convertido en una especie de guardián que parece exigir respeto por las personas enterradas, también que se debe ser muy cauteloso y no ambicioso, para poder adquirir las riquezas que, realmente, son ajenas.

Sin embargo, hay todavía mucho qué decir respecto del antimonio. Así, en lo meramente lingüístico, creemos que dentro del concepto de “antimonio” los hablantes de español han colocado también una parte significativa que le corresponde al “demonio”. La razón, nos parece, como conjetura, que entre las palabras “antimonio” y “demonio” se ha producido un acercamiento y una contaminación semántica. Quizá también hay algo de una suerte de evitación del tabú de nombrar directa y llanamente al demonio, y por eso se ha desviado el término a algo que parece no ser tan directo. Esto es bastante frecuente en nuestra habla, sobre todo popular. Así, para no decir “pendejo”, la gente dice “penitente”. En lugar de “mierda” dice “miércola” o “miércoles”. En lugar de “puta” se usa “zamba canuta”. O, en el caso muy notorio de un escritor cuencano, Alfonso Cuesta y Cuesta, que, en lugar de esta misma palabra, pone otra, muy cercana en lo fonético, y, por tanto, perfectamente “legible” y comprensible como la otra:

La tal hermanita de don Antonio es la que primero dio el mal ejemplo...

Y la chola agría:

-¡Hermanuta, diga! (Cuesta, 1983, p. 357)



APÉNDICES

APÉNDICES

En esta sección hemos creído oportuno poner algunas opiniones y textos que nos muestran que algunos de los seres míticos descritos en este trabajo, también están presentes en otras áreas culturales de fuera del país y, obviamente, también dentro del Ecuador, aunque pertenezcan a otras zonas culturales.

Apéndice 1

El concepto de “huaca”, con el significado de tumba y de tesoro, en el Perú, según el relato de Ricardo Palma:

EL CARBUNCLO DEL DIABLO

La *huaca* (1) Juliana, cuya celebridad data desde la batalla de la Palma, el 5 de enero de 1855, por haber sido ella la posición más disputada, tiene su leyenda popular que hoy se me antoja referir a mis lectores. Cuando el conquistador Juan de la Torre, el Madrileño, sacó en los tiempos de la rebelión de Gonzalo Pizarro grandes tesoros de una de las huacas vecinas a la ciudad, despertose entre los soldados la fiebre de escarbar en las fortalezas y cementerios de los indios. Tres ballesteros de la compañía del capitán Diego Gumiel asociáronse para buscar fortuna en las huacas de Miraflores, y llevaban ya semanas y semanas de hacer excavaciones sin conseguir cosa de provecho. El Viernes Santo del año 1547, y sin respeto a la santidad del día, que la codicia humana no respeta santidades, los tres ballesteros, después de haber sudado el quilo y echado los bofes trabajando todo el día, no habían sacado más que una momia y ni siquiera un dije o pieza de alfarería que valiese tres pesetas. Estaban dados al diablo y maldiciendo de la corte celestial. Aquello era de taparse los oídos con algodones. Habíase ya puesto el sol, y los aventureros se disponían para regresar a Lima, renegando de los indios cicateros que tuvieron la tontuna de no hacerse enterrar sobre un lecho de oro y plata, cuando uno de los españoles dando un puntapié a la momia la hizo rodar gran trecho. Una piedrecita luminosa se desprendió del esqueleto. -¡Canario!- exclamó uno de los soldados. -¿Qué candelilla es esa? ¡Por Santa María que es carbunclo, y gordo! Y disponíase a mover la planta (2) tras la piedrecilla, cuando el del puntapié, que era todo un matón, lo detuvo diciéndole: -¡Alto, camarada! No me salve si no es mío el carbunclo, que fui yo quien sacó la momia. -¡Un demonio que te lleve! Yo lo vi brillar primero, y antes mueras que poseerlo. -¡Cepos quedos!, - arguyó el tercero desenvainando una espada de las llamadas de perrillo.- ¿Y yo soy D. Nadie? -¡A mí no me tose ni la mujer del diablo, caracolines! -contestó el matón sacando a lucir su daga. Y entre los tres camaradas amose la

tremenda. Y el carbunclo, lanzando vivísimos destellos, alumbraba aquel siniestro duelo. No parecía sino que la maldita piedra azuzaba con su fatídico brillo la codicia y la rabia de los combatientes. Al día siguiente, los mitayos de una huerta vecina encontraron el cadáver de uno de los guapos y a los otros dos con el pellejo hecho una criba y pidiendo a gritos confesión. El alférez D. Francisco Carrasco, propietario del terreno sobre el que hoy se han edificado las espléndidas casas de Chorrillos, hizo en 1663 donación de esas tierras a varias familias indígenas de Huacho y Surco que vivían consagradas a la pesca. ¿Quién habría dicho al alférez Carrasco que la miserable pesquería que él fundó habría, antes de dos siglos, de convertirse en la más opulenta villa del Perú? Era fama que anualmente, en la noche del Viernes Santo, los viajeros que pasaban por el camino de Chorrillos veían brillar sobre la huaca Juliana el carbunclo del diablo. Parece que el silbido de la locomotora ha bastado después para espantar al maligno.⁷

(1) En este texto –puesto que se trata de una narración de un escritor peruano– la palabra *huaca* designa, efectivamente a una sepultura indígena.

(2) *Mover la planta*, caminar.

Apéndice 2

Sobre el *sacha runa* o *sacharruna*:

Este término ya aparece en Garcilaso de la Vega (1976); pero no como designación de un ser mitológico, sino todo lo contrario, como se puede ver:

Aunque en Indias, si a uno de ellos le dicen “sois un mestizo” o “es un mestizo”, lo toman por menosprecio. De donde nació que hayan abrazado con grandísimo gusto el nombre *montañés*, que, entre otras afrentas y menosprecios que de ellos hizo un poderoso, les impuso en lugar del nombre mestizo. Y no consideran que aunque en España el nombre *montañés* sea apellido honroso, por los privilegios que se dieron a los naturales de las montañas de Asturias y Vizcaya, llamándose a otro cualquiera, que no sea natural de aquellas provincias, es nombre vituperoso, porque en propia significación quiere decir: cosa de montaña, como lo dice en

⁷ <https://educomunicacionperu.files.wordpress.com/2013/01/cuento-josue-chavez.pdf>

su *Vocabulario* el gran maestro Antonio Lebrija, acreedor de toda la buena latinidad que hoy tiene España; y en la lengua general del Perú, para decir montañés dicen *sacharuna*, que en propia significación quiere decir salvaje, y por llamarles aquel buen hombre disimuladamente salvajes, les llamó montañés; y mis parientes, no entendiendo la malicia del imponente, se precian de su afrenta, habiéndola de huir y abominar, y llamarse como nuestros padres nos llamaban y no recibir nuevos nombres afrentosos, etc. (p. 266).

Manuel Alvar (1972), en su obra *Juan de Castellanos, tradición española y realidad americana*, sobre el término *sacharuna*, en alusión al cronista Sarmiento de Gamboa dice lo siguiente: “El propio Sarmiento anotó: ‘Sacha runas son hombres selvajes y son grandes y bellosos’”. (p. 285). En la cita mantenemos la forma *selvajes* y *bellosos*, por vellosos. Es como si en Sarmiento de Gamboa comenzara ya a colarse, subrepticamente, algún rasgo de irrealidad, lo que daría paso, luego, al carácter mitológico.

Apéndice 3

Sobre Juan del oso

La idea de que una mujer pueda cohabitar con un oso, no es nueva en la literatura universal, incluida la europea. Veamos lo que un escritor renacentista español nos dice al respecto:

Juan del oso en la literatura medieval europea: Antonio de Torquemada:

Si no tuviera tantos autores y de tan grande autoridad que la escriben y dan testimonio della: el primero es Juan Saxo⁷⁰ en su *Historia*, y el segundo, Juan Magno, arzobispo Upsalense,⁷¹ en el reino de Suecia, y últimamente lo escribe y afirma el arzobispo Olao Magno, su sucesor. Y es que en un pueblo del reino de Suecia que está edificado cerca de una montaña vivía un hombre rico y principal que tenía una hija hermosa, la cual una tarde se salió con otras doncellas a pasear por el campo, y, andando todas juntas haciendo fiestas y regocijos, salió acaso de una espesura grande de aquella montaña un oso de demasiada grandeza, muy bravo y temeroso, el cual viniendo derecho adonde estas doncellas estaban, todas, con el temor, comenzaron a huir cada una por su parte, procurando valerse, y el oso acertó a tomar esta doncella más principal y, llevándola en sus brazos, se tornó a meter por la espesura de la montaña sin hallar resistencia ninguna, por estar solas y no haber

hombres que le siguiesen. Y aunque su principal intento, según se puede⁷² creer, oviese sido hartar la rabiosa hambre que traía, fue Dios servido de no permitir la muerte de esta doncella, y así, el oso, movido por un instinto de naturaleza bien diferente del que se puede hallar en otros animales de su ralea, no solamente la dejó de matar, pero, llevándola a una cueva que tenía en un valle muy hondo entre una grandísima espesura, toda su crueldad se le volvió en un amor entrañable, y comenzó a halagarla, poniéndole sus brazos mansamente y a tratarla de manera que la doncella conoció la intención que tenía y perdió alguna parte del miedo con que estaba; y no se atreviendo a resistir la ferocidad del oso, con temor de perder la vida vino a consentir, aunque no por su voluntad, que tuviese sus ayuntamientos libidinosos con ella. El oso salía de la cueva y cazaba venados y otros animales los cuales traía a la doncella, que con la hambre comía dellos, y bebía de la agua de un arroyo que delante de la cueva, entre la espesura de los árboles, pasaba, sustentando la vida y esperando que Dios se dolería della y la libraría del trabajo en que estaba; y aunque algunas veces se determinaba de huir en tanto que el oso estaba fuera de la cueva, nunca se atrevió a hacerlo, con temor de que no se podría esconder sin ser hallada dél y muerta; y también temía los otros animales bravos, de los cuales en aquella montaña había muchos. Y pasando en esta vida algunos meses, sucedió que unos cazadores entraron en la montaña con sus redes y armandijas y perros, y, cayendo en las armadas este oso, fue muerto; y como la doncella sintiese las voces de los que lo habían hecho, y que estaban tan cerca de la cueva, fuese para ellos. Los cuales muy espantados de verla, supieron quién era y todo lo que más había pasado, y, trayéndola consigo, la entregaron a sus padres, que apenas la conocían viendo cuán disfigurada venía. Y la naturaleza, que muchas veces obra cosas maravillosas y fuera del concierto y orden natural, de tal manera juntó la simiente desta fiera y con tales ligaduras en el cuerpo de esta doncella, que, sintiéndose preñada y esperándose que había de parir algún notable monstruo, parió un hijo que ninguna cosa sacó de su padre más de ser un poco más velloso en todo el cuerpo que ninguno de los otros hombres. Y criándose con diligencia y cuidado, le pusieron su mesmo nombre (o por ventura las gentes sabiendo esta maravilla se lo pondrían); y después que fue hombre salió tan esforzado y valeroso de su persona que de todos era temido. Y teniendo noticia de los cazadores que habían muerto al que lo había engendrado, les quitó la vida, diciendo que aunque él oviese recibido buena obra no había de dejar de cumplir con la

obligación de vengar la muerte de su padre. Éste engendró a Trugilo Spracaleg, que fue capitán valeroso y tuvo por hijo a Ulfon,⁷³ persona muy señalada y de quien las crónicas de aquellas provincias hacen muy grande mención, porque fue padre de Suevo, que vino a ser rey de Dacia,⁷⁴ y así, dicen que todos los reyes de Dacia y Suecia proceden de este linaje. (*Jardín de flores curiosas*, edición digital)⁸

Inclusive uno de los hijos de la pareja humana-oso, el llamado *Juan Pelamontes* parece tener un antecedente mítico en otra zona cultural andina, quichua, pues en Sarmiento de Gamboa (1943) se encuentra la siguiente noticia sobre un ser de fuerzas extraordinarias: “Era tan diestro este Áyar Cache de la honda y tan fuerte, que de cada pedrada derribaba un monte y hacía una quebrada. Y así dicen que las quebradas que agora hay por las partes que anduvieron, las hizo Áyar Cache a pedradas”(p. 123).

- Entre los tsáchila existe prácticamente la misma historia- rapto de la mujer, gran fuerza del hijo, etc. -, con una ligera diferencia en el nombre. Se llama: Juan Osito. Faltan, además, los otros personajes como Juan Tumbacerros, etc.
- En la cultura shuar un oso rapta a una mujer y la convierte en su esposa. (Encalada, 2010, p. 73)
- Y aún entre los indígenas kwakiutl (pobladores de América del Norte, en la costa occidental de Canadá), una mujer tiene relaciones con un oso. (Lévi-Strauss, 1985, p. 80)

Apéndice 4

Sobre el antimonio

Respecto del antimonio hay varios textos que lo aluden y lo describen, en lo referente a sus efectos sobre los ambiciosos y poco precavidos buscadores de tesoros, tal como se desprende de lo siguiente, en el cual hemos mantenido la ortografía original:

Los fuegos originados por los metales enterrados

Una de las preguntas más recurrentes desde que comencé esta página web ha sido y sigue siendo sobre los fuegos que se generan sobre los tesoros enterrados.

⁸ <http://parnaseo.uv.es/Lemir/Textos/index.htm>

Esta creencia muy extendida sobre todo en México, al igual que en otros países de habla hispana, carece casi por completo de fundamento... al mismo tiempo qué hace referencia a un hecho harto conocido por la ciencia y sobradamente explicado.

En primer lugar, démosles un nombre:

Se les conoce cómo Fuegos Fatuos o Fuegos de San Telmo y son en su inmensa mayoría, sencillamente, escapes de gas metano que se autoinflama al contacto con el aire dadas unas determinadas condiciones de concentración, temperatura y humedad ambiental.

¿Cómo se producen?

Bueno, una masa de materia orgánica (*un cadáver, un buen puñado de hojas o plantas, etc...*) quedan enterrados por una capa relativamente estanca (*arcilla, lodo, etc...*) y comienzan a descomponerse.

Durante la descomposición se producen diferentes procesos químicos y se liberan diferentes productos, algunos de ellos en forma de gases (*estos gases sí que suelen tener olor*). Si estos no se generan en cantidad suficiente o si pueden escapar de forma progresiva a través de porosidades del terreno sin alcanzar la concentración necesaria o si cuando acceden al espacio abierto las condiciones de temperatura y humedad no son las adecuadas, no se inflamarán, diluyéndose o combinándose con el aire que respiramos sin que nos apercibamos de nada... o tan sólo de un mal olor.

Pero si las condiciones son adecuadas se puede producir la autoinflamación de estos gases que además, cómo en las zonas que se prestan a ello suelen existir más depósitos similares a su alrededor (*aunque no puedan quizás haber alcanzado las condiciones de autoinflamación*) parecen moverse de un lado para otro pues tal y cómo se van extinguiendo unos van inflamando otros escapes cercanos (*o estos se van produciendo y autoinflamando*).

El resultado de esto, a nuestros ojos es que una llama, azulada por lo general aunque en algunos casos según los productos asociados al metano pueda ser amarillenta e incluso rojiza o verdosa, pero casi incorpórea, con muy bajo nivel de temperatura (*no se trata de un fuego tal y cómo los solemos conocer, en el que la llama parte de una base en ignición y se eleva, si no más bien de una cierta cantidad de gas, en muchas ocasiones muy diluido en la atmósfera, qué se inflama al mismo tiempo y en todas direcciones*) que oscila y parece moverse de un lado a otro, e incluso recorrer una trayectoria errática... o no tan errática, empujada por la más

leve brisa o, más sencillamente, inflamando un escape al escape que está a su lado y este a su vez al siguiente, etc... y en ocasiones “aprovechando” para su “desplazamiento” los lugares de menor “resistencia” cómo senderos, claros, etc... y, dada su baja temperatura, sin llegar a prender y casi siempre sin llegar siquiera a chamuscar las hiervas, plantas, árboles y maleza en general que pueda haber a su alrededor.

Es un fenómeno típico de las zonas de maleza y alto nivel de humedad ambiental, cómo junglas, ciénagas y pantanos, pero esto no quiere decir que no se puedan dar las condiciones adecuadas en muchos otros lugares, incluso en los terrenos más secos:

Basta tan sólo qué una lluvia haya depositado el nivel suficiente de humedad y que esta haya quedado retenida en una bolsa impermeable del terreno en la que exista alguna materia orgánica enterrada para que comience (o se acelere) el proceso de putrefacción y para qué los microorganismos que llevan a cabo esta y que por lo general son los que producen gas metano cómo desecho, se multipliquen de forma explosiva y aumenten los niveles de metano hasta que estos alcanzan una concentración suficiente cómo para que el proceso se produzca.

¿Tiene esto, pues, algo que ver con un tesoro enterrado?

Por lo general NO.

No obstante cabe en lo posible que durante el “enterramiento” del tesoro algo de materia orgánica fuese enterrado con él (*y no necesariamente (aunque sería posible) los cadáveres de los hombres que cavaron el pozo, no seamos innecesariamente truculentos...*), cosas cómo una tela de lino, algodón o lana, o cómo la madera de un arcón ES MATERIA ORGÁNICA susceptible de, en las condiciones adecuadas, producir metano durante su putrefacción... al igual que un árbol enterrado por un corrimiento de tierras o una conejera llena de conejos muertos por un derrumbe o por una enfermedad... por citar algunas posibilidades.

Por lo tanto, no os pongáis a perseguir fuegos fatuos con la esperanza de encontrar un tesoro:

Es más seguro casi el cavar al azar.⁹

⁹ Los espíritus guardianes de tesoros: <https://www.buscadores-tesoros.com/t5506-los-espíritus-guardianes-de-tesoros>. Acceso, mayo 4 de 2022.

Apéndice 5

El antimonio en la provincia de Loja:

En la provincia de Loja, los conceptos de “huaca” y de “entierro” están juntos, tal como se desprende de la narración de Ángel F. Rojas. Además, es posible encontrar varias diferencias en el significado de estas palabras, comparadas con las que se usan en la zona azuayo-cañari; así como también en el uso de ciertos términos. Lo de “viento grande” se vuelve sinónimo de la acción de la “antimonia” sobre los buscadores de tesoros.

VIENTO GRANDE

(...)

Mas el runa José Rosa Guambaña, que algo de toda esa chacota había alcanzado a oír o entrever disimuladamente, soportaba en silencio. Ya se reiría mejor de ellos, como que se reiría el último. En la hora del desquite, que presentía se acercaba, madura de promesas.

Eso lo vio él. No era uno de esos innumerables y desacreditados cuentos que circulan por ahí acerca de cuantiosos tesoros incaicos o de reciente data, enterrados en el campo. Con esos sus mismos ojos que la tierra se había de comer.

Una noche en que, por hacerse de una aromática provisión de chamburos en una de las chacras ajenas del cerro, llegó más tarde que de costumbre, al meterse en el largo y encajonado callejón del que deriva el camino que conduce al “Riñón de mama Chaba”, en ese entonces un predio que no apeteció ni en la más disparatada meditación un solo instante, divisó, como a dos cuadras de distancia, arder una gran fogata en el interior de la casa botada.

De pronto, pensó:

-¿Será que algún caminante a quien no importan ni pulgas ni niguas se ha quedado a pasar ahí la noche?

Pero, observando con fijeza, vino a convencerse de que la llama no daba iluminación rojiza y fuliginosa de la combustión de leña. La que deslumbraba sus ojos era de un color pálido, medio azulina, y parecía tremar con un vivaz latido de vísceras. En sus nerviosas diástoles, exentas de humo, llegaba a lamer las vigas del soberado. ¡Y el soberado, fabricado de cañas resacas, no se quemaba!

Todavía pensó en un viajero, y en la luz de una fuente manipulada por el hombre.

-Algún zarumeño, con una lámpara muy grande de carburo, a quien se le ha cansado la bestia; o un pasajero con una lámpara de aquellas que él sí conocía en la casa del patrón, de petróleo gasificado; o algún gringo con una linterna eléctrica de pilas. ¿O se estaba quemando la casa?

Conforme iba acercándose, no obstante, debía desechar, una por una, las hipótesis naturales que se sugería para explicar el hecho insólito.

Nadie aparecía en la única pieza del edificio. Y las gaseosas llamas no eran una ilusión: arrancaban del suelo, y las que pudieran denominarse sus raíces rodaban por el piso como un bólido incandescente. Además, tenían capacidad hasta para alumbrar los árboles vecinos y la cerca adyacente, que José Rosa los divisaba en la noche bruñidos de una luz parpadeante.

-¡Pero si creo son las vistas! -exclamó, recordando las dos únicas veces que vio en la plaza una función de cine gratuita con motivo de la fiesta de los matarifes. Luego se dio cuenta de que acababa de decir una necedad.

A su costado derecho tenía la casa que ardía sin consumirse y sin humo. A medida que andaba, la situación de ella se desplazaba en relación con el avance del hombre. Pronto quedaría perpendicular a la dirección de la marcha y José Rosa, con solo un cuarto de giro hacia la diestra, tendría la misteriosa fogata frente a frente.

¿Miraría, no miraría?

Como sintiera el hombro izquierdo adormecido por el peso de su alforja, con un simultáneo movimiento del torso y los brazos, la pasó al otro hombro. Y como si hubiera bastado este solo además para producir el efecto, la luz de la casa se apagó, sumiendo a José Rosa en una oscuridad que el brusco contraste hacía absoluta.

Mi amigo el tipo displásico con una férvida voluntad de dominio, de acuerdo con su maestro Marañón, al enjuiciar el modo como José Rosa reaccionó ante la impresión desconocida, extraña, inquietante, habría dicho:

-He aquí un hipotiroideo, inmune a los arrebatos emocionales.

Porque el enjuto hortelano no se alarmó ni con la llama, ni con la oscuridad superveniente. Cuando advinó esta última, se detuvo. Aguardó a habituarse a ella, y a ver surgir en las tinieblas las dos hileras ciliadas de cabuyos.

Cuando la luz difusa del cielo llegó nuevamente a sus pupilas, colándose por los innumerables huequitos de las estrellas, y el paisaje en su torno se hizo perceptible, reanudó su camino.

Y en su cerebro, firme como asegurada con pernos, encontrábase instalada una sola idea: la de que aquella lumbre lívida denunciaba un tesoro enterrado, una huaca; y que, a juzgar por lo intenso de la iluminación, la plata encerrada ahí era una cantidad considerable.

¡Entierro grande tenía que ser!

Él nunca había visto arder una huaca. Y había movido negativamente la cabeza cuando se lo habían contado.

La idea firme tuvo una consecuencia lógica: comprar el terreno de doña Chaba y sacar la huaca tranquilamente.

Cuando llegó a su choza, la resolución estaba tomada de un modo irrevocable. ¿Y quién era su mujer para oponerse al proyecto de la compra? Que el secreto del entierro era solo para él.

Todavía la insuperable cautela de José Rosa se aseguró más. Y antes de pagar la consulta e intervención solicitadas a Mariano Guamán, que sabía de estas cosas como el mejor abogado, en su compra de derechos y acciones de doña Chaba, quiso inquirir de ésta por qué razón abandonó su casa.

La respuesta de la dueña confirmó sus sospechas: ella, que se había quedado sola, no podía seguir habitando un sitio donde apariciones y otras muestras de la otra vida la espantaban hasta lo indecible todas las noches.

Cuando la descomunal tranquera estuvo hecha, pasó a colocar puntales en la parte posterior de la casa, para evitar que siguiera echándose hacia atrás. Sustituyó el horcón apolillado, cogió las goteras; arrancó el monte del corredor, puso la puerta a la umbraladura ya floja y su mujer hizo el resto.

A los pocos días, la casa permitía vivir.

¿Qué le importaba a él no tener un solo vecino amigo en su nueva vivienda? ¿Le habían servido de algo los otros? ¿No estaba enseñado a bastarse solo?

Dos veces encontró la luna llena cuando atisbaba en la noche, antes de ponerse a cavar. Y aun cuando removida toda la tierra del interior de la pieza, el tesoro no aparecía. No había quedado rincón sin explorar. Faltaba quizá, para agotar toda probabilidad por remota que fuera, ladear con palanca la enorme piedra que hacía de batán, y hacer la honda excavación ahí. Pero la llama... la delatora llama no había surgido de ella: ardió en la pieza.

Una de sus noches de agotador trabajo accedió a la primera insinuación que de salir del profundo foso que había abierto en pocas horas, le hizo tímidamente su mujer que bostezaba, desde arriba, en el borde. Estaba concibiendo, a favor de un antiguo recuerdo, una audaz idea. Más claro razonaría difiriendo a la invitación de reposar.

Cuando él era muy niño -andaba aún con un ucunchi (1) de bayeta amarrado a la cintura- Le parecía haber oído de un viejo indio de pies monstruosamente hinchados y queratinosos, que solía acercarse a conversar con su madre para que le diera un plato de mote, que los tesoros indígenas a veces se ocultaban con "abusión". Y que cuando tal cosa ocurría, son infructuosas todas las exploraciones, si no se está en el secreto: la huaca se esconde. Ilustraba la afirmación de un caso relevante: el entierro de los tesoros incaicos de Quinara no se han descubierto todavía, a pesar de que los buscadores conocen muy bien el sitio donde yacen las riquezas, interpretando la señal dada por el mascarón de piedra. Mas ignoraban lo principal: a saber, que se trataba de una huaca con "abusión", y que mientras no se supieran en qué consistía, nada habían conseguido, pues nadie ignora que entierros de la laya solo pueden ser encontrados por quien o quienes vuelven a hacer, punto por punto, detalle por detalle, el mágico conjuro que acompañó al ocultamiento del tesoro. Hablaba también el viejo de que cierta ocasión, no obstante, un audaz tomó zimora (2) para adivinar el procedimiento mágico de tal abusión, y que la verdad revelada a su sueño fue desalentadora. Sacó en limpio del montón confuso de imágenes producto de su delirio que después de depositar el oro en el foso de Quinara, los jefes indios sacrificaron a cien yanaconas. Ahora bien: ¿para extraerlo habría sido indispensable repetir la horrible matanza?

En el caso en que se hallaba José Rosa ¿por qué no tomar zimora para leer el secreto de la abusión que, como exigencia suspensiva inexorable, escamoteaba de sus manos un tesoro cuyas emanaciones fosforescentes había visto arder?

Pues bien: tomaría zimora.

¡Zimora, zimora, zimora!

Tenía que localizar en alguna parte a Juan Manuel Pasaca para pedirle indicaciones.

Naturalmente, para que se franquee del todo, le haría uno de los dos o tres regalos de su vida.

-Quiero averiguar el paradero de un caballito que me robaron la otra vez -le mintió.

Juan Manuel era pródigo en sus sabidurías, y de su boca oyó cuanto le convenía saber para una correcta administración del alcaloide.

En el borde del foso abierto con la obra de esa noche, ardía como siempre, la fogata que alimentaba la descolorida mujer de José Rosa, entre bostezo y bostezo.

Trabajaba ya con un desobligo creciente. Su sueño no fue tan claro como pensó. El secreto de la abusión no estaba descifrado. El producto de su delirante borrachera era de tal volumen y riqueza que no alcanzaba a representarse siquiera, menor ordenar, las imágenes que desfilaron por su mente. Hasta el lindero entre la conciencia y el delirio era una línea de dudosa precisión, y no conseguía reconocerla, pese a su desesperado esfuerzo.

Tomé la cocción de la raíz de la zimora con la flor del aguacollo. Mi mujer preparó una olla de agua de azúcar para darme, al día siguiente, la “contra”... Me acosté...Se hizo la noche... Vinieron unos forasteros y quisieron pegarme... La señora del patrón se reía conmigo...Unas ollas enormes de cobre se venían caminando solas...Las raíces de un árbol seco se convertían en culebras...Un gato se las comía...Doña Chaba me dijo al oído un secreto... ¿Qué fue lo que me dijo?

El recuerdo de las visiones estaba hondo, sumergido en los abismos. Pensamientos que nunca creía haber tenido saltaban en cualquier dato de su vida posterior al sueño. Así, al tentarse el machete en la cintura, recordó que soñó también con un machete que se

blandía contra una vaga forma tubular de consistencia elástica. Al encontrar en el suelo un cuero crudo, vio de golpe representarse algo que había asomado a su mente cuando estaba en el letargo: un zurrón de cuero crudo, grande, ventruado, pesado.

Los objetos y sucesos de ese mundo de pesadilla del cual fue unas cuantas horas huésped, asumían, eso sí, otras dimensiones, una realidad distinta. Reflexionaba en ello, todos los días. Y llegaba a parecerle que en el lapso que duró su embriaguez, era más agudo, más sabio y sus sentidos estaban más despiertos e incluso eran capaces de percibir seres invisibles, imponderables, etéreos; una extraña fauna abisal que apenas podía después figurarse, y que entonces vivía en su torno, y le hablaba, se movía, se incorporaba a la existencia universal, conservando su ritmo propio, que era ondulante, tembloroso, desmesurado, arbitrario.

Junto a ese universo incorpóreo, a otra escala, de cosas inanimadas que se movían, que se adherían a la vida de él; de animales de formas, proporciones y aptitudes nunca vistas; de elementos que hablaban con él; de paisajes desolados barridos por la destrucción; de cascadas de oro que se reían al ver su traje rasgado y sucio, existían seres y ocurrían hechos que él, hombre de este mundo, del mundo en que había luchado, economizado y sufrido, conocía muy bien. Su infancia había pasado, íntegramente, ante sus ojos. Pero no limpia, escueta, aislada, sino como náufraga en un turbión de sucesos y fenómenos extraordinarios en el que ese recuerdo porfiado iba dando tumbos, confundiéndose, perdiéndose por momentos, pero desarrollándose fatalmente.

Entendía que era cuestión de esperar y comprender con el transcurso de muchos días. De irse poniendo, poco a poco, en contacto con la objetividad de su vida cotidiana para que la asociación de ideas capture algo en esas regiones de recuerdos perdidos, y la solución del nebuloso problema nazca integral, claramente inteligible.

¿Cómo fue ese momento en que llegó su fantasmagórica erranza al mágico ceremonial que se celebraba cuando el entierro de la huaca? Mucho de esto se le reveló entonces, mas actualmente se le presentaba tan oscuro: Numerosos árboles de capulí. Unas tierras coloradas, Un desfile de innumerables caras de mono que le hacían gestos. Un viejo de piel oscura, como “huanlla” de tabaco (3), con calzón de cuero de borrego, y la mujer del viejo, andando delante de él con unas patas de vaca. Y el machete. Y la barreta.

Y el lampón. Desde luego, uno de esos árboles de capulí era el mismo que quedaba junto a la tranquera. Luego la venida del viejo acompañado con la mujer tuvo lugar ahí, en su propiedad actual.

Ese capulí lo llamaba. Tal vez le decía que se acerque, para mostrarle una huaca. Tal vez le enseñaba el sitio de la pampa donde tumbó, por primera vez, a la viuda que después fue su mujer. Su mujer, una mujer, un viejo, unas herramientas, un zurrón... No podía pasar de ahí, por más que evocaba por ese lado.

Cavaba y cavaba. A intervalos arrimaba la barreta a la húmeda pared del pozo y empuñaba el lampón, con el cual arrojaba hacia afuera la tierra movida. Hacia el lado opuesto al que ocupaba su mujer atizando el fuego. La excavación tenía un metro, aproximadamente de diámetro, y en el sentido de la profundidad, se había tragado ya al hombre. De esta suerte el cuello de la mujer, al explorar desde encima el fondo, quedaba para los ojos de José Rosa como insertado en un filudo círculo patinado de llamas, por encima de su cabeza.

¡Esa cara cobriza asomándose por los bordes!

También la vio en su pesadilla.

Así fue. El viejo hizo rodar en el hueco que él estaba de nuevo haciendo, un zurrón de plata blanca y águilas de oro -unos sucses enormes, amarillos que él, en cambio, José Rosa, no había conocido nunca - y echó, con la ayuda de esa estantigua de cara cobriza y patas de vaca, unas paletadas de tierra. Después...después... como al siglo cayó la misma cabeza ensangrentada. Y encima tierra, mucha tierra, hasta cegar el foso. Un filo de machete, pero con vaina, brillaba en medio de ese hacinamiento de tierra. Estaba envainado en cuero, y sin embargo brillaba el filo.

José Rosa iba empezando a sentir una impresión desagradable, como de susto, con un sobresalto al pecho, cual si hubiera subido corriendo una pendiente. Bastante iba entendiendo los signos extraños.

Tras algunos barretazos más, oyó un crujido.

Llevó la mano donde tronó el golpe, y se encontró con un cráneo hendido. En la semioscuridad, en que las paredes agrietadas se chupaban toda la escasa luz indirecta que caía de la fogata al pozo, el hallazgo macabro parecía fosforecer en la mano, en esta ocasión

un poco trémula, de José Rosa.

Lo que vio en su sueño de zimora era verdad.

Se trepó dificultosamente por los flancos carcomidos del hueco y, limpiándose las manos, se acercó a la fogata.

La india- la viuda-en el filo, continuaba con su cara de palo dirigida al foso. Nada del encuentro de la calavera parecía haber advertido.

El indio le veía las espaldas y el cuello estirado, tratando de explorar el fondo. Fuerza había sido hacerla participe de la magna tarea. Por mucho que él hubiere querido afrontarla a solas.

Así, cabalmente. Así estuvo aquella mujer cuando el viejo del calzón de cuero saltó como un tigre, y cayó sobre ella, machete en mano.

No tuvo José Rosa sino que imitar el salto y enseguida descender, ebrio, completamente ebrio y terriblemente excitado, hacia el interior del foso, recibiendo un chorro caliente en los lumbares agachados. Y seguir cavando con unos golpes secos, que resonaban en el tubo del pozo con un eco largo.

Hasta que, al fin, la barreta tropezó con una corteza de cuero que se deshacía. Dio nuevos barretazos, y la herramienta saltó. Un sonido metálico bien conocido produjo una cascada de trinos arrastrados. Prosiguió los golpes, medio ahogándose en un hálito nauseabundo que se desprendía del depósito y que se entraba a sorbos por sus pulmones, haciéndole toser y llorar y produciéndole ansias incoercibles de vómito.

Las manos pegajosas se enterraban, no obstante, con voluptuosidad, en las monedas, como en una canasta de cebada.

A pesar de esas emanaciones, ese aliento fétido, esas contracciones del plexo...

-Soy un bruto -exclamó. Esto es la "antimonia". Es la "antimonia". Debo salir.

Medio asfixiándose en la deletérea vaharada empezó a arañarse en las paredes carcomidas, procurando afianzar los pies en los bordes de piedras que sobresalían.

Cayó una vez. Porfió, hasta que pudo salir. Una nube oscura le pareció que pasaba cubriendo su frente medio desvanecida. Se tambaleaba como si hubiera bebido mucho. Cayó al suelo, cerca

de la candela. Y se echó a vomitar contra el pozo, presa de una fatiga que empapaba su cuerpo de un sudor helado.

La boca del estómago le dolía atrozmente. Ya no hallando qué arrojar, vomitaba sangre entre convulsiones de espasmo.

Demasiado sabía el indio lo que le estaba pasando. Su cerebro se hallaba lúcido, como cuando la zimora se lo despejó. Era la “antimonia”, el viento grande, que pretendía matarle. Y el fue un imbécil, que con las ansias de enterrar las manos hasta el codo en las monedas impregnadas de hálito mortal de la “antimonia”, no salió hasta que el tubo del foso se ventilara. Su torpeza estaba costándole bien caro.

El viento grande no admitía remedio. Estando aquí Juan Manuel, tal vez valdría la pena intentar una cura. ¡Pero el sabio médico de estas enfermedades misteriosas se encontraba tan lejos!

¡Viento grande! También se le apareció en su desvarío la zimora...

-Ahora que me acuerdo- se decía, mientras hipaba sin cesar-el viento grande me llamó para llevarme a su casa. Ahí me encontré con mi mujer, con la cabeza amarrada y la cara macilenta. “Que pronto me has seguido”, me habló ella. Y yo no tuve cómo disculparme, y sentí vergüenza. Y cuando le vi el pescuezo, lloré de ver cómo estaba.

-Ahora que me acuerdo, antes de irme con el viento grande, hice algo, muy difícil, junto al pozo. Justamente, fue el arrastre de un peso hasta precipitarlo en aquel. Con muchas paletadas encima, hasta emplear todo el cono de tierra que se levantaba a un lado.

Pero qué mal estaba eso de irse con el viento grande, teniendo que dejar el oro y la plata de la huaca recién descubierta, y antes de que los vecinos que tanto se burlaban de él, le hayan dado oportunidad de desquitarse. ¡Desquitarse! ¡Bien iba a poder hacerlo, dejándoles, como les dejaba, ya bien aireado, un tesoro de monedas que ningún trabajo les costaría encontrar! ¡Con lo que pudo haberles demostrado a ellos, a sus antiguos vecinos, y aun a sus patrones Costa de todo cuanto era capaz!

-Ahora que me acuerdo-continuó-, nada he hecho todavía por enterrar el pesado cuerpo, como lo soñé, antes de hacer este viaje a que me obliga el viento grande, patrón malvado que no me quiere dejar que logre mi plata. Nada he hecho...

Y se propuso a hacer.

Esa voluntad dura, sin prisas, a plazo perdido, que constituyó la armadura de su vida hambreada y esclava en primer lugar de su propia tensión, enderezó, en un esfuerzo supremo, el cuerpo convulso, y le puso de pie. Dio unos pasos tortuosos, erizados, de dolorosos calambres. Se curvó vacilante sobre el cuerpo de su mujer y consiguió arrastrarlo, milímetro a milímetro, hasta precipitarlo, precedido de un río de marga granulosa y polvorienta, en el fondo.

Sonó el cadáver al caer.

José Rosa, tras su agotador esfuerzo, se desplomó, boca abajo en el montón de tierra de la orilla del foso.

-Ahora que me acuerdo-prosiguió, alzando la cara del polvo-, yo, antes de irme en esa vez, eché tierra encima.

Con el pie, en una lenta flexión de los gemelos, que extendía adelgazando y recogía sucesivamente el tendón de Aquiles, mordido bajo la correa de cuero de la ozhota, dejó caer tierra, bastante tierra. Hasta llenar el pozo.

-Ahora que me acuerdo -dijo todavía-, esto es una abusión doble. Los vecinos, o sus patrones Costa, o cualesquiera, si pretenden descubrir la huaca, tendrán que degollar a dos mujeres antes, y un hombre habría de irse, previamente, en el borde de la excavación, con el viento grande.

Con el viento grande, con la “antimonia” que, en este instante, las 3 y 45 a.m., arrancaba a José Rosa Guambaña, antiguo hortelano de los Costa, el último estertor.

Notas: (1) *Ucunchi*: Especie de falda que usan las mujeres y los niños pequeños.

(3) *Zimora*: una planta cuya raíz es venenosa y alucinógena.

(4) *Huanlla de tabaco*: una pequeña porción de hojas secas de tabaco.

Apéndice 6

Una versión chilena:

Hacia el año 1943, en Chile, se publicó un libro cuyo eje temático tiene que ver con los “entierros”. He aquí algunas partes de esta curiosa publicación, donde se perciben, mezcladas, las notas cristianas con los aspectos paganos y ocultistas:

HUMBERTO PORTUS A.

TESOROS

Interesantes recomendaciones para efectuar trabajos de excavación

IMPRENTA “CULTURA ‘ ARGOMEDO 363- A SANTIAGO

1943

LOS TESOROS OCULTOS BAJO LA TIERRA Y LOS FENÓMENOS QUE SE PRODUCEN EN SUS REVELACIONES

La Naturaleza es muy sabia bajo el poder Divino, de ningún modo es egoísta, por el contrario, facilita y trata que todos los hombres beban en su manantial inagotable de riquezas de todo orden, para que alcancen sus significados o comprensión con sólo la fe, el estudio y la perseverancia puesta al servicio de las cosas. No olvidar jamás que todo es posible a quien tiene fe y voluntad, y que por el contrario nada conseguirá quien carezca de ambas cosas. No hay obstáculos mayores que los que oponen el aturdimiento, la ligereza, la inconstancia o la indiferencia; todo esto es negativo. Un conocido autor, don Miguel A. Stiven, ha dicho: “Los obstáculos y las dificultades por lo general engendran éxito”. Estas revelaciones hay que distinguirlas; las hay buenas y malas; las buenas se revelan siempre con apariciones blancas; luces como de vela, que se mueven de un punto a otro, para desaparecer en seguida en un punto determinado; árboles o sitios que se iluminan de noche, duendes pequeños, un brasero con fuego, es una manifestación muy corriente, cuerpos no bien definidos o distinguibles, pero que no causan espanto. Cuando se sigue una luz o una visión cualquiera que se le ha revelado, en el punto donde ésta se pierda, dejar un pañuelo, un sombrero, un cortaplumas o cuchillo enterrado en

la tierra, o cualquier especie de uso personal, y efectuar trabajo inmediatamente, ojalá solo, sin comunicárselo a nadie; esto tiene una singular importancia para la persona que lo ha observado. Los malos se manifiestan de noche, con presentaciones negras, en la mayoría de los casos cuerpos o visiones horribles que infunden temor inmediatamente; animales, aves, grandes reptiles, tropieles que aparentemente se acercan a un trabajo que se está ejecutando, estremecimientos de tierra en el sitio mismo de la excavación, acompañados de ruidos sumamente extraños, gran nerviosidad o temor a algo que no se ve. En éstas y varias otras formas influyen y se dan a conocer los espíritus malos que predominan alrededor de estos tesoros ocultos; y para esto hay que saber aplicar con anticipación los recursos del caso, a fin de que en un trabajo de busca no hayan entorpecimientos y no se pierdan las probabilidades de éxito; y en algunas ocasiones no es fácil contrarrestar este poder sin entregarse a ellos; lo más conveniente es no insistir; aunque Freud Sigmund en una de sus obras dice: “Si no puedo vencer a los dioses, pediré auxilio a los infiernos”. Por otro lado, la ciencia del hombre, ayudada por la Naturaleza puesta al servicio de la humanidad entera, ha descubierto inventos sorprendentes con el fin de localizar o ubicar toda clase de metales en cualquier terreno. Pues bien, pueden existir muchos instrumentos científicos, como hay algunos que el cerebro humano con su poder investigador, ha puesto al alcance del hombre para descubrir riquezas que egoístamente se guardan bajo la tierra; pero el trabajo que realizan estos instrumentos para localizar tesoros enterrados, no es más que una ayuda muy importante. Muchas personas pueden creer que sencillamente ayudadas por estos instrumentos se tiene asegurado el éxito, esto es un profundo error; el éxito de estas búsquedas no depende de ningún instrumento por más científico que sea; depende de las circunstancias, capacidad y conocimientos de los hombres que van a ejecutar el trabajo, y en gran parte, de algunos factores invisibles que hay que tenerlos muy presentes, y que influyen poderosamente, ya en favor o en contra. De que esto es efectivo, la explicación es muy sencilla, la verdad se impone por sí sola. ¿Cuántas personas no habrán adquirido instrumentos de esta clase para localizar tesoros ocultos bajo la tierra, y después de hacer un sinnúmero de excavaciones no han descubierto ni uno solo? Si el éxito de estas exploraciones dependiera exclusivamente del instrumento tal o cual, por ser científico, muchos, casi todos los poseedores de estos aparatos serían hombres de gran

fortuna; y sin embargo no es así. Según mi conocimiento son muy poquísimos los que han sacado algún provecho manejando estos instrumentos, y estos pocos no hay duda alguna que han conocido y han puesto en práctica el valor innegable que tiene para estas cosas la Ciencia Oculta, combinándola razonadamente con el valor científico, también innegable de algunos instrumentos cuando son bien manejados en las exploraciones. Se ha hecho muy corriente recurrir a las consultas espiritistas, al hipnotismo, a la videncia, al mentalismo y a las cartas del naípe para saber si existe o no en un punto determinado el tesoro que se busca. Todo esto no es más que un medio muy elástico, inseguro desde el punto de vista que la charlatanería, la farsa y el engaño predominan cuando se practica con fines comerciales o especulativos. Si todas estas ciencias fueran trabajadas bajo el control severo de la honradez en todo sentido, y combinadas a los medios que son de rigor aplicar para la busca de tesoros enterrados, no hay duda que las probabilidades se acercarían mucho al éxito, pero por lo general no sucede esto. Es verdad que suele ocurrir en algunos casos que los espíritus que se consultan son burlones, o bien concurren otros perjudiciales al llamado; de todos modos, de una manera u otra se pierde tiempo y dinero, salvo muy raras y honrosas excepciones.

(...)

Muchos casos pueden citar mi experiencia y conocimientos a este respecto, de trabajos que han fracasado a causa que los espíritus se han apoderado fácilmente de los hombres que han intervenido en ellos, y los han inducido a cometer todas aquellas faltas que la ciencia y la experiencia las prohíben terminantemente en esta clase de búsquedas. Ya los desaniman y abandonan el trabajo sin causa justificada; se asustan, beben licor en el punto de la excavación, discuten acaloradamente, profieren palabras obscenas, los golpean, despiertan una ambición que sobrepasa los límites de lo natural, abrigan malas intenciones, les falta energía para seguir la obra, un terreno blando rápidamente se les torna excesivamente duro, la excavación se llena de agua sin razón alguna, viene la duda y la desconfianza; y así sucesivamente, de una infinidad de maneras influyen los espíritus contrarios, oponiéndose para que no se saque el tesoro; y estas influencias se derivan de las condiciones o faltas mismas de los hombres. Hay que convenir que los espíritus guardadores de estos tesoros, o sean los Gnomos, los vigilan en todo momento; y en un trabajo bien ordenado primeramente hay

que proceder a reconocer en el terreno mismo qué clase de espíritus son los que se manifiestan en las revelaciones, para poder aplicar, según su clase, los medios más seguros a fin de obtener el mayor número de probabilidades en el trabajo. Son muchas las personas que discuten sobre la estabilidad de los tesoros enterrados. Se argumenta generalmente que los espíritus infernales son los únicos que intervienen corriéndolos para cualquier lado, oponiéndose para que se saque. A este respecto, la ciencia y la experiencia han demostrado sin lugar a dudas, el poder de ciertos espíritus para ejecutar estas cosas que parecen inconcebibles en estos tiempos. Analizando la cuestión, solamente desde la base del poder de algunos espíritus (porque los hay de cuatro clases), y la imaginación de las personas, encontraremos que este poder de cambiar las cosas inanimadas de un punto a otro que se encuentran bajo la tierra, sólo lo ejercen como una facultad privativa los Gnomos. Los Gnomos y los infernales, son dos espíritus enteramente distintos en clase y acciones. Los Gnomos, como ya se ha dicho, son los únicos que ejecutan estos traslados, y lo hacen con su tendencia natural de egoístas y burlones.

(...)

Es necesario que dé a conocer a mis lectores cuáles son las principales causas para hacer fracasar un trabajo de búsqueda. 1.o —La ambición o mala intención de parte de alguna de las personas que ejecutan el trabajo, o bien tengan un pésimo carácter. 2.o— Un conjuro insuficiente aplicado al caso de que se trata, y cargar armas de cualquier clase que sean. 3.o—La intervención que ejercen los espíritus contrarios sobre el trabajo de cualquier aparato o instrumento para localizar con exactitud el tesoro, desviando el punto. 4.o—El conocimiento de varias personas ajenas al trabajo que se va a ejecutar. Esto es muy delicado por cuanto se habla y se comenta el hecho de distintas maneras, algunas muy torpes y mal intencionadas, sin que esto se pueda evitar. Debe observarse la reserva más absoluta, esto asegura gran parte del éxito. 5.o— No haber elegido la fecha, el día y la hora Astrológica precisa para empezar el trabajo, y no precaverse de la pasada de ciertos planetas que no son favorables. El ejecutar trabajos con números pares de personas; debe de ser impar. 6.o—El gran número de espíritus, ya Gnomos o infernales que de diferentes maneras tratan de entorpecer un trabajo, (fuerza mayor) que en algunas ocasiones es incontrarrestable. 7.o— Cuando los tesoros han sido enterrados

bajo un poderoso conjuro, como lo aplicaban algunos jesuitas en tiempo de la Colonia, invocando a los espíritus infernales a fin de dificultar su descubrimiento. A veces esto ofrece un peligro inmediato para las personas cuando ocasionalmente dan con él. 8.o—Manifestar temor, dudas, desconfianza sobre lo que se va a hacer; trabajar rabiando o con precipitación; discutir en el terreno mismo acerca del trabajo; beber licor dentro o fuera de la excavación. 9.o—Formar chacotas, risas, burlas, y hablar especialmente en trabajos de noche. Esto último es muy importante tenerlo presente. 10.o—Cuando las personas que toman parte en un trabajo (sin ser fanáticos), no sean creyentes a todo lo sagrado y a la religión católica; en una palabra, que sean irrespetuosos a la existencia de un Supremo Hacedor de todo lo creado. 11.o—Cuando las personas que toman parte en el trabajo tienen a su haber un hecho delictuoso grave. Más claramente dicho: cuando se haya cometido en el curso de su vida un delito grave penado por la ley; por lo tanto que su conciencia esté reflejando en todo momento el delito, desde luego, el mal espíritu que lo tiene tomado, el cual en todos los actos de su vida tratará de entorpecer a las personas que lo rodean en actos correctos. Asimismo influyen los vicios, el desarreglo y las pasiones desordenadas. 12.o—Cuando los trabajos se ejecutan con interrupciones, debiendo de hacerse de una sola jornada, no abandonarlo en ningún momento desde que se empieza. Los factores invisibles de que he hablado son los espíritus que vagan sin cesar en el espacio, y los hay buenos y malos; desde luego hay que inclinarse a creer que hay más malos que buenos, ocurre lo mismo que en este mundo, los malos predominan. De aquí nace, por lo general, el fracaso de muchos cuando expresamente buscan algún tesoro enterrado, sin conocer ninguna norma o detalles que deben de observarse en estos trabajos. En verdad, alrededor de esto hay tradiciones serias que merecen atención; en cambio, hay otras que son exageradas, fantásticas, con imaginaciones mal concebidas, y aún se prestan para engaños y estafas como ha ocurrido muchas veces.

(...)

Se cree generalmente que las penaduras que se manifiestan con ruidos extraños en una casa, trajines, golpes, aparición de fantasmas o visiones, es la indicación inequívoca de la existencia de algún tesoro oculto, pero no siempre indica esto, muchas veces son revelaciones de osamentas humanas que hay enterradas en un

sitio cualquiera. Es muy corriente encontrar osamentas humanas en excavaciones, y debajo de éstas un tesoro enterrado; porque los antiguos, especialmente los españoles, al ocultar sus tesoros de gran valor, asesinaban en el sitio mismo a los hombres que les ayudaron a ocultar el tesoro, y para mantener el secreto se llegaba al crimen. Franz Hartmann en una de sus obras dice: “Todas las casas están aduendadas, aunque no todas las gentes son igualmente capaces de ver los espectros que la frecuentan; porque para percibir las cosas del plano astral, se necesita el desarrollo de un sentido adaptado a esas percepciones. Los pensamientos son espectros, y únicamente pueden verlos quienes sean capaces de ver las imágenes mentales, a no ser que los espectros estén lo suficientemente materializados para refractar la luz y hacerse visibles al ojo físico”. El feliz encuentro de estas riquezas, en algunas ocasiones ha sido como se ha dicho por obra exclusiva de la casualidad, es decir, ejecutando un trabajo muy ajeno a su busca, que sin pensarlo ni buscarlo llega a manos de las personas. A estos encuentros se les da el nombre de suerte para el que los descubre; y efectivamente, en estos casos no se han apoderado los malos espíritus, y el que lo enterró, digamos cuidador sin presión de otros espíritus, no se opone para ponerlo al alcance de cualquiera. Se ha dicho que buscar expresamente un tesoro enterrado no es cosa fácil de tener éxito por los factores que pueden influir en contra; y aunque esto parezca raro o difícil de concebirlo hoy en día, no es más que una realidad que han experimentado muchos cuando se han propuesto buscarlo en condiciones adversas a todo orden de conocimientos; y por otro lado en gran parte por el hecho que no ha sido revelado a ellos; circunstancia ésta que tiene su gran valor. En todo caso conviene siempre unirse a las personas a quienes se les ha revelado algo para ejecutar trabajos, y realizarlos rigurosamente en la forma que deben hacerse. Muchas personas ya por incredulidad, falta de preparación o temor de ponerle trabajo a estos descubrimientos, han perdido una excelente oportunidad cuando a ellos se les han presentado estas manifestaciones. Pero también no es menos cierto que a pesar de todo si no se sabe ejecutar el trabajo por falta de preparación, tampoco se consigue el éxito. Cualquier circunstancia por insignificante que parezca puede malograr el trabajo; esto hay que tenerlo muy presente. Una persona incrédula para estas cosas, que no tenga ninguna de las cualidades o condiciones exigibles para ello, o que su ambición pase los límites de lo natural, más sí le añadimos una mala intención,

es materialmente imposible que tenga éxito en estos trabajos, es perder tiempo y dinero lastimosamente, aunque se ejecuten con todas las precauciones que son de rigor; quiero repetir, que la busca de tesoros ocultos bajo la tierra, está íntimamente ligada a ciertas normas que, según el grado de conocimientos hay que observarlos estrictamente en los trabajos. Desde luego es una cuestión primordial que las personas que toman parte en una búsqueda, se conozcan muy bien entre sí, para evitar desgracias ocasionadas por la ambición desmedida que despierta y que hace llegar al crimen cuando es encontrado el tesoro; estos casos ocurren a menudo. Estas cosas sobrenaturales ejercen un poderoso imperio sobre los hombres y sus facultades, lo mismo que, y aún más sobre los animales y las aves; sin embargo, examinada a fondo la cuestión, el hombre en su calidad de racional tiene naturalmente un cierto poder basado en los medios y conocimientos especiales adquiridos, ya para aprovecharse de estas fuerzas extrañas o contrarrestarlas.

(...)

Se habla muy a menudo que el dinero encontrado enterrado no puede gastarse antes del año, el hacerlo acarrea muchas desgracias. Esto es una invención de antaño que seguramente muchas personas la habrán seguido, pero esto no tiene base ni razón alguna para no hacerse uso inmediato de todo lo encontrado. En cambio, es conveniente respetar al pie de la letra las disposiciones que contenga algún documento dejado por la persona que enterró el tesoro; y éstos se encuentran juntamente en el mismo sitio. También hay ciertas dudas sobre la forma que debe dársele a la excavación; ya sea redonda, cuadrada, larga o en forma de triángulo, etc. Tampoco hay razón para darle una forma determinada, puede hacerse lo que se quiera. Se habla también con mucha frecuencia que el día más seguro para descubrir entierros de tesoros es el día Viernes Santo, a horas determinadas; y hay personas que siguen estas normas bajo cierta seguridad de llegar al éxito (según ellos). Todo esto no es más que una simple idea, o mejor dicho una teoría cualquiera que viene hablándose desde muchos años atrás, pero que en realidad no tiene ninguna base seria o científica para tomarla como un medio de importancia. Así como se habla del Viernes Santo para estos trabajos, puede hablarse de un 18 de septiembre o de un 21 de Mayo. Es cuestión de apreciar estas cosas amoldadas a lo que ya está indicado en la práctica y en la larga experiencia sostenida desde siglos

atrás. Pasando a otra cosa, y como precauciones recomiendo lo siguiente: Al hacerse una excavación es necesario ir premunido de una botella con vinagre fuerte, con el objeto que cuando se encuentre el tesoro, o mejor dicho, cuando se sientan emanaciones pesadas al cerebro, ardor a la vista, sequedad o aspereza en la garganta, manifestaciones inequívocas del antimonio, debe de rociarse inmediatamente con vinagre toda la excavación, y ponerse a salvo de sus efectos como ya está indicado, y beber un poco de vinagre, pues es muy peligroso aspirar los gases o emanaciones del antimonio que produce la plata principalmente después de estar algunos años enterrada. Conviene en todo caso airear un buen rato la excavación y después retirar lo que se ha encontrado. Se han producido casos fatales por desconocerse sus efectos. Aunque no hay nada escrito sobre la necesidad de dejar dentro de la excavación antes de tapar una moneda por cada persona de los propios interesados que hayan tomado parte en el trabajo, una vez encontrado el tesoro es conveniente el hacerlo por cierta tradición que se ha acentuado mucho a través de los tiempos, y que parece tener algún efecto para el futuro; y como nada cuesta practicarlo, es necesario hacerlo. Las mismas personas que han hecho una excavación y han encontrado el tesoro, no deben de tapar ellos mismos; que lo haga otra persona ajena que no sepa que dentro de esa excavación hay algunas monedas. Las monedas pueden dejarse en el fondo de la excavación tapadas con unas cuantas paladas de tierra, a fin de que no se dé cuenta el que va a tapar. Se comenta también que las personas que van a descubrir un tesoro y lo encuentran, uno tiene que morir antes del año. Esto es una torpe invención. Seguramente si alguien ha muerto después de efectuar estos trabajos con éxito, se debe a que han aspirado muy de cerca y en gran cantidad los gases venenosos del antimonio de que he hablado anteriormente. Las horas convenientes para empezar una excavación son: cuando empieza a rayar el alba (es decir, cuando empieza a aclarar); o bien a las 12 del día; a las 6 de la tarde o 12 de la noche. La elección de estas horas que deben de ser exactas, depende de las propias circunstancias que se presentan.¹⁰

¹⁰ <https://obtienearchivo.bcn.cl/obtieneimagen?id=documentos/10221.1/40336/1/211478.pdf>

Apéndice 7

En la literatura peruana también se hace referencia a ciertos peligros que pueden sobrevenir a quien desentierra un tesoro. Esto es lo que dice Ricardo Palma:

UN TESORO Y UNA SUPERSTICIÓN

Cura de Locumba, a principios del siglo actual [XIX], era el venerable doctor Galdo, quien fue llamado un día para confesar a un moribundo. Era este un indio cargado de años, más que centenario, y conocido con el nombre de Mariano Choquemamani.

Después de recibir los últimos sacramentos, le dijo al cura:

-*Taita*, voy a confiarte un secreto, ya que no tengo hijo a quien transmitirlo. Yo desciendo de Titu-Atauchi, cacique de Moquegua en los tiempos de Atahualpa. Cuando los españoles se apoderaron del Inca, este envió un emisario a Titu Atauchi con la orden de que juntase oro para pagar su rescate. El noble cacique reunió gran cantidad de tejos de oro, y en los momentos en que se alistaba para conducir este tesoro a Cajamarca recibió la noticia del suplicio de Atahualpa. Titu Atauchi escondió el oro en la gruta que existía en lo alto de Locumba, acostose sobre el codiciado metal y se suicidó. Su sepulcro está cubierto de arena fina hasta cierta altura: encima hay una palizada de *pacays* (1), sobre estos, gran cantidad de esteras de caña, piedras, tierra y cascajo. Entre las cañas se encontrará una canasta de mimbre y el esqueleto de un loro. Este secreto me fue transmitido por mi padre, quien lo había recibido de mi abuelo. Yo, taita cura, te lo confío para que, si llegase a destruirse la iglesia de Locumba, saques el oro y lo gastes en edificar un nuevo templo.

Corriendo los años, Galdo comunicó su secreto a su sucesor.

El 18 de setiembre de 1833 un terremoto echó por tierra la iglesia de Locumba. El cura Cueto, que era el nuevo cura, creyó llegada la oportunidad de extraer el tesoro; pero tuvo que luchar con la resistencia de los indios, que veían en tal acto una odiosa profanación. No obstante, asociáronse algunos vecinos notables y cometieron la empresa, logrando descubrir los palos de *pacays*, esteras de caña y el loro.

Al encontrarse con el esqueleto de esta ave los indios se amotinaron, protestando que asesinarían a los blancos que tuviesen la audacia

de continuar profanando la tumba del cacique. No hubo forma de apaciguarlos, y los vecinos tuvieron que desistir del empeño.

En 1868 era ya una nueva generación la que había en Locumba; mas no por eso se había extinguido la superstición de los indios.

El coronel don Mariano Pío Cornejo, que después de haber sido en Lima Ministro de Guerra y Marina, se acababa de establecer en una de sus haciendas del valle de Locumba, encabezó una nueva sociedad para desenterrar el tesoro. Trabajose con tesón, sacáronse piedras, palos, esteras, y por fin llegó a descubrirse la canasta de mimbre. Dos o tres días más de trabajo, y todos creían seguro encontrar, junto con el cadáver del cacique, el ambicionado tesoro.

Extraída la canasta, viose que contenía el cadáver de una vicuña.

Los indios lanzaron un espantoso grito, arrojaron hachas, picos y azadones y echaron a correr aterrorizados.

Existía entre ellos la tradición de que no quedaría piedra sobre piedra en sus hogares si con mano sacrílega tocaba algún mortal el cadáver del cacique.

Los ruegos, las amenazas y las dádivas fueron durante muchos días impotentes para vencer la resistencia de los indios.

Al cabo ocurriósele a uno de los socios emplear un recurso al que con dificultad resisten los indios: el aguardiente. Solo emborrachándolos pudo conseguirse que tomaran las herramientas.

Removidos los últimos obstáculos apareció el cadáver del cacique de Locumba.

¡Victoria!, exclamaron los interesados. Quizá no había más que profundizar la excavación algunas pulgadas más para verse dueños de los anhelados tejos de oro.

Un mayordomo se lanzó sobre el esqueleto y quiso separarlo.

En ese mismo momento un siniestro ruido subterráneo obligó a todos a huir despavoridos. Se desplomaron las casas de Locumba, se abrieron grietas en la superficie de la tierra, brotando de ella borbollones de agua fétida; los hombres no podían sostenerse de pie, los animales corrían espantados y se desbarrancaban, y un derrumbamiento volvía a cubrir la tumba del cacique.

Se había realizado el supersticioso augurio de los indios: al tocar el cadáver, sobrevino la ruina y el espanto.

Eran las cinco y cuarto del fatídico 13 de agosto de 1868, día de angustioso recuerdo para los habitantes de Arica y otros pueblos del sur. (2)

Notas: (1) *Pacay*, el árbol conocido como *huaba*.

(2) En esta fecha se produjo un trágico terremoto en la zona de Arica.

Apéndice 8

El antimonio en la medicina

Ahora bien, podríamos conformarnos con estas indicaciones sobre tesoros y sus guardianes ocultos; sin embargo, en las formas de acción de este guardián [el antimonio], nos parece que existe un algo más que probablemente hunde sus raíces en la medicina medieval y renacentista de España y Europa- además de la alquimia-, en general. Si se lee, entre líneas, al parecer, efectivamente, en el concepto del antimonio asoman algunas vetas que tienen que ver con una antigua controversia médica entre los seguidores de las ideas de Paracelso, en oposición a los seguidores de Galeno e Hipócrates. Hemos encontrado un curioso documento publicado en Sevilla, en el año 1701, por Diego Mateo zapata. Su título: *Crisis médica sobre el antimonio*.



Figuras 13.

Crisis médica sobre el antimonio y carta responsoria a la regia Sociedad Médica de Sevilla del Dr. D. Diego Mateo Zapata (año 1701)

Crisis médica sobre el antimonio y carta responsoria a la regia Sociedad Médica de Sevilla del Dr. D. Diego Mateo Zapata (año 1701)

Observación Introductoria

La siguiente es la carta que un indignado médico de finales del siglo XVII envió a la Sociedad Médica de Sevilla, para protestar contra ciertos trascendidos denigratorios sobre las virtudes curativas del antimonio.

Tiene interés porque constituye un ameno documento que retrata, en primer lugar, la pugna entre el paracelsismo, y sus remedios metálicos, con la tradición galénica e hipocrática, que los rechazaba. En segundo lugar, pone de manifiesto cómo el empirismo permite, en medicina, probar casi cualquier cosa. En tercer lugar, acredita que los alexifármacos, es decir, las sustancias que sirven para todo, como actualmente ciertos antiepilépticos, se remontan por lo menos al siglo XVII. Por último, si uno no está interesado en nada de lo anterior, puede disfrutar de la brillante redacción, el gracejo, la ironía y la cultura que esgrimían en sus polémicas los médicos de aquella época.

Para facilitar la lectura lo hemos aligerado de las citas en latín sobre autores clásicos, porque eran demasiado largas y frecuentes. No creímos que resultaran de utilidad conservarlas pues dudamos que hoy por hoy haya muchos que lean aquel idioma. Lo demás quedó tal como lo escribió el Dr. Zapata hace ya tres siglos.

Hernán Villarino

Además de la advertencia de Hernán Villarino, - que, finalmente, mantuvo varias citas en latín-nosotros aclaramos que vamos a mantener el texto con sus formas del español (incluidas las ortográficas) de ese tiempo.

Doctísimos, y experientísimos socios:

Desde el tiempo que ha se erigió nuestra Regia Sociedad, y logré corresponderme (para mi mayor aprecio, utilidad, y adelantamiento) con Médicos tan doctos como V.mds. no ha habido noticia que más haya embarazado mi corta inteligencia Médica, que la que se sirven participarme este Correo: y aseguro a V.mds. con todas las veras

que los estimo, y venero, que tanto me ha admirado lo que me refieren, que he necesitado valerme de todo el concepto, que tengo hecho de su realidad, y prudencia, para creer lo que me expresan, en orden a que los puros Médicos Doctorados Galenistas de esa Ciudad, publican contra el Antimonio: Que es un poderoso veneno, que abrasa los cuerpos, y que los que han tomado el Antimonio, mueren al año. Pues ¿cómo había de dar asenso a voces tan escandalosas, horrorosas, y lo que más es, contra la salud pública, si unos hombres de su juicio, y verdad no me lo aseguraran? Y para que V.mds. reconozcan lo mucho que he extrañado, y admirado las clausulas, debo decirles, según lo poco que he estudiado, que son indignas, y ajenas de un mero Practicante, cuanto más de los Médicos Doctos de esa Ciudad (a quienes tengo, y venero por varones doctísimos) y así me es preciso creer son esas vagas esparcidas voces propias de algunos Barberos, que habiendo visto la oposición, que los Galenistas tienen con V.mds. y que a cada paso publican, abrasa todo lo Químico, llevados, no de la razón, y experiencia, sino de su obstinada ciega pasión, hayan prorrumpido en semejantes proposiciones contra el Antimonio.

Saben V.mds. del gran Eschrodero, que el Antimonio es un cuerpo mineral de naturaleza metálica, o próximo a ella, que consta de copioso sulfur mineral, semejante al común en el color, olor, e inflamabilidad; pero de naturaleza de Oro, por la experiencia, que lo acredita, fundiendo el Oro con el Antimonio: aunque esté bajo del color, o casi blanco, adquiere el Oro su perfectísimo color, por ser el Antimonio, en sentir de graves Espargíricos, Oro leproso, o imperfecto, residiendo en este el primer ente áureo. Y así, muchos verdaderos Filósofos han pretendido, a expensas de varios experimentos, sacar por el Antimonio de metales imperfectos el perfecto. Es de naturaleza metálica, por copioso Mercurio que posee, y este es metálico, próximo a la naturaleza de Plomo, por la experiencia de haber hecho insignes varones perfecto Plomo del Régulo de Antimonio, que no es otra cosa, que el Mercurio suyo concentrado, y cogido, aunque detiene el sulfur: razón porque llaman al Antimonio Hermafrodita, pues es mineral por su sulfur, y por su Mercurio, o porción plúmbea, es de naturaleza metálica. Consta también de una Alcalina terrestre, substancia salina. Siendo esta la naturaleza del Antimonio, y breve anatomía de las partes que lo componen, se infiere, que el más noble, y selecto es el que se cría, y saca de las Minas del Oro, o partes próximas a él; porque este contiene más puro el sulfur áureo. Y así es mejor el

Antimonio de Transilvania, y Hungría. Acredita esta bondad el color argentado, en que se conoce su porción de Mercurio, y en aquellos sobresalientes rubicundos puntos la abundante porción del sulfuro áureo.

Este crudo verdadero Antimonio contiene indecibles utilidades para varios efectos, según lo afianza la experiencia en las aguas Antimoniales, contra las infecciones Gálicas, y la autoridad de los grandes Médicos que usaron de ellas, como consta de los escritos de Zuelfero, y demás Modernos a quienes sigue Riverio: *Sarsae parrillae, et Antimonii crudi*, etc. El Doctor Nicolás Lemery, experientísimo Químico, encomienda el Antimonio crudo para varios cocimientos sudoríficos. *Ex Antimonio crudo parantur decocta sudorifica*. Pero el doctísimo Pompeyo Sacco (que es quien más ha trabajado, por ser el Octaviano de la Medicina antigua, y moderna, pues no ha solicitado otra cosa en sus Obras, que fraternizar ambas Escuelas, para pacificar los entendimientos, siendo el Iris de las discordias) alaba tanto las aguas Antimoniales, que asegura son el mayor dulcificativo de la sangre, para curar tumores estrumosos, y cancerosos; y aunque este experto Varón ha procurado en el modo posible patrocinar a los Galenistas, les advierte (sabiendo la adversión que tienen a estos medicamentos) que los minerales preparados son seguros: *Nec mineralia haec damnanda, quia modo praedicto praeparata sunt innoxia*; y considerando lo pobres que están de remedios, les concede el buen Pompeyo Sacco a la desnudez de los Antiguos: *Et Galenica Schola non habet unde depromat efficaciora*; y así acaba con este elogio: *Maximum dulcificans sanguinem in strumis, et cancro puto esse aquas Antimoniales*. En esta Corte es tan común, y trivial el uso de las aguas Antimoniales, por los saludables efectos que con ellas se han conseguido, que en las casas las hacen conforme todos los Médicos las recetan.

Logra también ser un seguro prodigioso purgante de las crudezas del vientre, que hasta el Antimonio crudo se opone a ellas, como lo asegura el defensor de este generoso simple medicamento Basilio Valentino en su Carro Triunfal del Antimonio: *Sic Antimonium crudum ventriculorum solum exonerat, et purgat*. Pero entre los prodigios del Antimonio crudo, y dignos de la mayor consideración, es, el que éste molido dándolo a los caballos, cebones, y otros animales los engorda, como refieren las Ephemeridas Gallicas; y Basilio Valentino, que hizo el mismo experimento, pero con la admirable

observación de que cura juntamente la lepra a estos animales, y les restituye el apetito perdido. Finalmente el Antimonio crudo dado en substancia, o en infusión, es seguro, grato, y admirable remedio, sin que se haya experimentado adversidad alguna; pues por la parte salino Alcálica que tiene, y copioso sulfur áureo purifica la sangre; y por esta razón en las alferecías, afectos capitales, y movimientos espasmódicos, es divino remedio el Cinabrio nativo, pero preparado el Antimonio se extiende su virtud a innumerables males. ¡Oh prodigioso remedio! que crudo, o preparado obras milagros, como experimentó el docto Pedro Poterio: *Stibii infusio etiam crudi mira praestat, calcinati, melius, et commodius.*

De este simple generoso cuerpo metálico, que apenas hay en toda la Medicina remedio igual, salen tantas, y tan saludables virtudes, cuantas son las innumerables preparaciones que hasta aquí se han descubierto (con las que en adelante se manifestaran) para remedio universal de todas las enfermedades, según siente Quercetano. Pues es tan soberano medicamento, que parece depositó el Divino Autor de la Naturaleza virtud en el Antimonio, para el único exterminio de los males, respecto de que con sólo el Antimonio se puede construir, y abastecer la más magnífica, y abundante Botica, donde habrá de todo para curar todas las enfermedades; pues si estas, en sentir de Hipócrates, se erradican por vómito, deyección, orina, y sudor. Siendo evidente, que el **Antimonio tiene virtud purgante, sudorífica, vomitiva, y otras** innumerables, no hay duda que con él sólo se curarán todas las enfermedades, y proveer la mayor Botica, como afirma el doctísimo Miguel Etmulero.

Las varias preparaciones del Antimonio acreditan esta verdad, como les consta a los que estudian en las Farmacopeas modernas, y Autores que cito, donde habrán visto, no hay virtud en toda la materia Médica, que el Antimonio no posea. Sólo los ignorantes levantan el grito contra él, diciendo mil improperios, e inaguantables calumnias, sin saber qué es Antimonio, de qué consta, ni como se prepara para usar con método, y seguridad dél; pero ¿cuándo no vivieron juntas la calumnia, y la ignorancia?

Apenas se pueden encumbrar más los elogios, y portentosos efectos del Antimonio, atendiendo a las innumerables virtudes que posee, según sus varias preparaciones, siendo tantas, que hasta este tiempo han llegado más allá de los deseos de los expertos doctos Varones, que con indecible ansia han solicitado saber todas sus virtudes, sin omitir trabajo, experiencia, ni preparación,

por ardua, costosa, y dilatada que haya sido; pero ninguno lo ha conseguido. Así los confiesa Valentino, quien más lo ha manejado, y solicitado.

Y así los ignorantes, aferrados en una altiva vana soberbia, desprecian lo que no alcanzan, calumnian lo que no entienden, vituperan lo más estimable, imposibilitan lo que no conocen, ni saben: piensan que no hay más Mundo, que la Aldea donde viven, ni más Biblioteca, que el Libro donde suelen repasar el *quaternion* de humores, elementos, y primeras cualidades, juntando a estas quiméricas especulaciones, la insuperable presunción, de que curan con método racional (como si los doctísimos, y experientísimos Médicos Recenciores curasen con irracional método). Siendo la conclusión de estos metódicos antecedentes, que toda su Medicina consiste en sangrar, y purgar, como refiere el Ilustre Francisco Bacon, Varón de Verulamio de un Médico de su tiempo, que con gracejo decía, que los Médicos son semejantes a los Obispos; pues no saben más, que ligar para sangrar, y solver en el purgar cuando se debe estudiar en el gran Libro de la Naturaleza, donde se sabe con propiedad las virtudes, facultades, y operaciones de las cosas naturales, comprendidas en los tres Reinos mineral, animal, y vegetable, como lo han ejecutado los verdaderos Filósofos, y Médicos experimentales, para no decir, ni publicar en la Plaza del Mundo, que el Antimonio es veneno, y que abrasa las entrañas, cuando se verifica todo lo contrario en sus operaciones, por ser el más noble poderoso alexifármaco contra lo maligno, y venenoso que se conoce, obrando más que todas las confecciones de Jacintos, Alkermes, Mitridatas, y Triacas (como se verifica cada día en las calenturas malignas, y pestilentes, usando del Antimonio diaforético, bezoárdico mineral) según experimentó Quercetano en el lugar citado.

Queda, pues, asegurado, y ennoblecido el Antimonio para usar dél en las enfermedades, por ser medicamento simple, suave, sin el menor escrúpulo de que sea veneno, aunque más voceen los ignorantes; antes bien es el único asilo de la Medicina, para conseguir deploradas vidas de otros medicamentos. Y todas las operaciones del Antimonio, principalmente las purgantes, se ejecutan, y consiguen sin abrasar los cuerpos, o hablando con el experientísimo Quercetano, sin dejar vestigio caliente. No obstante las admirables virtudes del Antimonio, ha padecido muchos infortunios entre Saltimbancos, Pseudo Químicos, y

algunos Médicos, y Cirujanos Empíricos, que sin conocimiento de la enfermedad, complexión, fuerzas, edad, región, y demás circunstancias indispensables para curar con racional método, lo han dado a los postrados obedientes enfermos, acelerándoles la muerte, por haberles con tirana violencia atropellado sus vidas. Desacreditan estos tales vagamundos a la Medicina, sus doctos, y venerables profesores, e infaman un remedio, que restituyó la salud a innumerables pacientes; pues estos ignorantes alborotadores, y perjudiciales a la República, aseguran siempre la curación, prometen en breve tiempo la salud, con el medicamento que no conocen, ni saben su verdadera preparación. Y así por la mayor parte usan del *vitrum Antimonii Regulo*, y del *crocus metalorum*, que son las preparaciones con que obra violentamente este medicamento; y muchos embusteros lo dan en una, o dos píldoras (como los ejecutan también con el Mercurio precipitado, y otras preparaciones) para dar a entender, que poseen un gran arcano contra todas las enfermedades, excusándose con este pretexto con los Médicos doctos, por no manifestar una medicina, que les ha costado mucho estudio, trabajo, y peregrinaciones el adquirirla, siendo todo este artificio mera ignorancia, y temor de que se la descubran; pero lo que me ha admirado siempre, es, que los Médicos que tienen obligación a saber, se valgan de los errores de estos charlatanes, para vituperar al Antimonio con todos los medicamentos Químicos, que ignoran su virtud, preparación, y modo de usar de ellos; pues de esta forma, a cada paso padecería grandes calumnias la Medicina Galénica, si estando indicado un ligero leniente, diese un ignorante Galenista purga radical, o padeciendo el enfermo una interna maligna inflamación, aconsejara lo mismo: como también si en una legitima turgencia, y supernatancia mandara sangrar: con que no siendo esto por defecto de la doctrina Galénica, ni de sus medicamentos, sino falta de estudio, y práctico conocimiento, fuera cosa irrisible, y escandalosa, calumniar las doctrinas, y sus auxilios, por los infelices trágicos sucesos de los ignorantes.

Para libertar al Antimonio (hablo de su vitrificación, y preparaciones semejantes en el obrar a esta) de la eficacia, y agigantada virtud con que obra por vómito, y dejección, han trabajado incesantemente los más doctos, y expertos Químicos: y lo que de la lección de ellos he sacado, es, que esta preparación, o *vitrum Antimonii* no se de en substancia, por lo que dejo dicho de los graves accidentes que causa; pero que en infusión se debe administrar

en las enfermedades, pues de esta forma obra con seguridad. Si bien, aunque dado así, es para ciertas urgencias sólo necesario, se corrige con tal propiedad, y destreza por medio de los espíritus ácidos de Vinagre, Vitriolo, y Azufre, que queda seguro, y benigno remedio, respecto de que estos ácidos quebrantan, y desarman la virtud purgante, y vomitiva, como es notorio entre todos los doctos Espargíricos; pues tomando el vidrio antimonial hecho polvos, e irrorado algunas veces con el espíritu de vitriolo, han sacado un seguro purgante, sin causar vómito alguno, corrigiendo el espíritu acido, o fijando el sulfur volátil del Antimonio, que es de quien depende su violencia, conforme lo acreditan la razón, y experiencia en las preparaciones Antimoniales; pues si se fija bien su sulfur volátil, es sudorífico solamente, como se experimenta en el Antimonio diaforético, y bezoárdico mineral; pero si la fijación es menos, sale un mero purgante, y si fuere aún menor, hace purgar, y vomitar.

La única prueba del juicio que he hecho a favor de los señores Doctores de esa Ciudad, consiste en que siendo tan Galenistas, es preciso hayan registrado con la mayor atención, y cuidado las obras de sus antiguos Príncipes, y Maestros Hipócrates, Galeno, y Avicena, para saber sus doctrinas, venerarlas, defenderlas, y practicarlas; como también haber leído, y continuamente estudiado en los escritos de los más plausibles, doctos, y clásicos Autores Galénicos (a quienes de corazón siguen) no pueden haberle encolerizado contra el uso del Antimonio, ni horrorizado a esos ciudadanos con semejantes escandalosas voces; pues los Príncipes de la Medicina, que veneran, y sus Autores, no sólo enseñan lo contrario, pero apenas hay elogio que adecue el generoso salubérrimo uso del Antimonio. Con que si hago demostración matemática de que los antiguos Príncipes no soñaron tal cosa de este remedio, y que los más célebres Autores Galenistas no sólo le alaban, pero aconsejan, y persuaden a que se use de este simple mineral, para extirpar innumerables rebeldes, e curables (con los bastos medicamentos Galénicos) enfermedades, por la seguridad, y felicidad con que la experiencia (verdadera maestra) les ha enseñado la utilidad de este remedio en sus curaciones: inferiré legítima, y evidentemente, que los que blasfeman del Antimonio, son ignorantísimos, e indignos del nombre, y carácter Médico. Y siendo en mi concepto esos Doctores tan versados en los Príncipes, y Autores clásicos, no es creíble hayan publicado las dichas calumnias: Y en esta suposición

reconocerán V.mds. la ingenuidad con que afirmo, y siento: son tales voces tan propias de algunos Barberos, como ajenas de esos señores Doctores Galenistas.

Es la primera cláusula, que el Antimonio es un poderoso veneno. Esta perjudicialísima proposición está desnuda de razón, pobrísima de autoridad, ansiosa de experiencias, y finalmente desvalida, y vituperada de los Príncipes de la Medicina; pues no se hallará en sus Obras, que el Antimonio es veneno. Empiezo, pues, por Galeno, ídolo de los Doctores, que tratando del Antimonio en el lib. 6. de Sanit. tuend. cap. 9. y en el lib. 9. de Simplic. titul. de stiminio, no dice que tenga benéfica virtud; antes bien lo alaba para curar los afectos, que después diré. El Príncipe de los Árabes Avicena, enseña lo mismo, lib. 2. Canon. tract. 2. cap.7. de Antimon. Hipócrates siente lo propio con el nombre de *Tetragonon*. Siendo de este parecer Dioscórides, lib. 5. cap. 53. Mathiolo en el coment. cap. 59. y Plinio, lib. 33. cap. 6.

Siendo este alto sentir de los antiguos Príncipes, que los Galenistas idolatran, me parece no publicaran las imposturas que hasta aquí contra el Antimonio; porque sería fabricar sus ignorancias de la ciencia de los Príncipes, que no han leído. Pero veamos si hay cuestión, que en términos terminantes inquiera, si el Antimonio interiormente tomado, ¿es veneno, o saludable medicamento? Para decidir con propiedad este punto, y hallarán los Galenistas, que si, en las obras del más docto, erudito, y venerado Autor de la Escuela Galénica, que es Zacuto Lusitano que trató esta cuestión, para desautorizar las voces, y calumnias que han introducido en esa Ciudad, respecto de que este experimentísimo Varón menosprecia la opinión de los que maquinaron era veneno el Antimonio, por ser dictamen erróneo, opuesto a la razón, experiencia, y sobre todo contra el alivio, y curación de innumerables graves enfermedades, que afirma curó Zacuto con el Antimonio mil veces, o a millaradas **enfermos melancólicos, maniacos**, cuartanarios, varias enfermedades cutáneas, contumaces, y rebeldes obstrucciones, y calenturas pertinaces; las cuales no habiendo podido un Médico tan docto, y experto como Zacuto curar con los medicamentos Galénicos, lo consiguió con sólo el Antimonio. Y así resuelve, que no es veneno, sino generoso saludable remedio. Compónganme V.mds. esta sentencia del gran Zacuto, acreditada con la irrefragable experiencia de las varias enfermedades que con el Antimonio curó, con la fantástica opinión de los Galenistas, ¿que dicen es

veneno? Saben los doctos secuaces de Galeno, que el veneno es lo que destruye, y pervierte nuestro temperamento, reduciendo el sumptuoso racional edificio a la mayor, e irremediable trágica ruina. La doctísima, y elegante descripción, que hace Galeno de los venenos, no es dable, ni conforme a razón, y experiencia el ajustarla, o prohijarla al Antimonio, según las vidas que ha restituido a enfermos deplorados, como afirma Zacuto, y confiesan los más graves Autores Galénicos, que en adelante citaré, por ser esta operación contraria a la que ejecuta el veneno: razón, y experiencia que motivan a Zacuto para excluir al Antimonio del Catálogo de los venenos, y ya que tenemos razón, experiencia, y autoridad contra los que por su ciega pasión, malicia, o ignorancia no son afectos al Antimonio, que tan lejos está de ser veneno, como tan cerca de ser (y lo es) un noble, generoso, saludable, simple, seguro remedio, estando bien preparado (pues no siendo así, ni los remedios Galénicos son provechosos) y dado por docto Médico en debida dosis, según la enfermedad, temperamento, edad, región, y tolerancia del paciente, que es lo que previenen todos, y con ellos Zacuto. ¿Quién será el que a vista de estas doctrinas, y experiencias Galénicas, diga, que el Antimonio es veneno? Creo, que según lo que dejo sentado, y diré adelante, no habrá ninguno (por no parecer extravagante aún en la inmensa república de los ignorantes) que tal asevere.

Y si el mayor crédito, y singular grandeza consiste en experimentar elogios, o alabanzas de extraños, y enemigos, (sobre serlo siempre los puros Galenistas de lo Químico) bien puedo asegurar le faltará caudal a la Retórica para persuadir la gran virtud alexifármaca del Antimonio, y su universalidad para curar las enfermedades; pues los mayores Héroe que ha tenido la doctrina Galénica, confiesan haber ejecutado milagros con el Antimonio: siéntelo así el sapientísimo Doctor Mercado. Miren si es bueno, y poderoso el veneno, que da vidas milagrosamente, ¿siendo de su naturaleza el quitarlas? Y así afirma este doctísimo Galenista (como sabidor de los maravillosos efectos del Antimonio) que aprovechó a muchos enfermos. Pero quien aplaude más que todos al Antimonio de segurísimo, e inocente remedio, es el Doctor especulativo, y práctico, nuestro doctísimo, e ingeniosísimo Pedro Miguel de Heredia, que aconseja se den los polvos de Alexandro Quintilio (cuya composición es Antimonial en sentir de Zacuto) a las mujeres preñadas, sin el menor recelo de que aborten, sintiendo Hipócrates (en el vulgar, y sabido Aforismo) que causan aborto la sangría, y purga. Ajústenme V.mds. este cristiano,

y sentencioso parecer del insigne Pedro Miguel, sobre la seguridad, y benignidad con que experimentó obraba el Antimonio, siguiendo por esta razón, y experiencia la sentencia de Zacuto en darlo a las mujeres preñadas, que es el *noli me tangere* de la consideración de los Cristianos, juiciosos, y doctos Médicos, por parecerles es arriesgado, aún el más dócil medicamento en estos casos, con el publicar ¿es el Antimonio veneno? El gran Zacuto (inmediatamente citado sobre los polvos de Quintilio) observó tan singularísimos, y saludables efectos en enfermedades melancólicas, y pestilentes con el uso del Antimonio, que dice, obra casi divinamente. Más elogian, y aplauden los doctísimos autores Galenistas al Antimonio, que los mismos Químicos.

Y supuesto que he tocado la segura operación de los polvos Quintilianos, será razón que después de los Autores citados, oigamos al plausible Doctor Bravo (que lo fue Médico) de Sobremonte, pues en su tomo de Consultas Médicas, hace mención de los polvos de Quintilio, y dice se da de tres, hasta cinco granos en infusión de vino blanco. Aplauda también este doctísimo Médico Galenista los polvos, o composición de Cornachino, donde entra el Antimonio, y afirma usó de ellos con feliz, y seguro suceso. Y así defiende este Bravo Médico, que en las curas regulares se debe dar esta preparación Antimonial. Y finalmente concluye este experientísimo Autor, diciendo, no hay cosa más útil que el Antimonio para curar vehementísimas enfermedades, dependientes de humores crasos, y Apoplejías, como lo prohíbe en inflamaciones, y calenturas ardientes.

Ahora sí que viene bien el probar con evidencia lo que insinué, de que las maldicientes voces contra el Antimonio, eran ajenas de un mero Practicante de Medicina; pues como estos estudian la práctica por Massarias, Riverio, y Maroja, les causaría gran rubor, y les serviría del mayor desdoro (si habiendo publicado que el Antimonio era veneno) el reconvenirles con los Autores Galénicos (en que actualmente estudiaban) lo contrario. La única evidente prueba de esta verdad es el gran Massarias, que llevado de la experiencia, asegura la utilidad del Antimonio, y afirma haberse curado con él gravísimas enfermedades, no sin gran admiración de muchos. El Doctor Lázaro Riverio alaba tanto al Antimonio, y aconseja a Practicantes, y Médicos el uso dél, para curar varias enfermedades, como se hallarán observaciones en sus Centurias,

que faltaría tiempo para referirlo; pero como tienen inquieto el juicio, y sobresaltada la razón los que no sienten bien de el Antimonio, o para expresarlo con más concisión han dado en esta manía, propondré (valiéndome de la autoridad de Riverio) al Antimonio para su total curación. Pero lo que les admirará más a los Galenistas, es, que Riverio curase anginas con el Antimonio, y que el mismo día que dio a los enfermos el agua benedicta de Rulando, o infusión del crocus metalor, sanasen, habiendo obrado competentemente por vómito, y dejección lo mismo refiere en la observación décima. -El doctísimo Maroja, entre los medicamentos que propone para evacuar el humor melancólico, numera al Antimonio.

Parécenme suficientes estas doctrinas para verificar lo que a V.mds. dije, de que las proposiciones contra el Antimonio eran ajenas de que las hubieran pronunciado los que empiezan a practicar por los Autores referidos, después de haberse quebrado las cabezas, sobre si los Elementos están formalmente en el mixto. Y omitiendo, por la brevedad, innumerables Autores Galenistas, que con plenitud de ánimo confiesan las utilidades del Antimonio, acreditadas con la experiencia de las varias enfermedades que curaron, como son Sennerto, Horacio Augenio, Ambrosio Pareo, Castro, Mathiolo, y otros, me se ha de permitir remita a los Antagonistas del Antimonio al Tratado que escribió el doctísimo, y experientísimo Doctor Luis Rodríguez, Catedrático de Prima de la afamadísima Universidad de Salamanca, donde verán, que habiendo usado del Antimonio por espacio de cincuenta años en gravísimas enfermedades, siempre fue con gran felicidad, que curó de casi todas enfermedades, con el Antimonio.

Finalmente, señores, como las referidas imposturas contra el Antimonio han sido publicadas en esa Ciudad de Sevilla, concluiré este punto con magisterio Sevillano, para cerrar el discurso, a favor del Antimonio, con llave dorada, valiéndome de la gran autoridad, doctrina, y experiencia del plausible Doctor Gaspar Caldera de Heredia, Médico Sevillano, y que será de la mayor aceptación, y veneración de esos señores Doctores Galenistas, por los doctísimos escritos de este Autor (que tendrán muy leídos) y por haber sido Médico de esa Ciudad. Este, pues, esclarecido Varón trata del Antimonio, y no sólo no lo vitupera, pero antes bien aconseja su uso, según lo dio este Autor para curar varias Enfermedades. Si bien debo advertir, que estando bien sublimadas estas flores

Antimoniales, se consigue un seguro medicamento expurgante, y específico antimelancólico, tomando un escrúpulo de ellas, y disolviéndolo radicalmente en el espíritu de tártaro, o de vino.

Estas doctrinas así establecidas, admitidas, y veneradas de todo el Orbe literario; por la autoridad, razón, y experiencia de todos los Médicos doctísimos, y experientísimos en el continuado uso del Antimonio, y las estupendas curas que con él han conseguido: no es creíble, no conforme a razón presumir, que Médicos tan doctos como los Doctores Galenistas Sevillanos, habiendo estudiado en esa Universidad con gran crédito, y que han sido laureados con popular aclamación, regentando al mismo tiempo, con indecible magisterio, esas Cátedras, y practicado la Medicina con la mayor estimación tantos años, ignorasen la doctrina de sus antiguos Príncipes, y Autores más doctos de la Galénica (conforme yo las refiero en esta respuesta) pues son en lo que únicamente habrán leído. Era hacerles un notorio agravio, el creer, que unos Médicos de esta categoría hubiesen publicado contra el Antimonio voces tan irracionales, que apenas la suma audacia de un ignorante, con presunciones de docto, arrojaría.

Y respecto de que la anciana madurez del Venerable Hipócrates aconseja, se debe satisfacer al vulgo, y plebeyos. Se viene a los ojos otra eficacísima prueba, para que los Cortesanos Políticos, y Ciudadanos desestimen las calumnias contra el Antimonio, y tengan por fatuos a los que insistieren en ellas, considerando, que cualquiera que tenga la razón en el gabinete del juicio, y esté en su lugar, le escandalizará oír, que el Antimonio es veneno; y que al mismo tiempo no sólo se permite, consiente, y tolera en todas las Boticas de España, y demás de la Europa, donde públicamente se tiene, (cuando se debía impedir, y castigar con todo el rigor de la justicia a los que usan de él, por enemigos de la humana naturaleza, y públicos homicidas) pero en la Tarifa General, que el año de noventa y nueve mandaron hacer, y publicar los señores del Real Protomedicato sobre la liquidación de los precios, y Medicinas que deben tener los Boticarios, para la salud pública, se hallará, que en la página veinte y tres, título: Diversas cosas Químicas, empieza así: Antimonio diaforético; y a la cuarta línea dice: *Crocus metalorum*, mercurio dulce, los calomelanos, con todos los aceites, sales, y espíritus Químicos, que contiene la Tarifa. Es preciso menosprecien las sátiras, y varias cavilaciones contra el Antimonio, (y todo lo Químico) y que lo tengan, y estimen por uno

de los mayores portentos, y milagros de la naturaleza, para el alivio, y curación de los afligidos pacientes, como lo han experimentado los Antiguos, y Modernos Médicos. Y más cuando fuera, no sólo delirio, sino irracionalidad, persuadirse a que todos se engañaban, y que cuatro alborotadores ignorantes no; siendo cierto, que *verum est in quo omnes conveniunt*.

Es la segunda cláusula, que el Antimonio es tan calidísimo, que abrasa los cuerpos donde entra. Esta proposición es de caniculares, y así es necesario templarse, y refrescarse muy bien, para responder a ella, con las claras corrientes doctrinas que hemos de beber de las antiguas fuentes, que estarán tan frías, que les harán tiritar a los Galenistas, y les obligará el Antimonio a que le echen ropa, y lo abriguen para entrar en calor: Quiero decir, que es igual la ignorancia de los que han publicado, que el Antimonio es tan ardiente, que abrasa, a la ciencia que debía tener de que es frío el Antimonio, si hubieran estudiado lo que enseñan los antiguos Príncipes, y los esclarecidos Autores Galenistas; pues unos, y otros no sólo no dicen, que el Antimonio es calidísimo, pero que es frío; con que los cualitativos Médicos Galenistas, que así han infamado al Antimonio, sólo habrán visto las obras de Galeno, Avicena, y demás Autores de esta Escuela por los pergaminos. Empecemos, pues, a probar con evidencia la frialdad del Antimonio con Galeno, y Avicena, que aseguran es frío en primer grado, y seco en segundo. (...)

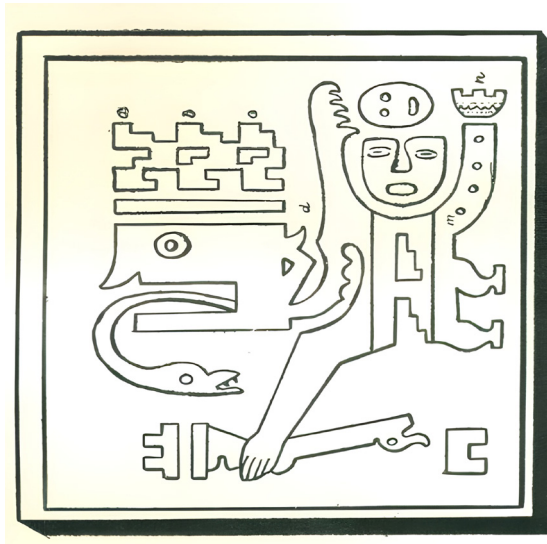
Es la tercera, y última cláusula, que los que han tomado el Antimonio mueren al año. Esta proposición no merece respuesta por irrisible, despreciable, y opuesta a toda experiencia, y más cuando he probado con los Príncipes de la Medicina, y Autores más doctos, expertos, y clásicos de lo Antigo, y Moderno, que el Antimonio no es veneno, sino el *non plus ultra* de la Medicina; y que aunque veneno fuera, por las varias, e innumerables preparaciones, quedaría el más noble, seguro alexifármaco, como también he probado, que no abrasa los cuerpos, sino que los enfría: Luego el decir que mueren al año los que han tomado el Antimonio, es dar materia para soltar las risas a carcajadas. Y si tuviera alguna probabilidad esta escandalosa proposición, consistiría en que se hubiera despoblado el Mundo, y sólo hubieran quedado los que aborrecen al Antimonio, por no haberlo tomado, si desde el tiempo que ha se usa interiormente este remedio, se hubieran muerto al año: antes bien faltara tiempo, y papel si hubiera de referir aquí

observaciones, de los que habiendo tomado el Antimonio, no sólo no han fallecido al año, pero por muchos han logrado una salud robustísima; pues purifica de la misma forma al animal más perfecto, el hombre, que al más perfecto metal, el oro. (Idem)¹¹

Todo el contenido de esta revista, excepto dónde está identificado, está bajo una Licencia Creative Commons. **Carlos Silva V.**

Apéndice 9

El cuadro sintético de la mitología cañari



Figuras 14.

La lámina de Patecte.

El padre Julio María Matovelle publicó, hacia el año 1916, un estudio titulado *Cuenca de Tomebamba* y, dentro de él, el artículo *Cuadro sintético de la Mitología Cañari*. En nuestra opinión se trata de una interpretación fantasiosa y puramente imaginativa. Sin embargo, la hemos incluido como curiosidad.

¹¹ https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0717-92272001000300009
 Acceso: 10 de mayo de 2022

El sacerdote cuencano se basa en la llamada *lámina de Patecte*, una pieza arqueológica encontrada en una sepultura de Chordeleg. Reproducimos lo esencial de este acercamiento, con la inclusión inicial de esta lámina.

Lo único y extraño y original de los cañaris es su curiosa leyenda de las guacamayas; la que seguramente procede de los caribes, que llevaron el culto totémico de esa ave, moradora de las selvas amazónicas, a todos los puntos del continente, a donde avanzaron en sus incursiones; por eso se encuentra su culto en las Antillas, entre los indios de la América Central y también entre los cañaris, de acuerdo con las conjeturas que hemos formado sobre el origen etnográfico de estos últimos aborígenes.

En comprobación de cuanto dejamos dicho aduciremos el testimonio mudo pero elocuentísimo del objeto de más alto precio, por su profunda significación, que hasta ahora se ha extraído de las huacas del Azuay; es este una plancha de oro, donde está cincelado en relieve el "*Cuadro sintético de la Mitología Cañari*".

El origen de esta placa, si no estamos equivocados, puede suponerse fundadamente fue el que sigue. Un régulo cañari, victorioso de los enemigos de su nación, queriendo rendir el homenaje de su gratitud por aquel triunfo, a los dioses de su pueblo, resuelve erigir un santuario en honor de todos ellos, especialmente de la luna; para ello manda grabar aquella placa o lámina de oro, en signos hieráticos usuales en este continente, placa en que conste que el cacique de los cañaris es invencible, cercado como está, de todas partes, por la protección poderosísima de sus dioses. Grabose efectivamente esa placa que, a modo de las insignias de órdenes de caballería, en los modernos pueblos europeos, o como escudo protector, había de llevar el cacique al pecho, en las ceremonias religiosas o, tal vez, entre el fragor de los combates. Con los datos que tenemos procuremos ahora descifrar el sentido oculto de esa curiosísima pieza arqueológica de los antepasados de nuestros indios, que nos enseña cuál era el sistema de escritura que ellos usaban, para transmitir a la posteridad el recuerdo de sus hechos.

Al centro de este cuadro se ve la figura de un indio, la cual seguramente representa al régulo o cacique de los cañaris, que levanta los brazos en alto, en actitud de adoración a la luna llena, que gira allá en lo más alto del cuadro, sobre la cabeza del misterioso personaje, como amparándole y protegiéndole; la derecha de este remata en la pata delantera de un leopardo, que lanza en alto sus

zarpas y las esgrime, defendiendo a los suyos y ofreciendo a la diosa sus victorias; mientras las patas traseras del felino están echadas a la izquierda, en actitud de correr hacia la presa, que son los enemigos de su pueblo. El brazo izquierdo remata en un altar, signo de la dedicación de algún templo o adoratorio especial construido por el cacique en honor de la luna, principal dios de los cañaris. A la derecha del régulo, como cubriendo su flanco y protegiéndole, aparece la cabeza de una guacamaya, que se distingue perfectamente por la forma característica del ojo de esta ave, que resalta en una cara de mujer; por detrás de esta asoma la serpiente, madre primera de los cañaris, como la guacamaya, suponían estos, era su segunda madre; y guacamaya y culebra tienen las fauces abiertas, amenazando con su terrible cólera a quien trata de ofender a la prole querida de ambas, a saber los cañaris.

Encima de la guacamaya, y como coronándola, aparecen unas líneas o figuras geométricas que seguramente, conforme al estilo Tiahuanaco, simbolizan los cerros, cuevas y lagos sagrados, adorados como pacarinas suyas por los cañaris.

Para poder penetrar el sentido oculto del último símbolo, que es una mano que toca un algo como cetro (no puede ser pie, porque las dos patas traseras del leopardo están ya dibujadas a la izquierda de la figura), es necesario anteponer una explicación. Los quichuas tenían alguna idea del ser supremo y le adoraban con los nombres de *Tici-Viracocha* o *Yachachic-Viracocha*, pero después sustituyeron esos títulos que daban a su divinidad principal, con el del *Pachacámac*. ¿Cómo así verificaron este cambio? -Cuando efectuaron la conquista de los chimús. Estos últimos adoraban también al ser supremo, bajo el título de *Pachacámac* (palabra compuesta de *pacha*, que significa universo, y *cámac*, vivificador, según Garcilaso de la Vega, y *hacedor*, según Cristóbal de Molina). En honor de Pachacámac, en el sitio de la costa peruana que lleva aún este nombre y está cerca del callao, habían erigido los yungas un santuario celeberrimo, único en toda Sudamérica, a donde iban en peregrinaciones indios de casi todos los pueblos civilizados de este continente, antes de su descubrimiento por Colón. Los chimús adoraban a Pachacámac, bajo el símbolo al pez, culto que, probablemente por las incursiones de estos indios, se propagó en una considerable extensión de la costa peruana; por esto diremos con Walter Vernier: "El culto religioso de las tribus del sur (en el

territorio del Perú) tan famoso por el antiguo templo y oráculo del dios peje, Pachacámac, sugiere la idea de que esas tribus habrán sido consanguíneas en su origen”.

Los aborígenes del Azuay que, según lo hemos conjeturado anteriormente con no leve fundamento, cuentan entre sus progenitores a los chimús, profesaban al par de estos, el culto al *dios peje*. Lo testifican así las huacas cañaris de las que, como afirma el Sr. González Suárez, se han extraído objetos *que representaban pescados, y lo comprueban las peregrinaciones que las tribus ecuatorianas solían hacer al santuario de Pachacámac*, Indudablemente este último era su dios principal, como lo era para la mayor parte de los indios que habitaban en la costa occidental de Sudamérica. En el *Cuadro sintético* de la *Mitología Cañari*, el régulo de este pueblo extiende desmesuradamente un tercer brazo, hacia abajo, cual si lo sumergiera en lo más profundo del océano, y allí adora, tocando reverentemente a Pachacámac, simbolizado en el *dios peje*, conforme al estilo hierático de los chimús; ese tótem aparece acompañado de un pequeño altar que está advirtiendo a los profanos, que el pez figurativo es su deidad que reclama culto y adoración.

Finalmente, en el *Cuadro* antedicho, el *dios peje* tiene las fauces abiertas, como para vivificar un objeto extraño que está colocado ante él, y parece algo así como una herradura o célula zoológica. ¿Qué es aquello, o cual el objeto simbolizado por él?...

Para poder resolver este difícil problema acudiremos nuevamente a las creencias religiosas de los chimús y otros pueblos americanos vecinos de los cañaris, que nos pueden dar luz en la materia, y prestar fundamento a nuestras conjeturas.

Los aborígenes de Manta, en Manabí, parece adoraban también a la luna como su deidad principal; para rendirla culto habían erigido altares en las cimas de los cerros y colinas que se levantan en medio de las vastas planicies de la costa. Hasta hace poco llamaban la curiosidad y hasta la admiración del viajero unos artefactos macizos de piedra, a modo de sillas sin respaldo, cuyo destino y uso se ignoraban por completo, pues para sillas eran excesivamente altas e incómodas. El notable americanista peruano Sr. González de la Rosa, ha descifrado este enigma, en un docto artículo publicado en el “Diario de la Sociedad de Americanistas de París”, donde expresa que, a su juicio, aquellos muebles no

eran sillas sino altares donde se inmolaban víctimas humanas. Esta opinión está corroborada con un bajo relieve en piedra, extraído de las huacas de aquellos mismos lugares de nuestra costa, en el que aparece una figura de mujer, que simboliza seguramente a la luna, entre un nimbo formado por aquellos altares, que cercan a la diosa por todos lados; manifiestamente con altares, y no con simples y vulgares sillas, habían de creer los mantas que rendían culto a su diosa.

Los brazos de estos altares (llamarémoslos ya así) unos eran de forma semi-cuadrangular, y semicircular otros; los primeros, parece estaban destinados a ofrecer sacrificios al astro, en sus novilunios, y los segundos, para igual objeto, en los plenilunios. Juzgamos así porque en nuestro *Cuadro sintético*, la luna llena campea en lo más alto de él; y allá abajo, como saliendo de lo más profundo del océano, y de la boca entreabierta de Pachacámac, aparece la luna nueva, en forma de una pequeña herradura semi-cuadrangular. Tenemos, pues, ya descifrado el último símbolo de nuestro cuadro: Pachacámac, el *Hacedor y Vivificador* de todo el universo, crio primeramente a la luna, y mediante ella, todas las otras cosas; cada mes desaparece o muere la luna, pero cada mes, también Pachacámac torna a vivificarla; por esto, en el citado cuadro, aparece la luna nueva saliendo por su boca.

Seguramente los cañaris, al par de los indios de Manta y los chimús, celebraban con fiestas religiosas esos dos aspectos diferentes del astro de la noche; en la conjunción, las ceremonias religiosas serían de luto y dolor, por el desaparecimiento del astro, y en el plenilunio revestirían un carácter de gozo y triunfo porque la luna había llegado al más alto grado de su vida y esplendor. (Matovelle, 1990, pp. 80-88)

Referencias bibliográficas

- Aguilar Vázquez, C. (1974). *Obras completas*, t. 7. Edit. Fray Jodoco Ricke.
- Aguilar Vázquez, C. (1997). *Los Idrovos*. Casa de la Cultura Ecuatoriana, núcleo del Azuay.
- Alvar, M. (1972). *Juan de Castellanos, tradición española y realidad americana*. Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, XXX.
- Ambrosi, I. (2008). *Los Ambrosi*. Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Astudillo Ortega, J. M. (1941). Camino de Naranjal, in *Morlacadas*. Editorial de José M. Astudillo Regalado.
- Astudillo Ortega, J. M. (1951). *Entre barro y humo*. Imprenta de J. M. Astudillo Regalado.
- Astudillo Ortega, J.M. (2002). *Por donde vienen las aguas*. Editorial Amazonas.
- Astudillo, R. (2008). *Narrativa popular Juan del costal un sueño americano*. Offset Hno. Miguel.
- Bacacela, M. (2000). *Ecuador chinchasuyupi quichua runacunapac ñaupá rimaj, Literatura indígena en los Andes del sur del Ecuador*. Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Brazzero, M. (2019). Registro del patrimonio cultural inmaterial de Susudel, en *Patrimonio cultural inmaterial de la parroquia Susudel del cantón Oña*. Universidad del Azuay.
- Brownrigg, L. A. (1989). Un juego de pishca al huairu en Quingeo, Azuay, in *Revista del Instituto Azuayo de Folklore*, No. 10. Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Caillois, R. (1998). *El mito y el hombre*. Fondo de Cultura Económica.
- Calle, M. (1921). *Biografías y semblanzas*. Imprenta Nacional.
- Cárdenas, E. (s/a). *Polvo y ceniza*. Editorial Alberto Crespo Encalada.
- Chacón, J. (2005). *Guacha opari pampa-plaza donde se origina la gente cañari. Paucarbamba. Llanura florida*. Casa de la Cultura Ecuatoriana.

- Chéjov, A. (2009). Una historia aburrida, in *Novelas cortas*. Editorial Porrúa.
- Cicala, M. (2008). *Descripción histórico topográfica de la provincia de Quito de la compañía de Jesús I*. Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit.
- Cordero, L. (1955). *Diccionario quichua*. Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Cordero, L. (1984). *Estudios botánicos*. Universidad de Cuenca.
- Cordero, L. (2012), *Poemario*. Editorial Edúnica.
- Cordero Estrella, V. (1990). Remembranzas: mitos, leyendas y tradiciones cuencanas, in *El libro de Cuenca I*. Editores y Publicistas.
- Cordero Palacios, A. (1985). *Léxico de vulgarismos azuayos*. Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Córdova, C.J. (1995). *El habla del Ecuador*. Universidad del Azuay.
- Costales y Peñaherrera. (1960). *El chagra*. Talleres Gráficos Nacionales.
- Cuesta y Cuesta, A. (1983). *Los hijos*. Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Encalada, O. (2010). *Mitología ecuatoriana*. Corporación Editora Nacional.
- Festa, E. (1993) *En el Darién y el Ecuador*. Abya-Yala.
- Gallegos, G. (1924). *Erranzas*. Casa Editorial Jouvín.
- Gallegos Lara, J. y Martínez N. (1983). *Los guandos*. Editorial El Conejo.
- Garcilaso de la Vega. (1976) *Comentarios reales I*. Biblioteca Ayacucho.
- González Suárez, F. (1922). *Los cañaris pobladores de la antigua provincia del Azuay*. Imprenta de la Universidad del Azuay.
- González Suárez, F. (1965). *Estudio histórico sobre los cañaris pobladores de la antigua provincia del Azuay*. Universidad de Cuenca.
- González Suárez, F. (s.f.). *Historia general de la República del Ecuador-Atlas arqueológico*, t. 25. Clásicos Ariel.
- González Suárez, F. (s.f.). *Historia general de la República del Ecuador-Atlas arqueológico*, t. 28. Clásicos Ariel.
- Graves, R. (2002). *Los mitos griegos*. Alianza editorial.
- Guevara, D. (1972). *Un mundo mágico-mítico en la mitad del mundo*. Imprenta Municipal.

- Hassaurek, F. (1997). *Cuatro años entre los ecuatorianos*. Abya-yala.
- Hermida Piedra, C. (1995). *Medicina y literatura*. Casa de la Cultura, Núcleo del Azuay.
- Iglesias, A. (1985). *Los cañaris, aspectos históricos y culturales*. Editorial Amazonas.
- Íñiguez Vintimilla, J. (1942). *Viento y granizo*. Talleres gráficos de la Universidad de Cuenca.
- Íñiguez Vintimilla, J. (1988). *Justicia*. Editorial Justicia y Paz.
- Íñiguez Vintimilla, J. (1993). *Leyendas nacionales*. Editorial del Pacífico.
- Íñiguez Vintimilla, J. (s.f.). El calabozo del diablo, in *Prosas de arte*. Imprenta de Huaynacápac.
- Landívar, J. (1984). *Cuadernos de cultura popular No. 4*, Chordeleg. CIDAP.
- Landívar, M. (1997) Contribución a mitos y leyendas en el Azuay y Cañar, in *Revista de antropología No. 14*. Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Lévi-Strauss, C. (1985). *La vía de las máscaras*. Siglo XXI Editores.
- Lobato, J. (1901). *Arte y diccionario quechua-español*. Imp. Del Estado.
- Martínez, J. (1993). *La cultura popular en el Ecuador- Azuay*. CIDAP.
- Martínez, J. (s.f.). Leyendas de la mama huaca, in *Identidad, Revista de Cultura Popular, No. 1*. Editorial Voluntad.
- Matovelle, J. (1921). *Cuenca de Tomebamba*. Imprenta de la Universidad.
- Moscoso Vega, L. (1939). *Chanita*. Talleres gráficos de El Mercurio.
- Moscoso Vega, L. (1950). *Altura*. Editorial Amazonas.
- Moscoso Vega, L. (1951). *Sulupali grande*. Editorial Amazonas.
- Muñoz Cueva, M.M. (1961). *Otra vez la tierra morlaca*. Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Muñoz Cueva, M. M. (2000). *La tierra morlaca*. Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Ortiz, A. (1995). *Juyungo*. Editorial Planeta.
- Pacheco Guzmán, G. (1981). *Diccionario quechua-castellano*. Publicaciones y Papeles.

- Palma, R. (1975). *Tradiciones peruanas*. Editorial Difusión S.A.
- Peralta, J. (1974). *Tipos de mi tierra*. Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Portus, H. (1943). *Tesoros*. Imprenta "Cultura". <https://obtienearchivo.bcn.cl/obtieneimagen?id=documentos/10221.1/40336/1/211478.pdf>
- Pucha, E. (2009). *Chuquiribamba, semillero de músicos*. UTPL.
- Ramírez Salcedo, C. (2009). *Tres descripciones de Cuenca y su región*. Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. <https://dle.rae.es/superstici%C3%B3n?m=form>
- Rojas, Á. F. (2004). Viento grande, in *Cuento y relato, obras completas*. UTPL.
- Sarmiento de Gamboa. (1943). *Historia de los incas*. Emecé Editores S.A.
- Saville, M. H. (200). *El tesoro del Sígsg*. Corporación Editora Nacional.
- Sheppard, G. (1985). *La República del Ecuador- un estudio de geografía, geología y clima*. Banco Central del Ecuador.
- Sivisapa, V. y Cartuche, A. (1997). *La tradición oral: mitos y leyendas de la comuna Shiña, Tesis inédita*. Universidad del Azuay.
- Suárez García, D. (2018). *El Qhapaq Ñan*. Universidad del Azuay.
- Terán, F. (1946). La región cañari y las riquezas de su subsuelo, en *El tres de noviembre*. Concejo Cantonal de Cuenca.
- Valdivieso, A. (2008). *Cavilaciones. El mágico mundo de antaño*. Grafisum.
- Velasco, J. (2014). *Historia del Reino de Quito*. Editorial JG.
- Vernau y Rivet. (2019). *Etnografía antigua del Ecuador*. Grafisum.
- Vintimilla, E. (2007). La leyenda de la Mama-Huaca, in *Yáchac, Revista Etnográfica, No. 7*. Ediciones del Banco Central del Ecuador.
- Zaldumbide, G. (1947). *Gonzalo Zaldumbide en Cuenca*. Artes Gráficas.
- Zaruma, B. (1989). *Hatun cañar apunchicunamanta nishcallata yuyashca- Mito y creencias de Hatun Cañar*. Monsalve Moreno.

https://www.uv.es/~rgasco/nueva/fuegos_fatuos.htm

<https://obtienearchivo.bcn.cl/obtieneimagen?id=documentos/10221.1/40336/1/211478.pdf>

<https://academialatin.com/literatura-griega/odisea-homero/canto-tercero-telemaco-pilos-nessor/>

<https://es.wikipedia.org/wiki/Antimonio>

<http://mitosyleyendascuenca.blogspot.com/2012/07/los-gagones.html>

<https://educomunicacionperu.files.wordpress.com/2013/01/cuento-josue-chavez.pdf>

Origen de las ilustraciones:

La lechuga: www.google.com/search?q=cuscungo&client=firefox-b-d&hl=es&source=lnms&tbn=isch&sa=X&ved=2ahUKEwjKL7Xnu-n1AhVDRTABHaSXBraq_AUoAXoECAIQAw&biw=909&bih=412&dpr=1

Fuente de la guacamaya: https://www.google.com/search?q=guacamayas&rlz=1C1CHBD_esEC848EC848&source=lnms&tbn=isch&sa=X&ved=2ahUKEwi915m5s6D4AhV7VTABHfAcDb0Q_AUoAXoECAQQAw&biw=1024&bih=657&dpr=1#imgrc=ID4Cx4MYTZtZeM.

La chugchumama: https://www.google.com/search?rlz=1C1CHBD_esEC848EC848&source=univ&tbn=isch&q=ucug&fir=48_Wz9AIX-qK6hM%252CtzyZhU8jSRapiM%252C_%253BF_QcFlasDWW-BKM%252CeFsFUz3EM8NyDM%252C_%253B375s-qGXVbB-GYM%252CCEJyR9scBiyNM%252C_%253BX5ju4O4WHgBAbM%-252CeFsFUz3EM8NyDM%252C_%253Bgsyg3itpWS1RVM%252Ce-FsFUz3EM8NyDM%252C_%253Bln8SEe7KFpF9NM%252Cz2r-9XMxqivB1rM%252C_%253BK85vjUpNOvs19M%252CqCzrMfeA7f-tYZM%252C_%253B8jg_4JKB8tmsgM%252CxG0IH7wpGJZEzM-%252C_%253BVVFS98xQfIG2dM%252CeFsFUz3EM8NyDM%-252C_%253BcrTpw7t9OIAbWM%252CWLGBrKTIDdJxBM%252C_&us-g=A14_-kRfAoLWtHMOzzQjKZcX_APw4grMQw&sa=X&ved=2ahUKEwi-J1o_k8qX6AhXKmYQIHaZHCz8QjJkEegQINRAC&biw=1024&bih=657&dpr=1#imgrc=48_Wz9AIXqK6hM&imgdii=E6zcnKfDxCzrM

La libélula:

https://www.google.com/search?q=lib%C3%A9lula&tbn=isch&ved=2ahUKEwiJv7rp8qX6AhVhQt8KHanJDN8Q2-cCegQIABAA&oq=lib%C3%A9lula&gs_lcp=CgNpbWcQAZIFCAAQgAQyBQgAEIAEMgUIAB-

CABDIFCAAQgAQyBQgAEIAEMgUIABCABDIFCAAQgAQyBQgAEIAEM-
gUIABCABDIFCAAQgAQ6BggAEB4QBToECAAQHjoGCAAQChAYOg-
QIABAYOgsIABCABBCxAxCDAToICAAQgAQQsQM6CAgAELEDEIM-
BUN0IWPpopYPUzaABwAHgBgAHyAYgBzxSSAQqYLTEymAEAoAEBq-
gELZ3dzLXdpei1pbWewAQDAAQE&sclient=img&ei=AgUrY4m2E-GE_
Qapk7P4DQ&bih=657&biw=1024&rlz=1C1CHBD_esEC848EC848#imgr-
c=jHgi4U1d6tgIHM

El caballo del diablo:

https://www.google.com/search?q=caballo+del+diablo+insecto+ecuador&source=lnms&tbn=isch&sa=X&ved=2ahUKEwj7marR94r6AhUYj2o-FHbHwDr8Q_AUoAXoECAEQAw&biw=1024&bih=489&dpr=1



Este libro se terminó de imprimir y encuadernar
en marzo de 2024 en el PrintLab de la Universidad del Azuay,
en Cuenca del Ecuador.





UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa
Editora



ISBN: 978-9942-645-54-8



9 789942 645548